

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE



AÑO CLXXX

Nº4

OCTUBRE - DICIEMBRE 2017

Consultar este Boletín en formato digital (PDF).
Código QR.



Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Diseño, infografía y maquetación: Felipe Iglesias Mira.
Teléfono: 988 366 141
Impresión: ARIGRAF
Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXX

Octubre - diciembre 2017

Nº 4

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Ángelus	495
Audiencias generales.....	501
Cartas.....	514
Cartas apostólicas	520
Discursos.....	523
Homilías	548
Mensajes	560

Santa Sede

Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos	
Carta a los Obispos sobre el pan y el vino para la Eucaristía	569
Congregación para la Causa de los Santos	
Instrucción: las reliquias en la Iglesia: autenticidad y conservación	572

OBISPO

Homilías

Fiesta de los Santos Ángeles Custodios con motivo del patrono de la Policía Nacional.....	583
Fiesta de la Virgen del Pilar, Madre de España y Patrona de la Guardia Civil	588
Liturgia funeral por D. Marcelino Martínez Fernández, de Abelenda das Penas, morto como consecuencia dos incendios que asolaron Galicia entre o 15 e o 16 de outubro.....	593
Exequias del M. I. Sr. D. Salvador Gonzalez Crespo, Canónigo emérito.....	597
Fiesta del “Divino Maestro” En el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”	600
Celebración del Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas	602
Celebración de la Institución de Ministerios de Lectorado y Acolitado.....	606
Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de Sor Dorinda Sotelo, Hija de la Caridad y del Padre Benito Paradela, Congregación de la Misión y de otros 58 mártires de la Familia Vicenciana	610

Discursos

Acto académico solemne e público da Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo.....	614
Discurso a los Docentes Católicos en su encuentro en Laias	618

Discurso na Inauguración da Exposición “ In tempore sueborum”	623
Discurso al Consejo Presbiteral en su reunión ordinaria del 22 de diciembre de 2017	625
Cartas	
Con motivo de la Visita Pastoral.....	629
Carta a los Diocesanos con motivo del DOMUND	630
Carta a los Diocesanos con motivo del regreso de los sacerdotes diocesanos que desarrollaban su misión pastoral en Jipijapa- Ecuador	632
Carta Pastoral con motivo de la Beatificación de Faustino Míguez.....	634
En Comunidad	
Octubre.....	657
Noviembre	658
Diciembre	660
IGLESIA DIOCESANA	
Secretaría General	
Nombramientos	666
Defunciones	666
Delegación de Liturgia	
Calendario litúrgico propio de la Diócesis de Ourense para el año 2018.....	668
Carta del Delegado Episcopal para la Celebración Diocesana de la Beatificación de los Mártires	
Vicencianos	670
Sínodo Diocesano	
Crónica del Sínodo Diocesano. Octubre a diciembre de 2017.....	672
Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela	
Nota de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago ante los incendios de Galicia:	
“Cuidar de la casa común. Solidarios con las víctimas de los incendios”	673
CRÓNICA DIOCESANA	
Octubre, noviembre y diciembre	677
SUMARIO DEL AÑO 2017	
Sumario.....	685



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 8 de octubre de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La liturgia de este domingo nos propone la parábola de los viñadores, a los que el jefe confía la viña que había plantado y después se va (cf Mt 21, 33-43). Así se pone a prueba la lealtad de estos viñadores: la viña está confiada a ellos, que deben custodiarla, hacerla fructificar y entregar al jefe lo que se recoja. Llegado el tiempo de la vendimia, el jefe manda a sus siervos a recoger los frutos. Pero los viñadores asumen una actitud posesiva: no se consideran simples gestores, sino propietarios y se niegan a entregar lo que han recogido. Maltratan a los siervos hasta matarlos.

El jefe se muestra paciente con ellos: manda a otros siervos, más numerosos que los primeros, pero el resultado es el mismo. Al final, con paciencia, decide mandar a su propio hijo; pero aquellos viñadores, prisioneros de su comportamiento posesivo, matan también al hijo pensando que así habrían tenido la herencia.

Esta historia ilustra de manera alegórica los reproches que los profetas habían hecho sobre la historia de Israel. Es una historia que nos pertenece: se habla de la alianza que Dios quiso establecer con la humanidad y a la que también nos llamó a participar. Pero esta historia de alianza, como cada historia de amor, conoce sus momentos positivos, pero está marcada también por traiciones y desprecios.

Para hacer entender cómo Dios Padre responde a los desprecios opuestos a su amor y a su propuesta de alianza, el pasaje evangélico pone en boca del jefe de la viña una pregunta: «Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» (v. 40). Esta pregunta subraya que la desilusión de Dios por el comportamiento perverso de los hombres no es la última palabra. Está aquí la gran novedad del cristianismo: un Dios que, incluso desilusionado por nuestros errores y nuestros pecados, no pierde su palabra, no se detiene y sobre todo ¡no se venga!

Hermanos y hermanas, ¡Dios no se venga! Dios ama, no se venga, nos espera para perdonarnos, para abrazarnos. A través de las «piedras de descarte» -y Cristo es la primera piedra que los constructores han descartado- a través de las

situaciones de debilidad y de pecado, Dios continúa poniendo en circulación el «vino nuevo» de su viña, es decir, la misericordia: este es el vino nuevo de la viña del Señor: la misericordia. Hay solo un impedimento frente a la voluntad tenaz y tierna de Dios: nuestra arrogancia y nuestra presunción, ¡que se convierte en ocasiones en violencia! Frente a estas actitudes y donde no se producen frutos, la palabra de Dios conserva todo su poder de reproche y advertencia: «se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos» (v. 43).

La urgencia de responder con frutos de bien a la llamada del Señor, que nos llama a convertirnos en su viña, nos ayuda a entender qué hay de nuevo y de original en la fe cristiana. Esta no es tanto la suma de preceptos y de normas morales como, ante todo, una propuesta de amor que Dios, a través de Jesús hizo y continúa haciendo a la humanidad. Es una invitación a entrar en esta historia de amor, convirtiéndose en una viña vivaz y abierta, rica de frutos y de esperanza para todos. Una viña cerrada se puede convertir en salvaje y producir uva salvaje. Estamos llamados a salir de la viña para ponernos al servicio de los hermanos que no están con nosotros, para agitarnos y animarnos, para recordarnos que debemos ser la viña del Señor en cada ambiente, también en los más lejanos y desagradables.

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos la intercesión de María Santísima, para que nos ayude a estar en todas partes, sobre todo en las periferias de la sociedad, la viña que el Señor ha plantado por el bien de todos y a llevar el vino nuevo de la misericordia del Señor.

Solemnidad de Todos los Santos
Plaza de San Pedro. Miércoles, 1 de noviembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buena fiesta!

La solemnidad de Todos los Santos es «nuestra» fiesta: no porque nosotros seamos buenos, sino porque la santidad de Dios ha tocado nuestra vida. Los santos no son figuritas perfectas, sino personas atravesadas por Dios. Podemos compararlas con las vidrieras de las iglesias, que dejan entrar la luz en diversas tonalidades de color. Los santos son nuestros hermanos y hermanas que han recibido la luz de Dios en su corazón y la han transmitido al mundo, cada uno según su propia «tonalidad».

Pero todos han sido transparentes, han luchado por quitar las manchas y las oscuridades del pecado, para hacer pasar la luz afectuosa de Dios. Este es el objetivo de la vida: hacer pasar la luz de Dios y también el objetivo de nuestra vida.

De hecho, hoy en el Evangelio Jesús se dirige a los suyos, a todos nosotros, diciéndonos «bienaventurados» (*Mateo 5, 3*). Es la palabra con la cual inicia su predicación, que es «Evangelio», Buena Noticia porque es el camino de la felicidad. Quien está con Jesús es bienaventurado, es feliz. La felicidad no está en tener algo o en convertirse en alguien, no, la felicidad verdadera es estar con el Señor y vivir por amor. ¿Vosotros creéis esto? Debemos ir adelante, para creer en esto. Entonces, los ingredientes para una vida feliz se llaman bienaventuranzas: son bienaventurados los sencillos, los humildes que hacen lugar a Dios, que saben llorar por los demás y por los propios errores, permanecen mansos, luchan por la justicia, son misericordiosos con todos, custodian la pureza del corazón, obran siempre por la paz y permanecen en la alegría, no odian e, incluso cuando sufren, responden al mal con el bien. Estas son las bienaventuranzas.

No exigen gestos asombrosos, no son para superhombres, sino para quien vive las pruebas y las fatigas de cada día, para nosotros. Así son los santos: respiran como todos el aire contaminado del mal que existe en el mundo, pero en el camino no pierden nunca de vista el recorrido de Jesús, aquel indicado en las bienaventuranzas, que son como un mapa de la vida cristiana.

Hoy es la fiesta de aquellos que han alcanzado la meta indicada por este mapa: no sólo los santos del calendario, sino tantos hermanos y hermanas «de la puerta de al lado», que tal vez hemos encontrado y conocido. Hoy es una fiesta de familia, de tantas personas sencillas, escondidas que en realidad ayudan a Dios a llevar adelante el mundo. ¡Y existen muchos hoy! Son tantos. Gracias a estos hermanos y hermanas desconocidos que ayudan a Dios a llevar adelante el mundo, que viven entre nosotros, saludemos a todos con un fuerte aplauso. Ante todo -dice la primera bienaventuranza- son «los pobres de espíritu» (*Mateo 5, 3*). ¿Qué significa? Que no viven para el éxito, el poder y el dinero; saben que quien acumula

tesoros para sí no se enriquece ante Dios (cf. *Lucas* 12, 21). Crean en cambio que el Señor es el tesoro de la vida y el amor al prójimo la única verdadera fuente de ganancia. A veces estamos descontentos por algo que nos falta o preocupados si no somos considerados como quisiéramos; recordemos que no está aquí nuestra felicidad, sino en el Señor y en el amor: sólo con Él, sólo amando se vive como bienaventurado.

Quisiera finalmente citar otra bienaventuranza, que no se encuentra en el Evangelio, sino al final de la Biblia y habla de la conclusión de la vida: «Dichosos los muertos que mueren en el Señor» (*Apocalipsis* 14, 13).

Mañana estaremos llamados a acompañar con la oración a nuestros difuntos, para que gocen siempre del Señor. Recordemos con gratitud a nuestros seres queridos y oremos por ellos.

Que la Madre de Dios, Reina de los Santos y Puerta del Cielo, interceda por nuestro camino de santidad y por nuestros seres queridos que nos han precedido y han partido ya para la Patria celestial.

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María Plaza de San Pedro. Viernes, 8 de diciembre de 2017.

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días y feliz fiesta!

Hoy contemplamos la belleza de María Inmaculada. El Evangelio, que narra el episodio de la Anunciación, nos ayuda a comprender lo que celebramos, sobre todo a través del saludo del ángel. Él se dirige a María con una palabra que no es fácil de traducir, que significa «colmada de gracia», «creada por la gracia», «llena de gracia» (*Lucas* 1, 28). Antes de llamarla María, la llama *llena de gracia* y así revela el nombre nuevo que Dios le ha dado y que le conviene más que el que le dieron sus padres. También nosotros la llamamos así, en cada Ave María.

¿Qué quiere decir *llena de gracia*? Que María está llena de la presencia de Dios. Y si está completamente habitada por Dios, no hay lugar en Ella para el pecado. Es una cosa extraordinaria, porque todo en el mundo, desgraciadamente, está contaminado por el mal. Cada uno de nosotros, mirando dentro de sí, ve algunos lados oscuros. También los santos más grandes eran pecadores y todas las realidades, incluso las más bellas, están tocadas por el mal: todas, menos María. Ella es el único «oasis siempre verde» de la humanidad, la única incontaminada, creada inmaculada para acoger plenamente, con su «sí» a Dios que venía al mundo y comenzar así una historia nueva. Cada vez que la reconocemos *llena de gracia*, le hacemos el cumplido más grande, el mismo que le hizo Dios. Un hermoso cumplido para una señora es decirle con amabilidad, que parece joven. Cuando le decimos a María *llena de gracia*, en cierto sentido también le decimos eso, a nivel más alto. En efecto, la reconocemos siempre joven, nunca envejecida por el pecado. Sólo hay algo que hace envejecer, envejecer interiormente: no es la edad, sino el pecado. El pecado envejece porque esclerotiza el corazón. Lo cierra, lo vuelve inerte, hace que se marchite. Pero la *llena de gracia* está vacía de pecado. Entonces es siempre joven «más joven que el pecado» es «la más joven del género humano» (G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, II, 1988, p 175). Hoy la Iglesia felicita a María llamándola toda bella, *tota pulchra*. Así como su juventud no está en su edad, tampoco su belleza consiste en lo exterior. María, como muestra el Evangelio de hoy, no sobresale en apariencia: de familia sencilla, vivía humildemente en Nazaret, una aldea casi desconocida. Y no era famosa: incluso cuando el ángel la visitó nadie lo supo, ese día no había allí ningún reportero. La Virgen no tuvo tampoco una vida acomodada, sino preocupaciones y temores: «se turbó» (v. 29), dice el Evangelio, y, cuando el ángel «dejándola se fue» (v. 38), los problemas aumentaron.

Sin embargo, la *llena de gracia* vivió una vida hermosa. ¿Cuál era su secreto? Nos damos cuenta si miramos otra vez la escena de la Anunciación. En muchos cuadros, María está representada sentada ante el ángel con un librito en sus ma-

nos. Este libro es la Escritura. María solía escuchar a Dios y transcurrir su tiempo con Él. La Palabra de Dios era su secreto: cercana a su corazón, se hizo carne luego en su seno. Permaneciendo con Dios, dialogando con Él en toda circunstancia, María hizo bella su vida. No la apariencia, no lo que pasa, sino el corazón tendido hacia Dios hace bella la vida. Miremos hoy con alegría a la *llena de gracia*. Pidámosle que nos ayude a permanecer jóvenes, diciendo «no» al pecado, y a vivir una vida bella, diciendo «sí» a Dios.

AUDIENCIAS GENERALES

Catequesis sobre la Eucaristía ***Miércoles, 8 de noviembre de 2017***

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Empezamos hoy una nueva serie de catequesis, que dirigirá la mirada hacia el «corazón» de la Iglesia, es decir la eucaristía. Es fundamental para nosotros cristianos comprender bien el valor y el significado de la Santa Misa, para vivir cada vez más plenamente nuestra relación con Dios.

No podemos olvidar el gran número de cristianos que, en el mundo entero, en dos mil años de historia, han resistido hasta la muerte por defender la eucaristía; y cuántos, todavía hoy, arriesgan la vida para participar en la misa dominical. En el año 304, durante las persecuciones de Diocleciano, un grupo de cristianos, del norte de África, fueron sorprendidos mientras celebraban misa en una casa y fueron arrestados. El procónsul romano, en el interrogatorio, les preguntó por qué lo hicieron, sabiendo que estaba absolutamente prohibido. Y respondieron: «Sin el domingo no podemos vivir», que quería decir: si no podemos celebrar la eucaristía, no podemos vivir, nuestra vida cristiana moriría.

De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (*Juan 6, 53-54*).

Estos cristianos del norte de África fueron asesinados porque celebraban la eucaristía. Han dejado el testimonio de que se puede renunciar a la vida terrena por la eucaristía, porque esta nos da la vida eterna, haciéndonos partícipes de la victoria de Cristo sobre la muerte. Un testimonio que nos interpela a todos y pide una respuesta sobre qué significa para cada uno de nosotros participar en el sacrificio de la misa y acercarnos a la mesa del Señor. ¿Estamos buscando esa fuente que «fluye agua viva» para la vida eterna, que hace de nuestra vida un sacrificio espiritual de alabanza y de agradecimiento y hace de nosotros un solo cuerpo con Cristo? Este es el sentido más profundo de la santa eucaristía, que significa «agradecimiento»: agradecimiento a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que nos atrae y nos transforma en su comunión de amor.

En las próximas catequesis quisiera dar respuesta a algunas preguntas importantes sobre la eucaristía y la misa, para redescubrir o descubrir, cómo a través de este misterio de la fe resplandece el amor de Dios.

El Concilio Vaticano II fue fuertemente animado por el deseo de conducir a los cristianos a comprender la grandeza de la fe y la belleza del encuentro con Cristo. Por este motivo era necesario sobre todo realizar, con la guía del Espíritu Santo, una adecuada renovación de la Liturgia, porque la Iglesia continuamente

vive de ella y se renueva gracias a ella. Un tema central que los Padres conciliares subrayaron es la formación litúrgica de los fieles, indispensable para una verdadera renovación. Y es precisamente éste también el objetivo de este ciclo de catequesis que hoy empezamos: crecer en el conocimiento del gran don que Dios nos ha donado en la eucaristía. La eucaristía es un suceso maravilloso en el cual Jesucristo, nuestra vida, se hace presente. Participar en la misa «es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Es una teofanía: el Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre por la salvación del mundo» (*Homilía en la santa misa*, Casa S. Marta, 10 de febrero de 2014). El Señor está ahí con nosotros, presente. Muchas veces nosotros vamos ahí, miramos las cosas, hablamos entre nosotros mientras el sacerdote celebra la eucaristía... y no celebramos cerca de Él. ¡Pero es el Señor! Si hoy viniera aquí el presidente de la República o alguna persona muy importante del mundo, seguro que todos estaríamos cerca de él, querríamos saludarlo. Pero pienso: cuando tú vas a misa, ¡ahí está el Señor! Y tú estas distraído. ¡Es el Señor! Debemos pensar en esto. «Padre, es que las misas son aburridas» -«pero ¿qué dices, el Señor es aburrido?» -«No, no, la misa no, los sacerdotes» -«Ah, que se conviertan los sacerdotes, ¡pero es el Señor quien está allí!». ¿Entendido? No lo olvidéis. «Participar en la misa es vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Intentemos ahora plantearnos algunas preguntas sencillas. Por ejemplo, ¿por qué se hace la señal de la cruz y el acto penitencial al principio de la misa? Y aquí quisiera hacer un paréntesis. ¿Vosotros habéis visto cómo se hacen los niños la señal de la cruz? Tú no sabes qué hacen, si la señal de la cruz o un dibujo. Hacen así [hace un gesto confuso]. Es necesario enseñar a los niños a hacer bien la señal de la cruz. Así empieza la misa, así empieza la vida, así empieza la jornada. Esto quiere decir que nosotros somos redimidos con la cruz del Señor. Mirad a los niños y enseñadles a hacer bien la señal de la cruz. Y estas lecturas, en la misa, ¿por qué están ahí? ¿Por qué se leen el domingo tres lecturas y los otros días dos? ¿Por qué están ahí, qué significa la lectura de la misa? ¿Por qué se leen y qué tiene que ver? O ¿por qué en un determinado momento el sacerdote que preside la celebración dice: «levantemos el corazón»? No dice: «¡Levantemos nuestro móviles para hacer una fotografía!». ¡No, es algo feo! Y os digo que a mí me da mucha pena cuando celebro aquí en la plaza o en la basílica y veo muchos teléfonos levantados, no solo de los fieles, también de algunos sacerdotes y también obispos. ¡Pero por favor! La misa no es un espectáculo: es ir a encontrar la pasión y la resurrección del Señor. Por esto el sacerdote dice: «levantemos el corazón». ¿Qué quiere decir esto? Recordadlo: nada de teléfonos.

Es muy importante volver a los fundamentos, redescubrir lo que es esencial, a través de aquello que se toca y se ve en la celebración de los sacramentos. La pregunta del apóstol santo Tomás (cf *Juan* 20, 25), de poder ver y tocar las heridas de los clavos en el cuerpo de Jesús, es el deseo de poder de alguna manera «tocar»

a Dios para creerle. Lo que santo Tomás pide al Señor es lo que todos nosotros necesitamos: verlo, tocarlo para poder reconocer.

Los sacramentos satisfacen esta exigencia humana. Los sacramentos y la celebración eucarística de forma particular, son los signos del amor de Dios, los caminos privilegiados para encontrarnos con Él.

Así, a través de estas catequesis que hoy empezamos, quisiera redescubrir junto a vosotros la belleza que se esconde en la celebración eucarística, y que, una vez desvelada, da pleno sentido a la vida de cada uno. Que la Virgen nos acompañen en este nuevo tramo de camino. Gracias.

Miércoles 15 de noviembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con las catequesis sobre la santa misa. Para comprender la belleza de la celebración eucarística deseo empezar con un aspecto muy sencillo: la misa es oración, es más, es la oración por excelencia, la más alta, la más sublime, y el mismo tiempo la más «concreta». De hecho es el encuentro de amor con Dios mediante su Palabra y el Cuerpo y Sangre de Jesús. Es un encuentro con el Señor.

Pero primero debemos responder a una pregunta. ¿Qué es realmente la oración? Esta es sobre todo diálogo, relación personal con Dios. Y el hombre ha sido creado como ser en relación personal con Dios que encuentra su plena realización solamente en el encuentro con su creador. El camino de la vida es hacia el encuentro definitivo con Dios. El libro del Génesis afirma que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, el cual es Padre e Hijo y Espíritu Santo, una relación perfecta de amor que es unidad. De esto podemos comprender que todos nosotros hemos sido creados para entrar en una relación perfecta de amor, en un continuo donarnos y recibirnos para poder encontrar así la plenitud de nuestro ser.

Cuando Moisés, frente a la zarza ardiente, recibe la llamada de Dios, le pregunta cuál es su nombre. ¿Y qué responde Dios? «Yo soy el que soy» (*Éxodo* 3, 14). Esta expresión, en su sentido original, expresa presencia y favor, y de hecho a continuación Dios añade: «Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (v. 15). Así también Cristo, cuando llama a sus discípulos, les llama para que estén con Él. Esta por tanto es la gracia más grande: poder experimentar que la misa, la eucaristía, es el momento privilegiado de estar con Jesús, y, a través de Él, con Dios y con los hermanos.

Rezar, como todo verdadero diálogo, es también saber permanecer en silencio -en los diálogos hay momentos de silencio-, en silencio junto a Jesús. Y cuando nosotros vamos a misa, quizá llegamos cinco minutos antes y empezamos a hablar con este que está a nuestro lado. Pero no es el momento de hablar: es el momento del silencio para prepararnos al diálogo. Es el momento de recogerse en el corazón para prepararse al encuentro con Jesús. ¡El silencio es muy importante! Recordad lo que dije la semana pasada: no vamos a un espectáculo, vamos al encuentro con el Señor y el silencio nos prepara y nos acompaña. Permaneced en silencio junto a Jesús. Y del misterioso silencio de Dios brota su Palabra que resuena en nuestro corazón. Jesús mismo nos enseña cómo es realmente posible «estar» con el Padre y nos lo demuestra con su oración. Los Evangelios nos muestran a Jesús que se retira en lugares apartados a rezar; los discípulos, viendo esta íntima relación con el Padre, sienten el deseo de poder participar, y le preguntan: «Señor, enséñanos a orar» (*Lucas* 11, 1). Hemos escuchado en la primera lectura,

al principio de la audiencia. Jesús responde que la primera cosa necesaria para rezar es saber decir «Padre». Estemos atentos: si yo no soy capaz de decir «Padre» a Dios, no soy capaz de rezar. Tenemos que aprender a decir «Padre», es decir ponerse en la presencia con confianza filial. Pero para poder aprender, es necesario reconocer humildemente que necesitamos ser instruidos, y decir con sencillez: Señor, enséñame a rezar.

Este es el primer punto: ser humildes, reconocerse hijos, descansar en el Padre, fiarse de Él. Para entrar en el Reino de los cielos es necesario hacerse pequeños como niños. En el sentido de que los niños saben fiarse, saben que alguien se preocupará por ellos, de lo que comerán, de lo que se pondrán, etc. (cf. *Mateo 6, 25-32*). Esta es la primera actitud: confianza y confianza, como el niño hacia los padres; saber que Dios se acuerda de ti, cuida de ti, de ti, de mí, de todos.

La segunda predisposición, también propia de los niños, es dejarse sorprender. El niño hace siempre miles de preguntas porque desea descubrir el mundo; y se maravilla incluso de cosas pequeñas porque todo es nuevo para él. Para entrar en el Reino de los cielos es necesario dejarse maravillarse. En nuestra relación con el Señor, en la oración -pregunto- ¿nos dejamos maravillarse o pensamos que la oración es hablar a Dios como hacen los loros? No, es fiarse y abrir el corazón para dejarse maravillarse. ¿Nos dejamos sorprender por Dios que es siempre el Dios de las sorpresas? Porque el encuentro con el Señor es siempre un encuentro vivo, no es un encuentro de museo. Es un encuentro vivo y nosotros vamos a la misa no a un museo. Vamos a un encuentro vivo con el Señor.

En el Evangelio se habla de un cierto Nicodemo (*Juan 3, 1-21*), un hombre anciano, una autoridad en Israel, que va donde Jesús para conocerlo; y el Señor nos habla de la necesidad de «renacer de lo alto» (cf v. 3). ¿Pero qué significa? ¿Se puede «renacer»? ¿Volver a tener el gusto, la alegría, la maravilla de la vida, es posible, también delante de tantas tragedias? Esta es una pregunta fundamental de nuestra fe y este es el deseo de todo verdadero creyente: el deseo de renacer, la alegría de recomenzar. ¿Nosotros tenemos este deseo? ¿Cada uno de nosotros quiere renacer siempre para encontrar al Señor? ¿Tenéis este deseo vosotros? De hecho se puede perder fácilmente porque, a causa de tanta actividad, de tantos proyectos que realizar, al final nos queda poco tiempo y perdemos de vista lo que es fundamental: nuestra vida del corazón, nuestra vida espiritual, nuestra vida que es encuentro con el Señor en la oración.

En verdad, el Señor nos sorprende mostrándonos que Él nos ama también en nuestras debilidades. «Jesucristo [...] es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero (*1 Juan 2, 2*). Este don, fuente de verdadera consolación -pero el Señor nos perdona siempre- esto, consuela, es una verdadera consolación, es un don que se nos ha dado a través de la Eucaristía, ese banquete nupcial en el que el Esposo encuen-

tra nuestra fragilidad. ¿Puedo decir que cuando hago la comunión en la misa, el Señor encuentra mi fragilidad? ¡Sí! ¡Podemos decirlo porque esto es verdad! El Señor encuentra nuestra fragilidad para llevarnos de nuevo a nuestra primera llamada: esa de ser imagen y semejanza de Dios. Este es el ambiente de la eucaristía, esto es la oración.

Miércoles 22 de noviembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuando con las Catequisis sobre la misa, podemos preguntarnos: ¿Qué es esencialmente la misa? La misa es el memorial del Misterio pascual de Cristo. Nos convierte en partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte y da significado pleno a nuestra vida.

Por esto, para comprender el valor de la misa debemos ante todo entender entonces el significado bíblico del «memorial». «En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la Pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos». *Catecismo de la Iglesia Católica* (1363). Jesucristo, con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo llevó a término la Pascua. Y la misa es el memorial de su Pascua, de su «éxodo», que cumplió por nosotros, para hacernos salir de la esclavitud e introducirnos en la tierra prometida de la vida eterna. No es solamente un recuerdo, no, es más: es hacer presente aquello que ha sucedido hace veinte siglos.

La eucaristía nos lleva siempre al vértice de las acciones de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido para nosotros, vierte sobre vosotros toda la misericordia y su amor, como hizo en la cruz, para renovar nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Dice el Concilio Vaticano II: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual «Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado» (Cost. Dogm. *Lumen gentium*, 3).

Cada celebración de la eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado. Participar en la misa, en particular el domingo, significa entrar en la victoria del Resucitado, ser iluminados por su luz, calentados por su calor. A través de la celebración eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal. Y en su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos arrastra también a nosotros con Él para hacer la Pascua. En la misa se hace Pascua. Nosotros, en la misa, estamos con Jesús, muerto y resucitado y Él nos lleva adelante, a la vida eterna. En la misa nos unimos a Él. Es más, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él: «Yo estoy crucificado con Cristo -dice san Pablo- y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Gálatas* 2, 19-20). Así pensaba Pablo.

Su sangre, de hecho, nos libera de la muerte y del miedo a la muerte. Nos libera no solo del dominio de la muerte física, sino de la muerte espiritual que es

el mal, el pecado, que nos toma cada vez que caemos víctimas del pecado nuestro o de los demás. Y entonces nuestra vida se contamina, pierde belleza, pierde significado, se marchita.

Cristo, en cambio, nos devuelve la vida; Cristo es la plenitud de la vida, y cuando afrontó la muerte la derrota para siempre: «Resucitando destruyó la muerte y nos dio vida nueva». (Oración eucarística IV). La Pascua de Cristo es la victoria definitiva sobre la muerte, porque Él transformó su muerte en un supremo acto de amor. ¡Murió por amor! Y en la eucaristía, Él quiere comunicarnos su amor pascual, victorioso. Si lo recibimos con fe, también nosotros podemos amar verdaderamente a Dios y al prójimo, podemos amar como Él nos ha amado, dando la vida.

Si el amor de Cristo está en mí, puedo darme plenamente al otro, en la certeza interior de que si incluso el otro me hiriera, yo no moriría; de otro modo, debería defenderme. Los mártires dieron la vida precisamente por esta certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte. Solo si experimentamos este poder de Cristo, el poder de su amor, somos verdaderamente libres de darnos sin miedo. Esto es la misa: entrar en esta pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús; cuando vamos a misa es si como fuéramos al calvario, lo mismo. Pero pensad vosotros: si nosotros en el momento de la misa vamos al calvario -pensemos con imaginación- y sabemos que aquel hombre allí es Jesús. Pero, ¿nos permitiremos charlar, hacer fotografías, hacer espectáculo? ¡No! ¡Porque es Jesús! Nosotros seguramente estaremos en silencio, en el llanto y también en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para celebrar la misa pensemos esto: entro en el calvario, donde Jesús da su vida por mí. Y así desaparece el espectáculo, desaparecen las charlas, los comentarios y estas cosas que nos alejan de esto tan hermoso que es la misa, el triunfo de Jesús.

Creo que hoy está más claro cómo la Pascua se hace presente y operante cada vez que celebramos la misa, es decir, el sentido del memorial. La participación en la eucaristía nos hace entrar en el misterio pascual de Cristo, regalándonos pasar con Él de la muerte a la vida, es decir, allí en el calvario. La misa es rehacer el calvario, no es un espectáculo.

Aula Pablo VI. Miércoles, 13 de diciembre de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Retomando el camino de catequesis sobre la misa, hoy nos preguntamos: ¿Por qué ir a misa el domingo?

La celebración dominical de la eucaristía está en el centro de la vida de la Iglesia (cf. *Catequismo de la Iglesia Católica*, n.2177). Nosotros cristianos vamos a misa el domingo para encontrar al Señor resucitado, o mejor, para dejarnos encontrar por Él, escuchar su palabra, alimentarnos en su mesa y así convertirnos en Iglesia, es decir, en su Cuerpo místico viviente en el mundo.

Lo entendieron, desde la primera hora, los discípulos de Jesús, los que celebraron el encuentro eucarístico con el Señor en el día de la semana que los hebreos llamaban «el primero de la semana» y los romanos «día del sol» porque en ese día Jesús había resucitado de entre los muertos y se había aparecido a los discípulos, hablando con ellos, comiendo con ellos y dándoles el Espíritu Santo (cf. *Mateo* 28, 1; *Marcos* 16, 9-14; *Lucas* 24, 1-13; *Juan* 20, 1-19), como hemos escuchado en la lectura bíblica. También la gran efusión del Espíritu Santo en Pentecostés sucede en domingo, el quincuagésimo día después de la resurrección de Jesús. Por estas razones, el domingo es un día santo para nosotros, santificado por la celebración eucarística, presencia viva del Señor entre nosotros y para nosotros. ¡Es la misa, por lo tanto, lo que hace el domingo cristiano! El domingo cristiano gira en torno a la misa. ¿Qué domingo es, para un cristiano, en el que falta el encuentro con el Señor?

Hay comunidades cristianas en las que, desafortunadamente, no pueden disfrutar de la misa cada domingo; sin embargo, también estas, en este día santo, están llamadas a recogerse en oración en el nombre del Señor, escuchando la palabra de Dios y manteniendo vivo el deseo de la eucaristía.

Algunas sociedades seculares han perdido el sentido cristiano del domingo iluminado por la eucaristía. ¡Es una lástima esto! En estos contextos es necesario reanimar esta conciencia, para recuperar el significado de la fiesta, el significado de la alegría, de la comunidad parroquial, de la solidaridad, del reposo que restaura el alma y el cuerpo (cf. *Catequismo de la Iglesia católica* nn. 2177-2188). De todos estos valores la eucaristía es la maestra, domingo tras domingo. Por eso, el Concilio Vaticano II quiso reafirmar que «el domingo es el día de fiesta primordial que debe ser propuesto e inculcado en la piedad de los fieles, de modo que se convierta también en día de alegría y abstención del trabajo» (Cost. *Sacrosanctum Concilium*, 106)

La abstención dominical del trabajo no existía en los primeros siglos: es una aportación específica del cristianismo. Por tradición bíblica los judíos reposan el sábado, mientras que en la sociedad romana no estaba previsto un día semanal

de abstención de los trabajos serviles. Fue el sentido cristiano de vivir como hijos y no como esclavos, animado por la eucaristía, el que hizo del domingo -casi universalmente- el día de reposo.

Sin Cristo estamos condenados a estar dominados por el cansancio de lo cotidiano, con sus preocupaciones y por el miedo al mañana. El encuentro dominical con el Señor nos da la fuerza para vivir el hoy con confianza y coraje y para ir adelante con esperanza. Por eso, nosotros cristianos vamos a encontrar al Señor el domingo en la celebración eucarística.

La comunión eucarística con Jesús, Resucitado y Vivo para siempre, anticipa el domingo sin atardecer, cuando ya no haya fatiga ni dolor, ni luto, ni lágrimas sino solo la alegría de vivir plenamente y para siempre con el Señor. También de este bendito reposo nos habla la misa del domingo, enseñándonos, en el fluir de la semana, a confiarnos a las manos del Padre que está en los cielos.

¿Qué podemos responder a quien dice que no hay que ir a misa, ni siquiera el domingo, porque lo importante es vivir bien y amar al prójimo? Es cierto que la calidad de la vida cristiana se mide por la capacidad de amar, como dijo Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Juan* 13, 35); ¿Pero cómo podemos practicar el Evangelio sin sacar la energía necesaria para hacerlo, un domingo después de otro, en la fuente inagotable de la eucaristía? No vamos a misa para dar algo a Dios, sino para recibir de Él aquello de lo que realmente tenemos necesidad. Lo recuerda la oración de la Iglesia, que así se dirige a Dios: «Tú no tienes necesidad de nuestra alabanza, pero por un regalo de tu amor llámanos para darte las gracias; nuestros himnos de bendición no aumentan tu grandeza, pero nos dan la gracia que nos salva» (*Misal Romano*, Prefacio común IV).

En conclusión, ¿por qué ir a misa el domingo? No es suficiente responder que es un precepto de la Iglesia; esto ayuda a preservar su valor, pero solo no es suficiente. Nosotros cristianos tenemos necesidad de participar en la misa dominical porque solo con la gracia de Jesús, con su presencia viva en nosotros y entre nosotros, podemos poner en práctica su mandamiento y así ser sus testigos creíbles.

Aula Pablo VI. Miércoles, 20 de diciembre de 2017

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

Hoy quisiera entrar en el vivo de la celebración eucarística. La misa está formada de dos partes, que son la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre ellas que forman un único acto de culto (cf. *Sacro-sanctum Concilium*, 56; *Instrucción General del Misal Romano*, 28). Introducida por algunos ritos preparatorios y concluida por otros, la celebración es por tanto un único cuerpo y no se puede separar, pero para una mejor comprensión trataré de explicar sus diferentes momentos, cada uno de los cuales es capaz de tocar e implicar una dimensión de nuestra unidad. Es necesario conocer estos santos signos para vivir plenamente la misa y saborear toda su belleza.

Cuando el pueblo está reunido, la celebración se abre con los ritos introductorios, incluidas la entrada de los celebrantes o del celebrante, el saludo - «El Señor esté con vosotros», «La paz esté con vosotros» -, el acto penitencial - «Yo confieso», donde nosotros pedimos perdón por nuestros pecados-, el *Kyrie eleison*, el himno del Gloria y la oración colecta: se llama «oración colecta» no porque allí se hace la colecta de las ofrendas: es la colecta de las intenciones de oración de todos los pueblos; y esa colecta de las intenciones de los pueblos sube al cielo como oración. Su fin -de estos ritos introductorios- es hacer «que los fieles reunidos en la unidad construyan la comunión y se dispongan debidamente a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía» (*Instrucción General del Misal Romano*, 46). No es una buena costumbre mirar el reloj y decir: «Voy bien de hora, llego después del sermón y con esto cumplo el precepto». La misa empieza con la señal de la cruz, con estos ritos introductorios, porque allí empezamos a adorar a Dios como comunidad. Y por esto es importante prever no llegar tarde, más bien antes, para preparar el corazón a este rito, a esta celebración de la comunidad.

Mientras normalmente tiene lugar el canto de ingreso, el sacerdote con los otros ministros llega en procesión al presbiterio, y aquí saluda el altar con una reverencia y, en signo de veneración, lo besa y, cuando hay incienso, lo incienso. ¿Por qué? Porque el altar es Cristo: es figura de Cristo. Cuando nosotros miramos al altar, miramos donde está Cristo. El altar es Cristo. Estos gestos, que corren el riesgo de pasar inobservados, son muy significativos, porque expresan desde el principio que la misa es un encuentro de amor con Cristo, el cual «por la ofrenda de su Cuerpo realizada en la cruz [...] se hizo por nosotros sacerdote, altar y víctima» (prefacio pascual V). El altar, de hecho, en cuanto signo de Cristo, «es el centro de la acción de gracias que se consuma en la Eucaristía» (*Instrucción General del Misal Romano*, 296), y toda la comunidad en torno al altar, que es Cristo; no por mirarse la cara, sino para mirar a Cristo, porque Cristo es el centro de la

comunidad, no está lejos de ella.

Después está el signo de la cruz. El sacerdote que preside lo hace sobre sí y hacen lo mismo todos los miembros de la asamblea, conscientes de que el acto litúrgico se realiza «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Y aquí paso a otro tema pequeñísimo. ¿Vosotros habéis visto como se hacen los niños la señal de la cruz? No saben qué hacen: a veces hacen un gesto, que no es el gesto de la señal de la cruz. Por favor: mamá y papá, abuelos, enseñad a los niños, desde el principio -de pequeños- a hacer bien la señal de la cruz. Y explicadle qué es tener como protección la cruz de Jesús. Y la misa empieza con la señal de la cruz. Toda la oración se mueve, por así decir, en el espacio de la Santísima Trinidad -«En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo»-, que es espacio de comunión infinita; tiene como origen y como fin el amor de Dios Uno y Trino, manifestado y donado a nosotros en la Cruz de Cristo. De hecho su misterio pascual es don de la Trinidad, y la eucaristía fluye siempre de su corazón atravesado. Marcándonos con la señal de la cruz, por tanto, no solo recordamos nuestro Bautismo, sino que afirmamos que la oración litúrgica es el encuentro con Dios en Cristo Jesús, que por nosotros se ha encarnado, ha muerto en la cruz y ha resucitado glorioso.

El sacerdote, por tanto, dirige un saludo litúrgico, con la expresión: «El Señor esté con vosotros» u otra parecida -hay varias-, y la asamblea responde: «Y con tu espíritu». Estamos en diálogo; estamos al principio de la misa y debemos pensar en el significado de todos estos gestos y palabras.

Estamos entrando en una «sinfonía», en la cual resuenan varias tonalidades de voces, incluido tiempos de silencio, para crear el «acuerdo» entre todos los participantes, es decir reconocerse animados por un único Espíritu y por un mismo fin. En efecto «con este saludo y con la respuesta del pueblo se manifiesta el misterio de la Iglesia congregada» (*Instrucción General del Misal Romano*, 50). Se expresa así la fe común y el deseo mutuo de estar con el Señor y vivir la unidad con toda la comunidad.

Y esta es una sinfonía orante, que se está creando y presenta enseguida un momento muy tocante, porque quien preside invita a todos a reconocer los propios pecados. Todos somos pecadores. No lo sé, quizá alguno de vosotros no es pecador... Si alguno no es pecador que levante la mano, por favor, así todos lo vemos. Pero no hay manos levantadas, va bien: ¡tenéis buena la fe! Todos somos pecadores; y por eso al inicio de la misa pedimos perdón. Y el acto penitencial. No se trata solamente de pensar en los pecados cometidos, sino mucho más: es la invitación a confesarse pecadores delante de Dios y delante de la comunidad, delante de los hermanos, con humildad y sinceridad, como el publicano en el templo. Si realmente la eucaristía hace presente el misterio pascual, es decir el pasaje de Cristo de la muerte a la vida, entonces lo primero que tenemos que hacer es reconocer cuáles son nuestras situaciones de muerte para poder resurgir

con Él a la vida nueva. Esto nos hace comprender lo importante que es el acto penitencial. Y por esto retomaremos el argumento en la próxima catequesis.

Vamos paso a paso en la explicación de la misa. Pero os pido: ¡enseñad bien a los niños a hacer la señal de la cruz, ¡por favor!

CARTAS

**Carta del Papa Francisco
con ocasión del VIII Centenario de la Custodia de Tierra Santa**

Para el Reverendísimo Padre Francisco Patton, O.F.M., Custodio de Tierra Santa.

He sabido con alegría que esta Custodia, con motivo de los 800 años de la presencia franciscana en Tierra Santa, ha querido celebrar ese aniversario importante y feliz con numerosas iniciativas religiosas, pastorales y culturales, todas ellas orientadas al redescubrimiento de la encomiable contribución de los «hermanos de la cuerda» -como se les llamaba- en los lugares donde el Hijo de Dios se hizo carne, y habitó entre nosotros (cf. *Juan* 1, 14). En esta ocasión, me complace dirigirle un saludo especial al igual que a todos los hermanos, que así mantienen vivo el testimonio cristiano, estudian las Escrituras y acogen a los peregrinos.

El seráfico padre Francisco, en el capítulo de Pentecostés en mayo de 1217, abrió la Orden a la dimensión «misionera y universal», enviando a sus hermanos a todas las naciones como testigos de fe, de fraternidad y de paz; y así se creó la Provincia de Tierra Santa, en un principio llamada de Ultramar o de Siria. Este ampliarse del horizonte de la evangelización fue el comienzo de una aventura extraordinaria, que llevó hace ocho siglos a los primeros frailes menores a embarcar en Acre, donde el pasado 11 de junio, empezasteis las celebraciones del centenario, renovando vuestra adhesión a la llamada de Jesús, en fidelidad al Evangelio y a la Iglesia.

Asiduos en la contemplación y la oración, sencillos y pobres, obedientes al Obispo de Roma, también estáis comprometidos en el presente a vivir en Tierra Santa junto a los hermanos de diferentes culturas, etnias y religiones, sembrando la paz, la hermandad y el respeto.

Es bien sabida vuestra disponibilidad para acompañar los pasos de los peregrinos procedentes de todo el mundo a través de la acogida y la guía. Os habéis dedicado a la búsqueda de los testimonios arqueológicos y al estudio atento de las Sagradas Escrituras, atesorando la famosa frase de san Jerónimo, que durante muchos años vivió retirado en Belén: «La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (*Comm. in Is., Prol.: PL 24,17*).

No quiero olvidar, además de la custodia y de la animación de los santuarios, vuestro compromiso al servicio de la comunidad eclesial local. Os animo a perseverar alegres en el apoyo a nuestros hermanos, especialmente los más pobres y los más débiles; en la educación de la juventud -que a menudo corre el riesgo de perder la esperanza en un contexto todavía sin paz-; en la acogida de los ancianos y el cuidado de los enfermos, viviendo concretamente en la cotidianidad las obras de misericordia.

Uniéndome a mis venerados predecesores, comenzando con Clemente VI que, con la bula *Gratias agimus* os confío la custodia de los Santos Lugares, quiero renovar ese mandato, alentándoos a ser testigos alegres del Resucitado en Tierra Santa.

Sois embajadores de todo el Pueblo de Dios que con generosidad siempre os ha sostenido, en particular, a través de la «Colecta para Tierra Santa», que contribuye a garantizar que en la Tierra de Jesús la fe se haga visible mediante las obras. De manera especial os sostiene, en nombre del Sucesor de Pedro, la Congregación para las Iglesias Orientales, que en estos días celebra su centenario.

Por último, deseo recordaos las palabras de vuestro fundador, «Aconsejo de veras, amonesto y exhorto a mis hermanos en el Señor Jesucristo que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan con palabras (cf. 2 *Timoteo* 2,14), ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, como conviene» (*Regla bulada* , 3, 10-11: ff 85).

Confío la Custodia de Tierra Santa, cada una de sus comunidades y todos los frailes a la protección maternal de la Virgen María y, mientras invoco la intercesión de vuestro santo patrón Antonio de Padua, os imparto de corazón la bendición apostólica.

Desde el Vaticano, 17 de octubre, 2017.

**Carta del Papa Francisco
con ocasión del centenario de la promulgación
de la carta apostólica "Maximum illud" sobre la actividad
desarrollada por los misioneros en el mundo**

Al venerable Hermano Cardenal Fernando FILONI, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos

El 30 de noviembre de 2019 se cumplirá el centenario de la promulgación de la Carta apostólica *Maximum illud*, con la que Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio. Corría el año 1919 cuando el Papa, tras un tremendo conflicto mundial que él mismo definió como una «matanza inútil»[1], comprendió la necesidad de dar una impronta evangélica a la misión en el mundo, para purificarla de cualquier adherencia colonial y apartarla de aquellas miras nacionalistas y expansionistas que causaron tantos desastres. «La Iglesia de Dios es católica y propia de todos los pueblos y naciones»[2], escribió, exhortando también a rechazar cualquier forma de búsqueda de un interés, ya que sólo el anuncio y la caridad del Señor Jesús, que se difunden con la santidad de vida y las buenas obras, son la única razón de la misión. Así, haciendo uso de las herramientas conceptuales y comunicativas de la época, Benedicto XV dio un gran impulso a la *missio ad gentes*, proponiéndose despertar la conciencia del deber misionero, especialmente entre los sacerdotes.

Esto responde a la perenne invitación de Jesús: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda criatura» (*Mc* 16,15). Cumplir con este mandato del Señor no es algo secundario para la Iglesia; es una «tarea ineludible», como recordó el Concilio Vaticano II[3], ya que la Iglesia es «misionera por su propia naturaleza»[4]. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»[5]. Para responder a esa identidad y proclamar que Jesús murió en la cruz y resucitó por todos, que es el Salvador viviente y la Misericordia que salva, «la Iglesia -afirma el Concilio- debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación de sí mismo»[6], para que pueda transmitir realmente al Señor, «modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que todos aspiran»[7].

Este empeño de Benedicto XV, de hace casi cien años, así como todo lo que el Documento conciliar nos enseña desde hace más de cincuenta años, siguen siendo de gran actualidad. Hoy, como entonces, «la Iglesia, enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos, sabe que tiene que llevar a cabo todavía una ingente labor misionera»[8]. A este respecto, san Juan Pablo II observó que «la misión de Cristo Redentor, con-

fiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse», y que «una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio»[9]. Por eso él, usando unas palabras que deseo ahora proponer de nuevo a todos, exhortó a la Iglesia a un «*renovado compromiso misionero*», convencido de que la misión «renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡*La fe se fortalece dándola!* La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal»[10].

En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que recoge los frutos de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada para reflexionar sobre la *nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, quise presentar de nuevo a la Iglesia esta urgente vocación: «Juan Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque esta es la tarea primordial de la Iglesia”. La actividad misionera “representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia” y “la causa misionera debe ser la primera”. ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia»[11].

Lo que quería decir entonces me parece que sigue siendo absolutamente urgente: «Tiene un sentido programático y consecuencias importantes. Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una “simple administración”. Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un “estado permanente de misión”»[12]. Con la confianza en Dios y con mucho ánimo, no tengamos miedo de realizar «una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de *salida* y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, “toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial”»[13].

La Carta apostólica *Maximum illud* exhortó, con espíritu profético y franqueza evangélica, a salir de los confines de las naciones para testimoniar la voluntad salvífica de Dios a través de la misión universal de la Iglesia. Que la fecha ya

cercana del centenario de esta carta sea un estímulo para superar la tentación recurrente que se esconde en toda clase de introversión eclesial, en la clausura autorreferencial en la seguridad de los propios confines, en toda forma de pesimismo pastoral, en cualquier nostalgia estéril del pasado, para abrirnos en cambio a la gozosa novedad del Evangelio. También en nuestro tiempo, desgarrado por la tragedia de las guerras y acechado por una triste voluntad de acentuar las diferencias y fomentar los conflictos, la Buena Noticia de que en Jesús el perdón vence al pecado, la vida derrota a la muerte y el amor gana al temor, llegue también con ardor renovado a todos y les infunda confianza y esperanza.

Con estos sentimientos, y acogiendo la propuesta de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, convoco un *mes misionero extraordinario* en octubre de 2019, con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral. Nos podremos disponer para ello, también durante el mes misionero de octubre del próximo año, para que todos los fieles lleven en su corazón el anuncio del Evangelio y la conversión misionera y evangelizadora de las propias comunidades; para que crezca el amor por la misión, que «es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo»[14].

A usted, venerado Hermano, al Dicasterio que preside y a las Pontificias Obras Misioneras confío la tarea de preparar este evento, especialmente a través de una amplia sensibilización de las Iglesias particulares, de los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, así como de las asociaciones, los movimientos, las comunidades y otras realidades eclesiales. Que el mes misionero extraordinario sea un tiempo de gracia intensa y fecunda para promover iniciativas e intensificar de manera especial la oración -alma de toda misión-, el anuncio del Evangelio, la reflexión bíblica y teológica sobre la misión, las obras de caridad cristiana y las acciones concretas de colaboración y de solidaridad entre las Iglesias, de modo que se avive el entusiasmo misionero y nunca nos lo roben[15].

Vaticano, 22 de octubre de 2017.

Domingo XXIX del tiempo ordinario. Memoria de san Juan Pablo II. Jornada Misionera Mundial.

NOTAS:

- [1] *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes*, 1 agosto 1917: AAS IX (1917), 421-423.
- [2] Benedicto XV, Carta ap. *Maximum illud*, 30 noviembre 1919: AAS 11 (1919), 445.
- [3] Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 7 diciembre 1965, 7: AAS 58 (1966), 955.
- [4] *Ibid.*, 2: AAS 58 (1966), 948.
- [5] Pablo VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi*, 8 diciembre 1975, 14: AAS 68 (1976), 13.
- [6] Decreto *Ad gentes*, 5: AAS 58 (1966), 952.
- [7] *Ibid.*, 8: AAS 58 (1966), 956-957.

-
- [8] *Ibid.*, 10: *AAS* 58 (1966), 959.
[9] Carta enc. *Redemptoris missio*, 7 diciembre 1990, 1: *AAS* 83 (1991), 249.
[10] *Ibid.*, 2: *AAS* 83 (1991), 250-251.
[11] Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium*, N.15: *AAS* 105 (2013), 1026.
[12] *Ibid.*, 25: *AAS* 105 (2013), 1030.
[13] *Ibid.*, 27: *AAS* 105 (2013), 1031.
[14] *Ibid.*, 268: *AAS* 105 (2013), 1128.
[15] *Ibid.*, 80: *AAS* 105 (2013), 1053.

CARTAS APOSTÓLICAS

**Carta Apostólica del Papa Francisco
en forma de motu proprio *SUMMA FAMILIAE CURA* con la que se
instituye el Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del
matrimonio y de la familia**

Animado por la mayor atención a la familia, San Juan Pablo II, como seguimiento del Sínodo de los Obispos de 1980 sobre la familia y de la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* de 1981, con la Constitución apostólica *Magnum Matrimonii sacramentum* confirió una forma jurídica estable al Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, que opera en la Universidad Pontificia Lateranense. Desde entonces, éste ha desarrollado un trabajo provechoso de profundización teológica y de formación pastoral tanto en su sede central de Roma, como en las secciones extraurbanas, presentes ya en todos los continentes.

Más recientemente, la Iglesia ha dado un paso sucesivo en el camino sinodal poniendo nuevamente en el centro de la atención la realidad del matrimonio y la familia, en primer lugar en la Asamblea extraordinaria de 2014, dedicada a «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización» y, después, en la ordinaria de 2015 sobre «La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La culminación de este intenso recorrido ha sido la Exhortación apostólica post-sinodal *Amoris Laetitia*, publicada el 19 de marzo de 2016.

Esta estación sinodal ha llevado a la Iglesia a una renovada conciencia del Evangelio de la familia y de los nuevos desafíos pastorales a los que la comunidad cristiana está llamada a responder. La centralidad de la familia en los caminos de «conversión pastoral»[1] de nuestras comunidades y de «transformación misionera de la Iglesia»[2] requiere que -incluso en el ámbito de la formación académica- en la reflexión sobre el matrimonio y la familia no falten nunca la perspectiva pastoral y la atención a las heridas de la humanidad. Si no se puede llevar a cabo una profundización fructuosa de la teología pastoral sin tener en cuenta el peculiar perfil eclesial de la familia[3], por otro lado, no escapa a la misma solicitud pastoral de la Iglesia el valioso aporte del pensamiento y de la reflexión que indaguen, del modo más profundo y riguroso, la verdad de la revelación y la sabiduría de la tradición de la fe, con el fin de su mayor inteligencia en el tiempo presente. «El bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia. [...] Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia»[4].

El cambio antropológico y cultural, que influye hoy en todos los aspectos de la vida y requiere un enfoque analítico y diversificado, no nos permite limitarnos a prácticas de la pastoral y de la misión que reflejan formas y modelos del pasado. Debemos ser intérpretes conscientes y apasionados de la sabiduría de la fe en un contexto en el que los individuos están menos sostenidos que en el pasado por las estructuras sociales, en su vida afectiva y familiar. Con el límpido propósito de permanecer fieles a las enseñanzas de Cristo debemos, por lo tanto, mirar con intelecto de amor y con sabio realismo, la realidad de la familia, hoy, en toda su complejidad, en sus luces y sombras[5].

Por estas razones he considerado oportuno ofrecer un nuevo marco jurídico al Instituto Juan Pablo II, para que «la intuición clarividente de San Juan Pablo ii, que quiso firmemente esta institución académica, hoy [pueda] ser todavía mejor reconocida y apreciada en su fecundidad y actualidad»[6].

Por lo tanto, he tomado la decisión de instituir un Instituto Teológico para Ciencias del Matrimonio y la Familia, ampliando su campo de interés, sea por las nuevas dimensiones de la tarea pastoral y de la misión eclesial, sea en referencia al desarrollo de las ciencias humanas y de la cultura antropológica en un campo tan fundamental para la cultura de la vida.

art. 1

Con el presente Motu Proprio instituyo el *Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y la Familia*, que, vinculada a la Pontificia Universidad Lateranense, suceda, sustituyéndolo al Pontificio Instituto Juan Pablo ii para estudios sobre el Matrimonio y la Familia, establecido por la Constitución apostólica *Magnum Matrimonii sacramentum*, que por lo tanto cesa. Será deber, sin embargo, que la inspiración original que dio origen al cesado Instituto para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia siga fecundando el campo más amplio de compromiso del nuevo Instituto Teológico, contribuyendo eficazmente a que sea plenamente compatible con las exigencias actuales de la misión pastoral de la Iglesia.

art. 2

El nuevo Instituto será, en el contexto de las instituciones pontificias, un centro académico de referencia, al servicio de la misión de la Iglesia universal, en el campo de las ciencias relacionadas con el matrimonio y la familia y respecto a los temas asociados con la alianza fundamental del hombre y de la mujer para el cuidado y la generación de la creación.

art. 3

La relación especial del nuevo Instituto Teológico con el ministerio y el magisterio de la Santa Sede se verá respaldada además por la relación privilegiada que establecerá, en las formas que serán mutuamente concordadas, con la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para los Laicos, la Familia

y la Vida y con la Pontificia Academia para la Vida.

art. 4

§ 1. El Pontificio Instituto Teológico, así renovado, adaptará sus estructuras y dispondrá de las herramientas necesarias - cátedras, profesores, programas, personal administrativo - para realizar la misión científica y eclesial que se le asigna.

§ 2. Las autoridades académicas del Instituto Teológico son el Gran Canciller, el Presidente y el Consejo del Instituto.

§ 3. El Instituto Teológico tiene la facultad de conferir *iure proprio* a sus alumnos los siguientes títulos académicos: Doctorado en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; la Licencia en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia; el Diploma en Ciencias sobre el Matrimonio y la Familia.

art. 5

Lo que establece el presente Motu proprio será profundizado y definido en sus propios estatutos aprobados por la Santa Sede. En particular, se identificarán las formas más adecuadas para promover la cooperación y la confrontación, en los ámbitos de la enseñanza y la investigación, entre las autoridades del Instituto Teológico y las de la Pontificia Universidad Lateranense.

art. 6

Hasta la aprobación de los nuevos Estatutos, el Instituto Teológico se regirá temporalmente por las normas estatutarias hasta ahora vigentes en el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, comprendidas la estructuración en secciones y las respectivas normas, en la medida en que no se opongan al presente Motu proprio.

Todo lo deliberado con esta Carta apostólica en forma de Motu proprio, ordeno que se observe en todas sus partes, a pesar de cualquier disposición en contrario, aunque digna de mención especial, y establezco que sea promulgado mediante la publicación en el diario *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el día de la promulgación, y que se inserte sucesivamente en *Acta Apostolicae Sedis*.

Datado en Roma, en San Pedro, el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen María del año 2017, quinto de nuestro Pontificado.

NOTAS:

[1] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 26-32.

[2] Cf. *Ibd.*, cap. I.

[3] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, 11.

[4] Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 31; cfr Juan Pablo II, Exhort. apo. postsin. *Familiaris Consortio*, 4.

[5] Cfr, Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 32.

[6] *Discurso a la comunidad académica del Pontificio Instituto Juan Pablo II de Estudios sobre Matrimonio y Familia*, 27 octubre 2016 *L'Osservatore Romano*, 28 de octubre 2016 p.8.

DISCURSOS

**Discurso del Papa Francisco
con motivo del XXI Aniversario del Catecismo de la Iglesia Católica**

Aula del Sínodo. Miércoles, 11 de octubre de 2017.

Señores Cardenales, Queridos Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, Señores Embajadores, Ilustrísimos Profesores, hermanos y hermanas:

Los saludo cordialmente y le agradezco a Mons. Fisichella sus amables palabras.

La celebración del vigésimo quinto aniversario de la Constitución apostólica *Fidei depositum*, con la que san Juan Pablo II, a los treinta años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, promulgó el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es una oportunidad significativa para verificar el camino recorrido desde entonces. San Juan XXIII quiso y deseó el Concilio, no para condenar errores, sino sobre todo para hacer que la Iglesia lograra presentar con un lenguaje renovado la belleza de su fe en Jesucristo. «Es necesario -afirmaba el papa en su *Discurso de apertura-* que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico» (11 octubre 1962). «Deber nuestro -continuaba el Pontífice- no es sólo custodiar ese precioso tesoro, como si únicamente nos preocupara su antigüedad, sino dedicarnos también, con diligencia y sin temor, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que desde hace veinte siglos recorre la Iglesia» (*ibid.*).

«*Custodiar*» y «*proseguir*» es la tarea que le compete a la Iglesia, en razón de su misma naturaleza, para lograr que la verdad impresa en el anuncio del Evangelio por parte de Jesús alcance su plenitud hasta el fin de los tiempos. Se trata de una *gracia* concedida al Pueblo de Dios, pero también de una *tarea* y una *misión* de la que nos sentimos responsables, para anunciar de una manera nueva y más íntegra el Evangelio de siempre a los hombres de hoy. Con la alegría que brota de la esperanza cristiana, y provistos de la «medicina de la misericordia» (*ibid.*), nos acercamos pues a los hombres y mujeres de nuestro tiempo para que descubran la riqueza inagotable de la persona de Jesucristo.

Al presentar el *Catecismo de la Iglesia Católica*, san Juan Pablo II afirmaba que un catecismo «debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que en el curso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún» (Const. ap. *Fidei depositum*,

3). Este *Catecismo*, por tanto, constituye un instrumento importante, no sólo porque presenta a los creyentes las enseñanzas de siempre, para crecer en la comprensión de la fe, sino también y sobre todo porque pretende que los hombres de nuestro tiempo, con sus nuevas y diversas problemáticas, se acerquen a la Iglesia, que se esfuerza por presentar la fe como la respuesta verdaderamente significativa para la existencia humana en este momento histórico particular. No basta, por tanto, con encontrar un lenguaje nuevo para proclamar la fe de siempre; es necesario y urgente que, ante los nuevos retos y perspectivas que se abren para la humanidad, la Iglesia pueda expresar esas novedades del Evangelio de Cristo que se encuentran contenidas en la Palabra de Dios pero aún no han visto la luz. Este es el tesoro de las «cosas nuevas y antiguas» del que hablaba Jesús cuando invitaba a sus discípulos a que enseñaran lo nuevo que él había instaurado sin descuidar lo antiguo (cf. *Mt* 13,52).

El evangelista Juan escribió una de las páginas más bellas de su Evangelio al transmitirnos la llamada «oración sacerdotal» de Jesús. Antes de afrontar su pasión y su muerte, Jesús se dirige al Padre manifestando su obediencia mediante el cumplimiento de la misión que se le había confiado. Sus palabras son un himno al amor, y contienen también la súplica para que los discípulos sean custodiados y protegidos (cf. *Jn* 17,12-15). De la misma forma, Jesús ora por los que más adelante creerán en él gracias a la predicación de sus discípulos, para que también ellos sean congregados y permanezcan unidos (cf. *Jn* 17,20-23). Con la expresión: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn* 17,3), tocamos el culmen de la misión de Jesús.

Como se sabe, conocer a Dios no consiste en primer lugar en un ejercicio teórico de la razón humana sino en un deseo inextinguible inscrito en el corazón de cada persona. Es un conocimiento que procede del amor, porque hemos encontrado al Hijo de Dios en nuestro camino (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 28). Jesús de Nazaret camina con nosotros para introducirnos con su palabra y con sus signos en el misterio profundo del amor del Padre. Este conocimiento se afianza, día tras día, con la certeza de la fe de sentirse amados y, por eso, formando parte de un designio lleno de sentido. Quien ama busca conocer aún más a la persona amada para descubrir la riqueza que lleva en sí y que cada día se presenta como una realidad totalmente nueva.

Por este motivo, nuestro *Catecismo* se entiende a la luz del amor como experiencia de conocimiento, de confianza y de abandono en el misterio. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, al delinear los puntos estructurales que lo componen, retoma un texto del *Catecismo Romano*, lo hace suyo, proponiéndolo como clave de lectura y de aplicación: «Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer; pero sobre todo debe resaltarse que el amor

de Nuestro Señor siempre prevalece, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el amor, ni otro término que el amor» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 25).

En esta perspectiva, me gustaría referirme a un tema que debería ser tratado en el *Catecismo de la Iglesia Católica* de una manera más adecuada y coherente con estas finalidades mencionadas. Me refiero de hecho a la *pena de muerte*. Esta cuestión no se puede reducir al mero recuerdo de un principio histórico, sin tener en cuenta no sólo el progreso de la doctrina llevado a cabo por los últimos Pontífices, sino también el cambio en la conciencia del pueblo cristiano, que rechaza una actitud complaciente con respecto a una pena que menoscaba gravemente la dignidad humana. Hay que afirmar de manera rotunda que la condena a muerte, en cualquier circunstancia, es una medida inhumana que humilla la dignidad de la persona. Es en sí misma contraria al Evangelio porque con ella se decide suprimir voluntariamente una vida humana, que es siempre sagrada a los ojos del Creador y de la que sólo Dios puede ser, en última instancia, su único juez y garante. Jamás ningún hombre, «ni siquiera el homicida, pierde su dignidad personal» (*Carta al Presidente de la Comisión Internacional contra la pena de muerte*, 20 marzo 2015), porque Dios es un Padre que siempre espera el regreso del hijo que, consciente de haberse equivocado, pide perdón y empieza una nueva vida. Por tanto, a nadie se le puede quitar la vida ni la posibilidad de una redención moral y existencial que redunde en favor de la comunidad.

En los siglos pasados, cuando no se tenían muchos instrumentos de defensa y la madurez social todavía no se había desarrollado de manera positiva, el recurso a la pena de muerte se presentaba como una consecuencia lógica de la necesaria aplicación de la justicia. Lamentablemente, también en el Estado Pontificio se acudió a este medio extremo e inhumano, descuidando el primado de la misericordia sobre la justicia. Asumimos la responsabilidad por el pasado, y reconocemos que estos medios fueron impuestos por una mentalidad más legalista que cristiana. La preocupación por conservar íntegros el poder y las riquezas materiales condujo a sobrestimar el valor de la ley, impidiendo una comprensión más profunda del Evangelio. Sin embargo, permanecer hoy neutrales ante las nuevas exigencias de una reafirmación de la dignidad de la persona nos haría aún más culpables.

Aquí no estamos en presencia de ninguna contradicción con la enseñanza del pasado, porque la Iglesia siempre ha enseñado de manera coherente y autorizada la defensa de la dignidad de la vida humana, desde el primer instante de su concepción hasta su muerte natural. El desarrollo armónico de la doctrina, sin embargo, requiere que se deje de sostener afirmaciones en favor de argumentos que ahora son vistos como definitivamente contrarios a la nueva comprensión de la verdad cristiana. Además, como ya mencionaba san Vicente de Lerins: «Quizá

alguien diga: ¿Ningún progreso de la religión es entonces posible en la Iglesia de Cristo? Ciertamente que debe haber progreso, y muy grande. ¿Quién podría ser tan hostil a los hombres y tan contrario a Dios que intentara impedirlo?» (*Conmonitorium*, 23.1: PL 50). Es necesario, por tanto, reafirmar que por grave que haya sido el delito cometido la pena de muerte es inadmisibles, porque atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona.

«La Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, 8). Durante el Concilio, los Padres no pudieron encontrar una expresión más afortunada para explicar de manera sintética la naturaleza y la misión de la Iglesia. No sólo con la «doctrina», sino también con la «vida» y con el «culto» se le ofrece a los creyentes la capacidad de ser Pueblo de Dios. Con una sucesión de verbos, la Constitución dogmática sobre la divina Revelación expresa la dinámica progresiva del proceso: «Esta Tradición *progres*a [...] *crece* [...] *tiende constantemente* a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios» (*ibid.*).

La Tradición es una realidad viva y sólo una mirada superficial puede ver el «depósito de la fe» como algo estático. La Palabra de Dios no puede ser conservada con naftalina, como si se tratara de una manta vieja que hay que proteger de la polilla. ¡No! La Palabra de Dios es una realidad dinámica, siempre viva, que progresa y crece porque tiende hacia un cumplimiento que los hombres no pueden detener. Esta ley del progreso, según la feliz formulación de san Vicente de Lerins: «*Annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*» (*Conmonitorium*, 23.9: PL 50), pertenece a la peculiar condición de la verdad revelada en cuanto que es transmitida por la Iglesia, y *no comporta de manera alguna un cambio* de doctrina.

No se puede conservar la doctrina sin hacerla progresar, ni se la puede atar a una lectura rígida e inmutable sin humillar la acción del Espíritu Santo. «Dios, que muchas veces y en diversos modos habló en otros tiempos a los padres» (*Hb* 1,1), «habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo» (*Dei Verbum*, 8). Estamos llamados a hacer nuestra esta «voz», mediante una actitud de «escucha religiosa» (*ibid.*, 1), para que nuestra vida eclesial progrese con el mismo entusiasmo de los comienzos, hacia esos horizontes nuevos a los que el Señor nos quiere llevar.

Gracias por este encuentro y por su trabajo; les pido que recen por mí y los bendigo de corazón. Gracias.

**Discurso del Papa Francisco
a los participantes en la conferencia "Repensando Europa" organizada por
la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea
(COMECE) en colaboración con la Secretaría de Estado**

Aula del Sínodo. Sábado, 28 de octubre de 2017.

Eminencias, Excelencias, Distinguidas autoridades, Señoras y señores:

Me complace estar presente en la conclusión del Diálogo *(Re)Thinking Europe. Una contribución cristiana al futuro del proyecto europeo* promovido por la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE). Saludo de forma particular al Presidente, el Cardenal Reinhard Marx, como también al honorable Antonio Tajani, Presidente del Parlamento Europeo, y les agradezco por las deferentes palabras que me han dirigido. Quisiera expresar a cada uno de ustedes mi más profundo agradecimiento por haber intervenido en este importante espacio de debate. Gracias.

El *Diálogo* de estos días ha sido una oportunidad para reflexionar ampliamente sobre el futuro de Europa desde múltiples ángulos, gracias a la presencia entre vosotros de diversas personalidades eclesiales, políticas, académicas o simplemente representantes de la sociedad civil. Los jóvenes han podido expresar sus expectativas y esperanzas, confrontándose con los más ancianos, quienes, a su vez, han tenido la ocasión de ofrecer su propio bagaje cargado de reflexiones y experiencias. Es significativo que este encuentro buscara ser sobre todo un diálogo en un espíritu de confrontación libre y abierta, a través de la cual enriquecerse mutuamente e iluminar el *camino del futuro de Europa*, más allá de la senda que todos juntos estamos llamados a recorrer para superar las crisis que padecemos y para afrontar los desafíos que nos esperan.

Hablar de una *contribución cristiana* para el futuro del continente significa ante todo preguntarse sobre nuestro deber como cristianos hoy, en estas tierras fecundamente plasmadas por la fe a lo largo de los siglos. ¿Cuál es nuestra responsabilidad en un tiempo en el que el rostro de Europa está cada vez más marcado por una pluralidad de culturas y de religiones, mientras que para muchos el cristianismo se percibe como un elemento del pasado, lejano y ajeno?

Persona y comunidad

En el ocaso de la antigua civilización, cuando las glorias de Roma se convertían en esas ruinas que todavía hoy podemos admirar en la ciudad; mientras nuevos pueblos presionaban a lo largo de las fronteras del antiguo Imperio, un joven se hizo eco de la voz del Salmista: «¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?»[1]. Al proponer esta cuestión en el Prólogo de la Regla, san Benito orientó la atención de sus contemporáneos, y también la nuestra, sobre una

concepción del hombre radicalmente diversa de la que había distinguido la época clásica Greco-romana y aún más de la violenta que había caracterizado las invasiones bárbaras. El hombre ya no es simplemente un *civis*, un ciudadano dotado de privilegios para consumarse en el ocio; ya no es un *miles*, combativo servidor del poder de turno; sobre todo ya no es un *servus*, mercancía de cambio privada de libertad, destinada únicamente al trabajo y al desgaste.

San Benito no se preocupa de la condición social, ni de la riqueza, ni del poder. Él mira la naturaleza común de cada ser humano, que, cualquiera que sea su condición, anhela profundamente la vida y desea días felices. Para san Benito no hay roles, hay personas: no hay adjetivos sino sustantivos. Este es uno de los valores fundamentales que ha traído el cristianismo: el sentido de la persona, creada a imagen de Dios. A partir de ese principio se construyeron los monasterios, que con el tiempo se convertirían en cuna del renacimiento humano, cultural, religioso y, también, económico del continente.

La primera, y tal vez la mayor, contribución que los cristianos pueden aportar a la Europa de hoy es recordar que no se trata de una colección de números o de instituciones, sino que está hecha de personas. Lamentablemente, a menudo se nota cómo cualquier debate se reduce fácilmente a una discusión de cifras. No hay ciudadanos, hay votos. No hay emigrantes, hay cuotas. No hay trabajadores, hay indicadores económicos. No hay pobres, hay umbrales de pobreza. Lo concreto de la persona humana se ha reducido así a un principio abstracto, más cómodo y tranquilizador. Se entiende la razón: las personas tienen rostros, nos obligan a asumir una responsabilidad real y «personal»; las cifras tienen que ver con razonamientos, también útiles e importantes, pero permanecerán siempre sin alma. Nos ofrecen excusas para no comprometernos, porque nunca nos llegan a tocar en la propia carne.

Reconocer que el otro es ante todo una persona significa valorar lo que me une a él. El ser personas nos une a los demás, nos hace ser *comunidad*. Por lo tanto, la segunda contribución que los cristianos pueden aportar al futuro de Europa es el descubrimiento del sentido de pertenencia a una comunidad. No es una casualidad que los padres fundadores del proyecto europeo eligieran precisamente esa palabra para identificar el nuevo sujeto político que estaba constituyéndose. La comunidad es el antídoto más grande contra los individualismos que caracterizan nuestro tiempo, contra esa tendencia generalizada hoy en Occidente a concebirse y a vivir en soledad. Se tergiversa el concepto de libertad, interpretándolo como si fuera el *deber de estar solos*, libres de cualquier vínculo y en consecuencia se ha construido una sociedad desarraigada, privada de sentido de pertenencia y de herencia. Para mí, esto es grave.

Los cristianos reconocen que su identidad es ante todo relacional. Están integrados como miembros de un cuerpo, la Iglesia (cf. *1 Co* 12,12), en el que cada

uno con su propia identidad y peculiaridades participa libremente en la edificación común. De forma análoga, esta relación se da también en el ámbito de las relaciones interpersonales y de la sociedad civil. Frente al otro, cada uno descubre sus méritos y defectos; sus puntos fuertes y sus debilidades; en otras palabras, descubre su rostro, comprende su identidad.

La familia, como primera comunidad, sigue siendo el lugar fundamental para ese descubrimiento. En ella, la diversidad se exalta y al mismo tiempo se recompone en la unidad. La familia es *la unión armónica de las diferencias* entre el hombre y la mujer, que cuanto más generativa y capaz sea de abrirse a la vida y a los demás, tanto más será verdadera y profunda. Del mismo modo, una comunidad civil está viva si sabe estar abierta, si sabe acoger la diversidad y las cualidades de cada uno y, al mismo tiempo, sabe generar nuevas vidas, así como también desarrollo, trabajo, innovación y cultura.

Persona y comunidad son, por tanto, los pilares de la Europa que como cristianos queremos y podemos ayudar a construir. Los ladrillos de ese edificio se llaman: diálogo, inclusión, solidaridad, desarrollo y paz.

Un lugar de diálogo

Hoy toda Europa, desde el Atlántico hasta los Urales, desde el Polo Norte hasta el Mar Mediterráneo, no se puede permitir perder la oportunidad de ser ante todo un lugar de diálogo, sincero y constructivo al mismo tiempo, en el que todos los protagonistas tienen la misma dignidad. Estamos llamados a construir una Europa en la que podamos encontrarnos y confrontarnos a todos los niveles, así como lo era en un cierto sentido la antigua ágora. Ella era, de hecho, la plaza de la pólis. No solo un espacio de intercambio económico, sino también el corazón neurálgico de la política, sede en la que se elaboraban las leyes para el bienestar de todos; lugar hacia el que se asomaba el templo, de tal modo que a la dimensión horizontal de la vida cotidiana no le faltara nunca el aliento trascendente que mira más allá de lo efímero, de lo pasajero y provisorio.

Todo eso nos empuja a considerar el papel positivo y constructivo que en general tiene la religión en la construcción de la sociedad. Pienso, por ejemplo, en la importancia del diálogo interreligioso para favorecer el conocimiento recíproco entre cristianos y musulmanes en Europa. Desafortunadamente, cierto prejuicio laicista, todavía en auge, no es capaz de percibir el valor positivo que tiene para la sociedad el papel público y objetivo de la religión, prefiriendo relegarla a una esfera meramente privada y sentimental. Se instaura así también el predominio de un cierto pensamiento único[2], muy extendido en la comunidad internacional, que ve en las afirmaciones de una identidad religiosa un peligro para la propia hegemonía, acabando así por favorecer una falsa contraposición entre el derecho a la libertad religiosa y otros derechos fundamentales. Hay una separación entre ellos.

Favorecer el diálogo -cualquier diálogo- es una responsabilidad fundamental de la política y, lamentablemente, se nota demasiado a menudo cómo esta se transforma más bien en un lugar de choque entre fuerzas opuestas. Los gritos de las reivindicaciones sustituyen a la voz del diálogo. Desde varios lugares se tiene la sensación de que el bien común ya no es el objetivo primario a perseguir y ese desinterés lo perciben muchos ciudadanos. Encuentran así terreno fértil en muchos países las formaciones extremistas y populistas que hacen de la protesta el corazón de su mensaje político, sin ofrecer un proyecto político como alternativa constructiva. El diálogo viene sustituido por una contraposición estéril, que puede también poner en peligro la convivencia civil, o por una hegemonía del poder político que enjaula e impide una verdadera vida democrática. En un caso se destruyen puentes y en el otro se construyen muros. Y hoy Europa conoce ambos.

Los cristianos están llamados a favorecer el diálogo político, especialmente allí donde está amenazado y prevalece el enfrentamiento. Los cristianos están llamados a dar nueva dignidad a la política, entendida como máximo servicio al bien común y no como una ocupación de poder. Esto requiere también una adecuada formación, porque la política no es «el arte de la improvisación», sino una alta expresión de abnegación y entrega personal en ventaja de la comunidad. Ser líder exige estudio, preparación y experiencia.

Un ámbito inclusivo

La responsabilidad de los líderes es la de favorecer una Europa que sea una comunidad *inclusiva*, libre de un equívoco de fondo: inclusión no es sinónimo de aplastamiento indiferenciado. Al contrario, se es auténticamente inclusivos cuando se saben valorar las diferencias, asumiéndolas como patrimonio común y enriquecedor. En esta perspectiva, los emigrantes son un recurso más que un peso. Los cristianos están llamados a meditar seriamente sobre la afirmación de Jesús: «Fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25,35). Ante el drama de los refugiados y de los desplazados, no se puede olvidar, de ningún modo, el hecho de estar ante personas que no pueden ser elegidas o descartadas por el propio gusto, según lógicas políticas, económicas o incluso religiosas.

Sin embargo, esto no contrasta con el deber de toda autoridad de gobierno de gestionar la cuestión migratoria «con la virtud propia del gobernante, es decir, la prudencia»[3], que debe tener en cuenta tanto la necesidad de tener un corazón abierto, como la posibilidad de integrar plenamente a nivel social, económico y político a los que llegan al país. No se puede pensar que el fenómeno migratorio sea un proceso indiscriminado y sin reglas, pero no se pueden tampoco levantar muros de indiferencia o de miedo. Por su parte, los mismos emigrantes no deben olvidar el compromiso importante de conocer, respetar y también asimilar la cultura y las tradiciones de la nación que los acoge.

Un espacio de solidaridad

Trabajar por una comunidad inclusiva significa edificar un *espacio de solidaridad*. Ser comunidad implica de hecho que nos apoyemos mutuamente y, por tanto, que no pueden ser solo algunos los que lleven pesos y realicen sacrificios extraordinarios, mientras que otros permanecen enrocados defendiendo posiciones privilegiadas. Una Unión Europea que, al afrontar sus crisis, no redescubriera el sentido de ser una única comunidad que se sostiene y se ayuda -y no un conjunto de pequeños grupos de interés- perdería no solo uno de los desafíos más importantes de su historia, sino también una de las oportunidades más grandes para su futuro.

La solidaridad, esa palabra que tantas veces parece que se quiera eliminar del diccionario. La solidaridad, que en la perspectiva cristiana encuentra su razón de ser en el precepto del amor (cf. *Mt 22,37-40*), no puede ser otra cosa que la savia vital de una comunidad viva y madura. Junto al otro principio cardinal de la subsidiariedad, esta se refiere no solo a las relaciones entre los Estados y las regiones de Europa. Ser una comunidad solidaria significa cuidar de los más débiles de la sociedad, de los pobres, de los que son descartados por los sistemas económicos y sociales, a partir de los ancianos y los desempleados. Pero la solidaridad exige también que se recupere la colaboración y el apoyo recíproco entre las generaciones.

A partir de los años sesenta del siglo pasado está teniendo lugar un conflicto generacional sin precedentes. Al entregar a las nuevas generaciones los ideales que han hecho grande a Europa, se puede decir hiperbólicamente que se ha preferido la traición a la tradición. Al rechazo de lo que llegaba de los padres, le ha seguido el tiempo de una dramática esterilidad. No solo porque en Europa se tienen pocos hijos -nuestro invierno demográfico-, y demasiados son los que han sido privados del derecho a nacer, sino también porque nos hemos encontrado incapaces de entregar a los jóvenes los instrumentos materiales y culturales para afrontar el futuro. Europa vive una especie de *déficit de memoria*. Volver a ser comunidad solidaria significa redescubrir el valor del propio pasado, para enriquecer el propio presente y entregar a la posteridad un futuro de esperanza.

Muchos jóvenes se encuentran, sin embargo, perdidos ante la ausencia de raíces y de perspectivas, están desarraigados, «llevados a la deriva por todo viento de doctrina» (*Ef 4,14*); a veces también «prisioneros» de adultos posesivos, a los que les cuesta sostener la tarea que les corresponde. Es importante la tarea de educar, no solo ofreciendo un conjunto de conocimientos técnicos y científicos, sino sobre todo trabajando «para promover la perfección íntegra de la persona humana, también para el bien de la sociedad terrestre y para la construcción de un mundo que debe configurarse más humanamente»[4]. Esto exige la implicación de toda la sociedad. La educación es una tarea común, que requiere la activa participación al mismo tiempo de los padres, de la escuela y de las universidades, de las instituciones religiosas y de la sociedad civil. Sin educación, no se genera cultura

y se vuelve árido el tejido vital de las comunidades.

Una fuente de desarrollo

La Europa que se redescubre comunidad será seguramente una *fuente de desarrollo* para sí y para todo el mundo. El desarrollo hay que entenderlo en la acepción que el beato Pablo VI dio a tal palabra. «Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un eminente experto: “Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera”»[5].

Ciertamente al desarrollo del hombre contribuye el trabajo, que es un factor esencial para la dignidad y la maduración de la persona. Se necesita que haya trabajo y se necesitan también condiciones adecuadas de trabajo. En el siglo pasado no han faltado ejemplos elocuentes de empresarios cristianos que han comprendido cómo el éxito de sus iniciativas dependía sobre todo de la posibilidad de ofrecer oportunidades de empleo y condiciones dignas de trabajo. Es necesario volver a empezar desde el espíritu de esas iniciativas, que son también el mejor antídoto a los desequilibrios provocados por una *globalización sin alma*, una globalización «esférica», que -más atenta al beneficio que a las personas- ha creado gran cantidad de pobreza, desempleo, explotación y malestar social.

Sería oportuno también redescubrir la necesidad de una concreción del trabajo, sobre todo para los jóvenes. Hoy muchos tienden a rehuir de trabajos en sectores que antes eran cruciales, porque son considerados fatigosos y poco remunerados, olvidando cuánto son indispensables para el desarrollo humano. ¿Qué sería de nosotros sin el compromiso de las personas que con el trabajo contribuyen a nuestra alimentación cotidiana? ¿Qué sería de nosotros sin el trabajo paciente e ingenioso de quien teje los vestidos que llevamos o construye las casas en las que vivimos? Muchas profesiones consideradas hoy de segundo grado son fundamentales. Lo son desde el punto de vista social, pero sobre todo lo son por la satisfacción que los trabajadores reciben del poder ser útiles para sí y para los otros a través de su compromiso diario.

También corresponde a los gobiernos crear las condiciones económicas que favorezcan un sano empresariado y niveles adecuados de empleo. A la política le compete especialmente reactivar un *círculo virtuoso* que, a partir de inversiones a favor de la familia y de la educación, consienta el desarrollo armonioso y pacífico de toda la comunidad civil.

Una promesa de paz

Finalmente, el compromiso de los cristianos en Europa debe constituir una *promesa de paz*. Fue este el pensamiento principal que animó a los firmantes de los Tratados de Roma. Después de dos guerras mundiales y violencias atroces

de pueblos contra pueblos, había llegado el momento de afirmar el derecho a la paz[6]. Es un derecho. Pero todavía hoy vemos cómo la paz es un bien frágil y las lógicas particulares y nacionales corren el riesgo de frustrar los sueños valientes de los fundadores de Europa[7].

Sin embargo, ser trabajadores de paz (cf. *Mt* 5,9) no significa solamente trabajar para evitar las tensiones internas, trabajar para poner fin a numerosos conflictos que desangran al mundo o llevar alivio a quien sufre. Ser trabajadores de paz significa hacerse promotores de una *cultura de la paz*. Esto exige amor a la verdad, sin la que no pueden existir relaciones humanas auténticas y búsqueda de la justicia, sin la que el abuso es la norma imperante de cualquier comunidad.

La paz exige también creatividad. La Unión Europea mantendrá fidelidad a su compromiso de paz en la medida en que no pierda la esperanza y sepa renovarse para responder a las necesidades y a las expectativas de los propios ciudadanos. Hace cien años, precisamente en estos días, empezaba la batalla de Caporetto, una de las más dramáticas de la Gran Guerra. Fue el ápice de una guerra de deterioro, como fue el primer conflicto mundial, que tuvo su triste primado de causar innumerables víctimas frente a conquistas irrisorias. De ese evento aprendemos que quien se atrinchera detrás de las propias posiciones, termina por sucumbir. No es este, por tanto, el tiempo de construir trincheras, sino el de tener la valentía de trabajar para perseguir plenamente el sueño de los Padres fundadores de una Europa unida y concorde, comunidad de pueblos que desean compartir un destino de desarrollo y de paz.

Ser alma de Europa

Eminencias, Excelencias, Ilustres huéspedes:

El autor de la Carta a Diogneto afirma que « los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo»[8]. En este tiempo, los cristianos están llamados a dar nuevamente alma a Europa, a despertar la conciencia, no para ocupar los espacios -esto sería proselitismo-, sino para animar procesos que generen nuevos dinamismos en la sociedad[9]. Es precisamente cuanto hizo san Benito, proclamado no por casualidad patrón de Europa por Pablo VI; él no se detuvo en ocupar los espacios de un mundo perdido y confuso. Sostenido por la fe, miró más allá y desde una pequeña cueva de Subiaco dio vida a un movimiento contagioso e imparable que rediseñó el rostro de Europa. Él, que fue «mensajero de paz, realizador de unión, maestro de civilización»[10], nos muestre también a nosotros cristianos de hoy cómo de la fe brota siempre una esperanza alegre, capaz de cambiar el mundo.

Gracias.

Que el Señor nos bendiga, bendiga nuestro trabajo, bendiga a nuestros pueblos, nuestras familias, nuestros jóvenes, nuestros ancianos, bendiga a Europa.

Muchas gracias.

NOTAS:

- [1] San Benito, *Regla*, Prólogo, 14. Cf. *Sal* 33,13.
- [2] *La dictadura del pensamiento único*. Meditación matutina en la Capilla de la *Domus Sanctae Marthae*, 10 abril 2014.
- [3] *Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso de Colombia*, 10 septiembre 2017.
- [4] Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II, Decl. *Gravissimum educationis*, 28 octubre 1965, 3.
- [5] Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 26 marzo 1967, 14.
- [6] Cf. *Discurso a los estudiantes y al mundo académico*, Bolonia 1 octubre 2017, n. 3.
- [7] Cf. *ibid.*
- [8] *Carta a Diogneto*, VI.
- [9] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 223.
- [10] Pablo VI, Carta ap. *Pacis Nuntius*, 24 octubre 1964.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en el curso organizado por el Tribunal de la Rota Romana

Sala Clementina. Sábado, 25 de noviembre de 2017.

Queridos hermanos y hermanas:

Tengo el placer de encontrarme con vosotros al final del curso de formación para el clero y los laicos promovido por el Tribunal apostólico de la Rota romana sobre el tema: *El nuevo proceso matrimonial y el procedimiento Super Rato*. Doy las gracias al decano, monseñor Pinto, por las palabras que me ha dirigido. El curso, que ha tenido lugar aquí en Roma, así como los que se realizan en otras diócesis, son iniciativas encomiables y que aliento, porque contribuyen a ofrecer un conocimiento adecuado y un intercambio de experiencias en los diversos niveles eclesiales acerca de procedimientos canónicos muy importantes. Es necesario, en particular, reservar una gran atención y un análisis adecuado a los dos recientes *Motu proprio: Mitis Iudex Dominus Iesus* y *Mitis et Misericors Iesus*, con el fin de aplicar los nuevos procedimientos en ellos establecidos. Estos dos documentos han surgido de un contexto sinodal, son la expresión de un método sinodal, son el punto de llegada de un serio camino sinodal. Frente a las cuestiones más espinosas que afectan a la misión de evangelización y a la salvación de las almas, es importante que la Iglesia recupere cada vez más la praxis sinodal de la primera comunidad de Jerusalén, donde Pedro junto con los demás apóstoles y con toda la comunidad bajo la acción del Espíritu Santo trataba de actuar de acuerdo con el mandamiento del Señor Jesús.

Es lo que se ha hecho también en las Asambleas sinodales sobre la familia, en las cuales, en espíritu de comunión y fraternidad, los representantes del episcopado de todo el mundo se reunieron en asamblea para escuchar la voz de las comunidades, para discutir, reflexionar y hacer obra de discernimiento. El Sínodo tenía la finalidad de promover y defender la familia y el matrimonio cristiano para el mayor bien de los cónyuges fieles al pacto celebrado en Cristo. También debía estudiar la situación y el desarrollo de la familia en el mundo de hoy, la preparación para el matrimonio, las formas de ayudar a quienes sufren a causa del fracaso de su matrimonio, la educación de los hijos y otros temas.

Cuando regreséis a vuestras comunidades, esforzaos por ser misioneros y testigos del *espíritu sinodal* que está en el origen de las mismas, así como del *consuelo pastoral*, que es el fin de esta nueva normativa matrimonial, para corroborar la fe del Pueblo santo de Dios mediante la caridad. ¡Que el espíritu sinodal y el consuelo pastoral sean vuestra forma de actuar en la Iglesia, especialmente en un campo tan delicado como el de la familia en busca de la verdad sobre el estado conyugal de la pareja! Con esta actitud, que cada uno de vosotros sea un

colaborador leal del obispo, al que las nuevas normas reconocen un papel clave, especialmente en el proceso breve, ya que es el «juez nato» de la Iglesia particular. En vuestro servicio, estáis llamados a estar cerca de la soledad y el sufrimiento de los fieles que esperan de la justicia eclesial la ayuda competente y fáctica para recuperar la paz de sus conciencias y la voluntad de Dios sobre la readmisión en la eucaristía. De ahí la necesidad y el valor del curso en el que habéis participado -y espero que se organicen otros- para favorecer un enfoque justo de la cuestión y un estudio cada vez más amplio y serio del nuevo proceso matrimonial. Esto es expresión de la Iglesia que es capaz de acoger y cuidar a los que han sido heridos de diferentes formas por la vida, y al mismo tiempo es una llamada al compromiso por la defensa de la sacralidad del vínculo matrimonial. Con el fin de hacer que la aplicación de la nueva ley del proceso matrimonial, dos años después de su promulgación, causa y motivo de salvación y de paz para el gran número de fieles heridos en su situación matrimonial, he decidido, en razón del oficio de Obispo de Roma y Sucesor de Pedro aclarar definitivamente algunos de los aspectos fundamentales de los dos *Motu proprio*, en particular la figura del obispo diocesano como juez personal y único en el Proceso breve.

El obispo diocesano siempre ha sido el *Iudex unum et idem cum Vicario iudiciali*; pero dado que este principio se interpreta, de hecho, excluyendo el ejercicio personal del obispo diocesano, delegando casi todo a los tribunales, establezco a continuación lo que considero determinante y exclusivo en el ejercicio personal del obispo diocesano juez:

1. El obispo diocesano en razón de su oficio pastoral es juez personal y único en el proceso breve.

2. Por lo tanto, la figura del obispo-diocesano-juez es el arquitrabe, el principio constitutivo y el elemento discriminatorio de todo el proceso breve, instituido por los dos *Motu proprio*.

3. En el proceso breve, se requieren *ad validitatem*, dos condiciones inseparables: *el episcopado* y *el ser jefe de una comunidad diocesana de fieles* (véase 381 § 2). Si falta una de las dos condiciones, el proceso breve no puede tener lugar. La instancia debe ser juzgada con el proceso ordinario.

4. La competencia exclusiva y personal del obispo diocesano, puesta en los criterios fundamentales del proceso breve, hace referencia directa a la eclesiología del Vaticano II, que nos recuerda que sólo el obispo *ya* tiene, en la consagración, la plenitud de toda la potestad que es *ad actum expedita*, a través de la *missio canonica*.

5. El proceso breve no es una opción que el obispo diocesano pueda elegir, sino una obligación que le viene de su consagración y de la *missio* recibida. Él es competente exclusivo en las tres fases del proceso breve:

- la *instancia* se dirige siempre al obispo diocesano;

- la *instrucción*, como afirmé en el discurso del 12 de marzo del año pasado al curso de la Rota romana debe ser llevada a cabo por el obispo «siempre asistido por el vicario judicial u otro instructor, incluso laico, por el asesor, y siempre debe estar presente el defensor del vínculo». Si el obispo careciera de clérigos o laicos canonistas, la caridad, que distingue el oficio episcopal, de un obispo viciniore, podrá socorrerlo por el tiempo que sea necesario. También recuerdo que el proceso brevior debe normalmente cerrarse en una única sesión, requiriendo como condición imprescindible la evidencia absoluta de los hechos comprobantes de la supuesta nulidad matrimonial, además del consentimiento de los dos cónyuges.

- la *decisión* de pronunciar *coram Domino*, es siempre y solo del obispo diocesano.

6. Confiar todo el proceso brevior al tribunal interdiocesano (tanto del *viciniore* como de más diócesis) llevaría a distorsionar y reducir la figura del obispo padre, cabeza y juez de sus fieles, a mero firmante de la sentencia.

7. La misericordia, uno de los criterios fundamentales que aseguran la *salus*, requiere que el obispo diocesano realice cuanto antes el proceso brevior; en caso de que no se sintiera preparado en el momento presente para realizarlo, debe remitir la causa al proceso ordinario, que de todas formas debe ser llevado a cabo con la debida diligencia.

8. La proximidad y la gratuidad, como he destacado repetidamente, son las dos perlas que necesitan los pobres, que la Iglesia debe amar por encima de todo.

9. En cuanto a la competencia, al recibir la apelación contra la sentencia afirmativa en el proceso brevior, del metropolitano o del obispo indicado en el nuevo can. 1687, se precisa que la nueva ley confiere al Decano de la Rota una *potestas decidendi* nueva y, por lo tanto, constitutiva sobre el rechazo o la admisión de la apelación. En conclusión, me gustaría reafirmar con claridad que todo esto sucede sin pedir permiso o autorización a otra institución o a la Signatura apostólica.

Queridos hermanos y hermanas, os deseo todo lo bueno para este estudio y para el servicio eclesial de cada uno de vosotros. El Señor os bendiga y la Virgen os proteja. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Discurso del Papa Francisco durante la felicitación navideña a la Curia Romana

Sala Clementina. Jueves, 21 de diciembre de 2017.

Queridos hermanos y hermanas:

La Navidad es la fiesta de la fe en el Hijo de Dios que se hizo hombre para devolverle al hombre la dignidad filial que había perdido por culpa del pecado y la desobediencia. La Navidad es la fiesta de la fe en los corazones que se convierten en un pesebre para recibirlo, en las almas que dejan que del tronco de su pobreza Dios haga germinar el brote de la esperanza, de la caridad y de la fe.

Hoy tenemos una nueva ocasión para intercambiarnos nuestra felicitación navideña y también para desearos a todos, a vuestros colaboradores, a los Representantes pontificios, a todas las personas que prestan servicio en la Curia y a vuestros seres queridos una santa y alegre Navidad y un feliz Año Nuevo. Que esta Navidad nos haga abrir los ojos y abandonar lo que es superfluo, lo falso, la malicia y lo engañoso, para ver lo que es esencial, lo verdadero, lo bueno y auténtico. Muchas felicidades, de verdad.

Queridos hermanos:

Después de haber hablado en otras ocasiones sobre la Curia romana *ad intra*, este año quiero compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la realidad de la Curia *ad extra*, es decir, sobre la relación de la Curia con las naciones, con las Iglesias particulares, con las Iglesias orientales, con el diálogo ecuménico, con el Judaísmo, con el Islam y las demás religiones, es decir, con el mundo exterior.

Mis reflexiones se apoyan ciertamente sobre los principios básicos y canónicos de la Curia, sobre la misma historia de la Curia, pero también sobre la visión personal que he procurado compartir con vosotros en los discursos de los últimos años, en el contexto de la *reforma* que se está realizando.

Con respecto a la reforma me viene a la mente la simpática y significativa expresión de Mons. Frédéric-François-Xavier De Mérode: «*Hacer la reforma en Roma es como limpiar la Esfinge de Egipto con un cepillo de dientes*»[1]. Se pone de manifiesto cuánta paciencia, dedicación y delicadeza se necesitan para alcanzar ese objetivo, ya que la Curia es una institución antigua, compleja, venerable, compuesta de hombres que provienen de muy distintas culturas, lenguas y construcciones mentales y que, de una manera estructural y desde siempre, está ligada a la función primacial del Obispo de Roma en la Iglesia, esto es, al oficio «sacro» querido por el mismo Cristo Señor en bien del cuerpo de la Iglesia en su conjunto (*ad bonum totius corporis*)[2].

Así pues, la universalidad del servicio de la Curia proviene y brota de la catolicidad del Ministerio petrino. Una Curia encerrada en sí misma traicionaría el

objetivo de su existencia y caería en la autorreferencialidad, que la condenaría a la autodestrucción. La Curia, *ex natura*, está proyectada *ad extra* en cuanto y mientras está ligada al Ministerio petrino, al servicio de la Palabra y del anuncio de la *Buena Noticia*: el Dios Enmanuel, que nace entre los hombres, que se hace hombre para mostrar a todos los hombres su entrañable cercanía, su amor sin límites y su deseo divino de que todos los hombres se salven y lleguen a gozar de la bienaventuranza celestial (cf. *1 Tm* 2,4); el Dios que hace salir su sol sobre buenos y malos (cf. *Mt* 5,45); el Dios que no ha venido para que le sirvan sino para servir (cf. *Mt* 20,28); el Dios que ha constituido a la Iglesia para que esté en el mundo, pero no del mundo, y para ser instrumento de salvación y de servicio.

Cuando saludé recientemente a los Padres y Jefes de las Iglesias Católicas orientales[3], y pensando precisamente sobre esta finalidad ministerial, petrina y curial, es decir, de servicio, utilicé la expresión de un «*primado diaconal*», remitiendo inmediatamente a la amada imagen de san Gregorio Magno del *Servus servorum Dei*. Esta definición, en su dimensión cristológica, es sobre todo expresión de la firme voluntad de imitar a Cristo, quien asumió la forma de siervo (cf. *Flp* 2,7). Benedicto XVI, cuando habló de ello, dijo que esta frase en los labios de Gregorio no era «una fórmula piadosa, sino la verdadera manifestación de su modo de vivir y actuar. Estaba profundamente impresionado por la humildad de Dios, que en Cristo se hizo nuestro servidor, nos lavó y nos lava los pies sucios»[4].

Esa misma actitud *diaconal* ha de caracterizar también a todos los que, de varias maneras, trabajan en el ámbito de la Curia romana, que, como recuerda el Código de Derecho Canónico, actuando en nombre y con la autoridad del Sumo Pontífice, «realiza su función [...] para el bien y servicio de las Iglesias» (can. 360; cf. CCEO can. 46).

Primado *diaconal* «con relación al Papa»[5] e igualmente *diaconal*, por consiguiente, es el trabajo que se realiza dentro de la Curia romana *ad intra* y hacia el exterior *ad extra*. Este tema de la *diaconía ministerial y curial*, me lleva a un antiguo texto presente en la *Didascalia Apostolorum* donde se afirma: el «diácono sea el oído y la boca del Obispo, su corazón y alma»[6], puesto que la comunión, la armonía y la paz en la Iglesia está unida a esta concordia, ya que el diácono es el custodio del servicio en la Iglesia.[7] Pienso que no es casualidad que el oído sea el órgano para oír sino también para el equilibrio; y la boca el órgano para saborear y para hablar.

Otro texto antiguo añade que los diáconos están llamados a ser como los ojos del Obispo[8]. El ojo mira para transmitir las imágenes a la mente, ayudándola a tomar las decisiones y a dirigir bien a todo el cuerpo.

De estas imágenes se puede sacar la relación de comunión de filial obediencia para el servicio al pueblo santo de Dios. No hay duda, pues, que esta es la que

existe también entre todos los que trabajan en la Curia romana, desde los Jefes de Dicasterio y Superiores, a los oficiales y a todos. La comunión con Pedro refuerza y da nuevo vigor a la comunión entre todos los miembros.

Desde este punto de vista, el recurso a la imagen de los sentidos del organismo humano nos ayuda a tener el sentido de la extroversión, de la atención hacia lo que está fuera. En el organismo humano, de hecho, los sentidos son nuestro primer contacto con el mundo *ad extra*, son como un puente hacia él; son nuestra posibilidad de relacionarnos. *Los sentidos nos ayudan a captar la realidad e igualmente a colocarnos en la realidad.* Por eso san Ignacio de Loyola recurría a los sentidos para contemplar los Misterios de Cristo y de la verdad[9].

Esto es muy importante si se quiere superar la desequilibrada y degenerada lógica de las intrigas o de los pequeños grupos que en realidad representan -a pesar de sus justificaciones y buenas intenciones- un cáncer que lleva a la autorreferencialidad, que se infiltra también en los organismos eclesíásticos en cuanto tales y, en particular, en las personas que trabajan en ellos. Cuando sucede esto, entonces se pierde la alegría del Evangelio, la alegría de comunicar a Cristo y de estar en comunión con él; se pierde la generosidad de nuestra consagración (cf. *Hch 20,35 y 2 Co 9,7*).

Permitidme que diga dos palabras sobre otro peligro, que es el de los traidores de la confianza o los que se aprovechan de la maternidad de la Iglesia, es decir de las personas que han sido seleccionadas con cuidado para dar mayor vigor al cuerpo y a la *reforma*, pero -al no comprender la importancia de sus responsabilidades- se dejan corromper por la ambición o la vanagloria, y cuando son delicadamente apartadas se auto-declaran equivocadamente mártires del sistema, del «Papa desinformado», de la «vieja guardia»..., en vez de entonar el «*mea culpa*». Junto a estas personas hay otras que siguen trabajando en la Curia, a las que se les da el tiempo para retomar el justo camino, con la esperanza de que encuentren en la paciencia de la Iglesia una ocasión para convertirse y no para aprovecharse. Esto ciertamente sin olvidar la inmensa mayoría de personas fieles que allí trabajan con admirable compromiso, fidelidad, competencia, dedicación y también con tanta santidad.

Parece oportuno, entonces, volviendo a la imagen del cuerpo, poner de relieve que estos «*sentidos institucionales*», a los que podemos comparar en cierto modo los Dicasterios de la Curia romana, deben trabajar de manera conforme a su naturaleza y finalidad: en el nombre y con la autoridad del Sumo Pontífice y siempre por el bien y al servicio de las Iglesias[10]. Ellos están llamados a ser en la Iglesia como unas fieles antenas sensibles: *emisoras y receptoras*.

Antenas *emisoras* en cuanto habilitadas para transmitir fielmente la voluntad del Papa y de los Superiores. La palabra «fidelidad»[11], para todos los que trabajan en la Santa Sede, «adquiere un carácter particular, desde el momento que

ellos ponen al servicio del Sucesor de Pedro buena parte de sus propias energías, su tiempo y su ministerio cotidiano. Se trata de una grave responsabilidad, pero también de un don especial, que con el tiempo va desarrollando un vínculo afectivo con el Papa, de confianza interior, un *idem sentire* natural, que se expresa justamente con la palabra “fidelidad”»[12].

La imagen de la antena remite también a otro movimiento, este contrario, es decir el del *receptor*. Se trata de percibir las instancias, las cuestiones, las preguntas, los gritos, las alegrías y las lágrimas de las Iglesias y del mundo para transmitir las al Obispo de Roma y permitirle que pueda llevar a cabo con más eficacia su tarea y su misión de «principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión»[13]. Con semejante receptividad, que es más importante que el aspecto preceptivo, los Dicasterios de la Curia romana entran generosamente en ese proceso de escucha y de *sinodalidad* del que ya he hablado[14].

Queridos hermanos y hermanas:

He recurrido a la expresión «primado diaconal», a la imagen del cuerpo, de los sentidos y de la antena para explicar la necesidad más bien indispensable, de practicar el discernimiento de los signos de los tiempos[15], la comunión en el servicio, la caridad en la verdad, la docilidad al Espíritu y la obediencia confiada a los superiores, precisamente para alcanzar los espacios donde el Espíritu habla a las Iglesias (es decir, la historia) y para conseguir el objetivo de trabajar (por la *salus animarum*).

Quizá sea útil recordar aquí que los mismos nombres de los diversos Dicasterios y de las Oficinas de la Curia romana dan a entender cuáles son las realidades a favor de las cuales deben trabajar. Es decir, se trata de acciones fundamentales e importantes para toda la Iglesia y diría que para todo el mundo.

Al tener la Curia una tarea realmente muy amplia, me limitaré en esta ocasión a hablar genéricamente de la Curia *ad extra*, es decir, de algunos aspectos fundamentales, seleccionados, a partir de los cuales será fácil, en un futuro próximo, enumerar y profundizar los otros campos de actuación de la Curia.

La Curia y la relación con las Naciones

En este sector juega un papel fundamental la Diplomacia Vaticana que busca sincera y constantemente el que la Santa Sede sea un constructor de puentes, de paz y de diálogo entre las naciones. Y siendo una Diplomacia al servicio de la humanidad y del hombre, de mano tendida y de puerta abierta, se compromete a escuchar, a comprender, a ayudar, a plantear y a intervenir rápida y respetuosamente en cualquier situación para acortar distancias y para entablar confianza. El único interés de la Diplomacia Vaticana es estar libre de cualquier interés mundano o material.

La Santa Sede está presente en la escena mundial para colaborar con todas las personas y las naciones de buena voluntad y para repetir constantemente la im-

portancia de proteger *nuestra casa común* frente a cualquier egoísmo destructivo; para afirmar que las guerras traen sólo muerte y destrucción; para sacar del pasado las lecciones necesarias que nos ayudan a vivir mejor el presente, a construir sólidamente el futuro y salvaguardarlo para las nuevas generaciones.

Los encuentros con los Jefes de las naciones y con las diversas delegaciones, junto a los Viajes apostólicos tienen el mismo sentido y objetivo.

Por eso se creó la Tercera Sección de la Secretaría de Estado, con la finalidad de manifestar la atención y la cercanía del Papa y de los superiores de la Secretaría de Estado al personal diplomático y también a los religiosos y a las religiosas, a los laicos y a las laicas que prestan trabajo en las Representaciones Pontificias. Una Sección que se ocupa de las cuestiones relativas a las personas que trabajan en el servicio diplomático de la Santa Sede, o que se preparan para ello, en estrecha colaboración con la Sección de Asuntos Generales y con la Sección para las Relaciones con los Estados[16].

Esta particular atención se basa en la doble dimensión del servicio del personal diplomático: pastores y diplomáticos, al servicio de las Iglesias particulares y de las naciones donde trabajan.

La Curia y las Iglesias particulares

La relación que une la Curia a las diócesis y a las eparquías es de máxima importancia. Estas encuentran en la Curia romana el apoyo y el soporte necesario. Es una relación que se basa en la colaboración, la confianza y nunca en la superioridad o el contraste. La fuente de esta relación está en el Decreto conciliar sobre el ministerio pastoral de los Obispos, en el que se explica más ampliamente que el trabajo de la Curia es «para bien de las Iglesias y al servicio de los sagrados Pastores»[17].

El punto de referencia de la Curia romana, de hecho, no es sólo el Obispo de Roma, del que le viene la autoridad, sino también las Iglesias particulares y sus Pastores en todo el mundo, para cuyo bien obra y actúa.

A esta característica de «servicio al Papa y a los obispos, a la Iglesia universal y a las Iglesias particulares» y al mundo entero, hice referencia en el primero de nuestros encuentros anuales, cuando subrayé que «en la Curia romana se aprende, “se respira” de un modo especial esta doble dimensión de la Iglesia, esta penetración entre lo universal y lo particular; y me parece que ésta es una de las más bellas experiencias de quien vive y trabaja en Roma»[18].

Las visitas *ad limina Apostolorum*, en este sentido, representan una gran oportunidad de encuentro, diálogo y enriquecimiento mutuo. Por eso, en el encuentro con los obispos, he preferido tener un diálogo de escucha mutua, libre, reservado, sincero que va más allá de los esquemas protocolarios y el habitual intercambio de discursos y recomendaciones. También es importante el diálogo entre los Obispos y los distintos Dicasterios. Al retomar este año las visitas *ad limina*,

después del año jubilar, los obispos me han confiado que han sido bien acogidos y escuchados por todos los Dicasterios. Esto me alegra mucho, y agradezco a los Jefes de los Dicasterios que están aquí presentes.

Permítanme también aquí, en este momento singular de la vida de la Iglesia, llamar vuestra atención sobre la próxima XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada bajo el tema: «*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*». Llamar a la Curia, a los Obispos y a toda la Iglesia a que presten una especial atención a los jóvenes, no quiere decir mirar sólo a ellos, sino también dirigir la mirada a un tema crucial para un gran número de relaciones y de urgencias: las relaciones intergeneracionales, la familia, los ámbitos de la pastoral, la vida social... Lo anuncia claramente el *Documento preparatorio* en su introducción: «La Iglesia ha decidido interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud, y también pedir a los mismos jóvenes que la ayuden a identificar las modalidades más eficaces de hoy para anunciar la Buena Noticia. A través de los jóvenes, la Iglesia podrá percibir la voz del Señor que resuena también hoy. Como en otro tiempo Samuel (cf. *1 S* 3,1-21) y Jeremías (cf. *Jr* 1,4-10), hay jóvenes que saben distinguir los signos de nuestro tiempo que el Espíritu señala. Escuchando sus aspiraciones podemos entrever el mundo del mañana que se aproxima y las vías que la Iglesia está llamada a recorrer»[19].

La Curia y las Iglesias orientales

La unidad y la comunión que existe en la relación entre la Iglesia de Roma y las Iglesias orientales representa un ejemplo concreto de riqueza en la diversidad para toda la Iglesia. Ellas, en la fidelidad a sus propias tradiciones de dos mil años y en la *comunión eclesial* experimentan y realizan la oración sacerdotal de Cristo (cf. *Jn* 17)[20].

En este sentido, en el último encuentro con los Patriarcas y Arzobispos Mayores de las Iglesias orientales, hablando del «*primado diaconal*», señalé también la importancia de profundizar y revisar la delicada cuestión de la elección de los nuevos obispos y eparcas que debe corresponder, por una parte, a la autonomía de las Iglesias orientales y, al mismo tiempo, al espíritu de responsabilidad evangélica y al deseo de reforzar cada vez más la unidad con la Iglesia Católica. «El todo, en la más convencida aplicación de la auténtica praxis sinodal, que es característica de las Iglesias de Oriente»[21]. La elección de cada obispo debe reflejar y reforzar la unidad y la comunión entre el Sucesor de Pedro y todo el colegio episcopal[22].

La relación entre Roma y Oriente es de mutuo enriquecimiento espiritual y litúrgico. En realidad, la Iglesia de Roma no sería realmente católica sin las inestimables riquezas de las Iglesias orientales y sin el testimonio heroico de tantos hermanos y hermanas nuestros orientales que purifican la Iglesia aceptando el

martirio y ofreciendo su vida para no negar a Cristo[23].

La Curia y el diálogo ecuménico

Nos quedan todavía los ámbitos en los que la Iglesia Católica está particularmente comprometida, especialmente después del Concilio Vaticano II. Entre estos, la unidad entre los cristianos que «*es una exigencia esencial de nuestra fe, una exigencia que brota desde lo íntimo de nuestro ser creyentes en Jesucristo*»[24]. Se trata de un verdadero «camino», pero, como muchas veces han repetido también mis Predecesores, es un camino irreversible y *sin vuelta atrás*. «*La unidad se hace caminando, para recordar que cuando caminamos juntos, es decir, cuando nos encontramos como hermanos, rezamos juntos, trabajamos juntos en el anuncio del Evangelio y en el servicio a los últimos, ya estamos unidos. Todas las diferencias teológicas y eclesiológicas que todavía dividen a los cristianos serán superadas sólo por esta vía, sin que nosotros sepamos cómo y cuándo, pero esto sucederá según lo que el Espíritu Santo quiera sugerir para el bien de la Iglesia*»[25].

La Curia trabaja en este campo para favorecer el encuentro con el hermano, para deshacer los nudos de las incomprensiones y las hostilidades, y para combatir los prejuicios y el miedo del otro, que han impedido ver la riqueza de y en la diversidad y la profundidad del misterio de Cristo y de la Iglesia que permanece siempre más grande que cualquier expresión humana.

Los encuentros mantenidos con los Papas, los Patriarcas y los Jefes de las diversas Iglesias y Comunidades siempre me han llenado de alegría y gratitud.

La Curia y el Judaísmo, el Islam y las otras religiones

La relación de la Curia Romana con las otras religiones se basa en la enseñanza del Concilio Vaticano II y en la necesidad del diálogo. «*Porque la única alternativa a la barbarie del conflicto es la cultura del encuentro*»[26]. El diálogo está construido sobre tres orientaciones fundamentales: «El deber de la identidad, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. La valentía de la alteridad, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. La sinceridad de las intenciones, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación»[27].

Los encuentros con las autoridades religiosas en varios viajes apostólicos y los encuentros en el Vaticano, son verdadera prueba de ello.

Estos son sólo algunos aspectos, importantes pero no exclusivos, del trabajo de la Curia *ad extra*. Hoy he elegido estos aspectos, vinculados al tema del «*primado diaconal*», los «*sentidos institucionales*» y «*fieles antenas emisoras y receptoras*».

Queridos hermanos:

Comencé este nuestro encuentro hablando de la Navidad como la *fiesta de la fe*, ahora quisiera concluirlo evidenciando que la Navidad nos recuerda que una fe que no nos pone en crisis es una fe en crisis; una fe que no nos hace crecer es una fe que debe crecer; una fe que no nos interroga es una fe sobre la cual debemos preguntarnos; una fe que no nos anima es una fe que debe estar animada; una fe que no nos conmueve es una fe que debe ser sacudida. En realidad, una fe solamente intelectual o tibia es sólo una propuesta de fe que para llegar a realizarse tendría que implicar al corazón, al alma, al espíritu y a todo nuestro ser, cuando se deje que Dios nazca y renazca en el pesebre del corazón, cuando permitimos que la estrella de Belén nos guíe hacia el lugar donde yace el Hijo de Dios, no entre los reyes y el lujo, sino entre los pobres y los humildes.

Ángel Silesio, en su *Peregrino querúbico*, escribió: «*Depende sólo de ti: Ah si pudiera tu corazón ser un pesebre, Dios nacería niño de nuevo en la tierra*»[28].

Con estas reflexiones renuevo mis más fervientes deseos de Feliz Navidad para vosotros y vuestros seres queridos.

Gracias.

Quisiera, como regalo de Navidad, dejaros esta versión italiana de la obra del beato Padre María Eugenio del Niño Jesús, *Je veux voir Dieu: Quiero ver a Dios*. Es una obra de teología espiritual; nos hará bien a todos. Quizás se puede leer no de seguido, sino buscando en el índice el punto que más interesa o que más necesito. Espero que nos aproveche a todos.

Y, además, el Cardenal Piacenza ha sido tan generoso que, con el trabajo de la Penitenciaría, y junto con Mons. Nykiel, ha realizado este libro: *La fiesta del perdón*, como fruto del Jubileo de la Misericordia; y ha querido también regalarlo. Damos las gracias al Cardenal Piacenza y a la Penitenciaría Apostólica. Os lo entregarán a todos a la salida.

¡Gracias!

[Bendición]

Y, por favor, rezad por mí.

NOTAS:

-
- [1] Cf. Giuseppe Dalla Torre, *Sopra una storia della Gendarmeria Pontificia* (19 octubre 2017).
 [2] «Para apacentar el Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en su Iglesia diversos ministerios, ordenados al bien de todo el Cuerpo» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 18).
 [3] Cf. *Saludo a los Padres y Arzobispos Mayores* (9 octubre 2017).
 [4] *Catequesis* en la Audiencia general (4 junio 2008).
 [5] Cf. Juan Pablo II, *Discurso en la reunión plenaria del Sacro Colegio de Cardenales* (21 noviembre 1985), 4.

- [6] 2,44: Funk, 138-166; cf. W. Rordorf, *Liturgie et eschatologie*, en *Augustinianum* 18 (1978), 153-161; Id., *Que savons-nous des lieux de culte chrétiens de l'époque préconstantinienne?*, en *L'Orient Syrien* 9 (1964), 39-60.
- [7] Cf. *Encuentro con los sacerdotes y los consagrados*, Catedral de Milán (25 marzo 2017).
- [8] «En cuanto a los diáconos de la Iglesia, que sean como los ojos del obispo, que saben ver todo lo que hay a su alrededor, escrutando las acciones de cada uno en la Iglesia, por si alguno se encuentra en peligro de pecar: de este modo, advertido por la amonestación del que preside, tal vez no llevará a cabo su pecado» (*Carta de Clemente a Santiago*, 12: Rehm 14-15, en Enrico Cattaneo, *I Ministeri nella Chiesa Antica*, Testi patristici dei primi tre secoli, ed. Paulinas, 1997, p. 696).
- [9] Cf. *Ejercicios Espirituales*, n. 121: «La quinta contemplación será traer los cinco sentidos sobre la primera y la segunda contemplación».
- [10] En el comentario de san Jerónimo al Evangelio de san Mateo se encuentra una curiosa comparación entre los cinco sentidos del organismo humano y las vírgenes de la parábola evangélica, las cuales se convierten en necias cuando no obran ya según el fin que se les ha asignado (cf. *Comm. in Mt XXV: PL* 26, 184).
- [11] El concepto de fidelidad es fuerte y elocuente porque subraya también la duración en el tiempo del compromiso asumido, remite a una virtud que, como dijo Benedicto XVI, «expresa muy bien el vínculo especial entre el Papa y sus directos colaboradores, tanto en la Curia Romana como en las Representaciones Pontificias» (*Discurso a la Pontificia Academia Eclesiástica*, 11 junio 2012).
- [12] *Ibid.*
- [13] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 18.
- [14] «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar “es más que oír”. Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el “Espíritu de verdad” (*Jn* 14,17), para conocer lo que él “dice a las Iglesias” (*Ap* 2,7)» (*Discurso en el 50 aniversario del Sínodo de los Obispos*, 17 octubre 2015).
- [15] Cf. *Lc* 12,54-59; *Mt* 16,1-4; Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 11: «El Pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios. Pues la fe ilumina todo con una luz nueva y manifiesta el plan divino sobre la vocación integral del hombre, y por ello dirige la mente hacia soluciones plenamente humanas».
- [16] Cf. *Carta Pontificia* (18 octubre 2017); *Comunicación de la Secretaría de Estado* (21 noviembre 2017).
- [17] *Christus Dominus*, 9.
- [18] *Discurso* a la Curia romana (21 diciembre 2013); Cf. Pablo VI, *Homilía por el 80 cumpleaños* (16 octubre 1977): «Sí, Roma he amado, en continua inquietud de meditar y comprender el trascendente secreto, incapaz ciertamente de penetrarlo y vivirlo, pero apasionado siempre, como todavía lo son, de descubrir cómo y porqué “Cristo es Romano” (Cf. Dante, *La Divina Comedia, Purgatorio, XXXII, 102*) [...] vuestra “conciencia romana”, haya de ella, al origen, la nativa ciudadanía de esta Urbe llena de presagios, o la permanencia de domicilio o la hospitalidad allí gozada; “conciencia romana” que aquí tiene virtud de infundir a quien sepa respirarte el sentido del humanismo universal» (*Insegnamenti di Paolo VI, XV* [1977], 1957).
- [19] Sínodo de Obispos, Asamblea General Ordinaria XV, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento*

- vocacional*, Introducción.
- [20] Por una parte, la unidad que responde al don del Espíritu, encuentra su expresión natural y cargada de significado en la «unión indefectible con el Obispo de Roma» (Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. *Ecclesia in Medio Oriente*, 40). Y por otra parte, estar incorporados en la comunión de todo el Cuerpo de Cristo, nos hace conscientes de tener que reforzar la unión y la solidaridad dentro de los varios Sínodos patriarcales, «privilegiando en ellos el acuerdo en cuestiones de gran importancia para la Iglesia, con vistas a una acción colegial y unitaria» (*ibid.*).[†]
- [21] *Discurso en el encuentro con los Patriarcas de las Iglesias Orientales y los Arzobispos Mayores* (21 noviembre 2013).
- [22] Junto a los Jefes y Padres, los Arzobispos y los Obispos orientales, en comunión «con el Papa, con la Curia y entre ellos, todos estamos llamados «a buscar siempre la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia y la mansedumbre» (cf. *1 Tm* 6,11); [a adquirir] un estilo de vida sobrio a imagen de Cristo, que se despojó para enriquecernos con su pobreza (cf. *2 Co* 8,9); ... [a la] transparencia en la gestión de los bienes y atención por cada debilidad y necesidad» (*Discurso en el encuentro con los Patriarcas de las Iglesias orientales católicas y los Arzobispos Mayores*, Sala del Consistorio, 21 noviembre 2013).
- [23] Nosotros «vemos a tantos de nuestros hermanos y hermanas cristianos de las Iglesias orientales experimentar persecuciones dramáticas y una diáspora cada vez más inquietante» (*Homilía con ocasión del centenario de la Congregación para las Iglesias orientales y del Pontificio Instituto Oriental*, Basílica de Santa María Mayor, 12 octubre 2017). «En estas situaciones nadie puede cerrar los ojos» (*Mensaje en el centenario de fundación del Pontificio Instituto Oriental*, 12 octubre 2017).
- [24] *Discurso a la Plenaria del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos* (10 noviembre 2016).[†]
- [25] *Ibid.*
- [26] *Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional para la paz*, Al-Azhar Conference Centre, El Cairo (28 abril 2017).
- [27] *Ibid.*
- [28] «Es mangelt nur an dir: Ach, könnte nur dein Herz zu einer Krippe werden, Gott würde noch einmal ein Kind auf dieser Erden» (Ed. Paulinas, 1989, p. 170 [234-235]).

HOMILÍAS

**Homilía del Papa Francisco
en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año**

Basilica Vaticana, Altar de la Cátedra. Viernes, 3 de noviembre de 2017.

La celebración de hoy nos pone una vez más frente a la realidad de la muerte, haciendo que también se reavive en nosotros el dolor por la separación de las personas que han estado cerca de nosotros, y nos han ayudado; pero la liturgia alimenta sobre todo nuestra *esperanza* por ellos y por nosotros mismos.

La primera lectura expresa una *firme esperanza* en la resurrección de los justos: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza e ignominia perpetua» (12,2). Los que duermen en el polvo, es decir, en la tierra, son obviamente los muertos, y el despertar de la muerte no es en sí mismo un retorno a la vida: algunos despertarán para la vida eterna, otros para vergüenza eterna. La muerte hace definitiva la «encrucijada» que ya está ante nosotros aquí, en este mundo: la senda de la vida, es decir, con Dios, o la senda de la muerte, es decir, lejos de Él. Esos «muchos» que resucitarán para la vida eterna son los «muchos» por los que Cristo ha derramado su sangre. Son esa muchedumbre que, gracias a la bondad misericordiosa de Dios, experimenta la realidad de la vida que no acaba, la victoria completa sobre la muerte a través de la resurrección.

En el Evangelio, Jesús *fortalece nuestra esperanza*, cuando dice: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre» (Jn 6,51). Estas palabras remiten al sacrificio de Cristo en la cruz. Él aceptó la muerte para salvar a los hombres que el Padre le había entregado y que estaban muertos en la esclavitud del pecado. Jesús se hizo nuestro hermano y compartió nuestra condición hasta la muerte; con su amor rompió el yugo de la muerte y nos abrió las puertas de la vida. Con su cuerpo y su sangre nos alimenta y nos une a su amor fiel, que lleva en sí la esperanza de la victoria definitiva del bien sobre el mal, sobre el sufrimiento y sobre la muerte. En virtud de este vínculo divino de la caridad de Cristo, sabemos que la comunión con los muertos no es simplemente un deseo, una imaginación, sino que se vuelve real.

La fe que profesamos en la resurrección nos lleva a ser *hombres de esperanza* y no de desesperación, hombres de la vida y no de la muerte, porque nos consuela la promesa de la vida eterna enraizada en la unión con Cristo resucitado.

Esta *esperanza*, que la Palabra de Dios reaviva en nosotros, nos ayuda a tener una actitud de confianza frente a la muerte: en efecto, Jesús nos ha mostrado que esta no es la última palabra, sino que el amor misericordioso del Padre nos transfigura y nos hace vivir en comunión eterna con Él. Una característica funda-

mental del cristiano es el sentido de la espera palpitante del encuentro final con Dios. Lo hemos reafirmado hace poco en el Salmo Responsable: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (42,3). Son palabras poéticas que expresan de manera conmovedora nuestra espera vigilante y sedienta del amor, de la belleza, de la felicidad y de la sabiduría de Dios.

Estas palabras del Salmo se habían quedado grabadas en el alma de nuestros hermanos cardenales y obispos que hoy recordamos: nos han dejado después de haber servido a la Iglesia y al pueblo que se les confió con la mirada puesta en la eternidad. Por tanto, damos gracias por su servicio generoso al Evangelio y a la Iglesia, al mismo tiempo que nos parece oírles repetir con el Apóstol: «La esperanza no defrauda» (*Rm 5,5*). Sí, no defrauda. Dios es fiel y nuestra esperanza en Él no es inútil. Invoquemos para ellos la intercesión materna de María Santísima, para que participen en el banquete eterno, que con fe y amor gustaron ya durante su peregrinación terrena.

Homilía del Papa Francisco
durante la misa con los jóvenes en el Viaje Apostólico
a Myanmar y Bangladés (26 de noviembre al 2 de diciembre)

Catedral de Santa María (Rangún). Jueves, 30 de noviembre de 2017.

A punto de concluir mi visita a vuestro hermoso país, me uno a vuestra acción de gracias a Dios por tantos dones que nos ha concedido en estos días. Mirándoos a vosotros, jóvenes de Myanmar, y a todos los que desde otros lugares se unen a nosotros, quisiera compartir con vosotros una frase de la primera lectura de hoy que resuena en mi interior. Está tomada del profeta Isaías, y san Pablo la repitió en su carta a la joven comunidad cristiana de Roma. Escuchemos una vez más esas palabras: «¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien!» (*Rm 10,15*; cf. *Is 52,7*).

Queridos jóvenes de Myanmar, después de haber escuchado vuestras voces y haberos oído cantar hoy, os aplico a vosotros esas palabras. Sí, son hermosos vuestros pasos; vuestra presencia es hermosa y alentadora, porque nos traéis «buenas noticias», la buena nueva de vuestra juventud, de vuestra fe y de vuestro entusiasmo. Así es, vosotros *sois* una buena noticia, porque sois signos concretos de la fe de la Iglesia en Jesucristo, que nos hace experimentar un gozo y una esperanza que nunca morirán.

Algunos se preguntan cómo es posible hablar de buenas noticias cuando tantas personas a nuestro alrededor están sufriendo. ¿Dónde están las buenas noticias cuando hay tanta injusticia, pobreza y miseria que proyectan su sombra sobre nosotros y nuestro mundo? Quiero que de aquí salga un mensaje muy claro. Quiero que la gente sepa que vosotros, muchachos y muchachas de Myanmar, no tenéis miedo a creer en la buena noticia de la misericordia de Dios, porque esta tiene *un nombre* y *un rostro*: Jesucristo. Como mensajeros de esta buena nueva, estáis listos para llevar una palabra de esperanza a la Iglesia, a vuestro país y al mundo en general. Estáis dispuestos a llevar la Buena Noticia a vuestros hermanos y hermanas que sufren y que necesitan vuestras oraciones y vuestra solidaridad, pero también vuestra pasión por los derechos humanos, por la justicia y porque crezcan el amor y la paz que Jesús nos da.

Quiero también plantearos un desafío. ¿Escuchasteis con atención la primera lectura? Allí, san Pablo repite tres veces la palabra «*sin*». Es una palabra sencilla, pero que nos hace pensar sobre nuestro papel en el proyecto de Dios. En efecto, Pablo propone tres preguntas que yo quiero dirigir a cada uno de vosotros personalmente. La primera, ¿cómo puede alguien creer en el Señor sin haber oído hablar de él? La segunda, ¿cómo puede alguien oír hablar del Señor sin un mensajero que lo anuncie? Y la tercera, ¿cómo puede haber un mensajero sin ser

enviado? (cf. *Rm* 10,14-15).

Me gustaría que todos vosotros pensarais profundamente en estas preguntas. ¡Pero no tengáis miedo! Como buen «padre» (¡aunque mejor sería decir «abuelo!»), no quiero dejaros solos ante estas preguntas. Permitidme que os ofrezca algunas ideas que puedan guiaros en el camino de fe y ayudaros a discernir qué es lo que el Señor os está pidiendo.

La primera pregunta de san Pablo es: «¿Cómo puede alguien creer en el Señor sin haber oído hablar de él?». Nuestro mundo está lleno de ruidos y distracciones, que pueden apagar la voz de Dios. Para que otros se sientan llamados a escucharlo y a creer en él, necesitan descubrirlo en personas que sean *auténticas*. Personas que sepan escuchar. Seguro que vosotros queréis ser genuinos. Pero sólo el Señor os puede ayudar a serlo. Por eso hablad con él en la oración. Aprended a escuchar su voz, hablándole con calma desde lo más profundo de vuestro corazón.

Pero hablad también con los santos, nuestros amigos del cielo que nos sirven de ejemplo. Como san Andrés, cuya fiesta celebramos hoy. Andrés fue un sencillo pescador que acabó siendo un gran mártir, un testigo del amor de Jesús. Pero antes de llegar a ser mártir, cometió sus errores, tuvo que ser paciente y aprender gradualmente a ser un verdadero discípulo de Cristo. Así que no tengáis miedo de aprender de vuestros propios errores. Dejad que los santos os guíen hacia Jesús y os enseñen a poner vuestras vidas en sus manos. Sabed que Jesús está lleno de misericordia. Por lo tanto, *compartid con él todo lo que lleváis en vuestros corazones*: vuestros miedos y preocupaciones, así como vuestros sueños y esperanzas. Cultivad la vida interior, como cuidaríais un jardín o un campo. Esto lleva tiempo; requiere paciencia. Pero al igual que un agricultor sabe esperar que lo cultivado crezca, así también a vosotros, si sabéis esperar, el Señor os hará dar mucho fruto, un fruto que luego podréis compartir con los demás.

La segunda pregunta de Pablo es: «¿Cómo van a oír hablar de Jesús sin un mensajero que lo anuncie?». Esta es una gran tarea encomendada de manera especial a los jóvenes: ser «discípulos misioneros», mensajeros de la buena noticia de Jesús, sobre todo para vuestros compañeros y amigos. No tengáis miedo de hacer lío, de plantear preguntas que hagan pensar a la gente. Y no os preocupéis si a veces sentís que sois pocos y dispersos. El Evangelio siempre crece a partir de pequeñas raíces. Por eso haceos oír. Os pido que gritéis, pero no con vuestras voces, no, quiero que gritéis, para ser con vuestra vida, con vuestros corazones, signos de esperanza para los que están desanimados, una mano tendida para el enfermo, una sonrisa acogedora para el extranjero, un apoyo solícito para el que está solo.

La última pregunta de Pablo es: «¿Cómo puede haber un mensajero sin que sea enviado?». Al final de esta Misa, todos seremos enviados, para llevar con nosotros los dones que hemos recibido y compartirlos con los demás. Esto puede

provocar un poco de desánimo, ya que no siempre sabemos a dónde nos puede enviar Jesús. Pero él nunca nos manda sin caminar al mismo tiempo a nuestro lado, y siempre un poquito por delante de nosotros, para llevarnos a nuevas y maravillosas partes de su reino.

¿Cómo envía nuestro Señor a san Andrés y a su hermano Simón Pedro en el Evangelio de hoy? «¡Seguidme!», les dice (*Mt 4,19*). Eso es lo que significa ser enviado: *seguir* a Cristo, y no lanzarnos por delante con nuestras propias fuerzas. El Señor invitará a algunos de vosotros a seguirlo como sacerdotes, y de esta forma convertirse en «pescadores de hombres». A otros los llamará a la vida religiosa, a otros a la vida matrimonial, a ser padres y madres amorosos. Cualquiera que sea vuestra vocación, os exhorto: ¡sed valientes, sed generosos y, sobre todo, sed alegres!

Aquí, en esta hermosa Catedral dedicada a la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, os animo a que miréis a María. Cuando ella respondió «sí» al mensaje del ángel, era joven, como vosotros. Sin embargo, tuvo el valor de confiar en la «buena noticia» que había escuchado, y de traducirla en una vida de consagración fiel a su vocación, de entrega total de sí y completa confianza en los cuidados amorosos de Dios. Que siguiendo el ejemplo de María, llevéis a Jesús y su amor a los demás con sencillez y valentía.

Queridos jóvenes, con gran afecto os encomiendo a vosotros y a vuestras familias a su maternal intercesión. Y os pido, por favor, que os acordéis de rezar por mí.

Dios bendiga a Myanmar [Myanmar pyi ko Payarthakin Kaung gi pei pa sei]

**Homilía del Papa Francisco
durante la Santa Misa y Ordenación Sacerdotal**

Subrawardy Udyan Park (Daca), Viernes 1 de diciembre de 2017.

[Homilía tomada del Ritual de Ordenación de Presbíteros]

Queridos hermanos:

Ahora que estos hijos nuestros van a ser ordenados presbíteros, conviene considerar con atención a qué ministerio acceden en la Iglesia.

Como sabéis, hermanos, el Señor Jesús es el gran Sacerdote del Nuevo Testamento; aunque, en verdad, todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido sacerdocio real en Cristo. Sin embargo, nuestro gran Sacerdote, Jesucristo, eligió a algunos discípulos para que en la Iglesia desempeñasen, en nombre suyo, el oficio sacerdotal para bien de los hombres.

Él mismo, enviado por el Padre, envió, a su vez, a los Apóstoles por el mundo, para continuar sin interrupción su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor por medio de ellos y de los Obispos, sus sucesores. Y los presbíteros son colaboradores de los Obispos, con quienes en unidad de sacerdocio están llamados al servicio del pueblo de Dios.

Estos hermanos, después de pensarlo seriamente, van a ser ordenados al sacerdocio en el Orden de los presbíteros, para hacer las veces de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, por quien la Iglesia, su Cuerpo, se edifica y crece como pueblo de Dios y templo santo.

A vosotros, queridos hijos, que vais a ser ordenados presbíteros, os incumbirá, en la parte que os corresponde, la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmitid a todos la Palabra de Dios que habéis recibido con alegría. Y al meditar en la ley del Señor, procurad creer lo que leéis, enseñar lo que creéis y practicar lo que enseñáis. Que vuestra enseñanza sea alimento para el pueblo de Dios; que vuestra vida sea un estímulo para los discípulos de Cristo, a fin de que con vuestra palabra y vuestro ejemplo se vaya edificando la casa, que es la Iglesia de Dios.

Os corresponderá también la función de santificar en Cristo. Por medio de vuestro ministerio, alcanzará su plenitud el sacrificio espiritual de los fieles, que por vuestras manos, junto con ellos, será ofrecido sobre el altar, unido al sacrificio de Cristo, en celebración incruenta.

Daos cuenta de lo que hacéis e imitad lo que conmemoráis, de tal manera que, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, os esforcéis por hacer morir en vosotros el mal y procuréis caminar en una vida nueva.

Al introducir a los hombres en el pueblo de Dios por el Bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por el sacramento de la Peniten-

cia, al dar a los enfermos el alivio del óleo santo, al celebrar los ritos sagrados, al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica no sólo por el pueblo de Dios, sino por el mundo entero, recordad que habéis sido escogidos de entre los hombres y puestos al servicio de ellos en las cosas de Dios.

Realizad, pues, con alegría perenne, en verdadera caridad, el ministerio de Cristo Sacerdote, no buscando vuestro propio interés, sino el de Jesucristo.

Finalmente, al ejercer, en la parte que os corresponde, la función de Cristo, Cabeza y Pastor, permaneciendo unidos al Obispo y bajo su dirección, esforzaos por reunir a los fieles en una sola familia, de forma que en la unidad del Espíritu Santo, por Cristo, podáis conducirlos al Padre. Tened siempre presente el ejemplo del buen Pastor, que no vino para que le sirvieran, sino para servir, y para buscar y salvar lo que estaba perdido.

Ahora deseo dirigirme a vosotros, queridos hermanos y hermanas que habéis venido a esta fiesta, a esta gran fiesta de Dios en la ordenación de estos hermanos sacerdotes. Sé que muchos de vosotros habéis venido desde lejos, viajando más de dos días... Gracias por vuestra generosidad. Esto demuestra el amor que tenéis a la Iglesia, esto indica el amor que vosotros tenéis a Jesucristo. Muchas gracias. Gracias por vuestra generosidad, muchas gracias por vuestra fidelidad. Seguid adelante con el espíritu de las Bienaventuranzas. Y os pido a vosotros, hoy os ruego: rezad siempre por vuestros sacerdotes, especialmente por los que hoy recibirán el sacramento de la Ordenación. El pueblo de Dios sostiene a los sacerdotes con la oración. Es vuestra responsabilidad apoyar los sacerdotes. Alguno entre ustedes se puede preguntar: «Pero, ¿cómo se hace para sostener a un sacerdote?». Confíad en vuestra generosidad. El corazón generoso que vosotros tenéis os dirá cómo sostener a los sacerdotes. Pero el primer apoyo del sacerdote es la oración. El pueblo de Dios -es decir, todos- apoya al sacerdote con la oración. No os canséis jamás de rezar por vuestros sacerdotes. Yo sé que lo haréis. Muchas gracias. Y ahora seguimos el rito de la Ordenación de estos diáconos que serán vuestros sacerdotes. Gracias.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa de Nochebuena, en la Natividad del Señor

Basílica Vaticana. Domingo 24 de diciembre de 2017.

«María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el albergue» (*Lc 2,7*). De esta manera, simple pero clara, Lucas nos lleva al corazón de esta noche santa: María dio a luz, María nos dio la Luz. Un relato sencillo para sumergirnos en el acontecimiento que cambia para siempre nuestra historia. Todo, en esa noche, se volvía fuente de esperanza.

Vayamos unos versículos atrás. Por decreto del emperador, María y José se vieron obligados a marchar. Tuvieron que dejar su gente, su casa, su tierra y ponerse en camino para ser censados. Una travesía nada cómoda ni fácil para una joven pareja en situación de dar a luz: estaban obligados a dejar su tierra. En su corazón iban llenos de esperanza y de futuro por el niño que vendría; sus pasos en cambio iban cargados de las incertidumbres y peligros propios de aquellos que tienen que dejar su hogar.

Y luego se tuvieron que enfrentar quizás a lo más difícil: llegar a Belén y experimentar que era una tierra que no los esperaba, una tierra en la que para ellos no había lugar.

Y precisamente allí, en esa desafiante realidad, María nos regaló al Emmanuel. El Hijo de Dios tuvo que nacer en un establo porque los suyos no tenían espacio para él. «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (*Jn 1,11*). Y allí..., en medio de la oscuridad de una ciudad, que no tiene ni espacio ni lugar para el forastero que viene de lejos, en medio de la oscuridad de una ciudad en pleno movimiento y que en este caso pareciera que quiere construirse de espaldas a los otros, precisamente allí se enciende la chispa revolucionaria de la ternura de Dios. En Belén se generó una pequeña abertura para aquellos que han perdido su tierra, su patria, sus sueños; incluso para aquellos que han sucumbido a la asfixia que produce una vida encerrada.

En los pasos de José y María se esconden tantos pasos. Vemos las huellas de familias enteras que hoy se ven obligadas a marchar. Vemos las huellas de millones de personas que no eligen irse sino que son obligados a separarse de los suyos, que son expulsados de su tierra. En muchos de los casos esa marcha está cargada de esperanza, cargada de futuro; en muchos otros, esa marcha tiene solo un nombre: sobrevivencia. Sobrevivir a los Herodes de turno que para imponer su poder y acrecentar sus riquezas no tienen ningún problema en cobrar sangre inocente.

María y José, los que no tenían lugar, son los primeros en abrazar a aquel que viene a darnos carta de ciudadanía a todos. Aquel que en su pobreza y pequeñez

denuncia y manifiesta que el verdadero poder y la auténtica libertad es la que cubre y socorre la fragilidad del más débil.

Esa noche, el que no tenía lugar para nacer es anunciado a aquellos que no tenían lugar en las mesas ni en las calles de la ciudad. Los pastores son los primeros destinatarios de esta buena noticia. Por su oficio, eran hombres y mujeres que tenían que vivir al margen de la sociedad. Las condiciones de vida que llevaban, los lugares en los cuales eran obligados a estar, les impedían practicar todas las prescripciones rituales de purificación religiosa y, por tanto, eran considerados impuros. Su piel, sus vestimentas, su olor, su manera de hablar, su origen los delataba. Todo en ellos generaba desconfianza. Hombres y mujeres de los cuales había que alejarse, a los cuales temer; se los consideraba paganos entre los creyentes, pecadores entre los justos, extranjeros entre los ciudadanos. A ellos (paganos, pecadores y extranjeros) el ángel les dice: «No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,10-11).

Esa es la alegría que esta noche estamos invitados a compartir, a celebrar y a anunciar. La alegría con la que a nosotros, *paganos, pecadores y extranjeros* Dios nos abrazó en su infinita misericordia y nos impulsa a hacer lo mismo.

La fe de esa noche nos mueve a reconocer a Dios presente en todas las situaciones en las que lo creíamos ausente. Él está en el visitante indiscreto, tantas veces irreconocible, que camina por nuestras ciudades, en nuestros barrios, viajando en nuestros metros, golpeando nuestras puertas.

Y esa misma fe nos impulsa a dar espacio a una nueva imaginación social, a no tener miedo a ensayar nuevas formas de relación donde nadie tenga que sentir que en esta tierra no tiene lugar. Navidad es tiempo para transformar la fuerza del miedo en fuerza de la caridad, en fuerza para una nueva imaginación de la caridad. La caridad que no se conforma ni naturaliza la injusticia sino que se anima, en medio de tensiones y conflictos, a ser «casa del pan», tierra de hospitalidad. Nos lo recordaba san Juan Pablo II: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!» (*Homilía en la Misa de inicio de Pontificado*, 22 octubre 1978)

En el niño de Belén, Dios sale a nuestro encuentro para hacernos protagonistas de la vida que nos rodea. Se ofrece para que lo tomemos en brazos, para que lo alcemos y abracemos. Para que en él no tengamos miedo de tomar en brazos, alzar y abrazar al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al preso (cf. *Mt* 25,35-36). «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». En este niño, Dios nos invita a hacernos cargo de la esperanza. Nos invita a hacernos centinelas de tantos que han sucumbido bajo el peso de esa desolación que nace al encontrar tantas puertas cerradas. En este Niño, Dios nos hace protagonistas de su hospitalidad.

Conmovidos por la alegría del don, pequeño Niño de Belén, te pedimos que tu llanto despierte nuestra indiferencia, abra nuestros ojos ante el que sufre. Que tu ternura despierte nuestra sensibilidad y nos mueva a sabernos invitados a reconocerte en todos aquellos que llegan a nuestras ciudades, a nuestras historias, a nuestras vidas. Que tu ternura revolucionaria nos convenza a sentirnos invitados, a hacernos cargo de la esperanza y de la ternura de nuestros pueblos.

Homilía del Papa Francisco
durante las primeras vísperas de la solemnidad de Santa María,
Madre de Dios y *TE DEUM* de acción de gracias

Basílica Vaticana. Domingo, 31 de diciembre de 2017.

«Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió Dios a su Hijo» (*Gálatas* 4, 4). Esta celebración vespertina respira la atmósfera de la plenitud del tiempo. No porque estemos en la última tarde del año solar, sino porque la fe nos hace contemplar y sentir que Jesucristo, Verbo hecho carne, ha dado plenitud al tiempo del mundo y a la historia humana.

«Nacido de mujer» (v. 4). La primera que experimenta este sentido de la plenitud donada de la presencia de Jesús ha sido precisamente la «mujer» de la que Él ha «nacido». La Madre del Hijo encarnado, Madre de Dios. A través de ella, por así decir, ha brotado la plenitud del tiempo: a través de su corazón humilde y lleno de fe, a través de su carne toda impregnada de Espíritu Santo.

La Iglesia ha heredado de ella y hereda continuamente esta percepción interior de la plenitud, que alienta un sentido de gratitud, como única respuesta humana digna del don inmenso de Dios. Una gratitud conmovedora, que, partiendo de la contemplación de ese Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, se extiende a todo y a todos, al mundo entero. Es un «gracias» que refleja la Gracia; no viene de nosotros, sino de Él; no viene del yo, sino de Dios, e involucra al yo y al nosotros.

En esta atmósfera creada por el Espíritu Santo, nosotros elevemos a Dios la acción de gracias por el año que llega a su fin, reconociendo que todo el bien es don suyo. También este tiempo del año 2017, que Dios nos había donado íntegro y sano, nosotros humanos de tantas maneras lo hemos desperdiciado y herido con obras de muerte, con mentiras e injusticias. Las guerras son el signo flagrante de este orgullo reincidente y absurdo. Pero lo son también todas las pequeñas y grandes ofensas a la vida, a la verdad, a la fraternidad, que causan múltiples formas de degrado humano, social y ambiental. Queremos y debemos asumir toda nuestra responsabilidad, delante de Dios, los hermanos y la creación. Pero esta noche prevalece la gracia de Jesús y su reflejo en María. Y prevalece por eso la gratitud que, como Obispo de Roma, siento en el alma pensando en la gente que vive con corazón abierto en esta ciudad.

Siento simpatía y gratitud por todas esas personas que cada día contribuyen con pequeños pero preciosos gestos concretos al bien de Roma: tratan de cumplir de la mejor forma su deber, se mueven en el tráfico con criterio y prudencia, respetando los lugares públicos y señalan las cosas que no van bien, están atentos a las personas ancianas o en dificultad, etc. Estos y otros miles de comportamien-

tos expresan concretamente el amor por la ciudad. Sin discursos, sin publicidad, pero con un estilo de educación cívica practicada en lo cotidiano. Y así cooperan silenciosamente al bien común.

Igualmente siento en mí una gran estima por los padres, los profesores y todos los educadores que, con este mismo estilo, tratan de formar a los niños y a los jóvenes en el sentido cívico, en una ética de la responsabilidad, educándoles en sentirse parte, cuidar, e interesarse por la realidad que les rodea. Estas personas, aunque no sean noticia, son la mayor parte de la gente que vive en Roma. Y entre ellos no pocos se encuentran en difíciles condiciones económicas; y no se lamentan, ni cultivan resentimientos y rencores, sino que se esfuerzan en hacer cada día su parte para mejorar un poco las cosas.

Hoy, en el dar gracias a Dios, os invito a expresar también el reconocimiento para todos estos artesanos del bien común, que aman su ciudad no de palabra sino con los hechos.

MENSAJES

**Mensaje del Papa Francisco
para la Jornada Mundial de las Misiones 2017*****La misión en el corazón de la fe cristiana***

Queridos hermanos y hermanas:

Este año la Jornada Mundial de las Misiones nos vuelve a convocar entorno a la persona de Jesús, «el primero y el más grande evangelizador» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 7), que nos llama continuamente a anunciar el Evangelio del amor de Dios Padre con la fuerza del Espíritu Santo. Esta Jornada nos invita a reflexionar de nuevo sobre *la misión en el corazón de la fe cristiana*. De hecho, la Iglesia es misionera por naturaleza; si no lo fuera, no sería la Iglesia de Cristo, sino que sería sólo una asociación entre muchas otras, que terminaría rápidamente agotando su propósito y desapareciendo. Por ello, se nos invita a hacernos algunas preguntas que tocan nuestra identidad cristiana y nuestras responsabilidades como creyentes, en un mundo confundido por tantas ilusiones, herido por grandes frustraciones y desgarrado por numerosas guerras fratricidas, que afectan de forma injusta sobre todo a los inocentes. ¿Cuál es el *fundamento* de la misión? ¿Cuál es el *corazón* de la misión? ¿Cuáles son las *actitudes vitales* de la misión?

La misión y el poder transformador del Evangelio de Cristo, Camino, Verdad y Vida

1. La misión de la Iglesia, destinada a todas las personas de buena voluntad, está fundada sobre la fuerza transformadora del Evangelio. El Evangelio es la Buena Nueva que trae consigo una alegría contagiosa, porque contiene y ofrece una vida nueva: la de Cristo resucitado, el cual, comunicando su Espíritu dador de vida, se convierte en Camino, Verdad y Vida por nosotros (cf. *Jn* 14,6). Es *Camino* que nos invita a seguirlo con confianza y valor. Al seguir a Jesús como nuestro *Camino*, experimentamos la *Verdad* y recibimos su *Vida*, que es la plena comunión con Dios Padre en la fuerza del Espíritu Santo, que nos libera de toda forma de egoísmo y es fuente de creatividad en el amor.

2. Dios Padre desea esta transformación existencial de sus hijos e hijas; transformación que se expresa como culto en espíritu y en verdad (cf. *Jn* 4,23-24), en una vida animada por el Espíritu Santo en la imitación del Hijo Jesús, para gloria de Dios Padre. «La gloria de Dios es el hombre viviente» (Ireneo, *Adversus haereses* IV, 20,7). De este modo, el anuncio del Evangelio se convierte en palabra viva y eficaz que realiza lo que proclama (cf. *Is* 55,10-11), es decir Jesucristo, el cual continuamente se hace carne en cada situación humana (cf. *Jn* 1,14).

La misión y el *kairos* de Cristo

3. La misión de la Iglesia no es la propagación de una ideología religiosa, ni tampoco la propuesta de una ética sublime. Muchos movimientos del mundo saben proponer grandes ideales o expresiones éticas sublimes. A través de la misión de la Iglesia, Jesucristo sigue evangelizando y actuando; por eso, ella representa el *kairos*, el tiempo propicio de la salvación en la historia. A través del anuncio del Evangelio, Jesús se convierte de nuevo en contemporáneo nuestro, de modo que quienes lo acogen con fe y amor experimentan la fuerza transformadora de su Espíritu de Resucitado que fecunda lo humano y la creación, como la lluvia lo hace con la tierra. «Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 276).

4. Recordemos siempre que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est*, 1). El Evangelio es una persona, que continuamente se ofrece y continuamente invita a los que la reciben con fe humilde y laboriosa a compartir su vida mediante la participación efectiva en su misterio pascual de muerte y resurrección. El Evangelio se convierte así, por medio del *Bautismo*, en fuente de vida nueva, libre del dominio del pecado, iluminada y transformada por el Espíritu Santo; por medio de la *Confirmación*, se hace unción fortalecedora que, gracias al mismo Espíritu, indica caminos y estrategias nuevas de testimonio y de proximidad; y por medio de la *Eucaristía* se convierte en el alimento del hombre nuevo, «medicina de inmortalidad» (Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Ephesios*, 20,2).

5. El mundo necesita el Evangelio de Jesucristo como algo esencial. Él, a través de la Iglesia, continúa su misión de *Buen Samaritano*, curando las heridas sangrantes de la humanidad, y de *Buen Pastor*, buscando sin descanso a quienes se han perdido por caminos tortuosos y sin una meta. Gracias a Dios no faltan experiencias significativas que dan testimonio de la fuerza transformadora del Evangelio. Pienso en el gesto de aquel estudiante Dinka que, a costa de su propia vida, protegió a un estudiante de la tribu Nuer que iba a ser asesinado. Pienso en aquella celebración eucarística en Kitgum, en el norte de Uganda, por aquel entonces, ensangrentada por la ferocidad de un grupo de rebeldes, cuando un misionero hizo repetir al pueblo las palabras de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», como expresión del grito desesperado de los hermanos y hermanas del Señor crucificado. Esa celebración fue para la gente una fuente de gran consuelo y valor. Y podemos pensar en muchos, numerosísimos testimonios de cómo el Evangelio ayuda a superar la cerrazón, los conflictos, el racismo, el tribalismo, promoviendo en todas partes y entre todos la reconci-

liación, la fraternidad y el saber compartir.

La misión inspira una espiritualidad de éxodo continuo, peregrinación y exilio

6. La misión de la Iglesia está animada por una espiritualidad de *éxodo continuo*. Se trata de «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 20). La misión de la Iglesia estimula una actitud de *continua peregrinación* a través de los diversos desiertos de la vida, a través de las diferentes experiencias de hambre y sed, de verdad y de justicia. La misión de la Iglesia propone una experiencia de *continuo exilio*, para hacer sentir al hombre, sediento de infinito, su condición de exiliado en camino hacia la patria final, entre el «ya» y el «todavía no» del Reino de los Cielos.

7. La misión dice a la Iglesia que ella no es un fin en sí misma, sino que es un humilde instrumento y mediación del Reino. Una Iglesia autorreferencial, que se complace en éxitos terrenos, no es la Iglesia de Cristo, no es su cuerpo crucificado y glorioso. Es por eso que debemos preferir «una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (*ibid.*, 49).

Los jóvenes, esperanza de la misión

8. Los jóvenes son la esperanza de la misión. La persona de Jesús y la Buena Nueva proclamada por él siguen fascinando a muchos jóvenes. Ellos buscan caminos en los que poner en práctica el valor y los impulsos del corazón al servicio de la humanidad. «Son muchos los jóvenes que se solidarizan ante los males del mundo y se embarcan en diversas formas de militancia y voluntariado [...]. ¡Qué bueno es que los jóvenes sean “callejeros de la fe”, felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!» (*ibid.*, 106). La próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en el año 2018 sobre el tema «*los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*», se presenta como una oportunidad providencial para involucrar a los jóvenes en la responsabilidad misionera, que necesita de su rica imaginación y creatividad.

El servicio de las Obras Misionales Pontificias

9. Las Obras Misionales Pontificias son un instrumento precioso para suscitar en cada comunidad cristiana el deseo de salir de sus propias fronteras y sus seguridades, y remar mar adentro para anunciar el Evangelio a todos. A través de una profunda espiritualidad misionera, que hay que vivir a diario, de un compromiso constante de formación y animación misionera, muchachos, jóvenes, adultos, familias, sacerdotes, religiosos y obispos se involucran para que crezca en cada uno un corazón misionero. La Jornada Mundial de las Misiones, promovida por la Obra de la Propagación de la Fe, es una ocasión favorable para que el corazón misionero de las comunidades cristianas participe, a través de la oración, del tes-

timonio de vida y de la comunión de bienes, en la respuesta a las graves y vastas necesidades de la evangelización.

Hacer misión con María, Madre de la evangelización

10. Queridos hermanos y hermanas, hagamos misión inspirándonos en María, Madre de la evangelización. Ella, movida por el Espíritu, recibió la Palabra de vida en lo más profundo de su fe humilde. Que la Virgen nos ayude a decir nuestro «sí» en la urgencia de hacer resonar la Buena Nueva de Jesús en nuestro tiempo; que nos obtenga un nuevo celo de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte; que interceda por nosotros para que podamos adquirir la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la salvación.

Vaticano, 4 de junio de 2017. Solemnidad de Pentecostés.

**Mensaje del Papa Francisco
a los participantes en el Congreso Internacional: "Pastoral Vocacional y
Vida Consagrada. Horizontes y esperanzas"**

Roma, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, 1-3 de diciembre de 2017.

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo a los participantes en este Congreso Internacional promovido por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica sobre «Pastoral Vocacional y la Vida Consagrada. Horizontes y esperanzas». Agradezco a dicha Congregación la iniciativa de este evento que quiere ser la aportación de dicho Dicasterio al próximo Sínodo de los Obispos que se ocupará del tema: «Los Jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». Y mientras, a través de este vídeo-mensaje, saludo a todos los que habéis llegado a Roma para participar en este encuentro, os aseguro también mi oración al *Dueño de la mies* para que este Congreso ayude a todos los consagrados a dar una respuesta generosa a su propia vocación y, al mismo tiempo, ayude a todos ellos a intensificar la pastoral vocacional entre las familias y jóvenes para que, quienes son llamados al seguimiento de Cristo en la vida consagrada o en otras vocaciones dentro del Pueblo de Dios, puedan encontrar los cauces adecuados para acoger esa llamada y responder con generosidad a ella.

Ante todo quiero manifestaros *algunas convicciones sobre la pastoral vocacional*. Y la primera es ésta: Hablar de pastoral vocacional es afirmar que toda acción pastoral de la Iglesia está orientada, por su propia naturaleza, al discernimiento vocacional, en cuanto su objetivo último es ayudar al creyente a descubrir el camino concreto para realizar el proyecto de vida al que Dios lo llama.

El servicio vocacional ha de ser visto como el alma de toda la evangelización y de toda la pastoral de la Iglesia. Fiel a este principio no dudo en afirmar que la pastoral vocacional no se puede reducir a actividades cerradas en sí mismas. Esto podría convertirse en proselitismo, y podría llevar también a caer en «la tentación de un fácil y precipitado reclutamiento» (Juan Pablo II, Exhort. ap. *Vita consecrata*, 64). La pastoral vocacional, en cambio, ha de colocarse en estrecha relación con la evangelización, la educación en la fe, de forma que la pastoral vocacional sea un verdadero itinerario de fe y lleve al encuentro personal con Cristo, y con la pastoral ordinaria, en especial con la pastoral de la familia, de tal modo que los padres asuman, con gozo y responsabilidad, su misión de ser los primeros animadores vocacionales de sus hijos, liberándose ellos mismos y liberando a sus hijos del bloqueo dentro de perspectivas egoístas, de cálculo o de poder, que muchas veces se dan en el seno de las familias, aun aquellas que son practicantes.

Esto comporta cimentar la propuesta vocacional, también la propuesta voca-

cional a la vida consagrada, en una sólida eclesiología y en una adecuada teología de la vida consagrada, que proponga y valore convenientemente todas las vocaciones dentro del Pueblo de Dios.

Una segunda convicción es que la pastoral vocacional tiene su «humus» más adecuado en la pastoral juvenil. Pastoral juvenil y pastoral vocacional han de ir de la mano. La pastoral vocacional se apoya, surge y se desarrolla en la pastoral juvenil. Por su parte, la pastoral juvenil, para ser dinámica, completa, eficaz y verdaderamente formativa ha de estar abierta a la dimensión vocacional. Esto significa que la dimensión vocacional de la pastoral juvenil no es algo que se debe plantear solamente al final de todo el proceso o a un grupo particularmente sensible a una llamada vocacional específica, sino que ha de plantearse constantemente a lo largo de todo el proceso de evangelización y de educación en la fe de los adolescentes y de los jóvenes.

Una tercera convicción es que la oración ha de ocupar un lugar muy importante en la pastoral vocacional. Lo dice claramente el Señor: «Orad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). La oración constituye el primer e insustituible servicio que podemos ofrecer a la causa de las vocaciones. Puesto que la vocación es siempre un don de Dios, la llamada vocacional y la respuesta a dicha vocación solo puede resonar y hacerse sentir en la oración, sin que ello sea entendido como un fácil recurso para desentendernos de trabajar en la evangelización de los jóvenes para que se abran a la llamada del Señor. Orar por las vocaciones supone, en primer lugar, orar y trabajar por la fidelidad a la propia vocación; crear ambientes donde sea posible escuchar la llamada del Señor; ponernos en camino para anunciar el «evangelio de la vocación», promoverlas y provocarlas. Quien ora de verdad por las vocaciones, trabaja incansablemente por crear una cultura vocacional.

Estas convicciones me llevan a plantearos ahora algunos *desafíos* que considero importantes. Un primer desafío es el de la confianza. Confianza en los jóvenes y confianza en el Señor. Confianza en los jóvenes, pues hay muchos jóvenes que, aun perteneciendo a la generación «*selfie*» o a esta cultura que más que «fluida» parece ya «gaseada», buscan pleno sentido a sus vidas, aun cuando no siempre lo busquen en donde lo pueden encontrar. Es aquí donde los consagrados tenemos un papel importante: permanecer despiertos para despertar a los jóvenes, estar centrados en el Señor para poder ayudar al joven a que se centre en él. Muchas veces los jóvenes esperan de nosotros un anuncio explícito del «evangelio de la vocación», una propuesta valiente, evangélicamente exigente y a la vez profundamente humana, sin rebajas y sin rigideces. Por otra parte, confianza en el Señor, seguros que él sigue suscitando en el Pueblo de Dios diversas vocaciones para el servicio del Reino. Hay que vencer la fácil tentación que nos lleve a pensar que en algunos ambientes ya no es posible suscitar vocaciones. Para Dios «nada hay

imposible» (Lc 1,37). Cada tramo de la historia es tiempo de Dios, también el nuestro, pues su Espíritu sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere (cf. Jn 3, 8). Cualquier estación puede ser un «kairós» para recoger la cosecha (cf. Jn 4, 35-38).

Otro desafío importante es la lucidez. Es necesario tener una mirada aguda y, al mismo tiempo, una mirada de fe sobre el mundo y en particular sobre el mundo de los jóvenes. Es esencial conocer bien nuestra sociedad y la actual generación de los jóvenes de tal modo que, buscando los medios oportunos para anunciarles la Buena Nueva, podamos anunciarles también el «evangelio de la vocación». De lo contrario estaríamos dando respuestas a preguntas que nadie se hace.

Un último desafío que quisiera señalar es la convicción. Para proponer hoy a un joven el «ven y sígueme» (Jn 1, 39) se requiere *audacia evangélica*; la convicción de que el seguimiento de Cristo, también en la vida consagrada, merece la pena, y que la entrega total de uno mismo a la causa del Evangelio es algo hermoso y bello que puede dar sentido a toda una vida. Solo así la pastoral vocacional será narración de lo que uno vive y de lo que llena de sentido la propia vida. Y solo así la pastoral vocacional será una propuesta convincente. El joven, como todos nuestros contemporáneos, ya no cree tanto a los maestros, sino que quiere ver testigos de Cristo (cf. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 41).

Si deseamos que una propuesta vocacional al seguimiento de Cristo toque el corazón de los jóvenes y se sientan atraídos por Cristo y por la *sequela Christi* propia de la vida consagrada, la pastoral vocacional ha de ser:

Diferenciada, de tal modo que responda a las preguntas que cada joven se plantea, y que ofrezca a cada uno de ellos lo necesario para colmar con abundancia sus deseos de búsqueda (cf. Jn 10, 10). No se puede olvidar que el Señor llama a cada uno por su nombre, con su historia y a cada uno le ofrece y le pide un camino personal e intransferible en su respuesta vocacional.

Narrativa. El joven quiere ver «narrado» en la vida concreta de un consagrado el modelo a seguir: Jesucristo. La pastoral de «contagio», del «ven y verás» es la única pastoral vocacional verdaderamente evangélica, sin sabor a proselitismo. «Los jóvenes sienten la necesidad de figuras de referencia cercanas, creíbles, coherentes y honestas, así como de lugares y ocasiones en los que poner a prueba la capacidad de relación con los demás» (Sínodo de los Obispos, XV Asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio*, 2017, 2). Solo una propuesta de fe y vocacional encarnadas, tiene posibilidad de entrar en la vida de un joven que lo contrario.

Eclesial. Una propuesta de fe o vocacional a los jóvenes tiene que hacerse dentro del marco eclesial del Vaticano II. Este es la «brújula para la Iglesia del siglo XXI» (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 43) y para la vida consagrada de nuestros días. Este marco eclesial pide a los jóvenes un compromiso y

una participación en la vida de la Iglesia, como actores y no como simples espectadores. También deben sentirse partícipes de la vida consagrada: sus actividades, su espiritualidad, su carisma su vida fraterna, su forma de vivir el seguimiento de Cristo.

Evangélica y como tal comprometida y responsable. La propuesta de fe, como la propuesta vocacional a la vida consagrada, han de partir del centro de toda pastoral: Jesucristo, tal como nos viene presentado en el Evangelio. No vale evadirse, ni valen huidas intimistas o compromisos meramente sociales. Lejos de la pastoral vocacional la «pastoral show» o la «pastoral pasatiempos». Al joven hay que ponerlo ante las exigencias del Evangelio. «El Evangelio es exigente y requiere ser vivido con radicalidad y sinceridad» (*Carta a todos los consagrados*, 21 noviembre 2014, I,2). Al joven hay que ponerle en una situación en la que acepte responsablemente las consecuencias de la propia fe y del seguimiento de Cristo. En este tipo de pastoral no se trata de reclutar agentes sociales, sino verdaderos discípulos de Jesús con el mandamiento nuevo del Señor como consigna y con el código de las bienaventuranzas como estilo de vida.

Acompañada. Una cosa es clara en la pastoral juvenil: Es necesario acompañar a los jóvenes, caminar con ellos, escucharles, provocarles, moverles para que vayan más allá de las comodidades en las que descansan, despertar el deseo, interpretarles lo que están viviendo, llevarles a Jesús y siempre favoreciendo la libertad para que respondan a la llamada del Señor libre y responsablemente (cf. Sínodo de los Obispos, XV Asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio*, 2017, III, 1). Es necesario crear ambiente de confianza, hacer sentir a los jóvenes que son amados como son y por lo que son. El texto de los discípulos de Emaús puede ser un buen ejemplo de acompañamiento (cf. *Lc 24,13-35*). La relación personal con los jóvenes de parte de los consagrados es insustituible.

Perseverante. Con los jóvenes hay que ser perseverantes, sembrar y esperar pacientemente que la semilla crezca y un día pueda dar su fruto. La misión del agente de pastoral juvenil tiene que ser bien consciente que su labor es la de sembrar, otro hará crecer y otros recogerán los frutos.

Juvenil. No podemos tratar a los jóvenes como si no fueran tales. Nuestra pastoral juvenil debe estar marcada por las siguientes notas: dinámica, participativa, alegre, esperanzada, arriesgada, confiada. Y siempre llena de Dios, que es lo que más necesita un joven para llenar sus justos anhelos de plenitud; llena de Jesús que es el único camino que ellos han de recorrer, la única verdad a la que ellos son llamados a adherirse, la única vida por la que merece la pena entregarlo todo (cf. *Jn 1,35ss*).

Queridos participantes en este Congreso: Dos cosas me parecen ciertas en el tema de la pastoral vocacional y vida consagrada. La primera es que no hay

respuestas mágicas y la segunda es que a la vida consagrada, como del resto a toda la Iglesia, se le está pidiendo una verdadera «conversión pastoral», no solo de lenguaje, sino también de estilo de vida, si quiere conectar con los jóvenes y proponerles un camino de fe y hacerles una propuesta vocacional.

Qué nadie os robe la alegría de seguir a Jesucristo y la valentía de proponerlo a los demás como *camino, verdad y vida* (Jn 14,6) ¡Rompeamos nuestros miedos! Es el momento para que *los ancianos sueñen y los jóvenes profeticen* (cf. Jl 3,1). ¡Levantémonos ya! «Manos a la obra» (Esd 10,4). Los jóvenes nos esperan. ¡Es hora de caminar!

Vaticano, 25 de noviembre de 2017.

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

Prot. N. 320/17

Carta circular a los Obispos sobre el pan y el vino para la Eucaristía

1. La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, por encargo del Santo Padre Francisco, se dirige a los Obispos diocesanos (y a quienes se les equiparan en el derecho) para recordar que les compete, sobre todo, a ellos proveer dignamente lo necesario para la celebración de la Cena del Señor (cf. Lc 22,8.13). Compete al Obispo, primer dispensador de los misterios de Dios, moderador, promotor y custodio de la vida litúrgica en la Iglesia a él confiada (cf. CIC can. 835 §1), vigilar la calidad del pan y del vino destinados a la Eucaristía y, por tanto, a aquellos que los preparan. Con el fin de ayudar, se recuerdan las disposiciones vigentes y se sugieren algunas indicaciones prácticas.

2. Mientras que hasta ahora, por lo general, algunas comunidades religiosas se ocupaban de preparar el pan y el vino para la celebración de la Eucaristía, hoy se venden también en los supermercados, en otros negocios y a través de internet. Este Dicasterio, para no dejar dudas acerca de la validez de la materia eucarística, sugiere a los Ordinarios dar indicaciones al respecto, por ejemplo, garantizando la materia eucarística mediante certificados apropiados.

Es el Ordinario el que debe recordar a los presbíteros, en particular a los párrocos y a los rectores de las iglesias, su responsabilidad para comprobar quién es la persona encargada de proveer el pan y el vino para la celebración, así como la idoneidad de la materia.

Además, corresponde al Ordinario informar y recordar a los productores del vino y del pan para la Eucaristía el respeto absoluto de las normas.

3. Las normas acerca de la materia eucarística, indicadas en el can. 924 del CIC y en los números 319 - 323 de la *Institutio generalis Missalis Romani*, han sido ya explicadas en la Instrucción *Redemptionis Sacramentum* de esta Congregación (25 de marzo de 2004):

a) “El pan que se emplea en el santo Sacrificio de la Eucaristía debe ser ázimo, de sólo trigo y hecho recientemente, para que no haya ningún peligro de que se corrompa. Por consiguiente, no puede constituir la materia válida, para la realización del Sacrificio y del Sacramento eucarístico, el pan elaborado con otras sustancias, aunque sean cereales, ni aquel que lleva mezcla de una sustancia

diversa del trigo, en tal cantidad que, según la valoración común, no se puede llamar pan de trigo. Es un abuso grave introducir, en la fabricación del pan para la Eucaristía, otras sustancias como frutas, azúcar o miel. Es claro que las hostias deben ser preparadas por personas que no sólo se distingan por su honestidad, sino que además sean expertas en la elaboración y dispongan de los instrumentos adecuados” (n. 48).

b) “El vino que se utiliza en la celebración del santo Sacrificio eucarístico debe ser natural, del fruto de la vid, puro y sin corromper, sin mezcla de sustancias extrañas. [...] Téngase diligente cuidado de que el vino destinado a la Eucaristía se conserve en perfecto estado y no se avinagre. Está totalmente prohibido utilizar un vino del que se tiene duda en cuanto a su carácter genuino o a su procedencia, pues la Iglesia exige certeza sobre las condiciones necesarias para la validez de los sacramentos. No se debe admitir bajo ningún pretexto otras bebidas de cualquier género, que no constituyen una materia válida” (n. 50).

4. La Congregación para la Doctrina de la Fe, en la Carta circular a los Presidentes de las Conferencias Episcopales acerca del uso del pan con poca cantidad de gluten y del mosto como materia eucarística (24 de julio de 2003, Prot. N. 89/78 - 17498), ha indicado las normas respecto a las personas que, por diversos y graves motivos, no pueden tomar pan preparado normalmente o vino normalmente fermentado:

a) “Las hostias *sin nada* de gluten son materia inválida para la Eucaristía. Son materia válida las hostias con la *mínima cantidad* de gluten necesaria para obtener la panificación sin añadir sustancias extrañas ni recurrir a procedimientos que desnaturalicen el pan” (A. 1-2).

b) “Es materia válida para la Eucaristía el *mosto*, esto es, el zumo de uva fresco o conservado, cuya fermentación haya sido suspendida por medio de procedimientos que no alteren su naturaleza (por ejemplo el congelamiento)” (A. 3).

c) “Es competencia del Ordinario conceder a los fieles y a los sacerdotes la licencia para usar pan con una mínima cantidad de gluten o mosto como materia para la Eucaristía. La licencia puede ser concedida habitualmente, mientras dure la situación que la ha motivado” (C. 1).

5. Además, dicha Congregación ha decidido que la eucarística preparada con organismos genéticamente modificados puede ser considerada materia válida (cf. Carta al Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos acerca de la materia eucarística preparada con organismos genéticamente modificados, 9 de diciembre de 2013, Prot. N. 89/78 - 44897).

6. Los que preparan el pan y producen el vino para la celebración deben ser conscientes que su obra está orientada al Sacrificio Eucarístico y esto pide su honestidad, responsabilidad y competencia.

7. Para que se cumplan estas normas generales, los Ordinarios, si lo estiman

oportuno, pueden ponerse de acuerdo como Conferencia Episcopal, dando indicaciones concretas. Vista la complejidad de situaciones y circunstancias, así como la falta de respeto en el ámbito sagrado, se advierte la necesidad práctica que, por encargo de la Autoridad competente, haya quien garantice efectivamente la genuinidad de la materia eucarística por parte de los fabricantes como de su conveniente distribución y venta.

Se sugiere, por ejemplo, que una Conferencia Episcopal pueda encargar a una o más Congregaciones religiosas u otra Entidad capaz de verificar las garantías necesarias sobre la producción, conservación y venta del pan y del vino para la Eucaristía en un determinado país y en los países en los que se exportan. Se recomienda también que el pan y el vino destinados a la Eucaristía sean convenientemente tratados en los lugares de venta.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 15 de junio de 2017, solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Robert Card. Sarah. *Prefecto.*

+ Arthur Roche. *Arzobispo Secretario.*

CONGREGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

INSTRUCCIÓN: las reliquias en la Iglesia: autenticidad y conservación

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN

PARTE I. Solicitud del consentimiento de la Congregación de las Causas de los Santos (arts. 1-5)

PARTE II. Fase diocesana o eparquial de las posibles operaciones específicas a desarrollar

Título I. Acciones iniciales (arts. 6-12)

Título II. Operaciones específicas

Capítulo I. Reconocimiento canónico (arts. 13-20)

Capítulo II. Extracción de fragmentos y preparación de reliquias (arts. 21-25)

Capítulo III. Traslación de la urna y enajenación de las reliquias (arts. 26-27)

Título III. Acciones finales (arts. 28-30)

PARTE III. Peregrinación de las reliquias (arts. 31-38)

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Las reliquias en la Iglesia han recibido siempre una especial veneración y atención porque el cuerpo de los Beatos y de los Santos, destinado a la resurrección, ha sido en la tierra el templo vivo del Espíritu Santo y el instrumento de su santidad, reconocida por la Sede Apostólica mediante la beatificación y la canonización[1]. Las reliquias de los Beatos y de los Santos no pueden ser expuestas a la veneración de los fieles sin el correspondiente certificado de la autoridad eclesiástica que garantice su autenticidad.

Tradicionalmente son consideradas *reliquias insignes* el cuerpo de los Beatos y de los Santos o partes considerables de los propios cuerpos o el volumen completo de las cenizas derivadas de su cremación. A estas reliquias los Obispos diocesanos, los Eparcas, cuantos a ellos son equiparados por el derecho, y la Congregación de las Causas de los Santos reservan un especial cuidado y vigilancia para asegurar su conservación y su veneración y para evitar los abusos. Por lo tanto, deben custodiarse en específicas urnas selladas y colocadas en lugares que garanticen su seguridad, respeten su carácter sagrado y favorezcan el culto.

Son consideradas *reliquias no insignes* los pequeños fragmentos del cuerpo de los Beatos y de los Santos o incluso objetos que han estado en contacto directo con sus personas. A ser posible deben ser custodiadas en tecas selladas. En cualquier modo, deben ser conservadas y honradas con espíritu religioso, evitando cualquier forma de superstición y de comercialización.

Una disciplina similar se aplica también a los *restos mortales (exuviae)* de los Siervos de Dios y de los Venerables, cuyas Causas de beatificación y canonización están en proceso. Hasta que no sean elevados al honor de los altares por medio de la beatificación o de la canonización, sus restos mortales no pueden gozar de ningún culto público, ni de esos privilegios que están reservados solo para el cuerpo de quien ha sido beatificado o canonizado.

La presente *Instrucción* sustituye al *Apéndice* de la Instrucción *Sanctorum Mater*[2] y se dirige a los Obispos diocesanos, a los Eparcas y a cuantos a ellos son equiparados por el derecho, así como a quienes participan en los procedimientos concernientes a las reliquias de los Beatos y de los Santos y de los restos mortales de los Siervos de Dios y de los Venerables, para facilitar la aplicación de cuanto se requiere en una materia tan especial.

Esta *Instrucción* presenta el procedimiento canónico a seguir para verificar la autenticidad de las reliquias y de los restos mortales, para garantizar su conservación y para promover la veneración de las reliquias mediante las posibles operaciones específicas: reconocimiento canónico, extracción de fragmentos y preparación de reliquias, traslado de la urna y enajenación de las reliquias. Se expone, además, lo que es necesario para obtener el consentimiento de la Congregación de las Causas de los Santos para llevar a cabo estas operaciones y el procedimiento a seguir para la peregrinación de las reliquias.

PARTE I

Solicitud del consentimiento de la Congregación de las Causas de los Santos

Artículo 1

Competente para realizar todas las eventuales operaciones sobre las reliquias o sobre los restos mortales es el Obispo de la diócesis o de la eparquía, donde son custodiados, con el consentimiento previo de la Congregación de las Causas de los Santos.

Artículo 2

§ 1. Antes de emprender cualquier operación sobre las reliquias o sobre los restos mortales es necesario observar todo lo prescrito por la legislación civil local y obtener, de conformidad con dicha ley, el consentimiento del heredero.

§ 2. Antes de la beatificación de un Venerable Siervo de Dios, el Obispo competente invite al heredero a donar los restos mortales a la Iglesia a través de un instrumento jurídicamente reconocido por las autoridades civiles y eclesiásticas, con el fin de poder salvaguardar su conservación.

Artículo 3

§ 1. El Obispo competente remita al Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos la instancia con la que solicita el consentimiento del Dicasterio

para las operaciones que tiene la intención de llevar a cabo.

§ 2. En la misma instancia, el Obispo debe especificar el lugar exacto donde se custodian las reliquias o los restos mortales (ciudad, nombre de la iglesia, capilla, cementerio público o privado, etc.) y el cumplimiento de la prescripción, a la que se refiere el art. 2 § 1 de la presente Instrucción.

Artículo 4

§ 1. Si el Obispo tiene la intención de realizar la traslación (es decir, el traslado permanente) dentro de los límites de la misma diócesis o eparquía, especifique a la Congregación el lugar de la nueva colocación de las reliquias o de los restos mortales (ciudad, nombre de la iglesia, capilla, cementerio público o privado, etc.), adjuntando el proyecto.

§ 2. En el caso de traslación a otra diócesis o eparquía, el Obispo envíe a la Congregación, junto con el proyecto de la nueva colocación de las reliquias o de los restos mortales (ciudad, nombre de la iglesia, capilla, cementerio público o privado, etc.), el consentimiento escrito del Obispo que los recibirá.

Artículo 5

§ 1. Si las reliquias o los restos mortales tuvieran que ser enajenados (es decir, ceder permanentemente la propiedad) dentro de los límites de la misma diócesis o eparquía, el Obispo competente, junto con la instancia mencionada en el art. 3 § 1 de la presente Instrucción, envíe a la Congregación una copia del consentimiento por escrito del enajenante y del futuro propietario.

§ 2. Si las reliquias o los restos mortales tuvieran que ser enajenados a otra diócesis o eparquía, el Obispo competente, junto con la instancia mencionada en el art. 3 § 1 de la presente Instrucción, envíe a la Congregación una copia del consentimiento escrito del Obispo que los recibirá, el consentimiento escrito del enajenante y del futuro propietario, así como el proyecto de la nueva colocación

§ 3. Para la enajenación de reliquias insignes, iconos e imágenes preciosas de las Iglesias orientales son competentes tanto la Congregación de las Causas de los Santos como el Patriarca con el consentimiento del Sínodo permanente.[3]

§ 4. Si las reliquias de un Beato o de un Santo tuvieran que ser llevadas en peregrinación (es decir, transferidas temporalmente) a otras diócesis o eparquías, el Obispo debe obtener el consentimiento por escrito de cada uno de los Obispos que las recibirá y enviará copia a la Congregación, junto con la instancia, de conformidad con el art. 3 § 1 de la presente Instrucción.

PARTE II

Fase diocesana o eparquial de las posibles operaciones específicas a desarrollar

Título I

Acciones iniciales

Artículo 6

Habiendo obtenido el consentimiento de la Congregación, otorgado mediante el correspondiente Rescripto, el Obispo puede proceder ateniéndose a esta Instrucción, evitando escrupulosamente cualquier signo de culto indebido a un Siervo de Dios o a un Venerable todavía no beatificado.

Artículo 7

El Obispo del territorio, donde se encuentran las reliquias o los restos mortales, puede actuar personalmente o por medio de un sacerdote por él delegado.

Artículo 8

El Obispo constituya un Tribunal, nombrando por decreto a aquellos que desempeñarán las funciones de Delegado Episcopal, Promotor de Justicia y Notario.

Artículo 9

El Obispo o el Delegado Episcopal designará a un perito médico (anatomopatólogo, médico forense u otro médico especializado) y, si es necesario, a un auxiliar del perito médico (técnico forense), así como a otros encargados de realizar los trabajos técnicos.

Artículo 10

El Obispo o el Delegado Episcopal designará, además, al menos dos fieles (sacerdotes, consagrados/as, laicos/as) con la misión de firmar las actas en calidad de testigos.

Artículo 11

El Postulador y el Vicepostulador de la Causa pueden asistir por derecho.

Artículo 12

Todos los que participan en las operaciones deben previamente jurar o prometer cumplir fielmente el encargo y mantener el secreto de oficio.

Título II**Operaciones específicas****Capítulo I****Reconocimiento canónico****Artículo 13**

§ 1. En el día y la hora establecidos, el Obispo o el Delegado Episcopal y todos los mencionados en los arts. 8-11 de la presente Instrucción, diríjase al lugar donde se custodian las reliquias o los restos mortales.

§ 2. También podrán estar presentes en el reconocimiento aquellas personas que el Obispo o el Delegado Episcopal considere oportuno.

§ 3. En cualquier caso, evítese dar publicidad al evento.

Artículo 14

§ 1. Antes de la extracción de las reliquias o de los restos mortales del lugar donde son conservados, si existe un documento auténtico de la última sepultura, reconocimiento canónico o traslación, léase en voz alta por el Notario, de modo

que se pueda verificar si lo que está escrito en el documento coincide con lo que se constata en el momento presente.

§ 2. Si no existe un documento auténtico o si la urna o los sellos puestos en ella aparecieran rotos, se emplee toda la diligencia posible para tener la certeza de que aquellas sean verdaderamente las reliquias del Beato o del Santo o los restos mortales del Siervo de Dios o del Venerable en cuestión.

Artículo 15

Las reliquias o los restos mortales sean colocados sobre una mesa, cubierta con una tela decorosa, de modo que los peritos anatómicos puedan limpiarlos del polvo y de otras impurezas.

Artículo 16

§ 1. Una vez que se han completado estas operaciones, los peritos anatómicos inspeccionen cuidadosamente las reliquias del Beato o del Santo o los restos mortales del Siervo de Dios o del Venerable.

§ 2. Además, identifiquen analíticamente todas las partes del cuerpo, describan en detalle su estado y de todo esto elaboren un informe firmado por ellos y que adjuntarán a las actas.

Artículo 17

En el caso de que el reconocimiento canónico pusiera en evidencia la necesidad o la oportunidad de realizar tratamientos conservadores, obtenido el consentimiento del Obispo, éstos se llevarán a cabo, aplicando las técnicas más acreditadas en los lugares y en el modo en que los peritos anatómicos u otros expertos establezcan.

Artículo 18

Si el reconocimiento canónico no puede completarse en una única sesión, el lugar donde se lleva a cabo será cerrado con llave y se tomarán las precauciones necesarias con el fin de evitar cualquier robo o peligro de profanación. La llave será custodiada por el Obispo o por el Delegado Episcopal.

Artículo 19

§ 1. Habiendo completado todo lo necesario para asegurar la conservación de las reliquias o de los restos mortales y recompuesto el cuerpo, en su caso se coloque todo en una nueva urna.

§ 2. Si las reliquias o los restos mortales son revestidos con nuevas indumentarias, éstas, en la medida de lo posible, sean del mismo estilo que las precedentes.

§ 3. El Obispo o el Delegado Episcopal debe asegurarse de que nadie sustraiga nada de la urna o introduzca algo en ella.

§ 4. Si es posible, sean religiosamente conservados la urna vieja y todo lo que se ha encontrado en ella; de lo contrario, serán destruidos.

Artículo 20

El acta de cuanto ha sido realizado se coloca en un contenedor, con el sello del

Obispo, y se introduce en la urna.

Capítulo II

Extracción de fragmentos y preparación de reliquias

Artículo 21

§ 1. Cuando la canonización de un Beato o la beatificación de un Venerable Siervo de Dios sea inminente, o por otros motivos justificados en la instancia a la que se refiere el art. 3 § 1 de la presente Instrucción, en el contexto de un legítimo reconocimiento canónico, se puede proceder, siguiendo las instrucciones del perito anatómico, a la extracción de algunas partes pequeñas o de fragmentos, ya separados del cuerpo

§ 2. Dichos fragmentos deben ser entregados por el Obispo o por el Delegado Episcopal al Postulador o al Vicepostulador de la Causa para la elaboración de las reliquias.

Artículo 22

El Obispo, habiendo escuchado la opinión del Postulador de la Causa, decida el lugar donde serán custodiados los fragmentos extraídos.

Artículo 23

§ 1. Corresponde al Postulador de la Causa preparar y firmar el certificado de autenticidad de las reliquias.

§ 2. En ausencia de la Postulación, le corresponde al Obispo diocesano, al Eparca o a quien a él es equiparado por el derecho, o a un Delegado suyo, preparar y firmar el certificado de autenticidad de las reliquias.

Artículo 24

No está permitido el desmembramiento del cuerpo, a menos que el Obispo haya obtenido el consentimiento de la Congregación de las Causas de los Santos para la elaboración de reliquias insignes.

Artículo 25

Están estrictamente prohibidos el comercio (es decir, el intercambio de una reliquia a cambio de una compensación en especie o en dinero) y la venta de reliquias (es decir, la cesión de la propiedad de una reliquia tras el pago de un precio), así como su exhibición en lugares profanos o no autorizados.[4]

Capítulo III

Traslación de la urna y enajenación de las reliquias

Artículo 26

§ 1. Si se trata del traslado de los restos mortales de un Siervo de Dios o de un Venerable dentro de los límites de la misma diócesis o eparquía, la urna debe ser cerrada y atada con cintas fijadas con el sello del Obispo y, sin ninguna solemnidad, será colocada en el mismo lugar o en el nuevo lugar de sepultura, evitando cualquier signo de culto indebido de acuerdo con los Decretos de Urbano VIII sobre el no culto.[5]

§ 2. Cuando se trate de las reliquias de un Beato o de un Santo, están permitidos eventuales signos de culto público según las normas litúrgicas vigentes.

Artículo 27

§ 1. Si las reliquias o los restos mortales serán transferidos a otra diócesis o eparquía de modo definitivo, tras haber observado la prescripción reportada en el art. 2 § 1 de la presente Instrucción, el Obispo de la diócesis o de la eparquía donde se conservan, designará a un fiel (sacerdote, consagrado/a o laico/a) para asumir el encargo de Custodio-Portador.

§ 2. El Custodio-Portador los acompañará hasta su destino final en el lugar establecido por el Obispo de la diócesis o de la eparquía que recibirá las reliquias o los restos mortales, actuando de acuerdo con el art. 26 de la presente Instrucción.

Título III

Acciones finales

Artículo 28

§ 1. El Notario registrará todas las operaciones realizadas en un informe específico, firmado por el Obispo o el Delegado Episcopal, por el Promotor de Justicia, por los peritos anatómicos y por dos testigos, de acuerdo con los arts. 9-10 de la presente Instrucción, así como por el Notario, el cual autentifica las actas con su firma y su sello.

§ 2. En las actas debe incluirse el Rescripto de consentimiento de la Congregación de las Causas de los Santos.

Artículo 29

§ 1. El informe de todas las operaciones realizadas, cerrado y sellado con el cuño del Obispo o del Delegado Episcopal, se conservará en la Curia diocesana o eparquial y una copia del mismo se enviará a la Congregación de las Causas de los Santos.

§ 2. Cuando sean autorizadas fotografías o películas de las operaciones realizadas, éstas se adjuntarán al informe y se guardarán, junto al mismo, en la Curia diocesana o eparquial.

Artículo 30

Las imágenes y las informaciones, obtenidas de los tratamientos anatómicos y de todas las operaciones realizadas, no deben ser divulgadas ni hacerse públicas sin la autorización escrita del Obispo competente y del posible heredero.

PARTE III

Peregrinación de las reliquias

Artículo 31

§ 1. Las reliquias de un Beato o de un Santo pueden ser llevadas en peregrinación a lugares diversos dentro de los confines de la misma diócesis o eparquía. En este caso, el Obispo competente designará a un Custodio-Portador que acompa-

ñará las reliquias a los diversos lugares.

§ 2. Para las peregrinaciones fuera de la diócesis, atégase a los arts. 5 § 4 y 32-38 de la presente Instrucción.

Artículo 32

§ 1. El Obispo competente puede presidir las operaciones personalmente o por medio de un sacerdote por él delegado, nombrado *ad hoc*.

§ 2. El Obispo o el Delegado Episcopal designará un Notario y otros encargados de los trabajos técnicos.

Artículo 33

Todos los que participan en las operaciones deben previamente jurar o prometer cumplir fielmente el encargo y mantener el secreto de oficio.

Artículo 34

§ 1. Observado todo lo referido en el art. 2 § 1 de la presente Instrucción, y después de haber recibido el Rescripto de consentimiento de la Congregación, el Obispo o Delegado Episcopal, el Notario y los encargados de los trabajos técnicos, diríjase al lugar donde se custodian las reliquias.

§ 2. Podrán estar presentes en el acto aquellas personas que el Obispo o el Delegado Episcopal considere oportuno.

Artículo 35

§ 1. Extraída la urna, si existe un documento auténtico del último reconocimiento canónico o de la última peregrinación, léase en voz alta por el Notario, de modo que se pueda verificar si lo que está escrito en el documento coincide con lo que se constata en el momento presente.

§ 2. Si no existe un documento auténtico de la sepultura, del precedente reconocimiento canónico o de la última peregrinación, o si la urna o los sellos puestos en ella aparecieran rotos, se emplee toda la diligencia posible para tener la certeza de que aquellas sean verdaderamente las reliquias del Beato o del Santo en cuestión.

Artículo 36

El Obispo o el Delegado Episcopal debe designar a un fiel (sacerdote, consagrado/a o laico/a) como Custodio-Portador, que acompañará a las reliquias a lo largo de todo el recorrido de la peregrinación.

Artículo 37

Por cuanto se refiere al culto a un Beato durante la peregrinación de las reliquias, hay que atenerse a las prescripciones vigentes: «Con motivo de la peregrinación de reliquias insignes de un Beato [...], la posibilidad de celebraciones litúrgicas en su honor es concedida por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, para cada una de las iglesias en las que las reliquias serán expuestas a la veneración de los fieles y para los días en los que allí se detienen. La solicitud ha de ser presentada por quien organiza la peregrinación».[6]

Artículo 38

§ 1. Concluida la peregrinación, las reliquias han de ser nuevamente colocadas en el lugar original.

§ 2. El informe de todas las operaciones realizadas, redactado por el Notario, cerrado y sellado con el cuño del Obispo o del Delegado Episcopal, se conservará en la Curia diocesana o eparquial y una copia del mismo se enviará a la Congregación de las Causas de los Santos

CONCLUSIÓN

La resolución de otras posibles cuestiones se deja al juicio y a la prudencia del Obispo y del Delegado Episcopal.

Dado en Roma, en la Congregación de las Causas de los Santos, el 8 de diciembre de 2017, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Angelo Card. Amato, S.D.B., Prefecto
+ Marcello Bartolucci, Arzobispo tit. de Bevagna. Secretario

APROBACIÓN PONTIFICIA

El Sumo Pontífice en fecha 5 de diciembre de 2017 ha aprobado esta Instrucción sobre *Las reliquias en la Iglesia: autenticidad y conservación*, cuyo texto ha sido publicado en *L'Osservatore Romano* del 17 de diciembre de 2017, entrando inmediatamente en vigor.

+ Marcello Bartolucci, Arzobispo tit. de Bevagna. Secretario.

NOTAS:

-
- [1] “De acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas”: Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, 4 de diciembre de 1963, n. 111.
- [2] Cfr. AAS 99 (2007), 465-517.
- [3] Cfr. cans. 887 y 888 del CCEO.
- [4] Cfr. can. 1190 § 1 del CIC; can. 888 § 1 del CCEO.
- [5] A modo de ejemplo, están prohibidos: la sepultura debajo de un altar; las imágenes del Siervo de Dios o del Venerable con rayos o aureola; su exposición en altares; los exvotos junto a la tumba o junto a las imágenes del Siervo de Dios o del Venerable; etc.
- [6] Cfr. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Notificación acerca del culto con motivo de la peregrinación de las reliquias insignes de Beatos*, Prot. N. 717/15 del 27 de enero de 2016; Constitución Apostólica *Pastor bonus*, art. 69.



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

**Fiesta de los Santos Ángeles Custodios
con motivo del patrono de la Policía Nacional**

Catedral de San Martín. 2 de octubre de 2017.

Excmas. e Ilmas. Autoridades

Saludo con especial afecto a los miembros del Cuerpo Nacional de Policía.

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Hazle caso y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre (...) Mi ángel irá por delante de ti... (Ex 23, 20-23)

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para celebrar con esperanza vuestra fiesta patronal. Este año no seríamos honrados si no dijéramos que lo hacemos con el corazón entristecido y el ánimo preocupado, porque a todos los que estamos aquí *nos preocupa y nos duele España y todo lo que ella significa para cada uno de nosotros*. Al celebrar la fiesta de los santos Ángeles, justo después de todo aquello que, a través de los medios de comunicación, ha llegado a nosotros, sentimos dolor y preocupación por lo que supone de daño al bien común que afecta a la vida de todos los ciudadanos.

Hace días, los Obispos españoles, dándose cuenta de la situación que se venía fraguando desde hace ya varios años, nos han dicho algo especialmente profundo, pero que, como sucede a menudo, sus palabras fueron manipuladas por algunos medios.

Nos decían:

- En estos momentos graves la verdadera solución del conflicto pasa por el recurso al **diálogo desde la verdad** y la **búsqueda del bien común de todos**, como señala la Doctrina Social de la Iglesia. El papa Francisco nos indica que “es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una **sociedad justa, con memoria y sin exclusiones**” (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 239).
- Para hacer posible este diálogo honesto y generoso, que **salvuarde los bienes comunes de siglos y los derechos propios de los diferentes pueblos que conforman el Estado**, es necesario que, tanto las autoridades de las administraciones públicas como los partidos políticos y otras organizaciones,

así como los ciudadanos, **eviten decisiones y actuaciones irreversibles y de graves consecuencias, que los sitúe al margen de la práctica democrática** amparada por las legítimas leyes que garantizan nuestra **convivencia pacífica y origine fracturas familiares, sociales y eclesiales**. (Nota de la Permanente de la CEE, n. 3 y 4).

La Iglesia en España, a través de sus pastores ha venido hablando con frecuencia a todos los católicos españoles y a todos los ciudadanos que la quieran escuchar, y esto ya lo ha venido haciendo a lo largo de los últimos años, por lo menos desde 1996; nos avisaba, ya entonces, de los peligros de la concepción de una democracia en la que ésta se plantea **al margen de una moral objetiva, anterior y superior a las instituciones democráticas**. Hay personas que entienden que la democracia, su democracia, es un sistema completo de vida, al que todos los ciudadanos, creyentes y no creyentes debemos someternos. Esta concepción ya estudiada por aquellos pensadores del siglo V antes de Cristo, es una consecuencia de la visión laicista y relativista de la sociedad y de la vida de todos los ciudadanos. Aquí se encuentra el origen de **cierto pragmatismo maquiavélico y del autoritarismo** (Cf. LXV Asamblea Plenaria de la CEE, *Instrucción pastoral Moral y sociedad democrática*, BOCEE 13 (13-6-1996) 88-87).

Es más, la misma CEE, ya en **el año 2002** llegó a manifestar algo que, desgraciadamente, se está viendo que no se han equivocado nuestros pastores; decían: *Poner en peligro la convivencia de los españoles, negando unilateralmente la soberanía de España, sin valorar las graves consecuencias que esta negación podría acarrear no sería prudente ni moralmente aceptable. Pretender unilateralmente alterar este ordenamiento jurídico en función de una determinada voluntad de poder local o de cualquier otro tipo, es inadmisibile. Es necesario respetar y tutelar el bien común de una sociedad pluricentenario* (LXXIX Asamblea Plenaria de la CEE, *Instrucción pastoral Valoración moral del terrorismo en España, se sus causa y de sus consecuencias*, BOCEE 16 (31-12-2002) 91-101, nº 35).

Hermanos míos. ¡Queridos amigos todos!:

Estamos celebrando la fiesta de los santos ángeles. Para vosotros y para mí, hombres y mujeres que vivimos en este momento de nuestra historia, en medio de nuestros conciudadanos, sentimos un poco de rubor cuando afirmamos nuestra creencia en los ángeles, de la que nos habla la Iglesia ¿Por qué en nuestra sociedad tantas veces increyente y envuelta en un fuerte agnosticismo, cuando no de un ateísmo práctico que termina ahogando la vida de los mismos creyentes, nos encontramos con la existencia de una multitud de cultos a los espíritus angélicos y demoníacos que tienen una fuerte expresión a través del cine, de la tv, y los medios de la telemática más sofisticada; o de cultos a las personas de algunos deportistas, o de personajes de cierto relieve socio-político?

Nos sorprende este fenómeno y las profundas repercusiones que tiene en la

vida privada de algunos de nuestros conciudadanos, especialmente de nuestros niños y jóvenes, llegando en algunos casos a comportamientos que pueden rondar o ya han traspasado los límites de lo legal y se convierten en delictivos. Hechos estos que, en ocasiones, son seguidos muy de cerca por algunos sectores especializados del Cuerpo Nacional de Policía.

Se cree en todo eso, pero somos incapaces de admitir la existencia de estos seres espirituales que son un signo de la ternura y del amor de Dios.

Tanto el Antiguo Testamento, del que la primera lectura es un ejemplo claro, como el Evangelio, afirman la existencia de estas criaturas puramente espirituales, que tienen inteligencia y voluntad: son criaturas con personalidad propia y son inmortales (CICat. n.º 330). Por otra parte, forma parte de nuestra fe que toda la vida de los creyentes está impregnada del dinamismo de la existencia de los ángeles; de hecho, cada vez que celebramos la Eucaristía los mencionamos, explícitamente, en la plegaria eucarística, antes del rezo de la doxología del *sanctus, sanctus, sanctus*; y eso tanto en oriente como en occidente. Es una segura creencia del pueblo fiel que, desde su comienzo hasta su muerte, la vida del ser humano está rodeada de la custodia y de la intercesión de esos espíritus angélicos (CICat. n.º 336). Ya aquel escritor griego de los primeros siglos del cristianismo sostenía que: *Nadie podrá negar que cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducir su vida* (S. Basilio Magno, *Adversus Eunomium*, 3,1)

La realidad misteriosa que nos envuelve es mucho más profunda y compleja que lo que percibimos a simple vista, solo aquellas personas especialmente capacitadas por Dios están preparadas para penetrar en el misterio del hombre y de todo aquello que le rodea. Al celebrar la fiesta litúrgica de los santos ángeles podemos asomarnos a una pequeña parte de esa realidad querida y creada por el Dios cuyo poder se hace patente con el perdón y la misericordia, categorías éstas muy lejanas de los parámetros normales de la comprensión humana actual. Cielo y tierra, visible e invisible, alma y cuerpo, divino y humano, son matices duales de una realidad querida por Dios y muy lejana a las categorías de los hombres; pero sin esta dualidad es muy difícil explicar muchos de los fenómenos que nos rodean. ¡Sí! hermanas y hermanos míos, el amor redentor de Cristo es más poderoso que la muerte y que la fuerza del espíritu del mal que sabemos que existe y en ocasiones, sus manifestaciones son tan complejas, que incluso llegan a desconcertar a nuestros mejores expertos en las arduas tareas de la investigación, por la simple razón de que no damos crédito a su existencia y nos cuesta rendirnos ante lo que tantas veces resulta evidente pero racionalmente inexplicable.

Sin embargo, esta realidad en la que se armoniza lo espiritual y lo material, siendo el ser humano la expresión más perfecta de la misma, se convierte en un reflejo del amor de un Dios. Ese amor no tiene fronteras. Ese amor se hace carne en nuestras propias personas que son tan valiosas que, como ya he dicho antes, el

mismo Dios nos envía a sus ángeles para que, como nos recuerda el libro del Éxodo, cuyas palabras hemos mencionado al inicio de esta homilía: *Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Hazle caso y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre (...) Mi ángel irá por delante de ti...* (Ex 23, 20-23).

El verdadero cristianismo no puede tener fronteras porque el corazón de Cristo no se puede quedar clausurado en nuestros propios criterios y circunscrito en nuestras dimensiones espacio-temporales, va siempre más allá. Eso explica que hoy podamos celebrar la santa Eucaristía, la misma que aquella que celebró Jesús en su cena pascual, porque el amor de Dios va más allá del tiempo y penetra en la eternidad. El amor cristiano es más fuerte que la muerte. Una chispa de esa eternidad es nuestro corazón. En la medida en la que nos identificamos con Cristo y convertimos su Evangelio en Buena Nueva hacemos realidad ese amor misericordioso del Señor.

En este día, los hombres y mujeres del Cuerpo Nacional de Policía, de acuerdo con vuestra historia y tradición, celebráis vuestra fiesta. Hoy lo hacemos rezando para que Dios Nuestro Señor, cura las heridas causadas en el día de hoy, no sólo las físicas, sino también aquellas provocadas por el enfrentamiento, la venganza, la desunión, la falta de paz. Vuestros predecesores supieron encomendaros a los ángeles porque, de modo analógico, con vuestro trabajo silencioso pero vivo, presente, operativo y eficaz, emuláis, de algún modo esa otra actividad misteriosa que realizan los ángeles custodios; también vosotros sois nuestros custodios; de algún modo sois heraldos y garantes de esos principios democráticos que hacen de nuestra sociedad un ámbito de realidad en el que podemos caminar en libertad y en paz. Estos son grandes valores que bien vividos y respetados por todos los ciudadanos nos ayudan a construir una civilización de amor, de paz y de respeto.

Que estos espíritus por cuya mediación se nos presenta el amor y la ternura de un Dios providente, nos ayuden a recuperar la auténtica conciencia ciudadana, la confianza en las instituciones, un mayor respeto a los cauces del orden constitucional de 1978 que nos hemos dado los ciudadanos y a salvaguardar tantos bienes comunes que han marcado la historia de España a lo largo de los siglos. Todo esto nos ayudará a lograr una pacífica y libre convivencia entre todos.

Hoy también recordamos a tantos hombres y mujeres del Cuerpo Nacional de Policía y de las demás fuerzas y cuerpos de la seguridad del Estado - a ellos y a sus familias- que como auténticos servidores de esta sociedad y de los principios fundamentales que la sostienen, han fallecido por razones naturales o bien, encontraron la muerte de forma violenta por defender el orden constitucional y a los ciudadanos. Este es el momento para elevar una plegaria al Buen Dios, el Dios de la misericordia y del perdón, y que los santos ángeles les acompañen. Cuando realicéis esa ofrenda floral por vuestros - nuestros difuntos - de la Policía pensad

que una flor es siempre una sonrisa de Dios y cuando son ofrecidas de corazón por cada uno de nosotros podemos tener la certeza de que los ángeles custodios y nuestros hermanos difuntos se alegran delante de la gloria de Dios, en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva.

¡Que así sea!

Fiesta de la Virgen del Pilar, Madre de España y Patrona de la Guardia Civil

Catedral de San Martiño, 12 de octubre de 2017.

Excmo. Sr. Alcalde de esta ciudad noble y generosa, cálida y acogedora que es Ourense.

Excmo. Sr. Subdelegado del Gobierno de España en esta provincia.

Ilmo. Sr. Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Ourense.

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

Permitidme que salude con cordial afecto a los hombres y mujeres que forman parte de la Guardia Civil que hoy celebran a su Celestial Patrona.

Fieles devotos de la Santísima Virgen del Pilar.

El Señor me ha coronado

Sobre la columna me ha exaltado

Así reza el estribillo del Salmo responsorial de la liturgia de este día de fiesta. ¡*Sobre una columna me ha exaltado!*. La presencia y la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra tiene unas raíces multiseculares. Ya en los primeros momentos de la expansión del cristianismo, en la misma ciudad de Jerusalén, *María perseveraba en la oración junto con los hermanos* (Hch 1, 14). Eran momentos de graves dificultades para los discípulos de Jesús y, ya allí, contaban con la presencia de María. Curiosamente, una tradición multiseular, vinculada a la primera expansión del cristianismo en la vieja Hispania, nos presenta la primera aparición de María, que todavía en carne mortal, se muestra sobre una columna en las orillas del Ebro al Apóstol Santiago el Mayor y le reconforta y anima. ¡No eran momentos fáciles para el Apóstol!. El mensaje cristiano se resistía a entrar en la vida de aquellas gentes con el corazón enraizado en las viejas deidades y en cultos paganos. Aquella muestra de protección y de ternura por medio de María dejó una huella profunda en Santiago y en sus discípulos de tal modo que construyen una muy pobre y pequeña ermita a la Madre de Dios. Se puede afirmar que ha sido éste el primer lugar de culto construido en honor de la Virgen Madre, en aquella incipiente cristiandad que con mucha dificultad se estaba expandiendo por el mundo entero. Las crónicas nos dicen que fue el día 2 de enero del año 40. Aquella columna de jaspe, de factura romana, se convirtió en un elemento recordatorio de la presencia de la Madre de Dios. Columna que todavía hoy es venerada por cientos de miles de peregrinos.

Para algunos esto no es digno de crédito, dicen de forma despectiva ¡una le-

yenda!, sin embrago, vivimos en unas circunstancias histórico-sociales en donde podemos comprobar como bastante gente que se cree postmoderna, casi de una forma visceral, cuasi dogmática, creen en una serie de relatos o construcciones históricas que falsean la realidad. Construcciones ideológicas que generan división y enfrentamiento. En cambio, todo aquello que se apoya en la tradición y en la cultura multiseccular de los pueblos lo rechazan. Se han instalado en lo que se ha venido en llamar la *postverdad*, y nada ni nadie les hace cambiar ni un ápice de sus postulados, es más, su dinámica está enraizada en la praxis más recalitrante del idealismo del siglo XIX que se apoya en el clásico aforismo hegeliano: ***si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad. Lo que importa es su idea.*** Ya el papa Francisco decía que ***la realidad es más importante que la idea.***

Hermanos míos: el hecho mariano que arranca de la veneración a aquella columna fue construyendo un templo, y en torno a él una pequeña comunidad cristiana que con el tiempo se fue expandiendo. Donde está María, “Arca de la Alianza” de Dios con los hombres, aquel lugar se convierte en un centro de donde brota un fuerte dinamismo de conversión, paz, unidad y fraternidad. La historia del templo del Pilar *no es un relato del franquismo*; sabemos -documentalmente - que data del siglo IX, ya entonces existía allí una iglesia mozárabe dedicada a la Virgen, casi con certeza, muchos antes, ya existía otro tipo de construcción todavía más humilde y pobre. Aquella iglesia era una construcción similar a la que conservamos en nuestra tierra: Santa Comba de Bande. Con el transcurso del tiempo ese templo fue creciendo pero, en medio de las graves vicisitudes, como fueron las invasiones de los musulmanes, a pesar de las destrucciones que ha experimentado, primero los reyes de Aragón y posteriormente los reyes de España, ayudados por lo que hoy denominaríamos la sociedad civil: fieles y devotos de la Virgen, junto con los ejércitos, fueron reconstruyendo los edificios que, o bien destruidos por los acontecimientos bélicos o por la pobreza material y la pequeñez del mismo, fueron levantados, sucesivamente, hasta llegar a este magnífico templo barroco que, desde 2007, es uno de los *12 Tesoros de España*.

En un antiguo pergamino en el que aparece la imagen de la Virgen del Pilar, rodeada por el Apóstol Santiago, otros discípulos y el Rey de España del momento, se encuentra una leyenda en donde se lee: *Siendo a mis Reyes guía.* El rey Don Fernando el Católico, esposo de Doña Isabel de Castilla, escribiendo a los reinos europeos les decía que *ninguno de los católicos de Occidente ignora que en la ciudad de Zaragoza hay un templo de admirable devoción sagrada y antiquísima dedicado a Santa María del Pilar.*

Las raíces cristianas de nuestro pueblo son algo que se puede constatar por los numerosos e insignes monumentos que hablan de la primera y temprana evangelización en la vieja Hispania. Estamos reunidos en uno de las catedrales más significativas, no solo por su antigüedad y belleza, sino porque es heredera

de un primitivo templo, mucho más pequeño, curiosamente, también dedicado a Santa María Madre. No podemos caer en las falsas interpretaciones de nuestra historia a las que nos quieren acostumbrar algunos expertos en la manipulación de las antiguas raíces de nuestra fe. La fiesta del Pilar no es de hace cuarenta años, ya en 1297 la bula del papa Bonifacio VIII y dos años más tarde, en la declaración de los Jurados de la ciudad de Zaragoza, ya se habla de la advocación de Santa María del Pilar.

Fue el papa Pío VII quien en 1807, a ruego de las autoridades y del pueblo español, concedió la categoría de fiesta religiosa obligatoria en España y, posteriormente, el papa Pío XII otorgó a todas las naciones Hispanoamericanas la posibilidad de celebrar la misma Misa que se celebraba en España.

Hermanas y hermanos:

Este año celebramos la Fiesta del Pilar en el marco del primer centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima, en 1917. Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta las palabras que allí pronunció el papa Francisco, el pasado 13 de mayo, os recuerdo que en medio de las tribulaciones del momento y de los consuelos de Dios, como afirmaba San Agustín, Dios siempre nos acompaña. Hoy también estamos viviendo graves dificultades que nos afectan a todos los hombres y mujeres que vivimos en esta antiquísima nación que se llama España, por eso a todos nosotros nos llenan de paz y de esperanza las palabras que el papa Francisco pronunciaba en aquel entonces y yo me permito hacer mías y deciros: *¡Tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús (...)* Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro de nuestra existencia. La esperanza que se apoya en Dios no falla ni defrauda. Es eterna. Bajo el manto protector de Santa María, Señora del Pilar, sabemos que no nos perderemos, de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitamos.

Pidamos a Dios nuestro Padre, por medio de María, y *hagámoslo con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda.* Como cristianos somos una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno y en la situación en la que nos encontremos. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. Recordad aquel texto del Evangelio: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12,24), esto ha dicho y ha hecho nuestro Señor, el Hijo de Santa María, que siempre nos precede con su amor. Cuando pasamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. De este modo, ya no subimos solos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido Él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llenarnos de luz.

La Virgen del Pilar ejerce el patronazgo sobre varias instituciones. Sin embargo, la más representativa para el pueblo sencillo es la Guardia Civil. Cuando aquel capellán, D. Miguel Moreno, de la primera escuela de guardias civiles en Valdemoro, colocó en la capilla de la escuela la pequeña imagen de la Pilarica con el fin de introducir la devoción a la Virgen en los jóvenes guardias, no era consciente de la trascendencia que aquel hecho tan sencillo iba a tener. De ahí que por una disposición recogida en el Boletín Oficial del Cuerpo de la Guardia Civil, con fecha del 24 de septiembre de 1864, se nombró a la Virgen del Pilar patrona de aquel centro de formación de los jóvenes guardias y, el 7 de enero de 1913, el Director General del Cuerpo solicitó al Rey Alfonso XII que fuese proclamada la Virgen del Pilar como patrona de la Guardia Civil, hecho que aconteció el 8 de febrero de 1913. Durante más de un siglo, esa pequeña imagen os acompaña por todos los pueblos de España, está, algunas veces escondida, en alguno de vuestros despachos, como consecuencia de esta normas y costumbres que algunos, olvidándose de preocuparse por las cosas que afectan y preocupan a los ciudadanos, ponen todo su empeño en labores de “cosmética religiosa católica”: molestan las cruces a los caídos por Dios y por España, que los hubo y sigue habiéndolos, de manera especial en vuestro Cuerpo; quieren arrancar de los templos y de los despachos las cruces y las imágenes de la patrona; nuestros enfermos, en su último tránsito a la eternidad ya no pueden tener delante de sus ojos la imagen del crucificado, signo del amor misericordioso, porque hay que quitar esos signos que ofenden la sensibilidad de algunos, ¡no son políticamente correctos!. Hasta en nuestra catedral, en el interior del mismo templo, algunos que se dicen católicos, querían que arrancásemos una placa que explica el sentido de una lámpara votiva que alumbraba al Dios de la misericordia.

Vosotros, hombres y mujeres de la Guardia Civil, a pesar de cumplir escrupulosamente con esas normas, seguro que siempre lleváis la imagen del Pilar en vuestros corazones, porque sabéis que os protege y os acompaña como Madre en medio de las labores que os encomiendan para que el orden constitucional sea cumplido, las leyes sean observadas, nuestros montes no sean quemados, los ciudadanos puedan desempeñar sus funciones libre y pacíficamente. Ella como madre está y estará siempre con vosotros.

San Juan Pablo II, en su visita a Zaragoza, el 6 de noviembre de 1982, terminó la hermosa y larga homilía de ese día, que es muy actual, con una oración. Que sus últimas palabras sean también los deseos que todos llevamos en estos días en nuestros corazones:

*En tu corazón dejo los anhelos de quienes,
mediante los quehaceres económicos,
procuran honradamente la prosperidad de sus hermanos;
de quienes, al servicio de la verdad,*

*informan y forman rectamente la opinión pública;
de cuantos, en la política, en la milicia,
en las labores sindicales o en el servicio del orden ciudadano,
prestan su colaboración honesta
en favor de una justa, pacífica y segura convivencia.*

Virgen Santa del Pilar:

*Aumenta nuestra fe,
consolida nuestra esperanza,
aviva nuestra caridad.*

*Socorre a los que padecen desgracias,
a los que sufren soledad, ignorancia,
hambre o falta de trabajo.*

Fortalece a los débiles en la fe.

*Fomenta en los jóvenes la disponibilidad
para una entrega plena a Dios.*

*Protege a España entera y a sus pueblos,
a sus hombres y mujeres.*

*Y asiste maternalmente, oh María,
a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad.*

Así sea.

Liturgia funeral por D. Marcelino Martínez Fernández, de Abelenda das Penas. Morto como consecuencia dos incendios que asolaron Galicia entre o 15 e o 16 de outubro

Benqueridos irmáns sacerdotes.

Autoridades e veciños das parroquias desta bisbarra.

Saúdo con especial afecto e fago presente o meu sentimento de dor pola perda de D. Marcelo, esposo, pai e veciño desta parroquia de Abelenda das Penas.

Reunímonos neste lugar santo para pedir ó Deus da Misericordia polo noso irmán Marcelo, cuxa morte é unha expresión concreta de todo o mal que se pode facer cando se instrumentaliza a natureza e esta esperta o seu inmenso poder que transforma a vida en morte, a beleza e fermosura dos nosos campos e montes nun deserto queimado e sen vida. Ante situacións como estas, meus queridos irmáns, resúltanos moi difícil entender as motivacións que, posiblemente, puideron levar a algúns a cometer este atentado contra a natureza. Nada e ninguén pode xustificar un acto tan criminal como queimar a natureza, a tantos seres vivos da cuxa presenza non nos decatamos, e entre eles, ao mesmo ser humano.

Os Bispos de Galicia nunha carta que enviamos a todos os católicos desta terra, e ós homes e mulleres de boa vontade, dicimos que: *compartimos a dor dos que choran ós seus familiares e amigos que perderon a vida e elevamos a nosa oración a Deus para que os acolla onda si. Quixeramos que nestes momentos fose real en tódalas parroquias da Igrexa en Galicia a experiencia da unidade, do compartir esforzos, dores e angustias, a proximidade do amor fraterno, de modo que ninguén se sinta so na necesidade; e agradecer, ó mesmo tempo, tantos xestos de solidariedade de amigos e veciños, que son un apoio imprescindible para manter a esperanza e a coraxe. Sentímonos particularmente unidos ós pobos e aldeas máis afectadas, unindo a nosa oración á súa, implorando de Deus o don da fortaleza e a confianza.*

Parécenos imprescindible igualmente condenar con toda claridade as accións de quen causa voluntariamente este tipo de incendios, que poñen en risco a vida de persoas e tamén danan grave e irresponsablemente o medio ambiente tan necesario para a vida. Como xa dixo o Papa Francisco, **un crime contra a natureza é un crime contra nos mesmos e un pecado contra Deus.**

Provocar un incendio é un xesto de grave inmoralidade, no que a persoa pon de manifesto unha actitude ante os irmáns e ante a natureza contraria ó ben querido por Deus.

Ao longo deste verán, en dúas ocasións, a través dos medios ó meu alcance, dirixinme ó pobo de Deus que vive a súa fe no seo desta Igrexa ourensana, para lembrar a todos que aquel que atenta contra a vida sexa cal sexa, atentan contra o home, contra si mesmos e contra Deus. E ninguén pode esquecer que os árbores

e as plantas son seres vivos, como o son a rica e variada fauna da nosa Galicia. Un atentado contra a natureza volvese contra nos mesmos e viola o proxecto creador de Deus sobre o noso mundo. Si algún deses actos foron provocados por algunha persoa que se di fillo da Igrexa Católica saiba que con esa acción el mesmo ponse fora da comunión desta Igrexa, porque no pode vivir o misterio fecundo da comunión eclesial aquel ou aquela que atenta gravemente contra a vida.

Nas últimas décadas vimos comprobando con dor como se perde gran parte da riqueza natural da nosa fermosa terra. Xa algún dos meus predecesores estableceu a pena medicinal da excomunión contra aqueles que atentaban contra a natureza provocándolle dano. Esa situación mantense permanente ma nosa Igrexa Diocesana.

Cada uno de nos, recibe de Deus o “dominio sobre o mundo”, facémolo como custodios, non como “señores” ou donos, e moito menos convertendo a natureza nunha realidade que se poida instrumentalizar, ou manipular, para facerlles dano ós demais, incluso chegando, como no caso presente, a morte do noso irmán Marcelo, e a dos que faleceron noutros lugares de Galicia e desas decenas de irmáns e veciños nosos que encontraron a morte no norte de Portugal.

Estamos nunha celebración crente na que nos reunimos para pedir ó Señor da Misericordia polo eterno descanso do noso irmán Marcelo, facemos noso a dor dos seus familiares e abrímolos noso corazón e a nosa pregaría, porque somos católicos e como tales non temos fronteiras na nosa vida, por iso tamén pedimos polos outros defuntos que encontraron a morte dunha forma dramática neste fin de semana.

Meus queridos irmáns e irmas: entereime deste acontecemento doloroso estando en Roma para asistir á canonización dun paisano noso nacido na aldea de Xamirás (Acebedo do Río), que levou a cabo o papa Francisco o pasado domingo a media mañá. A través dos servizo informativos italianos, os incendios de Galicia ocuparon o posto dos acontecementos políticos cataláns. ¡Que dor sentimos, cerca do centenar de galegos que como peregrinos acudiramnos a Roma, ó contemplar polos teletipos informativos as escenas dantescas que recorrían a nosa terra! Recordábamnos, con vágoas nos nosos ollos, aquelas estrofas do himno de Galicia onde se fala:

*¿Que din os rumorosos/ na **costa verdecente** / ao raio transparente / do pracido luar? / ¿Que din as altas copas / de **escuro arume arpado** / co seu ben compasado / monótono fungar? / **Do teu verdor cinguído** / e de benignos astros/ confín **dos verdes castros** / e valeroso chan.*

Agora estamos a contemplar *aquel verdor* convertido en cinzas...pero non podemos perder a esperanza. Lembrádevos daquilo que escoitamos na primeira lectura que proclamamos nesta liturxia de exequias: *Si Deus está connosco, ¿Quen estará contra nos?* (Rom 8, 31b-35) Nada nin ninguén poderá roubarnos a espe-

ranza. Deus deunos unhas mans para prolongar a obra da creación. A fermosura da nosa terra volverá a rexurdir das súas cinzas. Non aproveitémola ocasión para nos dividir ou enfrontarnos. Busquemos todos a reconstrución dos nosos pobos e aldeas, sobre todo procuremos a cicatrización do corazón onde non debe agromar nin o odio ni o enfrontamento, e deixemos que as autoridades actúen para clarificar todo aquilo que puido causar este criminal incendio xeneralizado.

Nos, os crentes, sabemos que temos o deber de cultivar o respecto relixioso pola integridade da creación. Ninguén pode dicir, son cristián, fillo da Igrexa, e as costas, dedicarse a atentarse contra a natureza da que somos e formamos parte. De aí que en moitas ocasións o Papa Francisco ten manifestado, e é convinte recordalo hoxe aquí que: ***A natureza acostúmbrase a entender como un sistema que se analiza, comprende e xestiona, pero a creación so pode ser entendida como un don que xurde da man aberta do Pai de todos, como unha realidade iluminada polo amor que nos convoca a unha comunión universal*** (*Laudato sí*, nº 76). Meus queridos amigos: ***Esta nosa casa común é unha condición absolutamente necesaria para a vida de todos. É un préstamo que cada xeración recibe e debe transmitir á seguinte. De aí a enorme responsabilidade en cuanto ó seu uso.***

A pesar da dor e da rabia que pode atenazar os nosos corazóns, rógovos que prestedes atención ás palabras que hoxe nos dirixiu Xesus Cristo: *¡No perdades a calma: crede en Deus!* (Jn 14, 1). A fe en Xesus Cristo foi elemento de progreso e de civilización nos nosos pobos. A fe no Deus do amor e da misericordia axudou os nosos devanceiros a manter a esperanza e a ilusión no medio das mais graves circunstancias. Fagamos destas circunstancias tan dolorosas unha ocasión para comezar de novo, con ilusión e esperanza, para deixar ás xeracións que veñen detrás esa Galicia *do verdor cinguido/ dos verdes castros le de valeroso chan.*

Os Bispos de Galicia, na nosa nota, manifestamos *o noso recoñecemento e apoio ás miles de persoas implicadas no operativo de loita contra o lume, os bombeiros, as forzas e corpos de seguridade do Estado e ós numerosos voluntarios, que se esforzan por salvar vidas, aliviar danos e evitar a perda de persoas e bens, incluso a costa da propia vida. En circunstancias a miúdo extremas, dannos un exemplo admirable de abnegación sen límites.*

*A partir das nosas comunidades cristiás, das Cáritas Diocesanas e doutras institucións eclesiais, mostrámola nosa dispoñibilidade para a acollida e a axuda incondicional de cantos a precisaren. E pedimos a Deus que nos axude nestas circunstancias difíciles, especialmente ós que loitan contra o lume, que nos conceda saber estar e traballar unidos para recuperala nosa terra, que vemos hoxe tan danada e que Deus nos deu tan fermosa para facer posible a nosa vida e a vida dos demais. É hora de unir forzas, non de enfrontarnos uns cós outros. Non vos esquezades de aquilo que nos lembra a Sagrada Escritura: *O irmán que é axudado polo seu irmán, é como unha cidade fortemente amurallada;* e noutro lugar di: *Todo reino en si mesmo**

dividido vai a ruína.

Invítovos, meus queridos irmáns e irmas, a volver a mirada á realidade que aquí se nos manifesta a través do cadaleito que contén os restos mortais do noso irmán Modesto. Presentamos ó Deus da misericordia e do perdón, a vida deste irmán noso que morreu de forma violenta por querer defender a vida dos seres vivos contra o lume da morte. Que esta e outras moitas das súas voas obras o acompañen, que os anxos o leven a eses ceos novos e a esa terra nova onde o Bo Deus, que é Camiño, Verdade e Vida, tennos preparada a mansión da luz e da paz.

¡Que así sexa!

**Exequias del M. I. Sr. D. Salvador Gonzalez Crespo,
Canónigo emérito de la Catedral-Basílica de Ourense**

25 de octubre de 2017.

Saludo a los miembros del Cabildo catedralicio.

A los sacerdotes concelebrantes.

Me alegra encontrar presentes en esta celebración a los seminaristas.

Queridos religiosas y religiosos.

Miembros de los institutos, movimientos y asociaciones.

Permitidme, en primer lugar, que salude con afecto a los familiares del M.I. Sr. D. Salvador González Crespo, Canónigo emérito de nuestra Catedral-Basílica de San Martín. Os manifiesto en mi nombre y en el de todo el Presbiterio Diocesano nuestro más sincero sentimiento por la muerte de este sacerdote bueno y fiel; vuestro dolor también es el nuestro porque D. Salvador ha formado parte de la vida de muchos sacerdotes de esta Diócesis y, en los últimos años, cuando ya su salud era delicada, nos hemos podido beneficiar de su presencia sacerdotal, elegante, amable y silenciosa en la Residencia Sacerdotal “San Juan de Ávila”. ¡Qué el Señor que es el mejor pagador le acoja en la mansión de la Paz!

Con la fuerza que nos ofrece la Liturgia de la Palabra de este día, miércoles de la XXIX Semana del Tiempo Ordinario, os digo: *Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre* (Lc 12,39-41).

El Señor en su infinita providencia siempre nos está enviando avisos para que crezcamos en su fidelidad, ocasiones para convertirnos, en definitiva, *momentos de gracia*, tal como nos lo recuerda el apóstol Pablo en su carta a los Romanos que estos días, en los que se está acercando el final del año litúrgico, adquieren una connotación escatológica que nos encamina hacia la solemnidad de Todos los Santos, la Conmemoración de los fieles difuntos y, sobre todo, al comienzo del Adviento. En realidad, si consideramos bien las cosas, estamos siempre en Adviento porque constantemente aguardamos al Señor que viene, al Señor que se acerca, al Señor que ya está aquí. Uno de esos momentos particularmente importantes para cada uno de nosotros es nuestra muerte, que con seguridad vendrá, cuando Dios quiera, como Dios quiera y donde Dios quiera. De ahí que el aviso que nos ofrece hoy la liturgia es existencialmente muy comprometido: *Estad en vela y preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre* (Mt 24, 42a. 44), en este caso es el texto de san Mateo que recoge el fragmento del Aleluya de la Misa de hoy.

Al cumplir con el triste deber, pero un deber agradecido, de presidir la Misa exequial de D. Salvador, que ejerció su ministerio en esta Catedral y en otros puestos de la vida diocesana, sobre todo en el Seminario, somos conscientes de

que no solo debemos rezar por su eterno descanso, sino que esta es una ocasión para dar gracias a Dios por el ministerio sacerdotal vivido por este buen caballero cristiano y sacerdote. ¡Cuántos de nuestros sacerdotes, ya ancianos, merecerían otro tipo de consideración y no solo celebrarles las honras fúnebres el día de su muerte!. La vida de muchos sacerdotes de nuestra Iglesia particular ha dejado una estela de trabajo sacerdotal impecable, una vida personal ejemplar, una fraternidad sacerdotal imitables, una fecunda obediencia y disponibilidad en manos de la Iglesia, a través de los diferentes obispos con los que les ha tocado colaborar, que nos ayuda a vivir el espíritu de comunión en esta Iglesia local en la que muchos habéis nacido y otros la queremos como si en ella hubiéramos vivido toda nuestra vida. Entre estos sacerdotes, no me cabe la menor duda, está D. Salvador.

En una sociedad como la nuestra en donde el individualismo, los intereses personales, la preocupación por la seguridad económica, la búsqueda calculada de cargos y ministerios - contra lo que está luchando el papa Francisco- una manera de vivir el ministerio sacerdotal, con cálculo, sin implicaciones en las tareas diocesanas que se nos encomiendan, en donde priman las opiniones y los criterios personales antes que aquellos que construyen y fortifican la comunión eclesial, es necesario destacar y poner en valor la figura de sacerdotes como D. Salvador. Hace muy poco tiempo, en este mismo lugar, enterrábamos a D. Magín, otro servidor bueno y fiel. Necesitamos en nuestra Iglesia Diocesana buscar a la persona adecuada que, sin precomprensiones, ni criterios subjetivistas, pudiera recoger el testimonio de vida de sacerdotes como D. Salvador. Y nuestra Diócesis es rica en verdaderos ejemplos sacerdotales, y yo me atrevería a afirmar, en ejemplos de santidad sacerdotal que nos haría mucho bien a los sacerdotes, en especial a los más jóvenes y a los seminaristas.

En el evangelio de san Lucas que hoy se nos ha proclamado se nos ha hecho una pregunta *¿quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de un servicio?* Es decir ¿quién es el administrador fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de un servicio para tratar a los hermanos como lo que son; para servir y no para ser servido, para vivir con fidelidad la disponibilidad desde los cargos y no convertir los cargos en pequeñas superestructuras de mando a través de las que se puede llevar a cabo una pastoral autoreferencial? Lo sabemos muy bien, porque lo hemos experimentado en la historia rota de algunos de nuestros hermanos. Un ministerio mal vivido, sin pasión por Cristo ni por la Iglesia, lleva irremediablemente a la infecundidad, a la soledad más radical aunque se viva en compañía, a la falta de fraternidad sacerdotal, y se corre el riesgo de convertirse en personas intocables en donde la Iglesia se convierte en asunto del obispo y de otros que siempre son criticados ¡hagan lo que hagan!, a veces da la sensación que en una pastoral de comunión cuando nos esforzamos por llevar a cabo una tarea en común - como está siendo en esta ocasión el Sínodo Dioce-

sano - para algunos se convierte en una anécdota y permanecen enrocados en su pastoral, en sus opiniones y en sus críticas; podemos decir, parafraseando al papa Francisco: “envueltos en su amargura y en sus fracasos”. A la luz de la muerte de este buen sacerdote su vida adquiere un tono vital ejemplar y, al mismo tiempo, una llamada a la generosidad y a la fidelidad en el ejercicio de nuestro ministerio ordenado para servir.

Ejemplos como el de D. Salvador son necesarios para todos nosotros. Ha sido un hombre de Iglesia hasta el final y, a lo largo de su dilatada existencia, trabajó con varios obispos, en los más variados y complejos ministerios, comenzando por asumir, casi recién ordenado sacerdote, tareas en el Seminario Diocesano, pasando desde formador, a profesor, llegando a ser nombrado rector del Seminario Menor - durante el pontificado de Mons. Blanco Nájera -, momento aquel de especial dificultad porque se trataba de dirigir el Seminario justo en un momento en el que lo habían dejado los sacerdotes de la Congregación de la Misión. Y con fidelidad a su obispo mantuvo el ritmo de aquella institución, en medio de las críticas de los buenos y, a pesar de que los cambios, que en los últimos lustros han sido especialmente complejos, Ourense es de las pocas Diócesis españolas en donde tenemos todavía un Seminario Menor. Allí sirvió D. Salvador durante más de cuarenta años. Este proyecto eclesial, que es el Seminario, hoy todavía vivo, se le debe a hombres que, como D. Salvador, supieron entregar su vida en una causa muy mal pagada y, en ocasiones fuertemente criticada por los de siempre, pero que es el corazón de nuestro Presbiterio Diocesano.

Después de sus años en el Seminario, en el año 1974, se le encomendó la delicada misión de sacar adelante la economía diocesana, allí estuvo ayudando a dos de mis últimos predecesores, Mons. Temiño y Mons. Diéguez, durante dieciocho años. Su gestión delicada y silenciosa, sin dejarse llevar de extrañas megalomanías financieras, sabiendo que *el dinero de la Iglesia era el dinero de los pobres*, dejó como resultado una administración saneada y sin sobresaltos para el ejercicio del ministerio pastoral que en toda Iglesia particular es la labor prioritaria.

Hoy, ponemos en las manos del Dios de la misericordia y del perdón, la larga existencia y la historia de este sacerdote que siempre luchó por ser y vivir como sacerdote de Jesucristo. Tenemos la certeza que sus obras, sus muchas obras, tanto en el Seminario como en la Curia Diocesana, le acompañan y lo encomendamos a Santa María Madre y a san Martín patrono de la misericordia, y lo hacemos desde esta Iglesia Catedral en la que él buscó la gloria de Dios y el bien de las almas.

Descanse en paz.

Fiesta del “Divino Maestro” En el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”

Capilla del Seminario Mayor, 13 de noviembre de 2017.

Ilma. Sra. Vicerrectora de la Pontificia Universidad de Salamanca

Ilmos. Sres. Rectores de los Seminarios Diocesano del “Divino Maestro” y del “Redemptoris Mater”.

Ilmo. Sr. Representante de los Centros Afiliados a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Ilmos. Sres. Directores del Instituto Teológico “Divino Maestro” y del Centro de Estudios de Ciencias Religiosas “San Martín”

Sres. Profesores.

Queridos seminaristas.

Con las palabras del salmo que nos propone la liturgia de la Solemnidad de Jesucristo “Divino Maestro” os digo: *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.* Este mandato imperativo de Jesús constituye la clave de nuestra presencia hoy aquí. Lo debemos hacer porque nuestra vida apostólica hunde sus raíces en el Bautismo y, en casi todos los que estamos reunidos en este lugar de oración, en cada uno de una manera peculiar, poseemos también los ecos de una llamada especial al ministerio sacerdotal.

Estamos viviendo en la Iglesia una época en la que una serie de eslóganes o sentencias publicitarias, también dentro del ámbito eclesial, se repiten hasta la saciedad y corremos el riesgo de que nos las podamos creer, pero sin salir de nuestros “cuarteles de invierno”. Somos “una Iglesia en salida”, “hay que salir a las periferias existenciales”, “hay que abandonar nuestra situación inmovilista”. Sin embargo, nadie da lo que no tiene. Nadie puede salir de sí mismo si no se siente lleno del Espíritu. Recordad la profecía de Isaías 61, 1-3: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, a los prisioneros la libertad, para consolar a los afligidos, en definitiva para proclamar el año de gracia del Señor.*

Pero para llevar a cabo este programa apostólico que además de hacernos *testigos misioneros*, quiere ayudarnos a conseguir que nuestra *vida como ciudadanos sea digna del Evangelio de Cristo*, tal como nos lo recordaba el texto de Pablo en la carta a los hermanos de Filipos que acabamos de proclamar, tenemos que ser conscientes de que toda esta realidad que configura nuestra llamada no se puede llevar a cabo sin una preparación previa, laboriosa, intensa, callada, pero eficaz. Aunque sean muchas las necesidades pastorales que se observan en nuestra Iglesia particular, lo más importante que ahora tenéis que hacer es dedicaros a esa tarea

pastoral imprescindible que es el estudio y la reflexión. Es decir, la mejor tarea pastoral que hoy tenéis en vuestras manos, y os encomienda vuestro Obispo, es la formación humana, comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral. Esta fiesta que nos une a todos, alumnos y profesores, fiesta que celebramos en la memoria litúrgica de uno de los grandes pastores de nuestra Iglesia antigua: San Leandro, se convierte en una ocasión de gracia para convertirnos.

El santo obispo Leandro nos da hoy algunas claves para ser buenos pastores. Sabemos de la atención y cuidado que manifestó para con todos los fieles, de tal modo que se afianzase la vivencia auténtica de la vida cristiana, y lo hizo en momentos adversos para el cristianismo. También sabemos de su preocupación por la formación propia y de la de sus hermanos - prueba de ello la encontramos en su hermano San Isidoro - y ya en aquella oscura época, que va desde finales del siglo VI a comienzos del VII, manifestó su preocupación por la formación doctrinal auténtica, una formación con un sesgo más católico; lo quiso lograr poniéndose en contacto con el floreciente Oriente cristiano, de tal modo que, lo que hoy llamamos “intercambio cultural” ya era una realidad entonces, porque él mismo había vivido en Constantinopla durante tres años, en donde se encontró con san Gregorio Magno, con el que mantendrá una estrecha relación cuando éste ejerza su ministerio como Obispo de Roma y Leandro como pastor en la sede Hispalense. Eran momentos en los que también se estaba comenzando la actividad pastoral en esta Iglesia ourensana, recordad que uno de mis primeros predecesores Witimiro, del que no nos cabe la menor duda documental de su existencia, ya ejerce aquí su ministerio episcopal en torno al año 570. Quizás ya antes había presencia de estructuras eclesiales en esta Diócesis.

La vida de estos pastores, a pesar de vivir en aquellos momentos de crisis de fidelidad y de todo tipo de dificultades tanto fuera como dentro de las mismas estructuras eclesiales, es para nosotros ejemplo de coherencia y de pasión por la formación y el estudio. También hoy, en estos momentos un tanto “recios” en donde el acoso de los medios, sobre todo de los telemáticos, puede llevarnos por el camino del individualismo y de la autorreferencialidad, la Iglesia, como madre y maestra, sigue insistiéndonos en la importancia de nuestra formación.

Pidamos al “Divino Maestro” que nos ayude a descubrir que con las horas de estudio y de reflexión también estamos realizando una noble tarea pastoral que enriquece a toda la Iglesia.

¡Qué así sea!

Celebración del Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas

Capilla del Seminario Menor de la Inmaculada. 4 de diciembre de 2017.

Queridos Señores Rectores

Mis queridos hermanos Sacerdotes

Miembros del Claustro de profesores

Saludo con cordial afecto a todos los familiares de Miguel Rodríguez

Queridos seminaristas

Hermanas y hermanos. Queridos amigos.

En primer lugar quisiera agradecer a los Sres. Rectores de ambos Seminarios y al Delegado de Vocaciones que me hayan dado la posibilidad de realizar este acto en el Seminario Menor; lo hacemos dentro del marco de la Novena de la Inmaculada, patrona de este centro y, también formando parte de las actividades de la pastoral vocacional.

En esta celebración Eucarística un alumno del Seminario Mayor “Divino Maestro” va a ser admitido a las Órdenes del Diaconado y del Presbiterado. Desde este momento quedará encomendado tanto a mí, como pastor de esta Iglesia, como a todos vosotros, que sois el rostro vivo de esta Iglesia, de manera especial al Rector y Formadores, así como a los profesores y demás miembros del Pueblo de Dios. Aunque el último responsable de esta acción es siempre el Obispo, éste siempre se siente apoyado, de una forma solidaria, por aquellos en los que delega para seguir un proceso de discernimiento vocacional. La Iglesia es una gran familia en la que todos, cada uno a su manera, deben responder ante Dios y ante su conciencia de las determinaciones que tomen.

Mi querido Miguel: ya han pasado varios cursos y, después de un discernimiento previo a tu entrada en el Seminario, después de haber acogido tu determinación a las mediaciones de la Iglesia, en este momento te presentas a la Iglesia, acompañado por tus formadores y por la comunidad eclesial para dar este paso que te lleva a emprender ese camino del discipulado de Jesucristo. ¡Él es el gran modelo!. Aunque este rito es litúrgicamente muy sencillo en su expresión, sin embargo encierra en sí un gran significado para ti y para esta comunidad.

Vas entrar a partir de ahora en la etapa discipular, que debe abarcar toda la vida del creyente, porque siempre estamos aprendiendo a ser discípulos del Señor Jesús, debe ser vivida por ti con una especial intensidad.

En primer lugar: hoy te comprometes a cuidar con mayor esmero tu trato con Jesucristo; es decir, **tu vida de oración**. Esta experiencia te acompañará toda tu existencia. Si la dejas, o no la cuidas, o piensas que este estilo de vida es para observarla en el Seminario, estarás comenzando a recorrer un camino equivocado que te llevará a *poner en riesgo* tu vocación, y no solo eso, sino tu vida cristiana.

Porque la oración personal, mis queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes seminaristas, no es algo que tengamos que vivir los curas y los religiosos/as, sino que es una experiencia de vida que nos configura como cristianos. Si a lo largo del día no tenemos ninguna experiencia de oración somos *cristianos en riesgo*, como afirmaba el santo papa Juan Pablo II.

Resulta curioso, o si queréis, es algo desconcertante. Muchos de nuestros cristianos son capaces de realizar terapias de silencio, incluso de observar prácticas ascéticas o de mortificación cuando las proponen maestros y métodos de espiritualidad oriental para lograr la concentración o evitar el estrés - que es una de las enfermedades del hombre moderno y que afecta ya a nuestros niños y jóvenes -, las consultas de psicopedagogos y psiquiatras están llenas. Hace unos días me comunicaban que en un colegio de secundaria, de orientación católica, ¡no es de nuestra Diócesis!, desde el staff directivo había apoyado estas técnicas de religiones orientales a los alumnos. Y me pregunto ¿es que acaso los directores de ese colegio no conocen las diferentes escuelas de oración y las técnicas de concentración previas que poseemos en el mundo católico?. No han oído hablar de la escuela benedictina, la franciscana, la dominica, la carmelitana, jesuítica; sólo por mencionar a las clásicas, ya que podríamos seguir enumerando otras muchas que avalan la riqueza de nuestro patrimonio espiritual. Estamos aquejados de un fuerte complejo. Valoramos lo que nos viene del extremo oriente y padecemos una fuerte miopía para descubrir los muchos valores que tenemos en casa.

En segundo, lugar, además de tu vida de oración, ***es imprescindible que cuides mucho tu trabajo intelectual***. El cristiano debe estar formándose siempre y, mucho más, aquel que quiere ser un buen cristiano, que es lo que le corresponde a un candidato a las Sagradas Órdenes. El estudio es una obligación seria y grave, no sólo mientras estamos en el Seminario Menor o Mayor, ¡siempre tenemos que estar actualizándonos!. Si queremos ser buenos servidores de nuestro pueblo y de nuestras gentes tenemos que formarnos bien.

En tercer lugar ***debes ser un hombre de comunión***. Aunque lo pongo en último lugar no creas que es lo menos importante, ¡todo lo contrario!. Si el sacerdote es un hombre de Iglesia y la Iglesia es misterio de comunión, necesariamente los cristianos, y de manera especial los llamados con especial vocación, como es la sacerdotal tenemos que ser, no sólo hombres de comunión, sino constructores efectivos de comunión. ¿Cómo podemos lograrlo?. Viviendo la unión con el Papa y el Obispo, aunque no nos caiga bien, aunque no nos guste. Son ellos, y en especial para los que vivimos en esta Iglesia particular, es nuestra comunión con el Obispo Diocesano la que nos une al Papa y a toda la Iglesia Universal. Algunos tienen la tendencia a convertir su grupo de amigos, su parroquia, su asociación, en el único punto de referencia eclesial; ¡entran en ese proceso de autorreferencialidad de la que tanto nos habla el papa Francisco!, que termina empobreciéndo-

nos y apartándonos de la Comunión. En este momento del proceso en el que te encuentras, querido Miguel, ser hombre de comunión pasa por implicarte en esa comunidad de referencia que para ti es el Seminario Mayor con tus formadores y compañeros; ellos constituyen ese presbiterio en gestación que de acuerdo con tus actitudes y tus implicaciones serán el cauce adecuado para hacerte madurar en este camino que, si Dios quiere, te llevará a las Sagradas Órdenes y a partir de ahí a tu vida de pastor en y al servicio de una comunidad. No te olvides nunca que el punto final de nuestra vida no es la Ordenación, sino la plenitud de la vida cristiana que se llama santidad personal. Recuerdo a un alumno mío que tuvo bastantes problemas para ser ordenado, sobre todo por problemas académicos, y cuando por fin alcanzó la superación de todas las materias, fue ordenado de cura, al terminar la ordenación tuvo unas reacciones públicas tan duras con los formadores y profesores que fueron una muerte anunciada: muy pronto se situó en la desobediencia frontal al Arzobispo, se instaló en la seguridad del euro y cortó con todos y con todo.

¡Qué importante es la comunión mis queridos hermanos!

Queridos seminaristas: si en vuestro camino hacia el sacerdocio os dais cuenta de que vuestra conversación ordinaria es de crítica y de censura a todo lo diocesano, si no hay ninguna implicación por vuestra parte en la vida comunitaria del Seminario, sino todo lo contrario, o cuando hacéis algo lo realizáis para que os vean los formadores; si consideráis el Seminario como un lugar transitorio que hay que sufrir y no como una pequeña familia, un cauce en el que hay que aprender a madurar y a sentir ya, de manera anticipada, la vida del Presbiterio Diocesano con sus luces y sombras; si no lucháis contra la maledicencia y la crítica destructiva y demoledora contra todo y contra todos, de manera especial contra vuestros compañeros. Si actuáis así, no os engañéis, ¡no servís para sacerdotes de la Iglesia Católica!. Si no lucháis por cambiar esa forma de actuar y ese talante tan peculiar y enfermizo, no seréis esos cristianos que están en camino de santidad, de plenitud.

Ayer hemos comenzado el tiempo de Adviento. Es una ocasión propicia para examinar cómo va nuestra esperanza. La liturgia de la Palabra nos propone unos verbos imperativos de acción: *Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuando es el momento*. Y un poco más adelante vuelve a insistir: *Velad porque no sabéis cuando vendrá el Señor... y concluye lo que os digo a vosotros, lo digo a todos ¡Velad!*

Estamos en una sociedad llena de esperanzas, yo diría de muchas esperanzas y expectativas.

- ¡Cuántos de nuestros ciudadanos no esperan que les toque la Lotería de Navidad!
- ¡Cuántos de vosotros no esperáis que las próximas calificaciones sean óptimas!

- Puede ser que algunos de los que están esperan llegar a ser curas ¡u obispos!. Sin estudiar, sin trabajar, sin contar con Dios y con su Providencia...

Muchas esperanzas...pero poca esperanza. Las esperanzas nos las creamos nosotros. La esperanza se apoya en Dios; por eso el Apóstol finaliza su carta diciéndonos: *¡Fiel es Dios!*. Nuestra esperanza se apoya en la fidelidad de Dios que no traiciona, que nos perdona, que nos ama y nos quiere más que nadie, por eso cuando rezamos y le escuchamos descubrimos que nos quiere santos, quiere que seamos más estudiosos, más trabajadores, más honrados, más limpios, menos crítonos... Un buen cauce que Dios tiene para enseñarnos a vivir la esperanza cristiana es cuidar bien el examen de conciencia que hacemos por la noche antes de acostarnos. En ese momento es donde descubrimos cómo Él es fiel y no cambia de criterio, nos sigue amando a pesar de nuestros pecados y miserias. Nos sigue animando a que nos levantemos y sigamos caminando. Nos ayuda a descubrir que santo no es el nunca cae, sino en el que siempre se levanta.

Especialmente en este tiempo de Adviento, pero acontece toda la vida, a nuestro lado tenemos siempre a una gran maestra que nos ayuda a ser fieles y nos enseña a vivir el auténtico sentido de la esperanza: ¡nuestra Madre Inmaculada!. Acudamos a Ella todos los días.

Mi querido Miguel: movido por el amor de Dios y fortalecido por la actuación del Espíritu Santo, has tomado la decisión de manifestar públicamente tu deseo de entregarte, mediante el Orden sagrado, al servicio de Dios y de los hombres, decisión que acojo con gozo. A partir de este momento, como ya he dicho antes, debes cultivar con más intensidad tu vocación, especialmente aprovechando aquellos medios que la Iglesia diocesana pone a tu alcance, serán medios modestos y humildes, pero son las mediaciones que el Señor pone en tu camino. Acógelos con sencillez y humildad; si obras así crecerás en vida interior y será fuerte tu determinación.

Todos nosotros, comenzando por el Obispo y finalizando por el último de los bautizados aquí presentes, te ayudaremos con la caridad pastoral y con nuestra oración.

Te encomiendo a la Madre Inmaculada, la Virgen fiel para que crezcas en este santo propósito que hoy manifiestas ante la comunidad aquí reunida. Qué así sea.

Celebración de la Institución de Ministerios de Lectorado y Acolitado

Capilla del Seminario Divino Maestro. 10 de diciembre de 2017.

La Palabra de Dios en este II Domingo de Adviento es como un aldabonazo a nuestra existencia tantas veces tibia, cómoda o poco comprometida. Recordad: *Hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio (...)* y más adelante, añade: *Una voz grita: En el desierto prepararle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios (...)* *Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion; alza fuerte la voz (...), álzala, no temas, di (...)* *Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda. Mirad, viene con él su salario y su recompensa lo precede* (cf. Is 40, 1-5.9.11).

En una sociedad como la nuestra, los sacerdotes no podemos ser mudos, y muchísimo menos los obispos. Pero también todos los bautizados estáis invitados a gritar, a preparar el camino, a convertirnos en heraldos de Dios, en pregoneros del Evangelio de la Alegría, a subir al monte elevado para desde allí alzar la voz y decir: *Aquí está vuestro Dios*. Ese es el gran problema de nuestros conciudadanos y de muchas comunidades, no son conscientes de que Dios está aquí, de que Dios está en medio de nosotros, de que Dios no es una idea abstracta que sirve para que unos y otros la instrumentalicen y la conviertan en arma arrojada. ¡No!. El “dios” que es instrumentalizado por el hombre ese no es el Dios misericordioso anunciado y mostrado por Nuestro Señor Jesucristo, el auténtico rostro visible del Dios invisible.

Cada cristiano, desde el momento del bautismo, ha recibido la misión de ser profeta, y eso tenemos que vivirlo en nuestra situación concreta. El Apóstol nos invita a preparar *el Día del Señor, el Día de Dios*, teniendo en cuenta *que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día* (Cf. 2 Pe 3, 8-14). No podemos pensar que *esos cielos nuevos y esa tierra nueva en los que habita la justicia* es cosa de un momento, está ahí. ¡No caigamos en esa tentación!. Esos cielos nuevos y esa tierra nueva comienzan ya aquí, por eso san Pablo añade: *mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables*. Es tanto como decir que nos encuentre luchando con afán de santidad. Porque no nos podemos olvidar nunca, mis queridos hermanos sacerdotes y, sobre todo vosotros, mis queridos seminaristas que vais a ser instituidos en el Lectorado y en el Acolitado, de nada sirve todo esto, si no tomamos en serio el gran proyecto de vida que nos ha marcado el Señor desde la primera llamada bautismal, y refrendó en momentos sucesivos a lo largo de nuestra vida, a través de las mediaciones de la Iglesia, de manera especial en aquel instante en el que comenzamos a sentir que él nos hablaba en nuestro interior y nos decía: *¡Lanza las redes!, ¡Entrégate!, ¡Tú eres mío!*. Son los momentos de Dios. El instante

de Dios. De un Dios que habla en el desierto, en el silencio, en la soledad. Muy pocas determinaciones de santidad, o casi ninguna, han surgido en medio del ruido atronador de una discoteca; o quizás mientras estábamos enchufados en nuestro mp4, o atrapados al WhatsApp. ¡Qué aleccionador es el Evangelio de este Domingo: *Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos* (Mc 1,1-9).

Convenzámonos, mis queridos seminaristas, que mientras no emprendamos el camino de una ***pastoral de la santidad***, como nos aconsejaba san Juan Pablo II, y nos sigue insistiendo el papa Francisco, nuestros afanes apostólicos serán simples movimientos de personal, de un lugar para otro, pero que no dejan poso, como lo han hecho los santos. Allí donde estuvieron, allí germinó una vivencia más comprometida de la fe y de la Iglesia.

Hace unos días, un eclesiástico de la Curia Romana, dirigiéndose a un numeroso grupo de religiosos y religiosas reunidos en la capital de España, les decía: *Es significativo a este respecto como las JMJ son muy concurridas, pero nuestros noviciados, lo mismo que los seminarios, siguen vacíos.* Y añadía una reflexión muy sugerente: *resulta paradójico el hecho de que los religiosos sean titulares de centros escolares en los que se educa una no desdeñable cantidad de jóvenes y estos no se sientan algo más interpelados por el modo de vida de sus profesores y maestros...* Es verdad que tanto los religiosos como las religiosas se desviven por darles ese plus evangélico y quizás vocacional - lo mismo que intentamos hacer en nuestro Seminario Menor de la Inmaculada - , ciertamente, existen también otros factores que afectan a la existencia vital de los niños y jóvenes que pasan por nuestros centros católicos. De todos modos tenemos que seguir luchando y no perder la esperanza. Apostando por ofrecer, sin miedo, que vivir la vida cristiana es una aventura muy hermosa. Y cuando digo vida cristiana me refiero a los simples compromisos bautismales, porque si estos se viven bien de ahí podrán surgir jóvenes que se planteen en cristiano el noviazgo; y quizás, también algunos o algunas, puedan recibir una llamada especial del Señor para un estilo de vida diferente, pero primero es lo otro. Porque si no tenemos cristianos, ¿cómo podemos tener vocaciones?.

Sin embargo, no podemos olvidar que, en nuestro caso, lo que más valoran nuestros niños, jóvenes y mayores es la autenticidad en la manera de vivir nuestra vocación sacerdotal. Eso se nota, sin hacer publicidades, en el trato mutuo y fraterno, en evitar los enfrentamientos y descalificaciones, en cubrir las espaldas del hermano y no caer en críticas y murmuraciones destructivas, en que nos vean alegres y no resentidos, ni enfadados, o con cara de funeral - como dice el Santo Padre -; que vean que lo que hacemos lo realizamos con autenticidad y no para cumplir una función sacra. Que cuando nos contemplan al celebrar la Santa Misa, con paz y reposo - aunque tengamos que acortar la homilía -, comprendan que creemos en lo que estamos haciendo; es muy importante que nos vean re-

zando ante el sagrario abandonado y frío de nuestra parroquia; que puedan descubrir que tenemos corazón cuando asistimos a unas exequias o nos acercamos al tanatorio para rezar por un difunto; que nunca encuentren en nosotros personas agarradas e interesadas por los dichosos euros.

Nuestros niños y jóvenes necesitan que el sacerdote, el seminarista, el religioso, sea una atalaya en medio de tantas zafiedades y de intereses fraudulentos, una voz que clama a tiempo y a destiempo en el desierto del corazón de tantos de nuestros conciudadanos y que siempre esté dispuesto a escuchar, a curar, a perdonar. En definitiva quieren descubrir y ver en nosotros a un hombre que cree en Dios y por ese Dios se entrega con alegría al servicio de los hermanos.

Nos encontramos realizando un Sínodo Diocesano que en estos momentos de su breve recorrido ya está siendo una ocasión de revitalización de nuestra fe, de conversión y de gracia. Nuestro Sínodo nos tiene que ayudar a vivir también, en sintonía con el Sínodo de los Obispos, convocado por el Papa para el próximo mes de octubre de 2018. Sabéis que tiene como tema de reflexión: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento*. Tenemos que caminar unidos y en la misma dirección, para eso, entre otras cosas, la experiencia sinodal.

Mis queridos seminaristas que hoy vais a ser instituidos en el Lectorado y el Acolitado. Bajo esos ministerios que sé que os habéis preparado con ilusión para recibirlos, tenéis que descubrir que, en la medida en que deis este paso con seriedad de corazón y con entrega, os estaréis preparando para el día en el que nuestra Iglesia diocesana será enriquecida con vuestro presbiterado. Los ministerios, lo dice la misma palabra, son para servir, no para servirnos de ellos, ni para pretender estar por encima de nuestros hermanos laicos; ¡todo lo contrario!, a medida que os acerquéis al Sacramento del Orden tenéis que ir creciendo en vida de oración, de estudio, de pobreza y de obediencia apostólica, de fraternidad y de comunión, y en humildad de corazón para que se os conceda el don de la libertad verdadera y así podáis vivir con alegría el celibato por el Reino. Todas estas realidades que configuran nuestra vida cristiana y sacerdotal son importantes, pero de manera especial, en estos momentos de la historia de nuestra Iglesia particular, la *fraternidad y la comunión*, son hoy más importantes que nunca. Es más, si por vuestra manera de ser y de actuar, no os sentís capacitados para una relación normal con los compañeros del Seminario y con vuestros formadores, sino que buscáis siempre el camino del aislamiento, o quizás os instaláis en la crítica negativa y amarga, sin aportar soluciones a los problemas, ¡que siempre los hay!, pensad bien si el Señor os ha concedido el don del ministerio ordenado o quizás habéis sufrido un espejismo. El seminarista que no esté dispuesto a vivir y a trabajar en fraternidad y en comunión, no está capacitado para integrarse en el Presbiterio diocesano que es cauce de fraternidad y de comunión. Hoy sin la vivencia existencial de la comunión eclesial no se entiende el ejercicio del minis-

terio ordenado.

Estáis muy cerca del Diaconado que os *habilitará para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la Palabra y de la caridad* (Benedicto XVI, *Motu proprio Omnium in mentem*, 26 de octubre de 2009, art. 2). Como veis, todo se entiende desde el prisma del servicio al pueblo de Dios, que reza por nosotros para que les podamos servir como la Iglesia quiere que le sirvamos. Os ruego pues, mis queridos seminaristas, que os convenzáis de que el mejor señorío de un cristiano es servir y para lograrlo os invito a que aprendáis en la escuela de la Madre del Divino Maestro, nuestra madre Inmaculada, que con su sencillez y humildad hizo realidad el misterio de la Encarnación de Dios en el mundo. Vosotros tenéis que ser esos instrumentos de la encarnación de Dios, primero a través de vuestra vida cristiana coherente, siendo lectores, es decir, contempladores y servidores de la Palabra del Señor y, además, ministros de la vida entregada de Dios por nosotros a través del servicio delicado de la Santa Eucaristía. Eso pido hoy al Señor con toda esta Iglesia que de forma vicaria se ha reunido en este cenáculo, que es la capilla del Seminario del Divino Maestro, que tiene para muchos de vosotros una resonancia especial que os recuerda la fidelidad de Dios para con vosotros, una fidelidad que jamás se cambia, ni se cansa, porque sólo Dios es fiel y ¡sólo Dios basta!

¡Que así sea!

Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de Sor Dorinda Sotelo, Hija de la Caridad y del Padre Benito Paradela, Congregación de la Misión y de otros 58 mártires de la Familia Vicenciana

Catedral de Ourense, 6 de diciembre de 2017.

Excmo. Cabildo Catedralicio

Mis queridos Hermanos sacerdotes

Hermanas y hermanos que sois miembros de los Institutos de Vida Consagrada, de las Sociedades de Vida Apóstolica y de los Institutos Seculares. En especial os saludo a vosotros los Padres Paúles y a las Hijas de la Caridad que ejercéis vuestro trabajo ministerial y apostólico en esta Diócesis.

Con un cariño especial os saludo a los familiares de la Beata Dorinda de Lodoselo y del P. Benito de Amoeiro. ¡Qué Dios os bendiga!

Con cordial afecto quisiera saludaros también a vosotros, los que formáis parte de la Asociación de la Medalla Milagrosa, de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de todos los que os movéis bajo el carisma vicenciano.

Hermanas y hermanos. Queridos amigos todos:

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo? (Lc 9, 23-26).

Aquellas palabras pronunciadas por Jesús hace más de dos mil años siguen causando un fuerte impacto en cada uno de nosotros, sobre todo cuando somos capaces de acogerlas con un corazón abierto a la fe y a la gracia: *El que pierda su vida por mi causa la salvará*. En una sociedad tan materializada y hedonista como la nuestra, estas palabras provocan una fuerte sacudida. Casi nos estremecen. ¡Salvar la vida!. ¿Quién no quiere salvar la vida?, ¿quiénes, de los que estamos hoy aquí, no hacemos todo lo posible por salvar la vida?. ¡Es lógico querer salvar la vida y los bienes que se posee!; es más, podemos decir que es una consecuencia de ese movimiento instintivo que todos los seres vivos tenemos, y cuando decimos seres vivos nos referimos a todos, ¡también a los irracionales!.

Sin embargo, la dinámica de la fe en Jesucristo nos sitúa en otra dimensión y nos mueve en otra dialéctica totalmente diferente, porque de lo que nos habla el Señor es de *dar la vida para obtener la Vida* - con mayúscula-; en este sentido ya las cosas cambian. Para los cristianos Jesucristo es la Vida, cuando nos detenemos por el camino del conocimiento de Jesucristo, leyendo el Evangelio, meditando, haciéndolo carne propia, entonces podemos descubrir cuál es la verdadera vida. No es fácil para nosotros, ciudadanos de la sociedad actual, entender esto. Resulta incomprensible para muchas personas entender el sentido de la muerte

de Sor Dorinda y del P. Paradela y de sus compañeros mártires. La primera ha muerto por ser religiosa - con solo 21 años - y cuidar enfermos en un hospital de tuberculosos en Barcelona. El P. Paradela por ser religioso y vivir y vestir como tal. Contemplada su muerte con los criterios del mundo de hoy nos parece una muerte absurda. Sin embargo, los planes de Dios no son nuestros planes. Los mártires son sobre todo ¡testigos!. ¡Sí!, única y exclusivamente testigos de la Vida. De la Vida eterna.

Mis queridos hermanos y hermanas: en la actualidad, incluso para los cristianos, la fe en la resurrección parece que nos resulta muy difícil. En algunos casos la aceptamos como una posibilidad, más que como una certeza segura. Esta manera de pensar es la causa de que nuestro estilo de vida cristiano sea tan débil, tan poco comprometido. Nos asusta cualquier cosa. Nos da miedo el qué dirán. Nos avergonzamos incluso de ser cristianos, o que nos descubran como tales. Nuestra fe en el Dios de la misericordia y del perdón, que es Padre y nos ama con ternura infinita, un Dios que se nos ha hecho próximo, tan próximo en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo que asumió nuestra pobreza, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado, para enriquecernos con su pobreza.

Este Jesús, Dios encarnado, ha fascinado la vida entera de los santos. Con qué razón se nos ha dicho que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús (Evangelii gaudium, nº 1)*. Estamos celebrando el feliz acontecimiento de los 400 años del comienzo del carisma vicenciano y en esta perspectiva adquiere una mayor resonancia esta reciente beatificación. San Vicente de Paúl, que nació en el seno de una familia muy pobre pero de hondas costumbres cristianas, nos ayuda con su testimonio tan actual. Su inteligencia despierta hizo que su padre le llevase al Seminario. Se ordenó muy joven, a los veinte años. Quería que se le destinara a alguna parroquia para ser un cura de aldea y poder ayudar a su familia tan necesitada. Sin embargo, en aquel complejo siglo XVII francés, una serie de circunstancias convirtieron a Vicente de Paúl en un cristiano que supo descubrir a Jesucristo en los necesitados. Con la intuición propia de los hombres de Dios San Vicente llegó a escribir a un misionero de los paúles: *Cuide bien su pobre vida, conténtese con ir gastándola poco a poco en el amor divino; no es suya sino del autor de la vida, por cuyo amor tiene usted que conservarla hasta que se la pida, a no ser que se presente la ocasión de darla, como ese buen sacerdote de ochenta años, que acaban de martirizar en Inglaterra con un suplicio cruel (SVP, II, 156)*.

En aquel horizonte existencial San Vicente sabía que el martirio era un acontecimiento extraordinario, por eso él enseñaba a sus misioneros a vivir entregándose en lo ordinario al servicio de Dios en los pobres; aunque era consciente de que *no hay ningún acto de amor más grande que el martirio*. En realidad, San Vicente estaba preparando a sus hijos e hijas para la vida martirial que recorrió Francia

un siglo más tarde.

Ante el testimonio de nuestros Beatos Sor Dorinda y el P. Benito, así como el Hno. Narciso Pascual y el P. Atanes, todos ellos nacidos en estas tierras ourensanas, que a lo largo de la historia ha sabido ser muy generosa por la santidad de sus hijos y por el martirio, prueba de ello son los testigos de Cristo que encontraron la muerte en las invasiones musulmanas que asolaron esta ciudad hasta convertirla en ruinas, muchos de ellos son mártires anónimos. Seguro que los nombres de Marina y Eufemia, así como otros muchos que no conocemos, tan unidos a la tradición de nuestra Iglesia local desde los primeros momentos, formaron parte de aquel numeroso grupo de fieles cristianos de estas tierras, que llevaban el nombre de los antiguos mártires, y que encontraron la muerte por ser fieles a Jesucristo en aquellos momentos oscuros y dramáticos de nuestra historia. De otros, como lo fue más tarde san Francisco Blanco de O Tameirón, joven franciscano, testigo de Cristo en las tierras de Oriente, se guarda una memoria viva en el altar que a él se le ha dedicado en el Pórtico del Paraíso de esta Catedral.

Los mártires han sabido ser testigos coherentes del Señor resucitado que nos interpelan a nosotros y nos dicen hoy, en medio de una existencia creyente un tanto tibia y acomodada, ¿creéis de verdad en la vida eterna y en la resurrección de los muertos?, ¿esperáis la vida eterna?. Sí, es verdad, todos decimos que queremos ir al Cielo, lo decimos así, coloquialmente, pero “sin prisas”. Cuando hacemos esta afirmación no estamos cayendo en lo que el papa Francisco denomina *mundanidad* y esa actitud acaso no denota una falta de coherencia espiritual. Hermanos míos, la vida pasa, este mundo no es definitivo, nosotros esperamos unos *cielos nuevos y una tierra nueva*; es decir, aguardamos una vida gloriosa inmortal que el Padre Dios nos ha prometido, ese será el Día de Dios, el día eterno, en comunión con la vida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. Eso creían los mártires, o quizás sería mejor decir, eso vivían los mártires, por eso eran capaces de estar más pendientes de las necesidades de los otros que de ellos mismos, y eso lo hacían con alegría, despreocupados de buscar sus propias seguridades, porque su vida estaba fundada en el Dios de la misericordia y del perdón. Sabían que Dios nos ama y que nos ha dado a Jesucristo - y a éste crucificado por amor redentor de toda la humanidad -; nos lo ha dado como Salvador universal, como Señor y Rey, en Él y por Él nos perdona, nos infunde su Espíritu Santo vivificador que nos concede sus dones. Este Cristo nos justifica y nos abre las puertas de su vida inmortal. Por eso los mártires, desde la sencillez de su vida, tanto las Hijas de la Caridad, como los miembros de la Congregación de la Misión, como los cinco sacerdotes diocesanos vinculados a la espiritualidad vicenciana, así como los trece laicos, algunos de ellos padres de familia y muy jóvenes, fueron martirizados por ser cristianos y por su devoción a la Virgen Santísima en su advocación de la Virgen Milagrosa.

Entre los despojos mortales de algunos de ellos se encontró la medalla de la Milagrosa. Alguno murió por defender una imagen de la Virgen Santísima. ¿Qué llevamos hoy sobre nuestros pechos?, ¿qué adorna el cuello de nuestros niños y jóvenes?, ¿qué tenemos en la pared de nuestros dormitorios?. En una generación como la nuestra tan laicizada y frívola, también nosotros corremos el riesgo de avergonzarnos de cosas tan pequeñas, porque nos falta amor y piedad, no puede haber mártires porque no hay testigos vivos de Jesucristo.

Qué consoladoras son aquellas palabras del sucesor de San Vicente de Paúl al frente de la Congregación de la Misión y de la Compañía de la Hijas de la Caridad, el Padre Tomaz Mavriz que, con motivo de la beatificación de los **60 Mártires del siglo XX en España de la familia Vicenciana**, nos decía: *La Iglesia se ha engrandecido gracias a la predicación silenciosa de sus santos mártires. Y nuestra Familia, exactamente igual.* Y concluye con un pensamiento de San Vicente: *Por uno que reciba el martirio, vendrán otros muchos; su sangre será como una semilla que dará fruto, y un fruto abundante* (SPV IX, 1089).

Que la sangre de estos dos beatos mártires de nuestra Diócesis suscite en todos los fieles de la Iglesia, que peregrina por las tierras de Ourense, ansias de renovación tanto personal como comunitaria, de tal modo que así construyamos una Iglesia más creíble, más apostólica y que sea un signo vivo de la ternura de Dios a través del ejercicio y del perdón del que han sido maestros los beatos Sor Dorinda de Lodoselo y el P. Benito de Amoerio.

¡Qué así sea!

DISCURSOS

**Acto académico solemne e público da Academia
Auriense-Mindoniense de San Rosendo**

Celanova, 2 de decembro de 2017.

Excmo. Sr. Director da Academia Auriense-Mindoniense

Excmos. e Ilustrísimos Sres. Académicos

Excmas. e Ilustrísimas autoridades

Ilmo. Sr. Presidente e membros do Patronato da Fundación San Rosendo

Ilmo. y Rvdmo. Sr. Fundador e Presidente Honorario da Fundación San Rosendo, querido D. Benigno.

Donas e Cabaleiros

Benqueridos amigos

Reunímonos para celebrar este acto solemne da Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo neste magnífico e o mesmo tempo grandioso auditorio que é o templo da antiga abadía do Divino Salvador de Celanova, hoxe parroquia de San Rosendo, e facémolo non só para a sesión ordinaria da Academia e a ofrenda floral a San Rosendo, senón tamén para celebrar o nomeamento de San Faustino Míguez, sacerdote escolapio, fundador das Fillas da Divina Pastora, como protector da Academia, que o pasado quince de outubro foi canonizado polo Santo Padre Francisco. Felicítovos Sr. Presidente e Sres. Académicos por escoller a san Faustino como Protector da nosa Academia. O Padre Faustino Míguez, no só é un home que naceu nesta bisbarra de Celanova, na parroquia de Acebedo del Rio senón porque é unha auténtica testemuña de home crente, preocupado pola promoción da muller, gran observador e coñecedor da natureza, creador de produtos farmacéuticos e sempre aberto o coñecemento. San Faustino é o prototipo de crente que serve de modelo aos señores académicos, aos cregos e a todos os cristiáns e homes e mulleres de boa vontade.

Felicito ó Excmo. Sr. Dr. D. Xosé Marqués pola súa incorporación a esta Academia Auriense-Mindoniense, deste xeito ábrese, unha vez mais, a nosa Academia as terras irmás de Portugal.

Sinto unha alegría especial polo recoñecemento que a Academia fai ó outorgar o Premio Manuel Iglesias Grande a *Fundación San Rosendo* a que como Bispo de Ourense síntome estreitamente vencellado.

Tras la **Fundación San Rosendo** se esconden muchos rostros, algunos son ya sombras silentes de una historia que ha pasado; otros, realidades vivas que en la actualidad se convierten en fuertes aldabonazos para las conciencias acomodadas que, tantas veces, nos ayudan a despertar de nuestras comodidades y miedos.

Entre esas personas yo quisiera mencionar a **D. Benigno Moure Cortés** que con su arrojo y optimismo, con su temple y constancia, con su fuerte dinamismo evangélico ha hecho realidad lo que hoy es esa cadena de residencias y de obras de beneficencia que fueron surgiendo desde aquel año de 1972, momento en el que siendo joven sacerdote, fue nombrado Director de Cáritas Diocesana de Ourense y Delegado Episcopal de Acción Caritativa y Social.

Todas estas obras son muestra evidente del corazón de un hombre que desde los comienzos de la década de los años setenta ha sabido leer los *signos de los tiempos* en la auténtica clave que había ofrecido el Concilio Vaticano II. Él ha sabido anticiparse a lo que el papa Francisco denomina *una Iglesia en salida a las periferias*.

La Fundación San Rosendo es hoy una realidad constituida por 70 centros, de los que un 85% de los mismos se encuentra situados en cuarenta núcleos del ámbito rural gallego, contribuyendo así a una revitalización de este entorno geográfico y humano tan abandonado. En esos centros se ofertan unas 3.640 plazas asistenciales, de ellas podemos subrayar que:

- 59 son residencias para atender a personas mayores válidas y asistidas.
- 11 son centros especializados en la atención de personas con alguna discapacidad y, además, una comunidad terapéutica de alcoholismo.

La Fundación es una gran familia constituida por 1.672 trabajadores en la actualidad, que en períodos vacacionales aumenta.

Estos centros han dado a nuestro pueblo una fisonomía más cordial y un rostro nuevo en donde la realidad de la humanización, de la socialización y del progreso se convirtió en un signo elocuente que hoy nos enorgullece a muchos, y nos llena de alegría y esperanza. En Galicia, y de manera especial en estas tierras ourensanas, hablar de la **Fundación San Rosendo** es decir **D. Benigno Moure**. En aquellos primeros momentos, con un buen grupo de colaborados, fue haciendo realidad lo que la Doctrina Social de la Iglesia iba vislumbrando, tímidamente, en el horizonte de un mundo necesitado de ternura y misericordia. D. Benigno era, y sigue siendo, un hombre de equipo. Su espíritu de auténtica comunión, su actuación eclesial, su bonhomía, han hecho de él un referente que va más allá de nuestras fronteras. En cierta ocasión, el mismo D. Benigno, con palabras breves, pero precisas, recordaba aquel primer momento fundacional: *Un día Cáritas Diocesana y luego la Fundación San Rosendo contempló y dio respuesta a tantas necesidades*. Para el fundador de esta institución existe una línea de continuidad entre la Caritas Diocesana de Ourense y la Fundación San Rosendo que al observar las necesidades humanas y sociales, no se puso a teorizar sobre ellas - como sucede a menudo - sino que se puso en camino. Como pastor de esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense, en cuyo regazo nació este proyecto humanizador de la sociedad no sólo ourensana, sino gallega, hago mías las palabras de agradecimiento

de su joven presidente D. José Luis Gavela y ruego que nunca se pierda ese espíritu creativo y solidario que siempre ha sido el faro que iluminó todos los proyectos de la Fundación San Rosendo.

Señoras y Señores Académicos:

como Patrono de esta institución quisiera haceros un ruego, no sólo a vosotros, sino a todos los asistentes a este acto, con la finalidad de que seamos conscientes de los momentos recios que nos ha tocado vivir.

En el Título I de los Estatutos de la Academia, en donde se define el marco constitucional y los fines de la misma, se lee en su art. 3º que esta institución quiere ofrecer a la sociedad un *referente más de cultura que se inspire en el principio de la dignidad del hombre y demás valores trascendentes de la civilización cristiana*. Como académicos que sois debéis estar abiertos a todo horizonte especulativo y, al mismo tiempo, tenéis que estar vigilantes de que los fines de vuestra Academia se hagan realidad. Vivimos en una sociedad democrática y plural. Como miembros de esta Academia de hondas raíces cristianas no podéis aceptar discriminación alguna por ninguno motivo, sea este el que sea, por la simple razón de que siguiendo la estela de San Rosendo queréis ser constructores de auténtico diálogo social, generadores de un sano pluralismo y sujetos activos de la cultura del encuentro. Sin embargo, en el horizonte de nuestro país hay instituciones apoyadas por fuertes poderes económicos e ideológicos que paulatinamente quieren cambiar la concepción del ser humano y su configuración personal, así como la estructura del matrimonio y de la familia natural. Se proponen leyes, algunas ya aprobadas, que afectan radicalmente a la libertad de los individuos y de las instituciones, leyes que en sí mismas tienen una *vocación integral*, ya que quieren influir en la vida personal, familiar y social; en el ámbito jurídico, laboral y docente; en la cultura, deporte y ocio; en los medios de comunicación social y, aunque no queramos, en las actividades mismas de instituciones como esta en la que nos encontramos. Leyes que nos encaminan, sin que nos demos cuenta, a un *transhumanismo*, porque se proponen como leyes omniabarcantes e ideologizadoras.

Nos encontramos en un templo. Dentro de unos días escucharemos cómo la Palabra de Dios nos dice: ¡*es hora de despertar!*, ¡cierto!. Debemos esforzarnos todos por despertar de nuestras inercias y estar atentos para desenmascarar a aquellos que, con su *ingeniería ideológica*, so capa de un falso progreso social, quieren construir un ser humano distinto, una familia diferente, una cultura diversa e incluso pretenden repensar la historia y reconstruirla de acuerdo con sus criterios ideológicos. La Academia Auriense-Mindoniense está comprometida y animada por el deseo de ofrecer a la sociedad un referente cultural asentado en el sano humanismo que tiene su punto de referencia en Dios y su cauce de actuación en el recto uso de la racionalidad humana, punto clave de ese diálogo fecundo entre

la fe y la cultura que debe inspirar todos nuestros trabajos y proyectos.

Eso deseamos, eso pedimos y suplicamos al Dios que es Camino, Verdad y Vida.

¡Qué así sea!

† *José Leonardo Lemos Montanet*

Obispo de Ourense

Patrono de la Academia Auriense-Mindoniense

Discurso a los Docentes Católicos en su encuentro en Laias

2 de diciembre de 2017.

A nadie le resulta novedoso el hecho de que la cultura actual está atravesando una serie de crisis y de nuevas problemáticas que provocan una *emergencia educativa*, término acuñado por Benedicto XVI con el que quiere expresar que los procesos educativos, en medio de tantas dificultades, deben esforzarse por crear unas nuevas relaciones educativas entre los mismos docentes, entre docentes y familia, y entre docentes, familia y alumnos. Estas relaciones para ser auténticas tienen que transmitir a las jóvenes generaciones valores y principios existenciales que les llenen de esperanza y les conviertan en constructores de una civilización nueva, aquella que era definida por san Juan Pablo II, como civilización de la paz y del amor. Este concepto de *emergencia educativa* es, como ya queda dicho, muy reciente; sin embargo, es necesario afirmar que la Iglesia desde sus orígenes se entiende como una comunidad que ha luchado por ser fiel al mandato del Señor: *Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos (...) enseñándoles a guardar todo lo que yo os mando* (Mt 28,19-20); y ese imperativo de Jesús se ha vivido en medio de las graves dificultades de cada momento.

Esto no quiere decir que desde vuestras aulas, el profesor/a que se esfuerza por vivir como cristiano, como auténtico hijo de la Iglesia, tenga que convertir su cátedra en un púlpito, ni en un ámbito de proselitismo. ¡Todo lo contrario!. Se trata de que con su actitud vital, su - diríamos - talante personal, su comportamiento, su espíritu de servicio, su compañerismo, su manera de acercarse al alumno/a, aunque sea en clase de Matemáticas, Física-Química, o en ERE debe manifestar un *plus* que le llegue a convertir en un reclamo; es decir, que sea un interrogante ante sus compañeros y alumnos.

En estos momentos de nuestra historia estamos viviendo un gran reto, de hecho hoy se habla del *reto de educar*.

No podemos encogernos, ni tener miedo, hoy la educación se ha convertido en un campo de batalla de intereses ideológicos porque todo el mundo sabe que la educación es objeto de intereses para todos los grupos, asociaciones, partidos políticos. Sabemos que ocupa un lugar destacado en los programas de los partidos políticos, corrientes culturales, sistemas ideológicos, lobbies internacionales, sociedades filosóficas, etc. En todos, o casi todos, se echa en falta la afirmación de que la educación es muy importante porque con ella se consigue el desarrollo integral de la persona y se le ayuda a plantear su vida de cara a su último fin trascendente. Olvidar esto es ignorar lo que está pasando en nuestra sociedad española y gallega:

Desde 2012 la cifra de suicidios **nunca ha bajado en Galicia de los 300 casos**

por año y en 2016 se registraron 21 muertes autoinfringidas más, **pasando de 324 a 345 casos**, lo que supone **un incremento del 7 % con respecto al año anterior**. Son algunos de los datos que explican que el Movimiento Galego de Saúde Mental encabece, desde hace varios ejercicios, la reivindicación de un Plan de Prevención del Suicidio en Galicia que haga frente a uno de los mayores problemas de salud pública. Galicia, con aproximadamente el 6% de la población del estado, registra no obstante el 9,5% de las muertes tras lesiones y/o sobredosis autoinfringidas.

El suicidio es la tercera causa de muerte en el grupo de edad de entre los 15 a los 29 años, superado sólo por las causas externas de mortalidad y los tumores, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística. En los últimos datos disponibles se pone de manifiesto que 310 niños y jóvenes menores de 30 años se quitaron la vida, lo que supone un 7.77% del total de víctimas del suicidio. El presente artículo, pretende describir profusamente el estado de la cuestión a la luz de los datos disponibles en la literatura, partiendo del panorama general a nivel mundial. Se discuten las causas que pueden desembocar en este tipo de actos, señalándose la presencia de trastornos psicológicos, variables concretas de personalidad, la alta carga de estrés emocional y, especialmente, el *bullying*, últimamente desplazado por nuevas vertientes como el *bullying* electrónico o el *sexting*.

El papa Francisco también ha acuñado el término de “colonización ideológica” en ri que se refiere, sobre todo, a la llamada ideología de género que se está imponiendo con fuerza y detrás de la que hay muchos y poderosos intereses económicos. Así nos lo recuerda en una intervención:

*Las manipulaciones ideológicas y políticas que se hacen a través de la opinión pública: las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo (...) Es más, en Europa, América, América Latina, África, en algunos países de Asia, hay verdaderas colonizaciones ideológicas. Y una de ellas - lo digo claramente con nombre y apellido- es el de **gender**. Hoy a los niños - a los niños - en la escuela se enseña esto: que cada uno puede elegir el sexo .¿Por qué enseñan esto?. Porque los libros son los de las personas y de las instituciones que dan el dinero. Son las colonizaciones ideológicas, sostenidas también por países muy influyentes” (FRANCISCO, Discurso a los obispos, 27-7-2016).*

Hoy estamos viviendo situaciones muy complejas, además del fuerte secularismo y del laicismo excluyente que percibimos en nuestro ambiente, de manera especial en el ámbito educativo y universitario, nos encontramos con un fuerte **neostatalismo** y esta tendencia política está marcada por la legítima **separación entre la Iglesia y el Estado**, pero esta separación no exige, como pretenden algunos, que se lleve a cabo una **separación entre la Iglesia y la Sociedad**.

Nos encontramos con un prejuicio laicista, todavía en auge, que no es capaz de descubrir el valor que tiene para la sociedad el papel público y objetivo de la religión, y prefieren relegarla a una esfera puramente sentimental y privada. Parece que nuestra sociedad está experimentando una especie de **pornografía de la religión**. De las cuestiones religiosas es de mal gusto hablar, de mala educación, como si fuese algo impropio.

Evidentemente toda esta situación crítica conlleva una serie de consecuencias que se están experimentando en el interior de las aulas: es curioso constatar que la docencia se está convirtiendo en una profesión de riesgo y, bastantes docentes adolecen de ciertas enfermedades que arrastran silenciosamente pero que generan en su vida personal y familiar bastante desajuste.

¿Dónde está la clave de tanto desajuste?

La pérdida del sentido sobre la realidad y la verdad, que afecta al ser y sentido del ser humano, del cosmos y de la historia está causada por la pretensión de imponer a la comunidad educativa no sólo ideologías no justificadas científicamente, sino diferentes formas de entender la historia y cultura de un pueblo y de unas gentes. En realidad se está viviendo una hegemonización de la realidad y de la historia, recordad: **si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad, lo que importa es la idea**. Este es un postulado de la filosofía hegeliana...lo estamos viviendo en nuestra sociedad desde hace muchos años...De ahí que el cristiano se convierta, como muy bien decía Juan Pablo II, en “signo de contradicción”.

Les propongo una serie de ejemplos, si quieren, muy estúpidos, pero que tienen su trascendencia y, en algunos centros educativos, han apostado por aprovechar las circunstancias para dar una inmersión cultural y una evangelización:

Día de difuntos y de Santos.....Halloween o Samain: fiesta celta de los difuntos.

Navidades.....vacaciones de Invierno.

Semana Santa.....vacaciones de Primavera.

El papa Francisco afirma que cuando damos importancia y así enseñamos a los educandos a centrarse sólo en **lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio** (...) entonces lo real cede el lugar a la apariencia (EG 62).

Francisco nos pide que allí donde se gestan los *nuevos relatos y paradigmas*, hay que alcanzar con la Palabra de Jesús el **alma de las ciudades** (EG 74) y, por supuesto, el alma de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, que es un alma creyente, una vida abierta siempre a la trascendencia y cuando se cercena esa apertura, entonces surgen las soluciones bruscas, violentas, los enfrentamientos, los radicalismos, las huidas hacia ninguna parte...la muerte buscada de manera absurda.

Os animo a que en vuestra tarea no os olvidéis de esa experiencia educativa acumulada y experimentada por la Iglesia Católica a lo largo de más de dos siglos de existencia. Esa experiencia la sintetizaba el papa Francisco en tres palabras emblemática: **la tradición del Evangelio, la autoridad y la libertad** (Cf. FRANCISCO, Discurso a la COMECE).

- La **tradición del Evangelio** como cauce de encuentro y de liberación con aquel que es la Verdad, el Bien y la Vida.
- La **auctoritas**: lo sabéis también como yo. Los que nos hemos dedicado a la docencia, o seguís en esa noble tarea, sois conscientes de que desde la década de 1968, a causa de unas complejas razones filosóficas, culturales y sociales, el concepto de autoridad ha entrado en crisis y parece que se contraponen al uso de la libertad que poseen nuestros alumnos, o mejor, nuestros educandos: obediencia, respeto, autoridad, disciplina, etc. son actitudes que han pasado al baúl de los recuerdos... Pero no nos engañemos; desde hace años, los docentes habéis lanzado un grito de alarma, una alarma social provocada por la deconstrucción provocada por la ruptura sistemática entre la justa relación entre el educando y el profesor. Curiosamente, el papa Benedicto XVI tienen un pensamiento que cuando es escuchado hoy por cada uno de nosotros nos produce un desconcierto positivo; afirmaba: *la denominada educación anti-autoritaria no es educación, sino renuncia a la educación* (BENEDICTO XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana*, 27 de mayo de 2010). Sin embargo, esa **auctoritas** debemos entenderla bien, porque sólo se puede hablar de verdadera y auténtica autoridad cuando el docente es, además de competente en su materia, un testigo de vida. Un testimonio de la verdad que posee unas connotaciones éticas. Una vida coherente.

Como verdaderos docentes cristianos queremos lograr una educación integral de la persona humana y, para llevar a cabo hoy este proyecto se necesita mucho arrojo, mucho coraje, de ahí que es necesario luchar acompañados.

1.- Para lograrlo os propongo que luchéis unidos, **cread una asociación o constituid un grupo de docentes** que se pueda ir abriendo en círculos concéntricos para que nuestro trabajo llegue a más y sea mejor defendido y valorado. Ya no basta con los sindicatos. ¡Lo siento!. Es necesario promover el asociacionismo entre los que quieren trabajar y vivir como docentes cristianos en medio de ese campo que por días se está convirtiendo en un coto cerrado de intereses políticos e ideológicos.

¡Solos podemos hacer muy poco!. Hace unos días el responsable de un partido político del arco parlamentario, a unas palabras del Secretario General de los Obispos acerca del Proyecto de Ley sobre la ideología de género, le decía: *Si los obispos no están de acuerdo con nuestros proyectos de ley que formen un partido político y que defiendan democráticamente sus ideas.*

2.- Ante lo que se acerca, debemos buscar a aquellos que están implicados en la tarea política, entre ellos muchas personas honestas, padres y madres de familia, que por encontrarse tantas veces aplastados con tantos proyectos, resoluciones, reuniones, etc. no les da tiempo a leer el contenido y la trascendencia de los proyectos de ley que llegan al Parlamento, tanto Autonómico como a las Cortes Generales; es ahí en donde debemos intervenir nosotros como ciudadanos y amigos, como implicados en la formación integral de los niños y de la juventud que son la esperanza del futuro, y ayudarles a nuestros representantes públicos a discernir racionalmente el contenido y la trascendencia de sus aprobaciones.

Ayudarles a discernir y establecer leyes justas sobre los conciertos educativos, sobre la ERE y su situación en la Europa de las naciones, y en estos momentos sobre el ***Proyecto de Ley contra la discriminación por orientación sexual, identidad o expresión de género y características sexuales, y de igualdad social de las personas LGBTI***, presentada el 12 de mayo de 2017 en las Cortes Generales y que se debatirá en estos próximos días.

El tema de nuestro encuentro lleva por título: ***Educar hoy y mañana. Una pasión compartida.***

Mis queridos amigos y amigas, educar es una pasión que todos los que estamos aquí compartimos y, también muchos más de los que no se encuentran hoy con nosotros. Somos muchos y si nos abrimos en esos círculos concéntricos, de los que he hablado hace un momento, cuyo centro radical es la persona de Nuestro Señor Jesucristo, seremos como luz en medio de las tinieblas, como levadura en la masa de una sociedad que está pidiendo a gritos un cambio.

Discurso na Inauguración da Exposición “*In tempore sueborum*”

Sala “Marcos Valcarcel” de Ourense, 15-12-2017.

Saúdo ó Sr. Presidente da Xunta de Galicia

Sr. Presidente do Parlamento de Galicia

Sr. Presidente da Deputación de Ourense

Sr. Alcalde de Ourense

Sres. e Sras. Deputados e Senadores do Reino de España

Sr. Conselleiro de Cultura e Ordenación Educativa

Sr. Subdelegado do Goberno de España en Ourense

Sr. Delegada Territorial da Xunta de Galicia

Sr. Subdelegado de Defensa en Ourense

Sres. Fiscal Xefe e Presidente da Audiencia de Ourense

Sr. Cónsul de Portugal

Señoras e señores:

Cando nos inicios do século V pobos xermánicos aséntanse nas terras dá *Gallaecia romana*, xa facía varios séculos que o proceso de romanización favorecera a progresiva entrada do feito cristián que, a pesar do silencio das fontes históricas, foi estendendo, nun lento proceso, a súa semente relixiosa nestas terras aurienses nun ambiente que debatíase entre ritos e costumes autóctonas, e os novos usos das elites romanas. Neste lento proceso de cristianización hai un momento clave que coincide co que quere destacar esta magna exposición, que hoxe inaugúrase. Efectivamente, o proxecto *In tempore sueborum*, xurde con ocasión da celebración do 1700 aniversario do nacemento de San Martiño de Tours (316/317-397).

Segundo as crónicas, no século VI arriban á nosa terra as reliquias do santo de Tours que curan milagrosamente ao fillo dun rei suevo (Carriarico, ou máis probablemente Teodomiro), por aquel tempo chega tamén un sacerdote chamado Martín, - neste caso será Martín de Dumio - tamén natural de Panonia - a actual Hungría - que procede de Palestina onde adquiriu unha profunda formación humanística e foi ordenado presbítero, tras estar en Roma e non reino franco. Non sabemos cal foi o motivo da súa presenza. Este Martín, tamén monxe e bispo, chamado de Braga ou de Dumio (510/5-579/80), foi o que durante o século VI promoveu a re-cristianización das terras dá *Gallaecia*, chegóuselle a denominar *apostolus sueborum*. O Dumiese, para facer efectivo o traballo evanxelizador, participa e promove unha importante actividade conciliar que ao mesmo tempo era unha xuntanza relixiosa e tamén político-civil. Os chamados I e II concilio de Braga, non 561 e non 572, respectivamente, supuxeron a necesaria revitalización dá Igrexa sueva despois dá crise priscilianista. Poderíamos afirmar que o mesmo que foi para a antiga Hispania o III Concilio de Toledo, que comezou o 7 de

abril **do ano 589**, no que quedou selada a unidade espiritual e territorial do Reino Visigodo de España, penso que o mesmo acadou no Reino suevo de Galicia, dezasete anos antes, grazas a mediación de Martín de Dumio no II Concilio de Braga presidido por el mesmo, como metropolitano de aquela diocese. Logrouse a unificación dos pobos e das súas xentes, de tódolos suevos nunha fe e nun so reino, e este feito tivo como punto de referencia a *civitas auriense*. Precisamente, a este II concilio bracarense asiste o primeiro bispo da sede auriense - do que teñamos noticias documentais - cuxo nome coñecemos, Witimer ou Witimiro (cara o 570). En colaboración co reino suevo, e baixo a supervisión de Martín de Dumio, lévase a cabo unha importante reorganización eclesial e civil do territorio, coa división do reino en 13 diocese - algunhas delas novas-, á súa vez agrupadas en dous grandes distritos ou “provincias eclesiásticas”: unha en Braga, e outra cuxo centro sería Lugo. Todo iso móstranos como, a través do extraordinario labor evanxelizador do Dumense na etapa final do reino suevo, o cristianismo prendeu no vivir e no sentir do noso pobo, constituíndo así unha das raíces fundamentais que o define. Sobre a base da herdanza clásica e enriquecido polas achegas dos pobos e culturas que se sucederon co paso dos séculos, o cristianismo representou un elemento configurador central de Europa, de España, de Galicia e, singularmente, das terras de Ourense.

Confiamos que esta exposición sobre o tempo dos suevos contribúa a realizar un exercicio de memoria e de verdade, que hoxe mais ca nunca precisamos, porque estamos ideoloxizados por *novos relatos* que están a reconstruír unha nova historia sen fundamento na realidade, senón manipulando e terxiversando os datos históricos mesmos.

Esta mostra, tanto aquí como na igrexa de Santa María Nai - que se asenta sobre outra construción da época sueva- permítenos recuperar un pasado que non é unicamente un silencioso testemuño histórico, senón sobre todo un rico patrimonio humano e espiritual que debe ser inspirador do noso presente e futuro como ourensáns, e como cidadáns da antiga *Gallaecia*, comprometidos na defensa e vivencia dos valores fundamentais da convivencia social e relacionados coa promoción integral das nosas xentes e dos nosos pobos, e como valedores dos seus dereitos inalienables.

Felicito a Xunta de Galicia, a Deputación Provincial de Ourense por ser mecenas desta efeméride e tamén a ABANCA, e os demais organismos que participan neste magno proxecto. Reitero a miña colaboración e a da Igrexa de Ourense, que presido na caridade, para que este proxecto de todos sirva para poñer en valor o noso patrimonio histórico.

Graciñas a todos.

Discurso al Consejo Presbiteral en su reunión ordinaria del 22 de diciembre de 2017

Casa Diocesana de Ejercicios “Santa María Nai”.

La revalorización del Consejo Presbiteral tiene su origen en la profunda reflexión teológica llevada a cabo **en** y **después** del Vaticano II. Los presbíteros son los colaboradores del orden episcopal, ellos participan del mismo y único sacerdocio de Cristo (LG 28; PO 7). La teología del Vaticano II superó la visión del presbiterado en clave eminentemente individual y benefical. Pero conviene que quede claro, no fue una especie de democratización de la Iglesia, como han dicho algunos, lo que provocó la constitución del Consejo Presbiteral.

- No se trata de crear un ámbito en donde sólo se escuche a los presbíteros
- Sino la necesidad teológica y jurídica que el obispo tiene de consultar y dialogar con aquellos que son **corresponsables del bien pastoral y espiritual de una porción del Pueblo de Dios que se llama Diócesis.**
- Un **grupo de sacerdotes que representan al Presbiterio.**
- Que tienen **voto consultivo** en las tareas más importantes del gobierno diocesano.

Pero, más allá de su formulación canónica, **está su fundamentación teológica**, que es la clave del Consejo mismo y de su funcionamiento.

- Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios
- Ordenados al bien de todo el Pueblo de Dios
- Todos los fieles tienen su propio cometido en la Iglesia
- Entre los fieles, están los presbíteros, que por la Unción del Espíritu Santo y la imposición de las manos
- Quedan **marcados con un carácter especial** que los constituye en “sacramento” de Cristo, Pastor y Cabeza de la Iglesia
- De este modo pueden actuar en el nombre y en la persona de Cristo
- Unidos al Obispo como “*cooperadores necesarios*”
- Hermanos y amigos, y unidos entre sí en fraternidad sacerdotal
- Forman con el Obispo **un Presbiterio**
- Dentro de una Iglesia local a cuyo servicio se consagran
- Los presbíteros, aunque en medio de los demás fieles, **son padres y maestros**
- **Son también hermanos**, y con ellos discípulos del Señor: el sacerdote *debe ser un buen cristiano.*
- Los presbíteros, al igual que todos los demás fieles, reciben por el Bautismo la *vocación a la santidad.*
- Junto con la llamada de Dios para la misión y el ministerio

- Reciben, también, por el sacramento del Orden, la vocación a la santidad de vida en ***un modo concreto de seguimiento al Señor***
- Los cauces que el presbítero tiene para conseguir esta meta de la santidad ***es el ejercicio de su ministerio: vocación, consagración y misión sacerdotal*** fundamentan la espiritualidad sacerdotal

No conviene olvidar ***algo fundamental en nuestra vida***, que debemos repetirlo muchas veces ya que en ocasiones da la sensación que no estamos convencidos de ello.

- Los sacerdotes **son llamados por Dios en una comunidad** eclesial concreta
- Hemos sido **elegidos, pero no separados** de los hermanos
- Nuestra vocación debe ser entendida como **un don a la Iglesia**
- **Este don debe ser revitalizado** a través de un diálogo de gracia entre Dios y el hombre
- Que continuará a lo largo de la vida, **ininterrumpidamente**
- Por otra parte, al recibir el ministerio como don de Dios a la comunidad, para servirla
- **Debemos servirla con gratuidad pues gratis lo hemos recibido** (Mt 10, 8)
- Y debemos luchar por **crecer en esta vocación**, día a día, con un profundo agradecimiento al Señor que nos ha llamado
- Si hemos sido llamados a una configuración con Cristo por el Bautismo, como ya hemos dicho
- Mediante el Sacramento del Orden que recibimos del Señor por el ministerio del Obispo estamos llamados a:
 - **Anunciar** el Reino a todos los hombres
 - **Santificar**
 - **Presidir y cuidar al Pueblo** que se nos ha encomendado **mediante**
- El **ministerio de la Palabra**
- La **santificación y el culto**
- Y la ***comunión eclesial***

El sacerdote **tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo**, Cabeza y Pastor. Así participa, de manera específica y auténtica, de la “unción” y de la “misión” de Cristo (cf. Lc 4, 18-19). **Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia**. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la “representación sacramental” de Cristo es la que instaura y anima la relación del sacerdote con la Iglesia.

“El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, se sitúa no sólo

- **en la Iglesia,**

- sino también **al frente** de la Iglesia.

El sacerdocio, junto con la Palabra de Dios y los signos sacramentales, a cuyo servicio está, pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia.

El ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios.

La relación del sacerdocio con Jesucristo, y en Él con su Iglesia, -en virtud de la unción sacramental- se **sitúa en el ser y en el obrar del sacerdote**, o sea, en su misión o ministerio. En particular, “el sacerdote ministro **es servidor de Cristo, presente en la Iglesia**

- **misterio,**
- **comunión**
- **y misión.** Por el hecho de participar en la “unción” y en la “misión” de Cristo, puede prolongar en la Iglesia su oración, su palabra, su sacrificio, su acción salvífica. Y así es servidor de la Iglesia misterio, porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado.
- Es **servidor de la Iglesia comunión**, porque *-unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio-* construye **la unidad de la comunidad eclesial** en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es servidor de la Iglesia misión, porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio”.
- El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el presbítero **esté unido con Cristo** mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral, y por tanto en la medida **que esté en comunión jerárquica con el propio Obispo.**
- El ministerio ordenado **tiene una radical “forma comunitaria” y puede ser ejercido sólo como “una tarea colectiva”**. Sobre este carácter de comunión del sacerdocio ha hablado largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos.
- El ministerio de los presbíteros **es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo, en su solicitud por la Iglesia universal y por cada una de las Iglesias particulares, al servicio de las cuales constituyen con el Obispo un único presbiterio.**
- Cada sacerdote **está unido a los demás miembros de este presbiterio, gracias al sacramento del Orden**, con vínculos particulares de **caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad.** En efecto, todos los presbíteros, sean diocesanos o religiosos, participan en el único sacerdocio de Cristo Cabeza y Pastor, “trabajan por la misma causa, esto es, para la edificación del cuerpo de Cristo, que exige funciones diversas y nuevas adaptaciones, principalmente en estos tiempos”, y se enriquece a través de los siglos con

carismas siempre nuevos.

- Finalmente, **los presbíteros se encuentran en relación positiva y animadora con los laicos**, ya que su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial. Están al servicio de su fe, de su esperanza y de su caridad. Reconocen y defienden, como hermanos y amigos, su dignidad de hijos de Dios y les ayudan a ejercitar en plenitud su misión específica en el ámbito de la misión de la Iglesia.
- Como subraya el Concilio, “el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la **misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo**, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles”.

Sínodo Diocesano:

- estructura y cauce de comunión
- testigos de comunión a través de la participación
- constructores de comunión.

CARTAS**Con motivo de la Visita Pastoral****“Pedid y se os dará...”**

Al recorrer las diferentes parroquias del mundo rural de nuestra Diócesis tengo la oportunidad de conocer, personalmente, las necesidades e ilusiones de nuestras gentes. Últimamente, cada vez con más frecuencia, me he dado cuenta de que una preocupación creciente era la petición a Dios y a sus santos de la lluvia para que pudiera fecundar nuestros campos agostados por los muchos días de sol y de calor.

En estos días pasados en los que la liturgia de la Iglesia nos ha recordado la celebración de las *Témporas de acción de gracias y perdón*, me dirijo a los hijos e hijas de esta Iglesia ourensana para que obedezcamos las palabras del Señor: *Pedid y se os dará, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra, y al que llama se le abre (Mt 7,7-11)*; hagámosle caso al Señor y pidámosle aquello que necesitamos y busquemos lo que anhelamos.

Pidamos al Señor, Dueño y Señor del Universo, que nos conceda la lluvia benigna que sane nuestras tierras en sequía, llene nuestros embalses y devuelva el verdor de la vida a los campos y montes que acostumbran a embellecer las tierras de Galicia.

A vosotros, hermanos sacerdotes, cuando las normas litúrgicas os lo permitan, celebrad la *Misa por diversas circunstancias*, las encontraréis en el Misal de 2016, sobre todo en la página 1049 y en la anterior edición en la página 956. Hacedlo con esa fe y confianza que nuestras buenas gentes tienen y aprovechad el momento para una sencilla catequesis sobre la importancia de la oración, en especial la oración de petición. Os puede servir para ello lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica en los números 2629-2633.

Aprovechando la ocasión y teniendo en cuenta que nos encontramos en el mes del Rosario, os suplico a todos los fieles, hijos de la Iglesia Católica, que por medio de esta oración tan querida para nuestro pueblo pidáis por España y por todas sus gentes para que el Señor nos conceda su gracia y así podamos construir una sociedad más fraterna y unida en donde podamos vivir en paz; y no nos olvidemos de suplicar al Buen Dios que conceda a todos nuestros gobernantes un espíritu abierto al bien común de todos los ciudadanos dentro del marco de las leyes que modelan y regulan nuestra vida como auténticos ciudadanos.

Carta a los Diocesanos con motivo del DOMUND

¡Sé valiente...!

Cada año, al acercarse la Jornada Mundial de las Misiones, lo que familiarmente llamamos DOMUND, el Papa nos ofrece un mensaje. En esta ocasión, con la fresca característica de los escritos del Santo Padre Francisco, nos llega el de este año 2017. En él nos mueve la inteligencia y nos sacude el corazón para que no perdamos de vista que esa gran familia de la que formamos parte, que es la Iglesia, es una familia constitutivamente misionera; si no fuera así sería una institución como otra cualquier preocupada de la beneficencia, del arte, de propaganda religiosa y de actos culturales. Sin embargo la Iglesia es el rostro de Jesús resucitado que se transfigura a través de cada uno de los bautizados y ellos son los que hacen que Jesús se convierta de nuevo en contemporáneo nuestro.

De todos es sabido que cada año el DOMUND es una fuerte sacudida en el seno de nuestras comunidades eclesiales. Su campaña es una de las que se realiza con mayor naturalidad en nuestras parroquias. Niños y ancianos, sanos y enfermos, todos los miembros de nuestras parroquias y demás instituciones, cada una a su manera, quieren colaborar con las Misiones. Pero las Misiones no se reducen a la colecta, aunque esta sea importante por la cantidad de cosas que con esas aportaciones se pueden hacer; lo que sí resulta significativo es que toda la dinámica que se mueve en torno a las Misiones nos ayuda a cada uno de nosotros a creer en el Evangelio vivo, que es Jesucristo, a descubrir que nuestra fe no es un adorno, ni algo que se usa y tira, ni tampoco una simple conveniencia social: nuestra fe es Vida. Pero no una vida cualquiera sino aquella que consiste en esa lucha constante por identificarnos con la vida y la obra de Jesús.

En este año hemos querido darle una especial resonancia a esta jornada, de tal modo que en toda Galicia se llevarán a cabo una serie de actividades con las cuales se pretende acercar las Misiones a nuestros ciudadanos, también a aquellos que no frecuentan nuestros templos, ni quieren saber nada del catolicismo, o se “apearon” de la barca de la Iglesia porque han sufrido algún desencanto o se encontraron con algún testimonio poco edificante o escandaloso. Con todos estos actos queremos hacer partícipes a la sociedad civil de este gran proyecto que arranca del corazón de Cristo y, superando el espacio y el tiempo, a lo largo de estos dos milenios ha encontrado en el corazón de los cristianos una resonancia muy especial. Por otra parte, se quiere hacer patente, ante nuestros conciudadanos, algunos de ellos escépticos y dubitativos, cuáles son las entrañas del DOMUND. En una sociedad como la nuestra que busca, desea y exige “transparencia” en todas las actividades que realiza la Iglesia Católica, con este proyecto del “*Domund al descubierto*” se pretende acercar esta realidad a los ciudadanos de a pie y presentarla con todo su realismo y verdad.

Hoy la Misión es una realidad que nos invita a salir de nuestras comodidades, a vencer nuestras inercias y nos empuja a llegar a esas “periferias existenciales” en las que se necesita la luz del Evangelio ¡se necesita a Jesucristo!. La Misión es un reto para la Iglesia misma, en realidad le recuerda a la Iglesia que ella no es un fin en sí misma, sino que debe descubrir constantemente que es un instrumento humilde y sencillo de la obra de la salvación de Dios sobre toda la humanidad. ¡Cuántas veces nos encontramos con cristianos apegados a sus santos, a sus romerías, a sus capillas y tradiciones! Han convertido el cristianismo en un sistema de posesiones. Incluso llegan a decir que el mismo sacerdote les pertenece. Una vida cristiana así planteada y vivida está llamada a desaparecer porque resulta estéril. Os imagináis que los misioneros - ellas y ellos - hubiesen pensado lo mismo. No tendría la valentía de salir; es más, no tendrían conciencia de que la auténtica vida cristiana es MISION. No podemos olvidar aquellas palabras de Jesús: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes (...)* *Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,18-20)*. Esta invitación sigue siendo perennemente actual. Cuando pensamos y creemos que la Iglesia es todo aquello que cae bajo el dominio del campanario de nuestra parroquia, entonces estamos perdidos. Nuestro vivir de cristianos se ha convertido en el “ombbligo” del mundo, y aunque hagamos la colecta del DOMUND, de la Santa Infancia, o del Seminario, seremos una comunidad autorreferencial - como afirma el papa Francisco- que terminará por encerrarnos en nosotros mismos y nos enquistará en nuestros “problemillas”. Para estos cristianos la vida de los misioneros es puro romanticismo; mientras no se abran al *Evangelio vivo* no serán capaces de romper las fronteras de “su” parroquia y no se darán cuenta de que una iglesia cerrada en sí misma es una iglesia enferma, avocada a la extinción.

Como los cristianos de ayer y de siempre, al estilo de san Pablo y de tantos misioneros y misioneras, necesitamos hacer la experiencia viva de aquel gran corazón creyente que hizo que el cristianismo llegase al extremo del mundo: *¡Ay de mí si no predico el Evangelio!* (1 Cor 9,16). Para vivir esta realidad es necesario ser valiente. El lema de este año es muy sugerente: ***Sé valiente. La misión te espera.*** Tanto aquí como allá, tanto lejos como cerca, si vivimos un encuentro auténtico con el Evangelio vivo, que es el mismo Cristo, inmediatamente nos daremos cuenta de que nuestro mundo no tiene fronteras ¡y mucho menos hoy! y que espera a esos hombres y mujeres valientes que les muestren el rostro vivo de Jesús y, uno de esos misioneros puedes ser tú. Un misionero al estilo de san Francisco Javier, santa Teresa del Niño Jesús, o como nuestro san Francisco Blanco. Un misionero valiente que sabe descubrir que el mundo le espera.

Que Santa María Madre, estrella de la nueva evangelización, nos ayude a descubrir nuestra vocación misionera tanto aquí como allende nuestras fronteras.

Con afecto os saludo y me encomiendo a vuestras oraciones.

Carta a los Diocesanos con motivo del regreso de los sacerdotes diocesanos que desarrollaban su misión pastoral en Jipijapa- Ecuador

¡Gracias Jipijapa!

La misión diocesana en la Archidiócesis de Portoviejo (Ecuador)

Desde que he llegado a esta Diócesis, toda la rica realidad significada por **Jipijapa**, un término cargado de una bella eufonía, similar a las hermosas tierras manabitas del Ecuador, en donde está situada esta parroquia, se convirtió para mí en algo habitual y cercano, como si tratase de una de nuestras zonas pastorales.

Hace veinticinco años, cuando nuestros seminarios tenían un mayor número de alumnos y la edad media del clero de esta querida Iglesia ourensana no era tan elevada, se inició una experiencia misionera que sigue presente, y seguirá viva, Dios quiera que por mucho tiempo, en nuestra Diócesis. En aquella ocasión, un grupo de sacerdotes "*fidei donum*" de nuestra Iglesia particular partieron para aquellas tierras y allí, no sólo construyeron dos grandes templos con sus complejos parroquiales, que llevan el nombre de Santa María Madre, sino sobre todo, y esto ha sido lo más importante, dos zonas de evangelización a través de las cuales miles de personas, la mayoría jóvenes, se han podido encontrar con Jesucristo. Al mismo tiempo, un sinfín de "*recintos*", una especie de pequeñas capillas, muy pobres y con muy pocos medios, extendidas por los lugares más inverosímiles, pero muy vivas apostólicamente, eran atendidas por este equipo sacerdotal.

En estos años han prestado un gran servicio pastoral y misionero un grupo de sacerdotes diocesanos: **Manuel Rodicio, Camilo Salgado, Manuel Pérez, Digno González, Gumersindo Meiriño, José Luis F. Cadavid, Isaac Pereiro y José Manuel Méndez**. Además de estos "*padrecitos*", otros sacerdotes diocesanos y un buen grupo de laicos, coordinados desde la Delegación Episcopal de Misiones, colaboraron en el proyecto misionero de Jipijapa y ruego a Dios que sigan haciéndolo.

Desde mucho antes del 11 de febrero de 2012, fecha de mi toma de posesión de esta Sede, estuvieron prestando sus servicios a aquella iglesia de Manabí los sacerdotes Manolo Rodicio y José Manuel Méndez. Su labor no sólo se centró en Jipijapa, sobre todo en el caso del P. Rodicio, sino que fueron muchos los lugares que se beneficiaron del trabajo entregado de ambos, tanto en las parroquias, como en el Seminario y, de manera muy especial, con todo el clero de aquella archidiócesis con la que estamos hermanados.

En estos últimos años, Mons. Lorenzo Voltolini, Arzobispo de Portoviejo, y yo, hemos mantenido una relación estrecha acerca de la atención a la misión y la renovación de la presencia sacerdotal. El diálogo sincero y abierto con D. Lorenzo y con los sacerdotes presentes en Jipijapa y en Manta, el análisis de las posibilidades reales de nuestro clero (envejecimiento y reducido número de

ordenaciones) y la reflexión sobre la “misión diocesana” tenida en Consejo Presbiteral, nos han llevado a replantear el modo de nuestra presencia misionera en Jipijapa. Con todos los misioneros ourensanos y las comunidades a las que sirven guardamos un vínculo que deseamos y queremos seguir manteniendo, pues es un compromiso ineludible con la misión *ad gentes*.

Damos gracias a Dios y a Santa María Nai por estos años de presencia, por el testimonio de los sacerdotes que allí fueron y por la generosidad de tantos hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos de nuestra Diócesis. ¡Y por tantos amigos cercanos a la Delegación de Misiones!. Ellos hicieron, y seguirán haciendo posible, esa aventura misionera que brota de las entrañas mismas de nuestra fe católica y tantos bienes espirituales nos ha aportado.

La misión sigue siendo una realidad viva en nuestra Iglesia ourensana. Un reclamo siempre abierto a nuevas presencias. La misión diocesana de Jipijapa no se cierra: sigue abierta, y seguirá siendo fecunda. Los frutos de la generosidad de nuestros sacerdotes y de tantos fieles de Ourense siguen presentes. Jipijapa sigue siendo una oportunidad que el buen Dios, a través de la iniciativa del recordado y querido D. Aurelio y de Mons. Diéguez Reboredo, hizo que se abriera en el corazón misionero de esta Iglesia particular. A partir de ahora, dejándonos llevar de la “imaginación” pastoral y de las iniciativas que surjan del Sínodo Diocesano, descubriremos otras formas de presencia misionera, tanto allende nuestras fronteras, como en medio de nuestros pueblos. La Archidiócesis de Portoviejo nos manifiesta *su profundo y fraterno agradecimiento*. Por su parte, la diócesis de Ourense reconoce sinceramente a la Iglesia que peregrina en aquellas tierras de Manabí, con la que se siente hermanada, la ocasión que nos dio y sigue dando para que podamos ser una Iglesia de discípulos misioneros.

Con todo mi agradecimiento y afecto.

Carta Pastoral con motivo de la Beatificación de Faustino Míguez



Un hombre fiel y disponible

Carta pastoral con motivo de la Canonización del
P. Faustino Míguez
de
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Un hombre fiel y disponible

Carta pastoral con motivo de la Canonización del
P. Faustino Míguez, dirigida
a los sacerdotes,
a los miembros de los Institutos de la Vida Consagrada,
a las Sociedades de Vida Apostólica, a los Institutos Seculares,
a los profesores, catequistas y demás agentes de pastoral,
a todos los fieles de la Iglesia en Ourense.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Ourense, 2017

Foto de portada: Retablo del P. Faustino Míguez en la S.I. Catedral de Ourense

SUMARIO

1. Los mejores hijos de nuestra Iglesia: los santos637
2. Un tiempo necesitado de santos637
3. La familia cristiana: cauce de la llamada a la vida y a la fe.....639
4. Bajo la mirada de María.....641
5. Vocación escolapia: seguimiento de Cristo Maestro.....642
6. Generosidad y fidelidad sacerdotal.643
7. Ciencia y santidad.....645
8. Fundador y Padre: una apuesta por la mujer.....647
9. Testigo vivo para nuestro tiempo.....649
10. Fiel a Dios y a la Humanidad.....651
11. Un santo para la comunión.....653

1. Los mejores hijos de nuestra Iglesia: los santos

El pasado mes de abril recibimos con alegría y agradecimiento, la noticia de la canonización del Beato Padre Faustino Míguez. En estos momentos, al enterarme de que el Santo Padre Francisco lo canonizará el próximo 15 de octubre en Roma, quisiera dirigirme a todos los hijos e hijas de esta Iglesia particular para que juntos demos gracias a Dios porque otro hijo de estas tierras llega a la gloria de los altares.

Este gozo no es exclusivo de la familia de los Padres Escolapios y del Instituto Calasancio “Hijas de la Divina Pastora” que, desde hace muchos años, viven y trabajan entre nosotros. La canonización del P. Faustino es un regalo para toda la Iglesia y, en especial, también para esta Diócesis. Si con motivo de su Beatificación realizada por San Juan Pablo II, el 25 de octubre de 1998, se erigió un monumento conmemorativo en la Catedral de San Martiño de Ourense, ahora, al acercarse su canonización os ruego a todos que construyamos en nuestras vidas un monumento a este hombre de Dios porque el Señor ha hecho obras grandes en y a través de su vida. En él se han hecho realidad aquellas palabras de la Escritura: Se fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (Ap 2,10).

Con ocasión de esta efeméride, me he podido acercar más a la persona del P. Míguez y a sus obras. Hasta ahora mi aproximación se había realizado única y exclusivamente gracias a la fidelidad de sus hijas presentes en las comunidades que viven en nuestra Diócesis. He podido descubrir en este sacerdote una encarnación viva de aquello que afirma el papa Francisco: la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús¹. El testimonio de vida de este paisano nuestro se convierte en un hecho providencial para esta Iglesia particular que, abierta al don del Espíritu Santo, ha iniciado el camino de un Sínodo Diocesano. Un camino para recorrer juntos y crecer en espíritu de comunión eclesial y de fidelidad a Jesucristo, en estas tierras en las que la Buena Nueva fue anunciada en los albores mismos de la predicación del Evangelio en Galicia.

2. Un tiempo necesitado de santos

A medida que voy recorriendo las distintas parroquias de la Diócesis con ocasión de la Visita pastoral, soy más consciente de que la vida cristiana, con el paso de los años y los procesos de secularización de la sociedad, se ha visto desdibujada y ha perdido su pujanza e influencia en la existencia de nuestros conciudadanos. En ocasiones, algunos fieles han llegado a sucumbir ante el materialismo y relativismo de nuestra sociedad llegando a provocar que en alguno de ellos, y sobre todo en muchas familias, que hayan caído en la indiferencia religiosa y en un cierto ag-

¹ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 1 (EG).

nosticismo que me atrevería denominar “popular”. A pesar de este “agnosticismo popular” no faltan tampoco ciertas formas religiosas externas y ritualistas vacías de contenido y sin ninguna implicación en la vida de las personas y en el mundo que nos rodea. Se mantienen las formas pero el corazón está lejos del Señor y del Evangelio de la vida.

Cuando falta la fe, no son pocos los que se preguntan, incluso en el seno de la Iglesia: ¿A qué vienen estas celebraciones religiosas multitudinarias? ¿Qué sentido tienen tantas beatificaciones y canonizaciones? La Iglesia nos ha regalado a lo largo de los siglos numerosos ejemplos de virtud y santidad, mostrándonos que es posible encarnar en la vida cotidiana el Evangelio de Jesucristo y ser fieles a Dios en todo momento y circunstancias. Los santos fueron profetas en su tiempo porque su mirada a Dios les capacitó para un amor nuevo y les ha hecho más comprometidos con la historia y con los hermanos, especialmente los más necesitados.

Los cristianos debemos agradecer la estela de santidad que los mejores hijos e hijas de la Iglesia nos han dejado como huella del seguimiento de Jesucristo. De hecho, todos estamos llamados a ser santos² y esta santidad será siempre para nosotros como un *camino* y una *meta*, desde el origen de nuestra vida cristiana hasta la muerte. Al destacar algunas prioridades pastorales para el siglo XXI, San Juan Pablo II señalaba: *En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la santidad*³.

Se hable más o menos de la santidad, esta llamada es irrenunciable para nosotros, cualquiera que sea nuestra vocación particular, como nos recordaba el papa emérito Benedicto XVI: *A veces se piensa que la santidad es un privilegio reservado a unos pocos elegidos. En realidad, ¡llegar a ser santo es la tarea de cada cristiano, es más, podríamos decir, de cada hombre! (...) Todos los seres humanos están llamados a la santidad que, en última instancia, consiste en vivir como hijos de Dios, en esa « semejanza » a Él, según la cual, han sido creados*⁴. La santidad es una exigencia que brota de nuestra vocación bautismal y es una urgente correspondencia al amor de Dios que, con lenguaje del papa Francisco, siempre nos *primerea*, pues *Dios nos mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros* (Rom 5,8).

La santidad, como acogida de este don de Dios en nosotros, esconde este gran dinamismo de entrega que contemplamos en Jesucristo; y que se concreta en nuestra disponibilidad al servicio de los hermanos y en un compromiso con el progreso y el desarrollo de este mundo que Dios ha creado por amor y ahora nos ha confiado. Lamentablemente, vivimos en una coyuntura histórica en la que no pocos ceden a la tentación y se alejan de Jesucristo. Ante esta realidad

2 Vaticano II, Constitución Lumen Gentium, n° 39 (LG)

3 San Juan Pablo II, Carta apostólica Novo Millennio Ineunte, n° 30 (NMI).

4 Benedicto XVI, Ángelus (1-11-07).

que nos interpela constantemente, los cristianos debemos salirles al encuentro, acercarnos más a ellos con humildad y ternura en nuestro corazón. En este contexto de abandono de la fe, e incluso de increencia, nos apremia la urgente necesidad de hombres y mujeres santos, testigos de ese Dios que es Amor y que en la resurrección de su Hijo, Jesucristo, nos ha hecho renacer a una esperanza viva. Nuestro mundo necesita esta esperanza que sólo Dios le puede comunicar. Como afirmaba san Juan Pablo II: *Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral*⁵.

El mundo y sus habitantes necesitan a Dios y, por consiguiente, necesita santos. Y esa necesidad se convierte en una exigencia personal de santidad. Hoy nuestros conciudadanos nos necesitan santos, y para ello precisamos convertirnos en testigos elocuentes, no sólo con palabras, sino también con hechos⁶; sólo así seremos capaces de hacer creíble que otro mundo y otra humanidad son posibles si nos dejamos ganar el corazón por la misericordia de Dios. Jesucristo nos envía con la fuerza de su Espíritu para que continuemos su obra en medio de esta humanidad sedienta de Dios, siendo testigos de su Reino, presente ya en medio de nosotros, que espera ser visibilizado a través de nuestras obras de amor (cf. Gal 5,6).

Es necesario volver a esas figuras sorprendentes, como la del P. Míguez, que nos ayudan a revitalizar nuestra fe y a comprometernos en una apertura viva y madura al Evangelio. Pero esas figuras han sido personas como nosotros, con una historia personal y unas circunstancias muy similares a las nuestras.

3. La familia cristiana: cauce de la llamada a la vida y a la fe

Sólo desde la perspectiva de la existencia de una familia cristiana se entiende la persona, la vida y el ministerio del P. Faustino Míguez. Galicia, en especial Ourense, ha sido una tierra fecunda en vocaciones al ministerio sacerdotal a la vida religiosa, misionera y monástica. La familia cristiana en el pueblo gallego, en especial la del mundo rural y de las villas, ha sido un cauce fecundo de vida y de vocaciones. La biografía de este santo sacerdote sólo la podemos comprender, adecuadamente, si la enmarcamos en el ambiente de una familia cristiana. El Padre Míguez recibió el Bautismo a los pocos días de nacer. Se le impuso el nombre de Manuel, que de acuerdo con la costumbre del momento, cambiaría por el de Faustino el día de su profesión religiosa. El nuevo nombre le acompañará el resto de su vida ¡hasta la gloria de los altares!

Nació el 24 de marzo de 1831 en el lugar de Xamirás, perteneciente a la pa-

5 NMI nº 30.

6 <https://www.aciprensa.com/noticias/san-lorenzo-martir-ensena-que-hoy-urge-la-palabra-valiente-y-el-testimonio-de-fe/>

roquia de Acevedo do Río, muy cerca de la hermosa villa de Celanova, hecha inmortal por San Rosendo y sus monjes. Toda aquella zona ha sido tierra de santos. Fue el benjamín de cuatro hermanos, hijos de Benito Míguez y María González, un matrimonio humilde, trabajador, honrado y de grandes convicciones cristianas. Allí aprendió a vivir, con el paso de las horas y de los días, al ritmo del querer de Dios. En el seno de aquel hogar se inició en la escuela de las virtudes domésticas, rosario de virtudes humanas, que fueron construyendo paulatinamente un buen cristiano y un mejor ciudadano.

Aprenderá a descubrir que el verdadero humanismo cristiano hunde sus raíces en el seno de la familia en donde se encuentra la verdadera “iglesia doméstica” que dejará una impronta indeleble en su existencia⁷. Será deudor de este ambiente familiar en el que aprendió sin imposiciones, sino a través del testimonio convencido de sus padres, que el cristianismo encierra en sí una fuerza transformadora que construye y dinamiza todo aquello que le rodea⁸.

Con el paso de los años, apenas llegada la adolescencia, en el corazón de Manuel comienza a surgir el “gusto por las cosas de Dios”, y no sólo él, sino que también su hermano Antonio, el mayor de los varones, sintió las llamadas del Señor. Tanto el ambiente familiar como el de la parroquia, así como el ejemplo de su hermano mayor suscitaron en el corazón de aquel niño unos fuertes deseos de entregarse al Buen Dios. Los padres habían descubierto en Manuel un ingenio inquieto, una capacidad para observar el dinamismo de la naturaleza, una piedad sincera y, sobre todo, una inteligencia despierta que les hizo comprender que su camino era el estudio y no las tareas del campo.

Qué importante es que los padres estén atentos al bien integral de sus hijos, y sean capaces de discernir, acoger y acompañar su vocación⁹. Manuel no siempre lo tuvo fácil, también encontró sus resistencias en el ámbito familiar. Era normal que sus padres acogieran su vocación con cautela, sobre todo teniendo en cuenta que ya tenían un hijo formándose para sacerdote. No es que se opusieran a su vocación, como tantas veces ocurre en nuestros días. En una economía sencilla y humilde no era fácil mantener dos hijos estudiando fuera de casa. A

7 Cf. LG, nº 11; Francisco, Carta encíclica *Amoris laetitia*, nº 15 (AL).

8 Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (2001), n.96. La riqueza de la caridad conyugal que viven los esposos se derrama en todos los miembros de la familia y hace de ella una «pequeña Iglesia» o Iglesia doméstica. Se quiere indicar en qué modo la comunión familiar refleja y vive de un modo concreto la íntima unión con Dios y la unidad entre los hombres, propios de la Iglesia como tal. En esta comunión, la civilización del amor encuentra un cauce de realización determinado, abriendo a las personas al verdadero culto a Dios, a la caridad entre los hombres y a la evangelización. De este modo, la transmisión de la fe encuentra en la familia un entramado de comunicación, afecto y exigencia que permite hacerla vida.

9 Cf. AL, nº 18.

pesar de las dificultades, él siempre se mantendrá fiel y cariñoso con sus padres y hermanos, como lo demuestra su correspondencia posterior, en la que se expresa con sobria ternura, y a veces con la fina ironía propia de nuestras tierras. La relación con Dios es una gracia, un don, en donde él siempre toma la iniciativa, pero en la que cuenta con nuestra responsabilidad personal y con una infinidad de mediaciones para hacernos sentir su voluntad y animar nuestra respuesta libre y generosa. Los padres cristianos tienen una misión importantísima en esta *cultura vocacional* que os animo a recuperar en nuestra diócesis de Ourense. El problema fundamental en nuestros días no es la falta de vocaciones, sino la falta de reconocimiento de la vocación dada por Dios a cada uno. Si el hombre no está dispuesto a aceptar esta vocación fundamental, no puede encontrarse tampoco en camino de profundizar su relación con Dios y su realización personal nunca será plena.

4. Bajo la mirada de María

La devoción mariana había prendido en el corazón del joven Manuel Míguez desde la misma cuna; en su hogar, como en todos los de las tierras de Celanova y Ourense – tierra mariana por excelencia – el cariño a la Madre de Dios se aprendía desde niños. Ya desde muy pequeño seguro que acompañaría a sus padres en las romerías anuales a los santuarios comarcales del Cristal y de la Guía. Bajo la perspectiva de una formación mariana comenzará, a los dieciséis años, su andadura vocacional, realizando los estudios de Latín y Humanidades en la preceptoría del Santuario de los Milagros. Aquella institución formativa, existente desde finales del siglo XVIII y regentada entonces por el sacerdote administrador del Santuario nombrado por el Obispo de Ourense, era una especie de Seminario Menor donde muchos jóvenes discernían su vocación sacerdotal.

Desde el primer momento, aquel joven no dudó de su vocación sacerdotal pero también sentía, en lo más íntimo del alma, una fuerte atracción por el ejercicio de la docencia. Ser “cura” tal como se entendía en aquel momento le atraía, pero le fascinaba todavía más ser un sacerdote dedicado a la docencia, sobre todo de los niños necesitados y más abandonados. Con el tiempo prendió en su alma la vocación y el carisma de San José de Calasanz, aquel español nacido en 1557 en Peralta de la Sal, tierras aragonesas, que se convirtió en *patrono de todas las escuelas populares cristianas*¹⁰. En él encontró nuestro santo su estilo de camino vocacional. Quiso ser apóstol a través de la educación de todos los ciudadanos sin excluir a los más humildes. Vistió su hábito escolapio a los diecinueve años de edad y tomó el nombre de ***Faustino de la Encarnación***, quizá recordando el día de su Bautismo,

10 Pío XII, Breve Providentissimus Deus (1948).

o la hermosa ermita de la Encarnación dedicada a la Virgen María en las inmediaciones de su Celanova natal, o bien, el deseo de hacerse palabra de vida para los más humildes y necesitados a imagen de Jesucristo.

Renunciando a sus propias ambiciones fue religioso y sacerdote escolapio en el seguimiento de Jesús Maestro a quien había consagrado su vida en la enseñanza de la infancia y la juventud al estilo calasancio¹¹. Buscando la formación integral de la persona, se entregó a ello desde las distintas encomiendas que Dios le proporcionó por medio de la obediencia, primero como misionero en la fundación de Cuba, posteriormente como profesor, director de internos, confesor, director espiritual; más tarde, como constructor de escuelas, investigador y fundador¹².

La llamada de Dios dio sentido a su vida, de ahí que Faustino viva siempre como amigo y discípulo en la escuela del Divino Maestro. Seguir al discípulo de tan gran Maestro supone dejarse atraer por Él, y ésta fue la constante de su vida, un hombre de Dios dispuesto a dejar sentir su presencia y su amor, respondiendo como María con un “Sí” total e incondicional.

En todas las etapas de su vida cuidó mucho la oración; para el P. Faustino el trato con Dios era algo vital, relación que se entendía desde la clave de la amistad, porque, según él *sólo Dios es buen amigo que ama en todo tiempo*¹³. Este fue el gran secreto de su fidelidad a la vocación, pues oración y vocación van siempre unidas, no se pueden separar la una de la otra. Como recordaba san Juan Pablo II, *para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración*¹⁴.

5. Vocación escolapia: seguimiento de Cristo Maestro.

En la mente y en el corazón de Faustino permanecerían siempre grabadas aquellas palabras de las constituciones de José de Calasanz: *Si desde la más tierna infancia el niño es imbuido en la Piedad y las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de su vida entera*¹⁵.

Algo rondaba en el corazón del joven Faustino. Sentía con dolor, en lo más profundo de su ser, que la formación intelectual quedase reservada para aquellos que tenían posibilidades económicas, y se lamentaba de que sólo fuese una tarea reservada de la que quedaban excluidas las mujeres. Le apasionaba la formación y toda

11 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (homilía), 25.10.1998.

12 Cf. P. Aguado, Sch. P., Carta a la Orden (Prot.S.299.2016), 25.12.2016.

13 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.

14 NMI nº 32.

15 Constituciones, nº 2.

tarea educativa. Él había experimentado esta realidad en su propia historia personal. Sabía muy bien que el peor enemigo para la fe cristiana era la ignorancia, la falta de formación adecuada no solo en los diferentes aspectos del saber humano, sino también en el conocimiento de las verdades de la fe, de ahí que desde el primer momento siente en su interior una fuerte llamada a la catequesis y a la enseñanza. Enseñar se convirtió para él en un estilo nuevo de vivir su vocación cristiana y en el ejercicio de una obra de misericordia.

El sistema educativo del momento le resultaba agresivo y violento. Se insistía mucho en la exigencia, que casi siempre iba acompañada por la amenaza del castigo. Él, como educador, al igual que el Divino Maestro, ni quiere amenazar a sus alumnos, ni embaucarlos; descubre que su tarea docente debe convertirse en una forma de entrega abnegada a la formación de niños y jóvenes en *piedad y letras*. Estaba convencido de que llevando a sus discípulos a la inteligencia de la verdad y a la fuerza del amor de Dios estaba construyendo unos buenos cristianos y óptimos ciudadanos. En los niños y en los jóvenes se encuentra con Dios y sirve a Dios, porque sabe que educándoles les está ofreciendo una verdad y un amor que es luz para sus vidas, porque el elemento del cual vive el ser humano en su más íntima esencia es aquella verdad que está unida al amor.

Sin verdad, la libertad, la justicia y el amor no encuentran espacio para crecer. Pero sin fe y piedad el hombre pierde su referente fundamental, la que le da el ser y le marca el destino de una vida feliz y dichosa. Una educación que prescinde de Dios, o no se abre a ningún tipo de trascendencia, construye personas en donde falta el auténtico criterio de valor para sostener su vida y sus decisiones futuras.

Las ciudades de San Fernando y de Getafe fueron centros privilegiados de su ministerio educador como padre y maestro de aquellos niños que le eran confiados, también lo fue la corta etapa que estuvo en Celanova. Sin embargo, fue especialmente en Getafe en donde asumió también la perspectiva *paterno-materna* del educador al ser nombrado por sus superiores, a pesar de su juventud, como director del internado del colegio. Para los que le trataron estaba claro que en el joven Faustino destacaba una gran capacidad de observación y profundización en aquellas materias que estudiaba, era observador nato de su entorno, especialmente le apasionaba la naturaleza y, todo este talante personal le convirtió, posteriormente, en un experto investigador y en un magnífico educador.

6. Generosidad y fidelidad sacerdotal.

El P. Míguez se sintió siempre *sacerdote y escolapio*, como él mismo decía, y respondió confiado a la voluntad de Dios, aun en medio de tribulaciones y dificultades. Recibió su ordenación sacerdotal como un regalo inmenso que Jesucristo le con-

fiaba para el bien de sus hermanos; desde el primer momento quiso ser: *Hombre del pueblo y para el pueblo*. Como sacerdote, buscó sin descanso la santidad de las almas¹⁶. Su sacerdocio, como configuración con Cristo Pastor, fue el motor de una donación total de sí mismo en el amor y por amor a quien más lo necesitaba: los faltos de formación, las niñas y los enfermos. En todo buscó *la gloria de Dios y la aspiración de ser útil al pueblo*¹⁷. Esta generosidad le nacía de sentirse bendecido por Dios y consciente de que los dones recibidos eran para ser compartidos con los hermanos más necesitados, permaneciendo así en la caridad de Dios (cf. 1 Jn 3,17).

Su sacerdocio fue gracia para los demás. Todas las facetas de su vida le ayudaron a hacer visible la caridad de Cristo especialmente a través de la enseñanza y la curación; podemos decir que en su ministerio se hizo realidad aquello de que *no busco lo vuestro, sino a vosotros*¹⁸. En su vida se cumplió aquel deseo de san Pablo: *Con sumo gusto gastaré y me desgastaré yo mismo por vosotros* (2 Cor 12, 14-15). Hoy podemos agradecer, con toda la Iglesia, que el P. Faustino haya alcanzado su meta mediante una unidad de vida sacerdotal ejemplar. Logró aquella síntesis de oración y ministerio, de contemplación y acción, que más tarde el Concilio Vaticano II ha ofrecido a los sacerdotes del mundo entero como regla de vida¹⁹.

La vocación, ciertamente, no es una cuestión privada sino que su lugar es toda la realidad de la Iglesia. Cuando somos capaces de acoger a Jesucristo y sentimos su llamada dentro de la comunión de la Iglesia, percibimos con urgencia apremiante la necesidad de salir al paso de quien nos necesita. Vivir así el sacerdocio, como lo hizo Faustino Míguez, muestra la belleza del ministerio acogido y donado a los demás desde la profundidad humana y la experiencia de fe que hizo de él un santo, aquel que muestra a los hombres el verdadero rostro de Dios.

Hoy más que nunca, necesitamos testigos del Dios vivo en medio de nuestro mundo. Es más, en una sociedad en donde la increencia, o lo que es peor, la indiferencia religiosa acompañada por un fuerte neopaganismo, hace más que necesario el anuncio de la existencia de Dios. Qué bien lo había percibido Benedicto XVI en su profunda y emblemática homilía en la plaza del Obradoiro, durante su visita a Santiago de Compostela, en la que afirmaba: *Como mensajero del Evangelio que Pedro y Santiago rubricaron con su sangre, deseo volver la mirada a la Europa que peregrinó a Compostela. ¿Cuáles son sus grandes necesidades, temores y esperanzas? ¿Cuál es la aportación específica y fundamental de la Iglesia a esa Europa, que ha recorrido en el último medio siglo un camino hacia nuevas configuraciones y proyectos? Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que*

16 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

17 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.

18 *Ibíd.*

19 Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, n.14.

es Él quien nos ha dado la vida. Sólo Él es el absoluto, amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables pero insuficientes para el corazón del hombre. Bien comprendió esto Santa Teresa de Jesús cuando escribió: «Sólo Dios Basta»²⁰.

Aquel joven sacerdote sabía que él tenía que ser en medio del mundo, a través de la obediencia en su ministerio y del ejercicio de sus trabajos, tanto pastorales como académicos y de investigación, un eco manifiesto de que el Dios de Jesucristo es un Dios vivo y existente, un ser presente en medio de la historia de los hombres y mujeres de cada momento del decurso de la historia. Cualquier otro mensaje que pudiéramos pronunciar con nuestros labios o testificar con nuestras acciones será totalmente secundario, o quizás accidental. ¡Sólo Dios! es la clave de actuación de aquel que quiso ser siempre sacerdote-escolapio.

7. Ciencia y santidad

Faustino Míguez dedicó gran parte de su vida al estudio, entendido éste en su sentido más amplio. No sólo se ocupó de las disciplinas filosófico-teológicas, sino también de la complejidad y eficacia oculta de las plantas, de la riqueza de las aguas y de los minerales; llegó a ser un profundo conocedor de sus propiedades, mereciéndole una gran fama como experto científico. Como ya he dicho, ya desde su infancia era un buen observador de la naturaleza. Había sido dotado por Dios de una mente analítica y de un corazón generoso sintiéndose cercano a los más pobres y desvalidos. Su capacidad especulativa le llevó a elaborar, a través de sus investigaciones, no sólo un pensamiento riguroso, sino una serie de medicinas y remedios naturales para una serie de enfermedades. El dolor del ser humano le llevaba no sólo a la simple compasión sino a una cierta empatía que le impulsaba a buscar los remedios oportunos para mitigar tantos sufrimientos. Podemos afirmar que la pasión con la que vivía su amor para con los necesitados le ayudó a fomentar su inclinación al estudio y a la ciencia desarrollando sus cualidades científicas que darían origen a la composición de algunas *medicinas* y, posteriormente, a la creación del *Laboratorio Míguez*²¹. De todos es sabido que la finalidad de todo esto sólo buscaba el bien de los necesitados y la Gloria de Dios. Al establecerse definitivamente en Getafe pudo dedicar más tiempo a esta labor importante de su vida, hecho que llegó a extender su fama de científico, llegando a ser consultado no sólo por algunos especialistas, sino también por instituciones públicas; estos acontecimientos le acarrearían persecuciones, difamaciones y

²⁰ Benedicto XVI, Fragmento de la homilía pronunciada durante la celebración de la Eucaristía en la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela, el día 6 de noviembre de 2010. Año Santo Compostelano.

²¹ P. Aguado, Sch. P., Carta a la Orden (Prot.S.299.2016), 25.12.2016.

denuncias de la clase médica y política, llegándose a hacer eco de ello incluso los medios de comunicación. Al P. Faustino nada le detuvo en su propósito evangelizador y mantuvo con firmeza sus estudios e investigaciones con el fin de paliar la enfermedad y lograr liberar a todos aquellos que sufrían en el cuerpo, tal como afirmó san Juan Pablo II en la homilía de su beatificación²². Recordamos a este propósito algunas palabras suyas: *Si a ejemplo de mi Divino Maestro debo mirar en primer término por la salud del alma, también estoy en la obligación de atender, según mis fuerzas, a la del cuerpo*²³.

El P. Míguez fue un hombre de fe y de ciencia, e integrando ambas logró una madurez en la fidelidad a su vocación religiosa como escolapio. Nos cuentan sus biógrafos, por boca de algunos testigos, que no se conformaba con aplicar sus conocimientos y medicinas pertinentes sino que se apoyaba en la fe y en la oración para lograr las curaciones de las enfermedades; es más, era consciente de que *la fe agudiza la mirada interior abriendo la mente para que descubra, en el sucederse de los acontecimientos, la presencia operante de la Providencia*²⁴. Y así, cada enfermo que se le acercaba era una ocasión para crecer en el espíritu de servicio y oración en nombre de Jesús. En ellos pudo curar y adorar las llagas del Médico Divino que se hizo enfermo para solicitar nuestro amor y cuidado samaritano. Para todos aquellos que encuentran dificultades entre la fe y la ciencia, entre la vida cristiana y el ejercicio de las diferentes tareas biosanitarias, este sacerdote santo es un testigo vivo de que se puede dar una perfecta adecuación entre la lucha contra cualquier tipo de enfermedad o dolencia y una profunda vida de fe, porque estaba convencido de que Dios y el hombre, cada uno en su respectivo ámbito de realidad, se encuentran en una profunda relación. En Dios está el origen de cada cosa, en Él se encuentra la plenitud del misterio que nos envuelve por todas partes, y aquí está la gloria de Dios; al hombre le corresponde la tarea de investigar con los recursos y la fuerza de su razón la verdad que se encierra en lo que le rodea. Cuando no somos capaces de abrirnos al misterio y sentirnos interpelados por él caemos en la necedad que, de suyo, se convierte en una amenaza para la misma vida, porque el necio, aquel que dice *no hay Dios* (Sal 14,1) se engaña al pensar que conoce muchas cosas, pero en realidad no es capaz de fijar la mirada de su inteligencia sobre las realidades esenciales que le rodean; esta actitud le impide poner orden en su corazón y en toda su existencia, e incluso su actitud para con el ambiente que le rodea puede experimentar alguna quiebra irreparable. Desde esta perspectiva de hombre de fe y de ciencia luchó cristianamente, sin claudicar contra los prejuicios de su entorno, con la finalidad de vencer todo tipo de sufrimiento que pudiera afectar la vida de sus hermanos, sobre todo de los más

22 Cf. San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

23 Pensamientos del P. Míguez que se encuentran dispersos por varias publicaciones.

24 San Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et ratio*, n° 16.

sencillos y necesitados, sirviéndose de sus conocimientos y de su fe.

Fueron muchos los que acudieron a él en busca de curación y se encontraron con un sacerdote que curaba cuerpos y almas. Qué razón tenían aquellos que, intentando burlarse del santo, pretendiendo ridiculizarle, afirmaban: aquí hay *un cura que cura*. Parece un juego de palabras y, sin embargo, fueron tantas, y tan sonadas, las curaciones atribuidas a sus *medicinas* que su fama se extendió por España y América. El P. Faustino no hubiera podido realizar este ministerio de no haber sido un hombre lleno de esperanza en el Dios de la Vida, fuente extraordinaria de su proyecto de santidad personal y de su prodigiosa sabiduría que le capacitaron, no para encumbrarse en el podio de la fama y de la vanagloria, sino para ir siempre más allá en la búsqueda de la verdad y de la caridad perfecta.

8. Fundador y Padre: una apuesta por la mujer

Faustino Míguez dedicó gran parte de sus desvelos al cuidado de otra obra que Dios puso en sus manos, la fundación del *Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora*. Acogió esta llamada como otro “don generoso” que Dios le había concedido, por medio del cual brotaba en el árbol fecundo de la Iglesia, y a través de él, un instituto cuyo fin era ayudar a la mujer a vivir su vocación en el mundo. En una época muy compleja en donde el horizonte de la mujer se reducía, única y exclusivamente, a ser esposa y madre, el P. Faustino propone un nuevo modo de vida y de servicio eclesial destinado a la promoción de la mujer, comenzando por la educación de las niñas en la *piedad y las letras*, para guiarlas desde su infancia por el camino de la promoción humana y cristiana²⁵. Fue consciente de que en la trasmisión de los valores humanos y de las auténticas costumbres cristianas la familia es la piedra fundamental de todo este proceso formativo, y en ella es la mujer la que juega un papel imprescindible.

El P. Míguez se anticipó a aquella intuición de san Juan XXIII cuando afirmaba que *la mujer ha adquirido una conciencia cada día más clara de su propia dignidad humana. Por ello no tolera que se la trate como cosa inanimada o mero instrumento; exige, por el contrario, que, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública, se le reconozcan sus derechos y obligaciones propios de la persona humana*²⁶.

Constató la situación de ignorancia y marginación en la que vivía la mujer, e intuyó la necesidad urgente de preocuparse por su formación ya que ella, y sólo ella, es la célula primordial de la familia y de la sociedad. Estuvo firmemente persuadido de que a través de su formación integral se podría transformar y regenerar el

25 Cf. San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

26 San Juan XXIII, Carta encíclica *Pacem in terris* (1963), nº 41.

hogar y la sociedad humana, pues la consideraba *alma de la familia y la parte* más interesante de la sociedad. De ahí que la mujer y la familia ocuparán un puesto fundamental en el carisma del nuevo Instituto Calasancio fundado por él. Inició esta obra a los cincuenta y tres años de edad, no exento de dificultades, como suelen ser las obras de Dios que siempre están marcadas con el sello de la cruz. No en vano había experimentado y asumido, ya anteriormente, el significado y la vivencia del sufrimiento con una profunda humildad, sin dejarse desanimar por contradicción alguna, ni extraviarse en su vida personal por causa de la fecundidad de su ministerio o por los aplausos de los hombres ante los éxitos científicos.

Como Fundador del nuevo Instituto religioso, el padre Faustino transmitió a sus hijas el fuego de un amor apostólico por la mujer y la educación de los niños y niñas más abandonados, de tal modo que sólo así procurarían la gloria de Dios y la salvación de las almas. Les invitó a que estuviesen siempre *en salida* -como dice el Papa Francisco- para *acudir al socorro de quienes se hallan en peligro*. Así les hacía comprender su misión y su entrega de total abnegación de sí mismas para hacer fecunda la tarea evangelizadora. Con las que él llamaba sus hijas, ejerció como un verdadero padre y óptimo director de almas; les ayudó a descubrir el ideal de la consagración, a tomar conciencia de su llamada a la santidad, al crecimiento en la fe, y a una generosa entrega apostólica.

Estaba convencido de que el nuevo Instituto religioso era deseo del Señor y no sólo eso, sino que pasados los años, llegó a afirmar con la fuerza de los santos: *Vengo pidiendo al Señor, que si este Instituto no ha de ser siempre para honra y gloria de Dios, lo disipe como humo en el aire, sin dejar siquiera rastro ni memoria*²⁷. Somos conscientes de que a las religiosas Calasancias les ha legado un carisma, don del Espíritu, que ellas han de continuar y encarnar, con gran fidelidad, en este momento concreto de la historia de la Iglesia y del mundo. Para ello les traza un ideal exigente y abnegado de esfuerzo y sacrificio, de discipulado de Jesucristo en bien de la infancia y de la mujer. Un cometido que si en su época era altamente revolucionario, hoy, con el paso de los años, sigue siendo una tarea de perenne actualidad.

Tal como señalaba san Juan Pablo II, estoy convencido de que todo lo referente a la vida consagrada *es algo que nos afecta. En realidad la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo*²⁸. Si atendemos a la constitución divina y jerárquica de la Iglesia, la vida consagrada no es un estilo de vida *intermedio entre el de los clérigos y el de los laicos, sino que de uno y otro algunos cristianos son llamados por*

27 P. Faustino Míguez, Cartas nº 230, 643 y 705.

28 San Juan Pablo II, Exhortación apostólica Vita Consecrata, n.3.

*Dios para poseer un don particular en la vida de la Iglesia y para que contribuyan a la misión salvífica de ésta, cada uno según su modo*²⁹.

Gracias a las “vistas pastorales” que estoy realizando en las diferentes zonas pastorales de la Diócesis, soy cada día más conocedor de la riqueza que para nuestra Iglesia particular constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Aprovechando la próxima canonización del P. Faustino Míguez, doy gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares, por los que se entregan a Dios con una especial consagración. ¡Contamos con vosotros! Sin vuestra presencia el ser de esta Iglesia estaría como mutilado, imperfecto³⁰.

9. Testigo vivo para nuestro tiempo

La inminente canonización del P. Faustino Míguez no es un simple acontecimiento que debe ser considerado como el punto final de un proceso. Esa visión sería eminentemente reduccionista y ese pensamiento estaría cargado de un gran simplismo. Su canonización es una ocasión propicia para reactualizar y hacer existencialmente vivo su modelo humano de religioso, sacerdote, científico y fundador. Este acontecimiento nos muestra de forma evidente, una vez más, el don que Dios hace a la Iglesia y al mundo en su persona. Toda canonización es una ocasión propicia para celebrar la santidad de Dios, y en este caso, la acción del Espíritu Santo en un hombre de nuestro pueblo. En su vida se ha manifestado también la santidad de la Iglesia, porque como miembro de esta comunidad santa él respondió con fidelidad, desde el primer momento, a la gracia bautismal, al don de su vocación sacerdotal-religiosa y al carisma recibido para bien de la Iglesia y del mundo.

La santidad del P. Faustino evidencia, una vez más, la inmensa generosidad de Dios, que nos regala el *ciento por uno* y, estamos seguros que, si somos fieles como él, *heredaremos la vida eterna*; más todavía, si somos capaces de dejarlo todo por Él (cf. Mc 10,30), comprenderemos que Dios no se deja ganar nunca en generosidad, la sobreabundancia de su amor excede sin comparación nuestra ofrenda personal. Su amor misericordioso nos *primerea* siempre.

El P. Míguez permanecerá desde ahora y para siempre como un testigo vivo de la llamada a la santidad. Un joven que por Dios lo arriesgó todo y se puso en camino dispuesto a llegar al corazón de todos: niños y jóvenes, mayores y enfermos, sin importarle el sacrificio que esto le comportase, sin miedo al qué dirán,

²⁹ LG, nº 43.

³⁰ L. Lemos Montanet, Carta pastoral Ourense en misión (2015), p.50.

consciente de la necesidad de servir a toda persona, de poder ser útil a los más necesitados. En ellos encontró el camino para llegar a Dios, el camino para una Iglesia samaritana, misericordiosa y, en definitiva, una Comunidad santa.

Jesucristo fue la fuente y el modelo de su caridad y en él se hizo libertad, ciencia, estudio y discernimiento. En la escuela y en la calle, en el confesonario y en el laboratorio, el P. Míguez fue transparencia de Cristo, que acoge, enseña, perdona y sana. A pesar de su gran actividad, aun cuando pudiera parecer lo contrario, le facilitó el recogimiento y el encuentro con Dios.

Su ejemplo luminoso, entretejido de oración, estudio y apostolado, se prolonga hoy en el testimonio de sus hijas y de tantos educadores que trabajan con denuedo e ilusión para grabar la imagen de Jesús en la inteligencia y el corazón de la juventud³¹.

Un cura que cura. El P. Faustino, que vio la luz en nuestras tierras ourensanas, será un buen ejemplo para los que ejercemos el ministerio pastoral. Al repasar su biografía nos damos cuenta de que necesitamos de su intercesión. El ejemplo del P. Míguez, que sin dejar de ser sacerdote, supo curar a los necesitados de sanación, debe ayudarnos a saber recuperar la dimensión curativa y salvífica de nuestro ministerio sacerdotal. Su inteligencia, sus horas de estudio e investigación no hicieron que se olvidara del confesonario y de la atención a la dirección espiritual de tantas personas que acudían a su ayuda. A los sacerdotes se nos ha confiado una gracia que excede nuestros méritos y capacidades, que es puro don de Dios, y que nuestros hermanos y hermanas esperan de nosotros y se sienten necesitados. Mientras muchos de nuestros conciudadanos, de cualquier clase y condición, más o menos formados, por ignorancia o por falta de una fe más formada, buscan curación y alivio para su espíritu y para su cuerpo en personas y lugares en donde ejercen sus actividades curanderos y brujos, la Iglesia debe redescubrir los sacramentos de sanación. Los sacerdotes, quizás no hemos sabido acoger y ofrecer lo que nos ha sido dado, y a ejemplo de los apóstoles tenemos que volver a decir: *en nombre de Jesucristo, echa a andar* (Hch 3,6). No tendremos las cualidades ni la formación del P. Míguez para sanar los cuerpos, pero sí que podemos acoger a tantos hermanos y hermanas necesitados y ofrecerles a Cristo, Médico de los cuerpos y de las almas. La canonización de este paisano nuestro es una ocasión propicia para volver a recuperar los cauces de curación espiritual que antaño se cuidaban más. Recordando lo que nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, *el Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud al cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Esta es la finalidad de los sacra-*

31 San Juan Pablo II, Misa de beatificación (Homilía), 25.10.1998.

*mentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos*³². En este mismo sentido, el lema que nos sirve como punto de referencia a nuestra Programación Pastoral Diocesana para este curso 2017-2018, nos ayuda a vivir lo que el P. Faustino hizo carne en su propia vida: *Tener un corazón compasivo* (1 Pe 3,8). En un mundo tan complejo como el nuestro en el que los valores y criterios que configuran las pautas de conducta de nuestros conciudadanos, y que inspiran los criterios que regulan su comportamiento, se fundamentan en la ley de la oferta y la demanda, del poder, del utilitarismo, del pragmatismo materialista que cosifica a las personas convirtiéndolas en instrumentos de “*usar y tirar*”; en una sociedad cargada de un fuerte hedonismo y un agresivo consumismo; en este ambiente, el testimonio de vida de este santo sacerdote nacido en nuestras tierras nos pide que hagamos realidad el deseo del papa Francisco en el que nos manifiesta que *todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están*³³. Para lograrlo, cada uno personalmente, y como miembros de una comunidad cristiana o parroquia, que es la “comunidad de las comunidades” sabemos que uno de los aspectos más gloriosos de nuestra Iglesia particular ha sido, y sigue siendo, los proyectos solidarios y el ejercicio de la caridad que se hacen realidad viva a través de los hijos y de las instituciones de la Iglesia; es más, ante la creciente indiferencia religiosa que nos rodea sabemos que una de las puertas que puede abrir el corazón de nuestros contemporáneos son las actividades socio-caritativas a través de las cuales se manifiesta la ternura y la cercanía del Dios vivo. Lo que hizo realidad el P. Míguez a través de todos sus dones y cualidades, poniéndolas al servicio de los más necesitados, tenemos que hacerlo nosotros si en verdad queremos ser esos *testigos misioneros que el mundo necesita* y la Iglesia reclama.

10. Fiel a Dios y a la humanidad.

En todo cuanto hemos dicho del P. Faustino Míguez reconocemos su fidelidad a un Dios que se nos ha revelado en su Hijo unigénito como Amor. En la presencia y escucha de este Dios, este sacerdote bueno y fiel, aprendió a vivir en la responsabilidad del amor, del cual seremos juzgados al final de la vida, como advertía san Juan de la Cruz haciendo memoria de aquellas palabras de Jesús, como pórtico al misterio de su pasión, muerte y resurrección cuando nos manifestó que *lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,40). Para los santos, la fidelidad a Dios está inseparablemente asociada a una entrega amorosa al hombre y a la mujer de su tiempo, porque: *Si nos amamos*

32 CIC n° 1421.

33 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 25 (EG).

unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (1 Jn 4,12). No hay santidad posible fuera de esta vivencia del amor fraterno, porque *quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1 Jn 4,16).

El P. Faustino fue fiel a Dios, fiel al hombre y fiel a la Iglesia viviendo su vocación más profunda de santidad. A él le podemos aplicar aquello que se ha dicho de una forma a la vez hermosa y profunda: *Aquello que está contenido implícitamente entre la acción del creyente y su objeto, el "prójimo", es ni más ni menos que la revelación misma y, por ello, la dogmática integral y total [...] Obrar cristianamente significa ser introducido por la gracia dentro de la acción de Dios en el centro de la vida con Dios, donde únicamente se produce un saber sobre Dios*³⁴.

Este sacerdote santo nunca se sintió acomplejado ni avergonzado de su fe e hizo de su ministerio un instrumento de encuentro y diálogo de la fe con la cultura y la ciencia de su tiempo. En el seno de esta Iglesia, como madre que engendra, él nació a la fe, y como hijo suyo, la convirtió para el mundo en escuela de verdad, en el laboratorio en el que la verdad renace y cura. Es un testigo vivo y muy actual para nuestro tiempo porque con su estilo de entrega hace creíble aquella verdad que salva, la de un amor encarnado en la persona del samaritano que cura y, además, busca y ofrece la posada que cuida.

Su mirada atenta e inquieta sobre lo creado le llevó a indagar, descubrir y conocer las propiedades de muchas realidades creadas y a orientarlas según el querer de Dios llegando así a su verdad. La búsqueda humilde y el servicio generoso de sus descubrimientos fueron con el único fin de ayudar a la humanidad necesitada; estos gestos sitúan, proféticamente, a la ciencia de todos los tiempos, en el horizonte de su vocación y de sus propios límites, pues el *poder hacer y el saber* no sirven de nada si no sabemos utilizarlos para lograr el bien de los hermanos, y esto acontece cuando prescindimos de la verdad de Dios y de la verdad del hombre. Cuando la ciencia pierde de vista su vocación de servicio a la vida y al hombre, convirtiéndole en instrumento de su quehacer inhumano, equivoca sus pasos como acontece hoy en día; cuando esto ocurre, la ciencia conduce a la alienación del ser humano y queda avocada a su propia autodestrucción.

La vida y el carisma del P. Faustino en su defensa de la mujer revisten el carácter profético propio de los santos, que no sólo alcanzó a la sociedad de su tiempo, sino que interpela aún hoy a la Iglesia de nuestros días. No cabe duda alguna del valor imprescindible, con sabor evangélico, que la mujer aporta en el seno de la comunidad eclesial, y esto ya desde sus mismos orígenes hasta nuestros días. Cuando se pide reflexionar sobre el papel de la mujer en la Iglesia no se trata de una concesión a la *ideología de género*, sino del reconocimiento agradecido a una misión insustituible realizada por ellas a lo largo de los siglos, y una búsqueda de nuevas formas de corresponsabilidad en la comunidad. En este sentido me

34 H.U. von Balthasar, Sólo el amor es digno de fe, Salamanca 20113, pp. 113-117.

llena de esperanza que entre los temas que los fieles han pedido que se lleven a la reflexión sinodal está el papel que debe desempeñar en la Iglesia diocesana. No podemos olvidar la carta apostólica de san Juan Pablo II *Mulieris dignitatem*³⁵, calificada por muchos como la carta magna sobre la dignidad y vocación de la mujer.

Por otra parte, desde la perspectiva de la Iglesia como *casa y escuela de comunión*³⁶, propuesta por el mismo pontífice, la misión de la mujer adquiere un relieve significativo que ya vislumbraba en su horizonte este santo y sabio sacerdote. Pero además de su misión en la Iglesia debemos destacar su común identidad y la llamada a la santidad que embellece los días de nuestro santoral con innumerables nombres de mujeres que vivieron su fe y misión en la Iglesia: pobres y ricas, nobles y analfabetas, luchadoras y frágiles, ancianas, adultas, jóvenes, e incluso niñas que abrazando los distintos estados de vida cristiana sirvieron al Señor con santidad y justicia. Ésta era la gran preocupación que el P. Faustino Míguez manifestó a sus hijas: *Buscar y encaminar almas a Dios, por todos los medios que están al alcance de la caridad*.

11. Un santo para la comunión.

Al comienzo de este tercer milenio el papa san Juan Pablo II nos invitaba a *seguir las huellas de los santos*³⁷ a través de los cuales se nos manifiesta de una forma viva el misterio fecundo de la Iglesia porque en ellos se *representa al vivo el rostro de Cristo*. En estos momentos de nuestra historia particular, la que es *Madre y Maestra* nos regala providencialmente el ejemplo de santidad de un hijo de nuestras tierras gallegas, del P. Faustino Míguez, y lo hace en un momento en el que la Diócesis de Ourense se encuentra inmersa en este mar de gracia que es el Sínodo Diocesano. Siguiendo las huellas de este sacerdote santo quiero invitaros, una vez más, a que realicéis esta peregrinación eclesial que consiste en *caminar juntos*, y que lo hagáis muy acompañados; necesitamos salir de nosotros mismos – de nuestra familia, de nuestra aldea, de nuestros proyectos personales, como lo hizo el P. Míguez – y nos pongamos todos juntos en camino ¡en esto consiste nuestro Sínodo!

Es cierto que la Iglesia peregrina es la Iglesia de la misión, pero este movimiento no es sólo hacia fuera de *nuestras fronteras*; nunca debiéramos cansarnos de ser *peregrinos hacia los hermanos*, también *hacia los de cerca* y *hacia los de dentro*. Tenemos que ser y sentirnos peregrinos de la unidad por las sendas de la caridad y

35 San Juan Pablo II, Carta apostólica, con ocasión del Año Mariano, *Mulieris dignitatem* (1988); Carta a las mujeres (1995).

36 Cf. NMI nº 43.

37 Cf. NMI nº 7.

de la verdad, sin olvidarnos de aquellos que estuvieron “en casa” y ahora se encuentran distantes, alejados, enfrentados o indiferentes. También a ellos tenemos que llegar. También para ellos es este camino sinodal ¡dejemos escuchar su voz!

El P. Faustino fue desde su piedad, letras y ciencia un fiel *colaborador de la verdad* (cf. 3 Jn 8), muy consciente de aquella realidad que afirma el Concilio Vaticano II: *Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar*³⁸; porque no podemos pasar por la alto que, hoy como ayer, el camino de la Iglesia es el ser humano, un camino que en cierto modo conduce al origen de *todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia*³⁹. Todos nosotros formamos parte de esta Iglesia que vive en las tierras de Ourense, miembros de una familia que es misterio, comunión y misión. Somos el Pueblo de Dios que *camina unido* y hemos de sentirnos corresponsables y urgidos en su misión evangelizadora que comienza por la propia casa, que es la *familia diocesana* y que, con la gracia de Dios, llevaremos a cabo este proyecto de renovación y de revitalización de nuestra fe y de las costumbres cristianas de nuestras gentes y de nuestros pueblos. El Concilio Vaticano II y todo el magisterio posterior no han dejado de recordarnos que la misión es la tarea de toda la Iglesia y de todo cristiano.

El Sínodo Diocesano es una oportunidad para revitalizar nuestra fe y nuestra misión, que serán más firmes y comprometidas en la medida en que caminemos juntos y en la misma dirección, aun en medio de las dificultades propias del camino sinodal. Si dirigimos nuestra mirada al P. Míguez y a todos los santos de nuestra Iglesia particular, comenzando por los mártires de la primera hora, por pastores como san Martín de Dumio – evangelizador de nuestras tierras - y siguiendo más tarde por Ilduara, Rosendo; así como esa hermosa pléyade de mártires entre los que podemos mencionar a san Francisco Blanco, los beatos Juan Jacobo Fernández, Pedro Vázquez, Narciso Pascual, y los demás hijos e hijas de esta Iglesia, mártires en el siglo XIX. Y no nos podemos olvidar del beato Sebastián Aparicio. El testimonio de su vida nos ayudará a redescubrir la meta hacia la cual debemos dirigirnos, y al mismo tiempo, el camino que hemos de seguir: *sólo viviendo la pertenencia y la comunión con Cristo y con su Iglesia haremos cuanto debemos hacer como cristianos*.

Nuestra vocación bautismal es llamada a la santidad que exige necesariamente nuestro compromiso real con Cristo y con su Iglesia. Vivimos la santidad y la misión en la medida en que permanecemos en comunión de vida con Dios y con la Iglesia, y no solamente asumiendo un *minimum* de valores morales. De igual modo que no se puede vivir una fe “a mi manera”, propia de este tiempo dominado por el relativismo y el subjetivismo, tampoco se puede vivir la misión “por libre”, construyendo comunidades o grupos autorreferenciales, o llevando a cabo

38 Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, nº 3.

39 San Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, nº 14.

proyectos pastorales que se mueven en una dinámica más de conservación que de misión y pueden convertirnos en escándalo para algunos y desconcierto para otros. Trabajar al margen de la comunión de la Iglesia nos lleva irremisiblemente lejos de la meta de nuestro camino.

Hoy en día existe una tendencia en el ser humano a considerarse autónomo y “mayor de edad”, somos celosos de nuestra libertad personal, y estas actitudes se dejan sentir en cualquiera de las facetas de la existencia humana, y, en ocasiones, afectan a nuestro modo de entender las obras y los apostolados en la Iglesia, e incluso hasta la propia vocación se puede ver amenazada por este desafío individualista. Estamos llamados a la libertad y a la madurez humana, espiritual y pastoral como don del Espíritu que se recibe en la Iglesia. Cuando nos instalamos en la autoafirmación personal, que viene y se apoya en el yo, y que conduce a la soberbia y al desencuentro entre los hermanos, en principio no nos damos cuenta del daño que podemos causar a la comunión eclesial y a nosotros mismos.

Cristo en la Iglesia ha de ser el centro y referente de toda vocación, misión y apostolado. Nuestro compromiso ha de ser el de edificar a Cristo y a su Iglesia, nunca al margen de la comunidad de creyentes, ni de su cabeza y pastor. La experiencia cristiana germina y madura en la cotidianidad de la experiencia comunitaria de fe y misión. La Iglesia de Jesucristo en Ourense necesita caminar unida para que mutuamente, pastores y fieles, nos ayudemos en el camino de la fe y de la caridad, avivando la esperanza de nuestra fidelidad al Señor. Todos nos necesitamos.

Quisiera con esta Carta, y bajo el ejemplo y la intercesión de este nuevo santo ourensano, animaros a todos a una colaboración activa en el camino sinodal. Éste puede ser para nosotros una escuela de comunión, en una ocasión para no quedarnos en doctrinas, ideologías o espiritualidades que hablan de comunión, sino de vivirla como una experiencia gozosa en el seno de esta Iglesia local, a través de los grupos y asambleas sinodales. La vida de comunión en la Iglesia no es una elección de los compañeros de camino, sino *una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado*⁴⁰.

Desearía que todos afrontásemos este momento de gracia con la esperanza de que se inician y esperan tiempos nuevos. Es cierto que esta Iglesia en Ourense es heredera de una hermosa y rica tradición evangélica y misionera, pero ¿por qué no soñar con una nueva primavera evangelizadora marcada por el deseo de santidad, comunión y misión? ¿Por qué no vivir este Sínodo, que el Señor nos regala, como la gracia de un nuevo comienzo? ¿Por qué no contemplar cómo el Sínodo abre para la Iglesia en Ourense una nueva etapa en su camino? Con palabras del papa Francisco os pido, como padre y pastor, que *no os dejéis robar la esperanza,*


40 NMI nº 43.

no os dejéis robar la gracia de este Sínodo. Una gracia que permanece para todos nosotros todavía velada, pero que tiene un primer fruto de vida y santidad que es la unidad en la comunión.

La unidad en la Iglesia está todavía “en camino”, es don de Dios que debemos reconocer y acoger con corresponsabilidad. Sin duda alguna, la gracia de este Sínodo no dependerá de nuestra capacidad organizativa, porque la verdadera Iglesia no es obra nuestra, sino que nos precede, es obra de Jesucristo, pero sí cuenta con nuestra libertad cotidiana para dejarnos incorporar a ella y enriquecerla con todo cuanto recibimos de Dios. No tengamos miedo al encuentro y al diálogo fraterno, ni a las diferencias que lejos de ser una amenaza son una riqueza para todos. Prioricemos lo que nos une, el don de Dios y el deseo de servir en santidad a la Iglesia, pues *no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión*⁴¹. El diálogo sincero y fraterno desde la búsqueda y el discernimiento de la voluntad del Señor es camino para la misión. Sintámonos, pues, llamados al Sínodo, llamados por Cristo a ser Iglesia y a enriquecerla con nuestra santidad como hizo en un tiempo, no tan lejano, el P. Faustino Míguez.

Deseo colocar en el regazo de Santa María Madre, a la que invocamos en nuestra tierra con tantos nombres hermosos, a todos los fieles de esta Iglesia, comenzando por su obispo, y suplico a nuestros santos protectores: San Martín de Tours, san Martín de Dumio, san Rosendo, a los mártires de nuestra Iglesia ourensana, y en especial al P. Faustino Míguez, que nos acompañen en este camino que juntos hemos iniciado y al que queremos que cada día se vayan incorporando todos los hijos e hijas de esta Iglesia particular. Tengo la certeza absoluta que todo el esfuerzo que realicemos por lograr descubrir y vivir el espíritu de comunión eclesial nos enriquecerá tanto personal como eclesialmente y, sin darnos cuenta, crecerá la “cultura vocacional” y nos abriremos en una auténtica espiritualidad de comunión y de misión.

En la ciudad de Ourense, a 16 de julio de 2017. Fiesta de la Virgen del Carmen.



✠ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

41 NMI nº 58.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Octubre

Tened un corazón compasivo (1 Pe 3,8)

Con el lema bíblico del curso pastoral 2017-2018, queremos expresar nuestro deseo de que la Iglesia en Ourense, siguiendo el mandato de Jesús, sienta la urgencia de anunciar a todos, la alegría del Evangelio, desde la ternura y la misericordia que nos impelen a convertirnos en testigos de comunión interna y de solidaridad con todos los necesitados.

Durante la primera quincena del mes de septiembre la mirada de nuestro corazón se ha dirigido a Santa María Madre, bajo las diferentes advocaciones con las que la venera nuestro pueblo. Este mes de octubre sigue siendo también un tiempo muy mariano. En muchos lugares se celebra con solemnidad la fiesta de Santa María, Señora del Rosario. Es una ocasión propicia para que cuidemos mejor esta devoción. Desde Comunidade quisiera exhortar, tanto a los pastores como a los demás fieles laicos, a que revisemos la manera y forma en que se reza el Rosario.

Os comento lo vivido hace unos días: llegué a una parroquia en la que una persona estaba dirigiendo el Rosario; su voz era fuerte y clara; sin embargo, lo hacía todo tan aprisa que era imposible rezar la parte del *Avemaría* que nos correspondía a los fieles, pues antes de terminarla ya estaba comenzando - a toda prisa - el *Dios te salve María...* Al llegar las *letanías* el rezo se convirtió - diría santa Teresa de Jesús - en *un golpeteo de latas*. No tengo ninguna duda de que aquella persona lo hacía con piedad y estaba prestando una ayuda valiosa al párroco que, gracias a esta colaboración, podía atender a otras personas en el confesonario antes de la celebración de la Eucaristía.

Como recordó san Juan Pablo II, *el Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología... un compendio del Evangelio*. Aquellos que rezan el Rosario entran en la escuela de María y con ella aprenden a conocer mejor a Jesús a través de la contemplación de los misterios de su vida. Por eso, es muy importante enunciar bien los misterios, acompañarlos con una brevísima lectura del pasaje de la Sagrada Escritura correspondiente a cada misterio y, después, de forma serena y sin prisa, recitar las diez *Avemarías*. Es conveniente superar, con delicadeza y ternura, toda repetición mecánica: las *Avemarías* deben ser pronunciadas de tal modo que, incluso, nos produzcan sosiego físico al rezarlas acompasadamente, casi al ritmo de la respiración. Cuando recemos juntos, esforcémonos por escuchar al que tenemos a nuestro lado y no convertir el rezo en una especie de competición para ver quién termina antes.

En nuestra sociedad estamos viviendo situaciones preocupantes que, como es lógico, afectan a la vida de la Iglesia. En este sentido quisiera recordaros lo que

hizo el papa Pablo VI que, en 1966 - al finalizar el Concilio Vaticano II - , lanzó una campaña de oración en favor de la paz del mundo y publicó la carta encíclica *Christi Matri*, en la que comenzaba diciendo: *A la Madre de Cristo suelen los fieles entretejer con las oraciones del rosario místicas guirnaldas durante el mes de octubre. Aprobándolo en gran manera, a ejemplo de nuestros predecesores, invitamos este año a todos los hijos de la Iglesia a ofrecer a la misma Beatísima Virgen peculiares homenajes de piedad. Dice más adelante: somos impulsados para que, en cuanto de Nos depende, de nuevo y más vigorosamente tratemos de salvaguardar la paz. Perturban también el ánimo los acontecimientos que se sabe han sucedido en otras regiones, como la creciente competencia de las armas nucleares, el insensato deseo de dilatar la propia nación, la inmoderada estima de la raza, el ansia de derribar las cosas, la desunión impuesta a los ciudadanos, las malvadas asechanzas, las muertes de inocentes; todo lo cual puede ser origen de un sumo mal* (nº 1).

Con la indudable actualidad de estas palabras del beato Pablo VI, quisiera pedirlos que oréis por los muchos males que nos acechan, algunos de ellos conocidos, y otros muchos que ignoramos. Unidos a la especial oración por la paz del mundo a la que nos invitan con motivo del centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, os ruego que, aunque no tengáis Misa diaria en vuestras parroquias, abráis el templo a una hora convenida con el sacerdote y, todos los que podáis, reuniros en torno a una imagen de Nuestra Señora para pedir por las intenciones del papa Francisco y del Obispo, los trabajos del Sínodo Diocesano, las vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada, la unidad de nuestra patria y por la superación de las divisiones y enfrentamientos entre los ciudadanos.

Os bendice con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Noviembre

¡Dales la paz!

Hace tan solo unos días cuando me acercaba a Abelenda das Penas para asistir al entierro de un vecino de aquella parroquia, que había fallecido como consecuencia de los gravísimos incendios, me encontré con un espectáculo desolador.

Esa tierra que huele a quemado hizo que surgiera en mí la esperanza de que veremos brotar una vida nueva no sólo en los campos y en los montes, sino también en el corazón de los hombres y mujeres de este pueblo. Necesitamos, suplicarle al Buen Dios, el regalo de la lluvia generosa y el don de la gracia del perdón y de la misericordia porque solo ella hace nueva todas las cosas.

Esa misma idea es una invitación a buscar y pedir la paz que es uno de los deseos más nobles que brota del corazón del ser humano de todos los tiempo. Para los cristianos la paz tiene un sentido muy especial, hunde sus raíces en la tradición bíblica y, el mismo Jesús: ¡La paz con vosotros! Es más, después de su pasión, muerte y resurrección se convirtió en un saludo festivo y lleno de esperanza. Tanta fuerza llegó a tener este saludo y deseo que los mismos cristianos en la lápida que cubría la sepultura de sus seres queridos, gravaban: IN PACE. Deseaban la paz a aquellos que, a través de la puerta de la muerte, habían partido de este mundo a la Casa del Padre. Todavía hoy seguimos deseando que nuestros difuntos descansen en paz. Es un deseo que siempre está lleno de piedad y de esperanza.

El mes de noviembre es un tiempo propicio para recordar de manera especial a los fieles difuntos. Es verdad que los recordamos cada vez que celebramos la Eucaristía. También lo hacemos cada vez que damos una limosna - en forma de ofrenda o estipendio - con la finalidad de que el sacerdote que celebra la Eucaristía haga suya la intención del fiel cristiano que hace esa ofrenda. ¡Qué hermosa y caritativa costumbres hemos aprendido de nuestros mayores y que ha sido bendecida por la Iglesia! (Can. 945 § 1; 946, 947,948). Esta ofrenda o estipendio, praxis normal y frecuente en gran parte de nuestras parroquias, está llena de un verdadero sentido de solidaridad y de agradecimiento hacia nuestros difuntos. Sin embargo, esta costumbre se está perdiendo en algunos lugares.

¡Cierto! No podemos pretender pagar con una pequeña limosna el bien infinito de la Eucaristía. Nadie puede negar que la celebración eucarística actualiza el misterio de nuestra redención y la destinataria de sus frutos es la Humanidad entera, pero esta verdad no se opone a la práctica, que se ha vivido en la Iglesia desde los primeros siglos, de aplicar los frutos universales de la Misa por intenciones particulares. La pequeña ofrenda sólo es una aportación simbólica que el fiel hace con la intención de que el sacerdote que celebra la Santa Misa, además de ofrecerlo por las intenciones universales de la Iglesia, también lo pueda hacer por una intención particular. En ocasiones me comentan los sacerdotes: ¡los fieles ya no ofrecen misas por sus difuntos!. Es más, incluso ya se está perdiendo aquella santa costumbre que tenían nuestros mayores de hacer una fundación de misas para que alguien rece por ellos después de su muerte. Cuando sucede esto parece que se está perdiendo en nuestra tierra esa antiquísima costumbre de rezar y hacer rezar por nuestros difuntos y, si esto es así, esto nos lleva a revisar nuestras predicaciones y teorías personales. Es necesario que los ministros del Señor prediquen y apliquen la doctrina vivida por la Iglesia.

Sería bueno que tanto los sacerdotes, como los demás agentes de pastoral, cuiden su formación doctrinal de tal modo que así puedan hacerle entender a nuestros fieles, de forma adecuada, el sentido de la oración por los difuntos y,

al mismo tiempo, el gran valor que posee en sí misma la celebración de la Santa Eucaristía aplicada por aquellos que nos han precedido en el signo de la fe.

Que este mes de noviembre nos ayuda a todos a crecer en esperanza y a pedir al Dios, rico en misericordia, que derrame sobre nuestra tierra el agua que dé vida y fecunde nuestros campos, y que el Espíritu del Señor, haga reverdecer en nuestras vidas los brotes fecundos de la caridad para que así se renueve el rostro de nuestra Iglesia.

Me encomiendo a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Diciembre

La novedad de la esperanza

A través del tiempo de Adviento y de la contemplación de María Inmaculada, durante este mes de diciembre nos preparamos para la Navidad. Por ello, quisiera escribiros sobre una virtud que hoy está devaluada en exceso: la esperanza. Tenemos la suerte de que el papa Francisco nos habla con frecuencia de ella y lo hace, con su estilo tan peculiar, de una forma clara, directa y muy comprometida.

Estamos viviendo un hervidero de esperanzas que nos entretienen, nos ocupan durante un tiempo, pero al final la evidencia de los hechos nos ayuda a reconocer que no son duraderas. Fijémonos como, desde hace meses, hay mucha gente que tiene puestas sus esperanzas en la lotería de Navidad ¡Tantas ilusiones! ¡Tantos proyectos! ¡Infinidad de sueños! Pero al final, cuando uno no es afortunado, surge el desencanto y la frustración. En muchas ocasiones nuestra esperanza, o quizás mejor, *nuestras esperanzas* las ciframos en bienes materiales que no nos proporcionan la auténtica felicidad, porque una vez alcanzados esos objetivos se abren las puertas al deseo de otros bienes y así, casi siempre. Estamos atados a la noria de los deseos que tantas veces nos llenan de desaliento y desesperanza. En realidad, podemos afirmar que tenemos muchas esperanzas, pero nos falta la auténtica esperanza. Por ello, esta virtud es tan importante para el ser humano.

Si la perdemos nos quedamos sin razones para vivir. Y esto puede llevarnos a malgastar la vida. De hecho, si no esperamos el mañana, nuestro hoy - este preciso momento - pierde no sólo su interés, sino también su sentido y quedamos avocados a la resignación, que tiene muy poco de cristiana.

Curiosamente, nuestro mundo está lleno de variadas esperanzas, de un optimismo epidémico, instantáneo y superficial, pero adolecemos de la auténtica esperanza. En una sociedad como la nuestra, parece que lo poseemos todo,

incluso existen personas a los que les sobra mucho de lo que tienen, mientras otros carecen de lo necesario. Un mundo así genera ciudadanos autosuficientes, individualistas, endiosados, autorreferenciales, pero les falta, en lo más íntimo de su ser, esa chispa de felicidad plena, ya que aun poseyéndolo todo, o casi todo, descubren que lo que tienen se esfuma, desaparece y muere. No es de extrañar que nuestras autoridades político-sanitarias ya comiencen a levantar la voz de alarma ante la plaga de suicidios, una dolorosa y preocupante realidad, que también se hace presente en la juventud. La vida sin esperanza se hace insufrible, resulta insoportable.

Ante estos hechos, surge con fuerza un acontecimiento excepcional: Dios se hace hombre. Dios se abaja hasta hacerse pequeño y pobre para enriquecernos con su pobreza. El Dios cristiano no es un ente de razón, ni una abstracción creada por la inteligencia humana. Es una persona viva que nos ama tal como somos. A Dios le interesa todo lo nuestro, aunque sean las cosas menudas que nos atezan cotidianamente el corazón y las fuerzas. Los cristianos sabemos que contamos con el amor de un Dios misericordioso que nos garantiza la continuidad de nuestra vida y nos abre unas perspectivas excepcionales de eternidad. Nadie podrá arrancarnos el amor de Dios que se nos ha hecho presente en Jesucristo. Por este amor, el buen Dios nos da la vida en Jesucristo resucitado, para vivir con Él por los siglos de los siglos.

Para los cristianos, la esperanza tiene un nombre: Jesucristo. Los tiempos de Adviento y de Navidad nos ofrecen una nueva oportunidad para abrir nuestra existencia a Dios y, por Él, a los demás. Una Navidad en la que no haya un puesto en nuestra vida para los demás, en especial los más desfavorecidos, no pueden ser auténtica navidad cristiana. A lo largo de este tiempo de Adviento, volvamos la mirada del corazón a la Virgen de la Esperanza, una imagen en la que María se nos muestra con la ternura de su próxima maternidad; sólo ella nos podrá ayudar a vivir la auténtica espera de la Vida, de esa que no tiene fin y que en *proyecto* llevamos en nuestras entrañas. En esta Navidad seamos portadores y testigos de esa Luz que es Jesús, el Dios con nosotros.

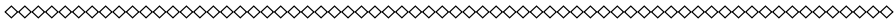
Con afecto me encomiendo a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **9 de octubre de 2017** ha nombrado al **P. Santiago Giráldez Fernández, C.M.** como *Párroco de La Milagrosa (Cruz Alta)*; al **Rvdo. Sr. D. Jacobo Curto Polo**, como *Párroco de San Miguel de Calvelle y Administrador parroquial de San Clodio de Pazos de San Clodio*; al **Rvdo. Sr. D. José María Romero Rodríguez** como *Miembro del equipo sacerdotal de la UAP de Verín*; al **Rvdo. Sr. D. Hildebrando Gaviria Rincón** como *Moderador de la UAP de Entrimo y Administrador parroquial de Santa María de Val de Riocaldo*; al **Rvdo. Sr. D. Yeraí Fariñas Calvo** como *Administrador parroquial de Santa Marta de Moreiras y San Martín de Moreiras* y al **Rvdo. Sr. D. José Mario Crespo Fernández** como *Administrador parroquial de San Salvador de Solveira de Belmonte*.

Con fecha **12 de octubre de 2017** ha nombrado al **Rvdo. P. José Manuel Villar Suárez C.M.** como *Rector del Santuario de Nuestra Señora de los Milagros. Delegado Episcopal para la gestión y organización de los diferentes actos diocesanos con motivo de la beatificación del Padre Benito Paradela Nóvoa, de la Congregación de la Misión y de Sor Dorinda Sotelo Rodríguez, Hija de la Caridad de San Vicente de Paul.*

Con fecha **22 de octubre de 2017** ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. José Manuel Armesto Santiso** como *Delegado Episcopal de Pastoral de la Salud.*

Con fecha **22 de noviembre de 2017** constituye la **Unidad de Atención Parroquial de LAZA**, que está formada por las parroquias: *Nosa Señora das Neves de Carraxo, San Pedro de Castro Laza, Santiago de Corrichouso, San Lourenzo de Toro, San Salvador de Camba, Santa María de Cerdedelo, Santiago de Trez, Santa María de Matamá, San Xoán de Laza.* Queda nombrado encargado moderador el sacerdote **Rvdo. Sr. D. Alejandro Delgado Arce**. Ha designado como centro de referencia la parroquia de *San Xoán de Laza*.

Con fecha **1 de diciembre de 2017** ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Emmanuel Cipriano Álvarez Lara**, *Administrador parroquial de San Mamed de Xendive, San Julián de Parada de Laviote, San Pedro Fiz de Pontebrués y Santa Baía de Reádegos.* Constituye la **Unidad de Atención Parroquial de CEA**, que está formada por las parroquias: *San Facundo de Cea, San Martiño de Lamas, San Xoán de Barrán, Santa Baía de Longos, San Mamede de A Canda y San Cristovo de Cea.* Nombra como Moderador de la UAP al **Rvdo. Sr. D. Alberto Santalices Martínez. Designa** como centro de referencia la parroquia de *San Cristóbal de Cea.*

DEFUNCIONES

Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

El 18 de octubre, a los 86 años de edad, fallecía el **Rvdo. Sr. D. Adolfo Casares Asenjo**, párroco emérito de San Martín de Aguís. Había nacido en San Pedro de A Mezquita el 15 de mayo de 1931. Recibió la ordenación sacerdotal el 18 de mayo de 1954. Ejerció el ministerio sacerdotal entre 1954 y 1956 en las parroquias de Santa Eufemia de Esculqueria, Santiago de Chaguazoso, Sta. María Magdalena de Cádavos y por un breve espacio de tiempo se encargó de las parroquias de San Martín de A Mezquita y San Simón de Santigoso. Entre 1956 y 1959 estuvo en las parroquias de Santa María de Medeiros y san Cristovo de Medeiros. El año 1959 tomó posesión, como párroco, de la parroquia de San Martín de Aguís y administrador de Santiago de Cobas, Santa María de Pexeiros y Santa María de Guntín, donde permaneció hasta su jubilación en 1996. Los últimos años residió en la Casa Sacerdotal.

El 24 de octubre de 2017, a los 93 años de edad, el **M.I. Sr. D. Salvador González Crespo**, Canónigo emérito de la Catedral de Ourense. Había nacido en Santiago de Vilamarín el 12 de enero de 1924. Ordenado sacerdote el 11 de junio de 1949. Desde el inicio su ministerio estuvo ligado a la docencia en el Seminario Menor de la Inmaculada, donde fue profesor desde 1949 hasta 1978, en esos años fue también formador del Seminario Menor (1949-1951) y Rector desde 1951 hasta 1962. Fue nombrado Ecónomo diocesano en 1964 estando en el cargo hasta el año 1992. El año 1977 fue nombrado Canónigo de la Catedral del San Martín de Ourense.

El 2 de noviembre, a los 81 años, fallecía el **Rvd. Sr. D. Argimiro Fraga González**, párroco de San Julián de Parada de Laviote. Había nacido en Dozón (Pontevedra) el 25 de noviembre de 1935. Recibió la ordenación sacerdotal el 23 de noviembre de 1961. Ejerció el ministerio en las siguientes parroquias, entre 1962 y 1964 en Santa María de Castrelo de Cima y Santa María de Castrelo de Abaixo. El año 1964 fue nombrado párroco de San Julián de Parada de Laviote, donde estuvo hasta su fallecimiento. Al mismo tiempo se encargó de las parroquias de San Juan de Froufe, San Mamed de Xendive, Santa Baia de Reádegos y San Pedro Fiz de Ponte Brués.

El 15 de noviembre, a los 80 años de edad, el **Rvdo. Sr. D. Daniel González Rivas**, párroco emérito de Santiago de Cerreda. Nació en Santa Baia de Castro Escuadro el 8 de octubre de 1937. Ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1962. Entre 1963 y 1965 fue Coadjutor en la parroquia de Beato Sebastián Aparicio de A Gudiña. Desde 1965 hasta 1971 fue párroco San Vicente de Lobás y administrador de San Miguel de Feás. El año 1971 fue nombrado párroco de Santiago de Cerreda, donde permaneció hasta el año 2013 en que pasó a la situación de emérito. Durante esos años se encargó también de las parroquias de Santa Baia de Vilar de Cerreda y San Juan de Moura. Los últimos años residió en la Casa Sacerdotal.

DELEGACIONES EPISCOPALES

DELEGACIÓN DE LITURGIA

Calendario litúrgico propio de la Diócesis de Ourense para el año 2018

FEBREIRO

- *Día 6. Martes: Santos Francisco Blanco, San Pablo Miki e compañeiros mártires do Xapón.* (Vermello). Na diocese de Ourense: Memoria obrigatoria. Liturxia das Horas da memoria do común de mártires.
- *Día 11. Domingo: Aniversario da ordenación episcopal del Mons. J. Leonardo Lemos Montanet, 2012.*

MARZO

- *Día 1. Xoves: San Rosendo.* (Branco). Na diocese de Ourense: Memoria obrigatoria. Liturxia das Horas da memoria do común de pastores.
- *Día 20. Martes: San Martiño Dumiense.* (Branco). Na diocese de Ourense: Memoria obrigatoria. Liturxia das Horas da memoria do común de pastores.

XUÑO

- *Día 23. Sábado: Aniversario da Dedicación da Santa Igrexa Catedral.* (Branco). Na Basílica: Solemnidade. Na diocese de Ourense: Festa. Liturxia das Horas do común da dedicación dunha igrexa.

XULLO

- *Día 10. Martes: Beato Xoán Xacobo Fernández e compañeiros mártires* (Vermello). Memoria obrigatoria. Misa do común de mártires. Liturxia das Horas do común de mártires.

AGOSTO

- *Día 25. Sábado: Beatos Pedro Vázquez, presbítero e compañeiros mártires* (Vermello). Memoria obrigatoria. Misa do común de mártires. Liturxia das Horas do común de mártires.

SETEMBRO

- *Día 19. Mércores: Vixésimo sexto aniversario da morte do Excmo. e Rvdmo. Dn. Anxo Temiño Sáiz (finado o 19 de setembro de 1991).* Na S. I. Catedral celébrase a misa no seu recordo. Na diocese lembranza na oración dos fieis.

NOVIEMBRE

- *Día 6. Martes:* **Beato Xosé Blanco Salgado e compañeiros mártires** (Vermello). Memoria libre. Liturxia das Horas do común de mártires. San Leonardo de Limoges (Francia). Fiesta onomástica del Sr. Obispo.
- *Día 11. Domingo:* **Solemnidade de San Martiño de Tours**, Bispo (Branco), Patrono da diocese e titular da S. I. Catedral. Misa propia. Gloria, Credo, Prefacio dos Santos Pastores. Liturxia das Horas do común de pastores.

Carta del Delegado Episcopal para la Celebración Diocesana de la Beatificación de los Mártires Vicencianos

Ante la próxima beatificación de mártires vicencianos

Estamos celebrando con gozo y gratitud el año jubilar del inicio del carisma vicenciano, es decir, cuando san Vicente de Paúl tuvo la inspiración de fundar una familia, hace ya 400 años, que se dedicasen a la evangelización y a la caridad. Una unidad armónica que, desde 1617, vive con alegría el servicio a la Iglesia, desde la Evangelización y la práctica de la Caridad, impulsándonos a los miembros de la Familia Vicenciana a ser continuadores de la misión de Jesucristo como buenos samaritanos. Todos los que forman parte de la gran familia fundada por san Vicente, y continuadores del carisma recibido como tesoro y herencia, desean revitalizarlo y transmitirlo a las generaciones jóvenes con gozo, mostrando al mundo modelos de fidelidad a ese don del Espíritu Santo a la Iglesia. Por eso este fin de semana, en Madrid, (del 10 al 12) se celebrará como don y fiesta del carisma la beatificación de 60 miembros de la Familia Vicenciana. ¿Quiénes son los que van a ser declarados Beatos? Lo resumimos así:

- 24 Misioneros de la Congregación de la Misión (Sacerdotes Paúles), predicadores del Evangelio y apóstoles de la caridad (uno el P. Benito Paradela, natural de Amoeiro, Ourense),
- 16 Hermanos coadjutores de la Congregación de la Misión, colaboradores en la evangelización de los pobres con generosa abnegación y entrega a Dios y a los necesitados,
- 2 Hijas de la Caridad enfermeras dedicadas al cuidado de los enfermos tuberculosos del Hospital del Espíritu Santo en santa Coloma de Gramagnet (Barcelona) en el momento del martirio (una de ellas, Sor Dorinda Sotelo, natural de Lodoselo, Ourense),
- 5 Sacerdotes diocesanos directores y animadores espirituales de Hijas de la Caridad y de los miembros de la Asociación de Hijos de María en varios pueblos de Murcia.
- 13 laicos de la Asociación de Hijos de María de la Medalla Milagrosa de Madrid y Cartagena.

La narración de la biografía y martirio de estos ejemplos de santidad y de identificación con Jesucristo, nos ponen de relieve que son: testigos valientes de la fe en medio de la persecución, modelos de catequistas y profetas de caridad en las Asociaciones laicales vicencianas. Entre los sacerdotes y los laicos que van a ser beatificados hay apóstoles de niños y jóvenes, servidores de los pobres e impulsores de las asociaciones laicales (Hijas e Hijos de María, Acción Católica y Asociaciones eucarísticas). Algunos sacerdotes fueron promotores de vocaciones sacerdotales y de personas consagradas, impulsores de perdón y reconciliación y

organizadores de la acción misionera de la Iglesia. Como dice el Superior General de la Congregación de la Misión (Paúles): “La Iglesia se ha engrandecido gracias a la predicación silenciosa de sus santos mártires” (P. Tomaz Mauric). Y también, como decía el fundador: “Por uno que reciba el martirio vendrán otros muchos; su sangre será como una semilla que dará fruto, y un fruto abundante” (San Vicente de Paúl) Naturalmente, nuestro Obispo D. Leonardo, participará de este acontecimiento singular. No olvidemos que dos de los nuevos Beatos son hijos de esta Diócesis: han sido bautizados y comenzaron la vivencia de la fe en estas tierras. Unas tierras que han vivido siempre con entusiasmo la fe y que, ahora, nos presentan ejemplos tan cercanos a nosotros alentándonos a no tener miedo de vivir la fe en lo pequeño y cotidiano de nuestras existencia. Mientras esperamos el anuncio del próximo programa diocesano de acción de gracias para festejar este acontecimiento os invitamos a participar a través de la página web: www.beatificacionmartiresvicencianos.org donde encontraréis diversos materiales de formación y conocimiento de los nuevos Beatos. También informaros que el sábado 11 de noviembre por TV13 se retransmitirá toda la celebración de Beatificación desde las 11:00 horas. El domingo 12 de noviembre, por TVE2, a partir de las 10:30 horas también se retransmitirá la Eucaristía de Acción de Gracias desde la Catedral de La Almodena.

P. José Manuel Villar Suárez, C.M.

Delegado Episcopal para la celebración diocesana de la Beatificación de los Mártires Vicencianos

SÍNODO DIOCESANO

Secretaría del Sínodo

Crónica del Sínodo Diocesano. Octubre a diciembre 2017.

- **1.10.17:** en todas las parroquias de la Diócesis se motiva en la celebración de la Eucaristía la apertura de los trabajos de los grupos sinodales.
- **1-31.10.17:** los grupos sinodales se reúnen para trabajar el primer tema del instrumento de Trabajo 1º *La parroquia, casa y escuela de comunión abierta a todos: al modo de Belén.*
- **1-30.11.17:** los grupos sinodales se reúnen para trabajar el segundo tema del instrumento de Trabajo 1º *La parroquia, casa y escuela de discípulos: al modo de Nazaret.*
- **6.11.17:** se reúne la Secretaría General del Sínodo para valorar la celebración de apertura, presentación y puesta en marcha de los grupos sinodales. Por otra parte se concretan los cauces para implicar a los niños y adolescentes en los trabajos de la fase de grupos sinodales. Asimismo se revisa la marcha de los trabajos de las diferentes Comisiones Técnicas y se repasan los temas del Instrumento de Trabajo 2º.
- **8.11.17:** los miembros de la Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales revisan la puesta en marcha de los grupos sinodales valorando los aspectos positivos y las dificultades encontradas hasta el momento.
- **1-31.10.17:** los grupos sinodales se reúnen para trabajar el tercer tema del instrumento de Trabajo 1º *La parroquia, casa y escuela de discípulos misioneros: al modo de Galilea.*
- **5.12.17:** se reúne el Consejo de presidencia que aprueba el *Estatuto del Sínodo* y el *Reglamento del Sínodo*, así como los materiales del Instrumento de Trabajo 2º.
- **22.12.17:** la Secretaría General del Sínodo informa a los miembros del Consejo Presbiteral de los avances y próximos pasos a dar en el camino sinodal.

PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Nota de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago ante los incendios de Galicia:

“Cuidar de la casa común. Solidarios con las víctimas de los incendios”

Queridos hermanos,

Ante la tragedia de los incendios forestales, que además de las pérdidas materiales, ha sacrificado vidas humanas y causado grandes sufrimientos a miles de personas, los Obispos de la Iglesia en Galicia queremos manifestar a todos los que sufren nuestra solidaridad y solicitud fraterna.

Compartimos ante todo el dolor de los que lloran a sus familiares y amigos que perdieron la vida y elevamos nuestra oración a Dios para que los acoja junto a sí.

Quisiéramos que en estos momentos fuese real en todas nuestras parroquias de la Iglesia en Galicia la experiencia de la unidad, del compartir esfuerzos, dolores y angustias, la cercanía del amor fraterno, de modo que nadie se sienta solo en la necesidad; y agradecer, al mismo tiempo, tantos gestos de solidaridad de amigos y vecinos, que son un apoyo imprescindible para mantener la esperanza y el coraje. Nos sentimos particularmente unidos a los pueblos y aldeas más afectadas, uniendo nuestra oración a la suya, implorando de Dios el don de la fortaleza y la confianza.

Nos parece imprescindible igualmente condenar con toda claridad las acciones de quien causa voluntariamente este tipo de incendios, que ponen en riesgo la vida de personas y también dañan grave e irresponsablemente el medio ambiente tan necesario para la vida. Como ha dicho el Papa Francisco, «un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios».

Provocar un incendio es un gesto de grave inmoralidad, en el que la persona pone de manifiesto una actitud ante los hermanos y ante la naturaleza contraria al bien querido por Dios.

Esto es muy evidente ante los sufrimientos que padece hoy nuestra población, y especialmente ante el hecho tristísimo de quien ha muerto a causa de estos incendios.

Pero es claro también si consideramos la consecuencia de estas acciones en la naturaleza, que es creación de Dios, fuente de vida y de trabajo, y que no debería ser destruida como ahora vemos. Hemos de respetar la naturaleza y valorarla, en su bondad, armonía y equilibrio, como un don que recibimos y un legado que debemos esforzarnos por transmitir a las generaciones futuras. Al recibir de Dios el dominio sobre el mundo, el ser humano ocupa su lugar en el planeta como don y privilegio. Por eso tiene el deber de cultivar el respeto religioso por la integridad de la creación.

Como en tantas ocasiones el Papa Francisco ha manifestado, viene bien recordar que: *La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal (Laudato sí, 76).*

Esta nuestra “casa común” es una condición absolutamente necesaria para la vida de todos. Es un préstamo que cada generación recibe y debe transmitir a la siguiente generación. De ahí la enorme responsabilidad en cuanto a su uso.

Quisiéramos manifestar, en particular, nuestro reconocimiento y apoyo a las miles de personas implicadas en el operativo de lucha contra el fuego, los bomberos, las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y los numerosos voluntarios, que se esfuerzan por salvar vidas, aliviar daños y evitar la pérdida de personas y bienes, incluso a costa de cansancio y riesgos personales. En circunstancias a menudo extremas, nos dan un ejemplo admirable de abnegación sin límites.

A partir de nuestras comunidades cristianas, de las Cáritas Diocesanas y de otras instituciones eclesiales, mostramos nuestra disponibilidad para la acogida y la ayuda incondicional de cuantos la necesiten.

Pedimos a Dios que nos ayude en estas circunstancias difíciles, especialmente a quienes luchan contra el fuego, y que nos conceda saber estar y trabajar unidos para recuperar nuestra tierra, que vemos hoy tan dañada y que Dios nos ha dado para hacer posible nuestra vida.

- + Julián, *Arzobispo de Santiago.*
- + Luis, *Obispo de Tui-Vigo.*
- + Alfonso, *Obispo de Lugo.*
- + José Leonardo, *Obispo de Ourense.*
- + Luis Ángel cmf, *Obispo de Mondoñedo-Ferrol.*
- + Jesús, *Obispo Auxiliar de Santiago.*



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

OCTUBRE

- Día 1: El Sr. Obispo realiza la Visita pastoral a las parroquias de Santa María de Tiora y Santa María de Xunqueira de Espadañedo.
- Día 2: Santos Ángeles Custodios, día de la Policía Nacional. Misa en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.
- Día 4: Reunión de la Secretaría General del Sínodo.
El Sr. Obispo participa en el Coloquio *Misión aquí, misión allí*, en el Centro Cultural “Marcos Valcárcel”.
- Día 5: Oración Joven - Capilla universitaria en la sede de la Delegación de Juventud Rúa Mestre Vide nº 2.
- Del 6 al 8: Ejercicios Espirituales diocesanos para Jóvenes en el Santuario de Los Milagros.
- Día 7: El Sr. Obispo participa, en Santiago de Compostela, en la presentación del DOMUND bajo el lema: *Galicia Misionera*.
- Día 8: El Sr. Obispo preside en el Seminario Mayor de Ourense, la inauguración del Curso del Movimiento de Equipos de Nuestra Señora (ENS) con la celebración de la Eucaristía y una jornada de convivencia.
Por la tarde clausura, en el Santuario de los Milagros, los Ejercicios Espirituales para jóvenes, organizados por la Delegación de Juventud.
- Día 12: Virgen del Pilar. Patrona de la Guardia Civil. Misa en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.
- Del 13 al 17: El Sr. Obispo, con un nutrido grupo de Ourensanos, sacerdotes, religiosas Calasancias y seglares, asiste en Roma a la Canonización del P. Faustino Míguez, natural de Xamirás, parroquia de San Jorge de Acevedo del Río en la Diócesis de Ourense.
- Del 17 al 21: El Sr. Obispo asiste a las XLVI Jornadas Nacionales de Liturgia, celebradas en Santander.
- Día 18: Festival en honor del P. Faustino Míguez, en el salón de actos

- del Colegio Maristas.
- Día 19: Oración Diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.
- Día 21: Vigilia del Domund, a las 19 h. en la parroquia de la Santísima Trinidad, con la asistencia del Sr. Obispo.
- Día 22: Jornada del DOMUND.
- Día 25: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 26: El Sr. Obispo preside la Eucaristía de Acción de Gracias por el P. Faustino Míguez, en la S.I. Catedral de Ourense.
- Del 27 al 29: El Sr. Obispo, junto con los rectores del Seminario Divino Maestro y del Seminario Redemptoris Mater, participa en el XLVI Encuentro de Rectores y Formadores de Seminarios Mayores, organizado por la Conferencia Episcopal.

NOVIEMBRE

- Día 1: El Sr. Obispo preside en la Catedral la celebración de Todos los Santos. Por la tarde preside la Celebración de la Palabra en los cementerios de As Caldas y de San Francisco.
- Día 2: Fieles Difuntos. El Sr. Obispo celebra la Santa Misa en el cementerio de Santa Mariña. A las 20:00 horas en la Catedral, celebración de Fieles Difuntos, con especial recuerdo para los Obispos, Canónigos y clero catedralicio fallecidos, así como de los seglares que colaboraron en la Catedral de Ourense.
- Día 3: Eucaristía por los misioneros difuntos en la capilla del Santo Cristo de la Catedral.
- Día 5: Visita Pastoral a San Salvador de Loña do Monte y Santa Baia de Esgos.
- Día 7: Reunión de la Secretaría del Sínodo.
Reunión del Consejo de Asuntos Económicos de la Diócesis, presidida por Mons. Lemos.
Reunión del clero de la ciudad en el salón Padre Feijoo.
- Día 8: Asamblea de Arciprestes, Vicariprestes y Delegados en el Se-

minario Mayor. Reunión del Consejo Episcopal.

Presentación de la Memoria de actividades económicas de la Diócesis en el salón Padre Feijoo, presidida por el Sr. Obispo.

Día 9: Oración joven - Capilla universitaria organizada por la Delegación de Juventud, en la Capilla del Centro Pastoral "Santa María Soledad Torres Acosta" Rúa Mestre Vide, nº2.

Encuentros de Padres organizados por el Instituto da Familia, en la sede del mismo de la Rúa da Barrera, nº 4.

Día 10: Concierto de San Martiño en la Catedral.

Día 11: Festividad de San Martiño, patrón de Ourense. Misa con procesión en la Catedral.

El Sr. Obispo asiste, en la Catedral de la Almudena de Madrid, a la Beatificación de dos mártires ourensanos: P. Benito Paradelo y Sor Dorinda Sotelo.

Día 12: Clausura del 1700 aniversario del nacimiento de San Martiño. Misa televisada por la TVG a las 10 horas en la Catedral.

Celebración en todas las parroquias del *Día de la Iglesia Diocesana*.

Día 14: Escuela diocesana de Liturgia.

Día 16: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento en la Pza. de las Mercedes.

Días 18 y 19: Visita Pastoral a las parroquias de San Salvador de Baños de Molgas, Santa María de Almoite, San Esteban de Ambía, San Martín de Presqueira, San Martín de Nogueira de Betán y Santa María de Guamil.

Día 19: Jornada Mundial de los pobres.

Del 20 al 24: El Sr. Obispo participa en la Asamblea Plenaria del Episcopado, en Madrid.

Día 26: Solemnidad de Cristo Rey. El Sr. Obispo preside la Misa estacional en la Catedral.

Día 28: El Sr. Obispo participa en el Encuentro de los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Santiago de Compostela y Braga.

Escuela diocesana de Liturgia.

Día 29: Comienza el Ciclo de Cine y Vida en el Centro Cultural “Marcos Valcárcel”, organizado por la Vicaría para la Nueva Evangelización, con la proyección de la película “Luz de Soledad”.

Día 30: Reunión del Instituto de la Familia, con la asistencia del Sr. Obispo.

DICIEMBRE

Día 2: Encuentro de Adviento del Sr. Obispo con los profesores cristianos.

Reunión de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo a la que asiste el Sr. Obispo.

El Sr. Obispo preside la Vigilia de Adviento en la Catedral.

Día 3: El Sr. Obispo realiza la Visita Pastoral a las parroquias que conforman la Unidad de Atención Parroquial (UaP) de Os Milagros, San Juan de Vide de Baños, Santa María de Foncuberta, San Cipriano de Lamamá, San Pedro de Maus y Santa María de Arnuide y a la de Santiago de Zorelle administrada por los PP. Paúles del Santuario de los Milagros.

Día 4: Por la mañana, el Sr. Obispo se reúne con el Director General de Inmigración del Gobierno de España, para tratar el asunto del asentamiento de inmigrantes en propiedades de la Diócesis.

Por la tarde, en la Capilla del Seminario Menor de la Inmaculada, celebra el Rito de Admisión como candidato al Diaconado y Presbiterado, del Seminarista Miguel Rodríguez Rodríguez.

Día 5: Reunión del clero de la ciudad el salón Padre Feijoo.

Día 6: Misa de Acción de Gracias por los nuevos beatos orensanos y 400º aniversario Vicenciano, en la Catedral de Ourense y presidida por el Sr. Obispo.

Día 7: El Sr. Obispo asiste y preside la Vigilia de la Inmaculada y participa en la jornada vocacional celebrada en el Seminario Menor.

- Día 8: Solemnidad de la Inmaculada Concepción. Misa estacional en la Catedral presidida por el Sr. Obispo.
Ese mismo día preside la Eucaristía en el Seminario Menor.
- Día 10: Por la mañana el Sr. Obispo celebra la Eucaristía en la parroquia de Cristo Rey de la Ciudad, durante la cual bendice la imagen de Cristo Crucificado del Escultor ourensano, Acisclo Manzano, instala en la iglesia parroquial.
Por la tarde, en la capilla del Seminario Mayor, instituye Lectores a los seminaristas José Manuel Heras Pardo y Jesús Nsue Ndemesogo Obono y Acólitos a Francisco López Gómez, Jesús Nsue Ndemesogo Obono y Adrián Rodríguez Iglesias.
- Día 12: Inauguración de la Exposición “Belenes del Mundo” en la Sede del Obispado de Ourense.
Escuela diocesana de Liturgia.
- Día 13: Asamblea de Arciprestes, Vicariprestes y Delegados, a las 11:00 horas en el Seminario Mayor.
El Sr. Obispo asiste en Madrid a la reunión del Consejo de Asuntos Económicos de la CEE.
- Día 14: Reunión del Sr. Obispo con la junta directiva de la CONFER diocesana.
Oración joven - Capilla universitaria en la sede de la Delegación de Juventud Rúa Mestre Vide nº 2. Encuentros de Padres a las en el Instituto da Familia.
- Día 15: El Sr. Obispo asiste a la inauguración de la exposición *In tempore Sueborum*, sobre el reino Suevo instalado en la Gallaecia Romana. En ella tiene una intervención.
- Día 16: Celebración del envío de los Sembradores de Estrellas en la parroquia de M^a Auxiliadora.
- Día 17: Encuentro de los niños con el Sr. Obispo y bendición de las imágenes del Niño Jesús en la Catedral.
- Día 18: Entrevista al Sr. Obispo en la Cadena COPE con motivo de la Navidad.
En Salón P. Feijóo, José R. Ayllón presenta su libro *El hombre*

que fue Chesterton. Una biografía sobre el escritor inglés.

Día 20: Entrevista al Sr. Obispo en TeleMiño con motivo de la Navidad.

Ciclo de Cine y Vida en el Centro Cultural “Marcos Valcárcel” con la proyección de la película *El profesor de violín*.

Día 21: Vista y entrevista al Sr. Obispo en el diario local La Región con motivo de la Navidad.

El Sr. Obispo visita la Fundación San Rosendo.

Entrega de la Luz de la Paz de Belén en la iglesia de los Franciscanos. Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento de la Pza. de las Mercedes.

Día 22: Reunión del Consejo Presbiteral.

Día 23: Felicitación navideña del Cabildo Catedral al Sr. Obispo.

Reunión del clero joven con el Sr. Obispo en la Casa de Ejercicios.

Día 25: Natividad de Nuestro Señor. El Sr. Obispo preside la Misa estacional en la Catedral.

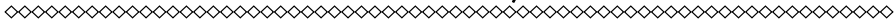
Día 26: El Sr. Obispo asiste a la presentación del Concierto de Nadal, que la Real Banda de Gaitas de la Diputación provincial celebrará el día 4 de enero en la Iglesia Catedral.

Día 28: En la Catedral Concierto de villancicos interpretados por la Coral de Ruada.

Día 31: Jornada de la Sagrada Familia en la parroquia de Santiago de As Caldas, presidida por Mons. Lemos.



SUMARIO AÑO 2017



BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE

SUMARIO DEL AÑO 2017

IGLESIA UNIVERSAL*Santo Padre, Francisco***Enero-marzo**

Cartas.....	7
Discursos.....	11
Homilías	47
Mensajes	59

Abril-junio

Discursos.....	211
Homilías	253
Viajes	273

Julio-septiembre

Audiencias generales.....	367
Cartas apostólicas.....	374
Discursos.....	380
Viaje apostólico a Colombia.....	386

Octubre-diciembre

Ángelus	495
Audiencias generales.....	501
Cartas.....	514
Cartas apostólicas	520
Discursos.....	523
Homilías	548
Mensajes	560

*Santa Sede***Enero-marzo**

Carta del Santo Padre Francisco al Señor Obispo de Ourense con motivo de la celebración de los 1700 años del nacimiento de San Martín de Tours.....	74
Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano, al Sr. Obispo, agradeciendo la aportación de la Diócesis de Ourense al Óbolo de San Pedro	76
Decreto con la traducción de la fórmula sacramental de la consagración del vino en la Misa, en lengua gallega, catalana y vasca, para España.....	77

Julio-septiembre

Comentario al Motu Proprio del Secretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.....	413
---	-----

Octubre-diciembre

Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos	
Carta a los Obispos sobre el pan y el vino para la Eucaristía	569
Congregación para la Causa de los Santos	
Instrucción: las reliquias en la Iglesia: autenticidad y conservación	572

SR. OBISPO

Homilías

Enero-marzo

Fiesta de Santo Tomas en los Seminarios del "Divino Maestro", en el "Redemptoris Mater",

en el Instituto Teológico y en el Centro de Ciencias Religiosas “San Martín	83
Misa de funeral por el P. Arturo Conde Araujo C.M., párroco de Santa María de Arnuide, San Cibrao de Lamamá y San Pedro de Maus.....	88
Festividade de San Rosendo.....	93
Misa con ocasión de la Celebración de la fiesta de San Rosendo en los XXV Años de la Fundación San Rosendo.....	96
Misa del Miércoles de Ceniza	100
Misa de Ordenación de Diácono e institución de Lector y Acólitos.....	105
Misa con motivo dos 30 Anos de Amencer.....	110
Abril-junio	
Santa Misa Crismal	279
Exequias del Rvdo. D. Luis-Odón Álvarez Tejada.....	283
Fiesta de San Juan de Ávila	288
Ofrenda a San Martín presentada por el Coronel Jefe de la Guardia Real en su visita a Ourense....	292
Eucaristía con motivo del Bicentenario Marista (1817-1917)	295
Ordenación Presbiteral del Hno. Alfonso Lora, Superior del Monasterio de Oseira	299
Eucaristía con los Voluntarios de Cáritas de Galicia.....	303
XXXIX Jornadas de Pastoral de la Salud “Pastoral de la salud y ecología integral”	306
Ordenación de dos presbíteros y un diácono en la Solemnidad de la Santísima Trinidad	310
Julio-septiembre	
Exequias de Sor Concepción González, Hermanita de los Ancianos Desamparados.....	421
Solemnidad de Santa Clara de Asís, Virgen y Fundadora	424
Exequias del M. I. Sr. D. Magín Yáñez Casal, Canónigo Penitenciario-emérito de la Iglesia Catedral	428
Exequias del Rvdo. Sr. D. Sergio Fidalgo Fernández	432
Octubre-diciembre	
Fiesta de los Santos Ángeles Custodios con motivo del patrono de la Policía Nacional.....	583
Fiesta de la Virgen del Pilar, Madre de España y Patrona de la Guardia Civil.....	588
Liturgia funeral por D. Marcelino Martínez Fernández, de Abelenda das Penas, morto como consecuencia dos incendios que asolaron Galicia entre o 15 e o 16 de outubro.....	593
Exequias del M. I. Sr. D. Salvador Gonzalez Crespo, Canónigo emérito	597
Fiesta del “Divino Maestro” En el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro” ..	600
Celebración del Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas.....	602
Celebración de la Institución de Ministerios de Lectorado y Acolitado.....	606
Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de Sor Dorinda Sotelo, Hija de la Caridad y del Padre Benito Paradela, Congregación de la Misión y de otros 58 mártires de la Familia Vicenciana ...	610
Discursos	
Julio-septiembre	
Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales	436
Octubre-diciembre	
Acto académico solemne e público da Academia Auriense-Míndoniense de San Rosendo.....	614
Discurso a los Docentes Católicos en su encuentro en Laias	618
Discurso na Inauguración da Exposición “ In tempore sueborum”	623
Discurso al Consejo Presbiteral en su reunión ordinaria del 22 de diciembre de 2017	625
Conferencias	
Enero-marzo	
Presentación del libro "25 años dando vida", sobre los 25 años de la Fundación San Rosendo.....	126
Cartas	
Enero-marzo	
Carta con Motivo de la Campaña contra el Hambre de Manos Unidas	114
Carta a todos los sacerdotes y fieles de la Ciudad de Ourense invitándolos a vivir el comienzo	

de la Cuaresma participando en la Misa de Imposición de la Ceniza en la Catedral	116
Carta con motivo de la introducción de la tercera edición del Misal Romano en el uso litúrgico ...	118
Carta pastoral con motivo del inicio de la Cuaresma 2017 ¡Siempre lo mismo	120
Carta con motivo del Día del Seminario 2017.....	125
Abril-junio	
Con motivo de las Primeras Comuniones "Limpia pobreza"	314
Carta pastoral con motivo de los daños sufridos en las cosechas "¡Mirar a Dios!"	316
A los Misioneros Ourensanos en la Solemnidad de Pentecostés.....	318
Con motivo de la Solemnidad del Corpus Christi 2017	320
Octubre-Diciembre	
Con motivo de la Visita Pastoral.....	629
Carta a los Diocesanos con motivo del DOMUND	630
Carta a los Diocesanos con motivo del regreso de los sacerdotes diocesanos que desarrollaban su misión pastoral en Jipijapa- Ecuador	632
Carta Pastoral con motivo de la Beatificación de Faustino Míguez.....	634
Otros escritos	
Abril-junio	
Comunicación a los participantes en la Reunión de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales.....	321
Na presentación dun Selo sobre a figura de Carlos Casares na Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfílica Miño.....	325
En Comunidade	
Enero-marzo	
Enero	129
Febrero.....	130
Marzo.....	130
Abril-junio	
Abril.....	326
Mayo.....	327
Julio-septiembre	
Julio	442
Agosto.....	444
Septiembre	445
Octubre-diciembre	
Octubre.....	657
Noviembre	658
Diciembre	660

IGLESIA DIOCESANA

VICARÍA GENERAL

Abril-junio

Estatutos del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.....	331
--	-----

SECRETARÍA GENERAL

Enero-marzo

Aranceles de Sepulturas a partir del 1 de enero de 2017.....	137
Nombramientos	138
Defunciones	139

Abril-junio

Nombramientos	338
Defunciones	340

Julio-septiembre	
Nombramientos	451
Defunciones	454
Octubre-diciembre	
Nombramientos	665
Defunciones	667
SÍNODO DIOCESANO	
Enero-marzo	
Secretaría del Sínodo: crónica	184
Abril-junio	
Secretaría del Sínodo: crónica	342
Julio-septiembre	
Secretaría del Sínodo: crónica	472
Octubre-diciembre	
Secretaría del Sínodo: crónica	
VICARÍA DE PASTORAL	
Julio-septiembre	
Programación Diocesana de Pastoral 2017-2018	455
Octubre-diciembre	
<i>Delegación del Clero</i>	
Julio-septiembre	
Conferencia del Card. Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero, en las XXV jornadas de formación del Clero de Galicia en Poio.....	458
<i>Delegación de Liturgia</i>	
Calendario litúrgico propio de la Diócesis de Ourense para el año 2018.....	669
<i>Mártires Vicencianos</i>	
Carta del Delegado Episcopal para la Celebración Diocesana de la Beatificación de los Mártires Vicencianos	671
DELEGACIÓN EPISCOPAL DE ECONOMÍA	
Enero-marzo	
Resultados de la actividad diocesana en el Ejercicio 2016	140
Aportaciones parroquiales al ISC y Colectas del Ejercicio 2016	145
DELEGACIÓN DE ACCIÓN CARITATIVA Y SOCIAL (CÁRITAS DIOCESANA)	
Enero-marzo	
Memoria 2016	163
Memoria económica.....	165
ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO	
Enero-marzo	
Memoria 2016	167
PROVINCIA ECLESIASTICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA	
Enero-marzo	
Nota de los Obispos de Galicia ante la solemnidad de San José	186
Octubre-diciembre	
Nota de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago ante los incendios de Galicia: "Cuidar de la casa común. Solidarios con las víctimas de los incendios"	674
CRÓNICA DIOCESANA	
Enero, febrero y marzo	189
Abril, mayo y junio	345
Julio, agosto y septiembre	475
Octubre, noviembre y diciembre	679



CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE IMÁGENES, RETABLOS Y OTROS ELEMENTOS ECLESIAÍSTICOS

- * Seguimiento de criterios reconocidos*
- * Desplazamientos y presupuestos sin compromiso*
- * Realización de proyectos e informes*
- * Solicitud de permisos y autorizaciones*
- * Trabajos para promotores privados , públicos
y parroquias*
- * Creación de obra nueva: Escultura (madera,
piedra...), ebanistería, dorados en oro de ley
y policromados diversos*



RESTAURACIONES GARRIDO

Cuatro generaciones al servicio de la obra de arte

JOSÉ LUIS GARRIDO

TALLISTA - ESCULTOR

DORADOR - POLICROMADOR

608 18 58 00

LUCÍA GARRIDO

CONSERVADORA-RESTAURADORA

DIRECCIÓN DE PROYECTOS

619 18 96 05

restauracionegarrido.es - info@restauracionegarrido.es

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

 **Noroeste Gráfico Impresor, S.L.**

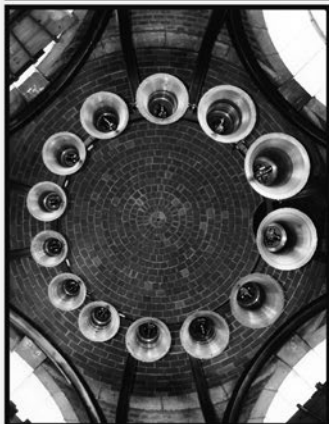
- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

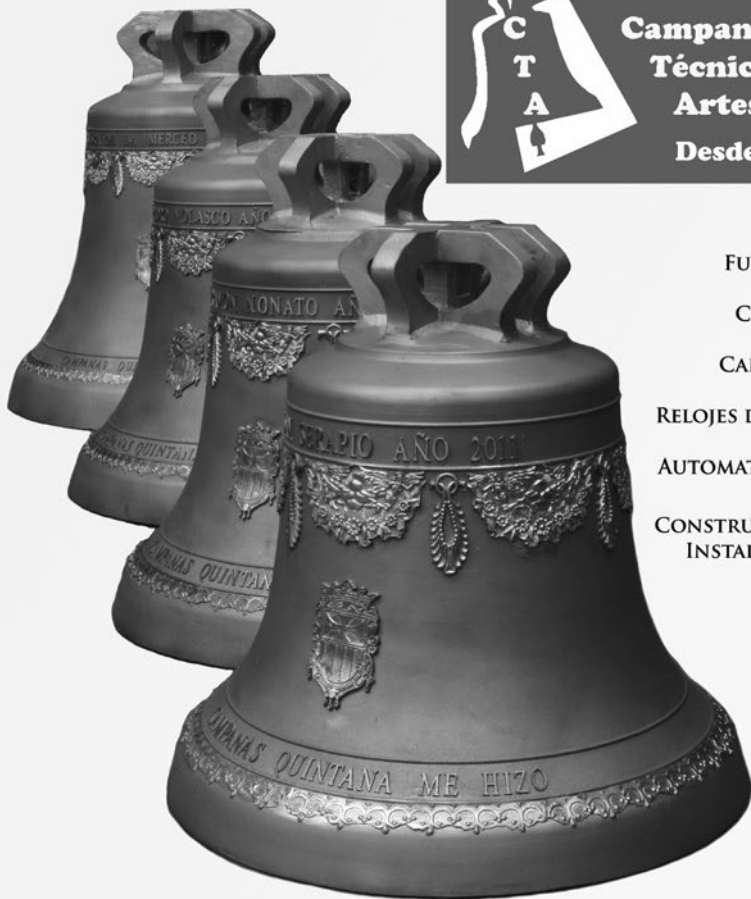
Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



- FUNDICIÓN
- CAMPANAS
- CARILLONES
- RELOJES DE TORRE
- AUTOMATIZACIÓN
- CONSTRUCCIONES
- INSTALACIONES

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

1637

QUINTANA



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
